

DON CASMURRO



DON CASMURRO • JOAQUIM MARIA MACHADO DE ASIS

♦ JOAQUIM MARIA
MACHADO DE ASIS

DON CASMURRO ♦

Prólogo

LUIS RONCARI

Traducción y notas de

ANTELMA CISNEROS

FFL
UNAM
Cátedras

Hoy se traduce a Machado de Assis como nunca antes porque ocurrió lo inevitable, el mundo académico y editorial redescubrieron a este autor a partir de la valoración asombrada que Susan Sontag hace a este novelista de la periferia literaria del siglo XIX. Carlos Fuentes lo incorpora a sus reflexiones sobre el desarrollo de la novela y el público se vuelve, ávido, hacia la crítica literaria en Brasil que lo ha analizado y debatido desde su publicación en 1899. *Don Casmurro* es, entre las novelas de Machado de Assis, la del simulacro. Todo determina una especie de desdoblamiento en el espacio y en el tiempo y, como todo simulacro, está constituida de verdades y mentiras. El desafío puesto al lector es el de no dejarse engañar como sucedió con el héroe-narrador, que se transformó en simulacro de sí mismo. El mejor adjetivo para caracterizar esa novela es escurridiza, porque todo lo que digamos con base en las pistas que deja el narrador, puede ser desmentido en seguida, cuando no son las mismas pistas que pueden interpretarse en el sentido contrario. De ese modo, la mejor orientación es que se lea con los ojos de la duda y de la desconfianza.

Hijo del pintor y descendiente de libertos, Francisco José de Assis, y de Maria Leopoldina Machado, una lavandera portuguesa de las islas Azores, Joaquim Maria Machado de Assis nació en Río de Janeiro el 21 de junio de 1839. Epiléptico y tartamudo, muy pronto quedó huérfano de madre. Su padre murió en 1851.

El considerado fundador de la literatura brasileña, fue autodidacta, estudió francés y alemán.

Inició su carrera trabajando en diarios y en la imprenta oficial de Río de Janeiro. A los 15 años publicó su primer poema “Ela” en la revista *Marmota Fluminense*. En 1864 publicó un primer libro de poesía. Su primera etapa narrativa fue romántica pero, a partir de 1881, con sus *Memorias póstumas de Blas Cubas*, junto con *Don Casmurro*, *Quincas Borba*, *Esaú y Jacob* y *Memorial de aires* son las cinco novelas de una segunda época de Machado de Assis, momento de ruptura con el realismo, en que nos rinde estos sorprendentes relatos.

Fundó la Academia Brasileña de las Letras en 1897. Murió el 29 de septiembre de 1908, en su vieja casa de Cosme Velho.





Joaquim Maria Machado de Assis

Don Casmurro

Prólogo Luiz Roncari

Traducción y notas Antelma Cisneros

Nota y agradecimientos

Valquiria Wey

La traducción de Don Casmurro de J.M. Machado de Assis al español se transformó en una necesidad para el Seminario de Traducción literaria de este proyecto PAPIIT. En primer lugar teníamos ya un antecedente: la traducción al español de *Memorial de Aires* realizada también por Antelma Cisneros y publicada por la Dirección General de Literatura de la UNAM y, en segundo lugar, la convicción de que esta novela que se presenta ahora, era un desafío que necesitaba una versión en el espíritu que le imprimió Antonio Alatorre a la traducción al español de *Memorias póstumas de Blas Cubas* Una traducción que debería preservar, como la de Alatorre, una invención literaria magistral: el tono vernáculo pero brasileño de un fraseo elegante y mundano en el que un atormentado narrador-personaje oculta un mundo de apariencias y disimulo.

Hoy día se traduce a Machado de Assis como nunca antes porque ocurrió lo inevitable, el mundo académico y editorial redescubre a este autor a partir de la valoración sorprendida que Susan Sontag le hace a este novelista de la periferia literaria del siglo XIX. Carlos Fuentes lo incorpora a sus valiosas reflexiones sobre el desarrollo de la novela y el público se vuelve, ávido, hacia la crítica literaria en Brasil que lo ha analizado y debatido desde su publicación en 1899.

La razón por la cual seleccionamos el ensayo que le sirve de prólogo se debe a que su autor, Luiz Roncari, pertenece a una corriente crítica marcada por la lectura que Roberto Schwarz hace de Machado de Assis y la enriquece y profundiza. Ambos coinciden en

señalar que los cambios formales en la estructura novelesca, un narrador/personaje que no puede recomponer el pasado sin explorar las contradicciones e infidencias de la memoria, le permiten al lector contemporáneo entrar en contacto con toda la compleja visión que Machado de Assis tenía de su época. El ensayo además, coloca al lector en medio del proceso de registro y desidealización de la sociedad brasileña de fines del XIX, con el sesgo estilístico propio de nuestro autor.

Don Casmurro, junto con *Memorias Póstumas de Blas Cubas*, *Quincas Borba*, *Esauí y Jacob* y *Memorial de Aires* son las cinco novelas de la segunda época de la creación de Machado de Assis, la época de la ruptura con el realismo que nos rinde estos sorprendentes relatos. Son compuestas en un periodo que va de 1881 al año de su muerte, en septiembre de 1908.

Antelma Cisneros tradujo esta novela con extremo cuidado, con la Beca de traducción literaria del FONCA, sin embargo la traducción pasó por un periodo de espera hasta que, en este año, encontró la oportunidad de ser examinada en el Seminario de Traducción por María Cristina Hernández Escobar, María Auxilio Salado y yo misma. Las exigencias eran muchas: no perder los matices del relato memorialista ni ese tono de quien escribe en el goce de una posición social desahogada, elegante al mismo tiempo que irónico y cínico; mantener en el español la corrección de la expresión escrita de la clase criolla en frases y expresiones. Asimismo, la edición fue anotada como corresponde hacerlo para el lector actual de un relato que transcurre en el Río de Janeiro de mediados del siglo XIX.

La traductora como yo misma, agradecemos las correcciones siempre seguras de los colegas del Seminario y la generosidad del Dr. Luiz Roncari al cedernos graciosamente los derechos de su ensayo. Agradezco que se me haya otorgado el proyecto de la Dirección General del Personal Académico, PAPIIT IN400710, que nos permitió desarrollar este y

otros trabajos, y muy especialmente agradezco la colaboración de la Embajada de Brasil en México que apoya a los traductores del Seminario y colabora sustancialmente con la edición de este y otros libros. Agradezco a la Dra. Gloria Villegas, Directora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y a la Coordinación de Publicaciones de la Secretaría de Extensión Académica de la Facultad por el amparo académico y técnico, respectivamente que nos proporcionaron.

Confiamos en que los alumnos de la Facultad y de otros centros de enseñanza recibirán con agrado esta importante novela de la tradición latinoamericana.

***Don Casmurro* y los retratos de sus padres¹**

Luiz Roncari

¿Casmurro o Casmurro?

Don Casmurro es, por excelencia, entre las novelas de Machado de Assis, la del *simulacro*. Todo en ella determina una especie de desdoblamiento en el espacio y en el tiempo, y, como todo simulacro, está constituida de verdades y mentiras. El desafío puesto al lector es el de no dejarse engañar por ellos, como sucedió con el héroe-narrador, que se transformó en simulacro de sí mismo. El mejor adjetivo que encuentro para caracterizar esa novela es *escurridiza*, porque, todo lo que digamos sobre ella, apoyados en las pistas que deja el narrador, puede ser desmentido en seguida, cuando no son las mismas pistas que pueden interpretarse en el sentido contrario. De ese modo, la mejor orientación para la lectura de la novela es la de que se lea con los ojos de la duda y de la desconfianza. Cada indicio dejado por el narrador, por su potencial capacidad de inducirnos al error, debe ser siempre sospechoso. La desconfianza debe empezar de entrada con el título, *Don Casmurro*. Según el narrador-protagonista, el lector no debe consultar los diccionarios para informarse sobre él: “casmurro no aparece aquí en el sentido que le dan, sino en el que le puso el vulgo de hombre callado y metido en sí mismo” (Assis, 1971, p. 809). La primera edición del *Dicionário contemporâneo da língua portuguesa Caldas Aulete*, publicada en Lisboa, en 1881, trae sólo esto: “adj. terco, obstinado y cabeza dura”. La novena edición del diccionario de Antonio de Moraes Silva, sin fecha, pero que no debe ser muy posterior a la novela, de 1899, ya que la octava es de 1891, trae también en la entrada simplemente esto: “terco, cabeza dura”. Así, en dos de los diccionarios de lengua portuguesa más consultados y respetados de la época, en Brasil, se afirma la acepción de *casmurro* como la del tipo obstinado y apegado a una idea fija. Sucede que la única etimología que encontré para *casmurro* confirma la acepción del vulgo, y no la del diccionario. La da Antenor Nascentes

¹ La primera versión de este ensayo fue presentada en el Teatro Municipal de São Paulo, el día 15 de mayo de 1992; un tanto modificada, se presentó en el XV Moitará, en Campos do Jordán, el día 23 de noviembre de 2001; y publicada en el libro *O bruxo do Cosme Velho: Machado de Assis, no espelho* (São Paulo: Alameda, 2004), organizado por Marcia Moura Coelho y Marcos Fleury de Oliveira.

y también está indicada en el Corominas, como derivada de *cazurro*, alguien insociable “muy metido en sí mismo”. Lo que remite entonces a alguien que haya, por temperamento propio u otra razón, desistido de participar de la vida social. El hecho de que Sofía ya haya usado la expresión en la novela anterior de Machado, en *Quincas Borba* (ibídem, cap. CXXXVIII, p. 761), con esta misma acepción, de alguien insociable, metido en sí mismo, e inmediatamente después el narrador en tercera persona la repita con el mismo sentido, para referirse a una actitud inicial de Palha, parece comprobar su uso por el autor en ese sentido, donde coinciden la etimología y el uso del vulgo. Dice el narrador de *Quincas Borba*: “Palha era entonces las dos cosas; casmurro, al principio, frío, casi desdeñoso; pero, la reflexión, o el impulso inconsciente restituía a nuestro hombre el ánimo de costumbre, y con él, según el momento, la demasía y el estrépito”. (Assis, 1971).

Lo que aquí nos interesa, sin embargo, es la alerta del narrador sobre el doble sentido de la palabra y el hecho de querer afirmar sólo uno de sus sentidos; recordando lo que se dijo al principio, eso nos debe llevar a poner atención también a la otra acepción, a la de los diccionarios de la época, del sujeto pertinaz, obstinado. Las dos posibles acepciones incubadas en el título del libro nos remiten a la pregunta que justamente ha orientado toda la discusión sobre él: ¿*Don Casmurro* es la novela de una sospecha o la novela de una doble traición?² Si fuere la de una sospecha, vale la acepción de terco, cabeza dura, refiriéndose a un tipo obsesivo; si fuere la de la doble traición, vale la de tímido y recogido en sí mismo, indicando el tipo que se desencantó con el mundo, con la vida social, con los amigos, con las mujeres y con el amor. Al héroe, habiendo sido traicionado por la mujer con el mejor amigo y quedando el hijo como el producto y el recuerdo del crimen, sólo le restaba desacreditar y abandonar el mundo, manteniendo las apariencias de las relaciones superficiales. Benito, como “casmurro”, nombre que sólo adquiere al tornarse narrador, intenta revisar y exponer el pasado, aquellas “sombras” que evoca y que tampoco logró entender, y pide ayuda al lector para que lo auxilie en la tarea. Es esta la novela que el narrador afirma, por las pistas que proporciona al lector desde el principio, cuando ya cita las primeras palabras del *Fausto*, “¿Ahí venís, otra vez, inquietas sombras?...”, refiriéndose a las figuras que emergen en la memoria, y termina con las reticencias; pero, quien vaya a

² Sobre el tema de la sospecha o de la “desconfianza” como prefiere la autora, ver Helen Caldwell, 2002, p. 49.

buscar la cita en la obra de Goethe, verá un poco más adelante: “ven a mí el *primer amor* y *la amistad primera*; se renueva el dolor...” (Goethe, 1958, v. III, p. 1179, traducción y cursivas mías).

No fue casual que el lector común y la primera crítica aceptaran más fácilmente la versión de la traición de Capitú, incluso porque ella confirma la visión tradicional y patriarcal de la mujer, ya sea la de la tradición bíblica, de Eva, o la de la tradición griega, de Pandora, recordada en el mismo libro, como si el tiempo histórico no hiciera más que actualizar los mitos. Los estudios literarios más recientes, sin embargo, han cambiado la lectura de *Don Casmurro*, desde Helen Caldwell (*O Otelo brasileiro de Machado de Assis*, 2002), pasando por Silviano Santiago (*Uma literatura nos trópicos*, 1978), John Gledson (*The Deceptive Realism of Machado de Assis*, 1984), hasta el ensayo de Roberto Schwarz, “A poesía envenenada de *Dom Casmurro*” (*Duas meninas*, 1997). Estos estudios, se puede decir en avances progresivos, han instaurado dudas sobre las pistas ofrecidas por el narrador y lo han puesto bajo sospecha, afirmando su parcialidad en la exposición de los hechos, como una versión subjetiva, interesada y deformada. En esa dirección, el libro tenderá a ser cada vez más la novela de una sospecha, de un tipo obsesivo, y la conclusión estaría resumida así en el ensayo de Roberto Schwarz “...no hay duda de que Benito escribe y arregla su historia con el fin de condenar a la mujer. No está en ella, sino en el marido, el enigma que nos importa descifrar” (Schwarz, 1997, p. 16).

Para este trabajo, partí de esas lecturas, con las cuales el diálogo es inevitable, pero traté de distanciarme un poco de aquella primera cuestión planteada, relativa a los temas de la sospecha o de la doble traición, y elegí otra, que tal vez me pudiera ayudar a entender mejor el libro, tanto en la forma, el modo de la composición novelesca, como en el contenido, la materia histórica trabajada por él: un momento de la transición de la familia patriarcal a la familia burguesa en Brasil. La pregunta que orientó mi ensayo fue esta: ¿por qué Machado escogió a Benito para ser el narrador y dar la versión de los hechos, y no a otro personaje cualquiera, Capitú, por ejemplo? La primera respuesta que me surgió fue de orden sociológico: Don Casmurro, así como ya había sucedido con Blas Cubas, era de extracción social opuesta a la del autor. Éste era de origen humilde y había ascendido socialmente, como Capitú y Escobar, aunque no por el matrimonio, como hizo la primera,

ni por los negocios, como hizo el segundo, sino por las “letras” (camino más difícil y que el espíritu de Escobar descartaba).

De esa manera, utilizando la imagen del *Príncipe*, de Maquiavelo, el autor ya había examinado la montaña desde el llano; al elegir ahora un hijo bien nacido de una familia patriarcal, podía complementar su visión del mundo social local observando el llano con los ojos de la montaña. La elección adquiriría así una función no sólo expositiva sino también cognitiva, para el autor y el lector, ya que les permitiría conocer con qué ojos eran vistos. Así, con la visión parcial del narrador, el autor podría construir una visión más global, complementándola a su modo y haciendo que adquiriese volumen, dejando sembrada en las entrelíneas otra perspectiva u otra visión de los hechos. Es ese desplazamiento del autor de la proximidad de la visión del narrador para colocarse más cerca del lector que, en la literatura de Machado, es llamado a asumir la posición de juez (o de juez del juez, dada la postura escéptica y fingidamente elevada del narrador), que hace de la narrativa una novela revolucionaria, y no un simple libro de memorias o de reminiscencias de un hombre desencantado y casmurro. La otra visión del autor incubada en el texto, sólo sugerida y complementaria, me parece de fundamental importancia para el análisis crítico, de modo que, revelada, pueda hacer distinguir, detrás y lejos del drama del triángulo amoroso, otro más vasto y más hondo: las artimañas espirituales desarrolladas para mantener y reproducir el dominio y la desigualdad en la sociedad brasileña esclavista patriarcal o, como dice Roberto Schwarz, “los excelentes recursos intelectuales vinculados a Benito Santiago no representan una contribución más a la civilización del país, y sí, atrevidamente, a la cobertura cultural de la opresión de clase” (Schwarz, 1997, p. 13).

La segunda razón, de orden psicológico más que sociológico y con menos implicaciones formales, es el hecho de que Benito está en una posición que le permite tanto sufrir la crisis de la familia patriarcal como frustrarse con la construcción del nuevo idilio familiar. Todo esto durante el primer ensayo de construcción de una sociedad urbano-burguesa en Brasil, particularmente en Río de Janeiro. La acción de la novela sucede en los años que van de 1858, cuando se cruzan los destinos de Benito, Capitú y Escobar, hasta poco después de 1872, última referencia cronológica constante en el libro, cuando Santiago, identificando los rasgos del hijo con los de Escobar, decide internar al muchacho en un colegio. Ese tiempo coincide con la “resaca”, no la de los ojos de Capitú, sino con aquella

que se llamó Era Mauá, periodo febril de especulaciones financieras e iniciativas empresariales, gracias a los capitales liberados por la extinción del tráfico de esclavos que Sergio Buarque de Holanda resumió así: “Eran dos mundos distintos que se hostilizaban con rencor creciente, dos mentalidades que se oponían como se opone a lo racional lo tradicional, a lo abstracto lo corpóreo y lo sensible, lo ciudadano y cosmopolita a lo regional y parroquial”. Sin embargo, no pasaba de ser un primer ensayo, que terminó en bancarrotas y crisis, como la de 1864, también sintetizada así por Sergio Buarque de Holanda: “Esa crisis fue el desenlace normal de una situación rigurosamente insostenible nacida de la ambición de vestir a un país todavía atado a la economía esclavista, con los trajes modernos de una gran democracia burguesa” (Holanda, 1969, p. 46). El *Don Casmurro* tampoco parece retratar otra cosa: un primer ensayo desastroso de cambio en el plano del microcosmos familiar, equivalente a lo que pasó en el macrocosmos de la vida política e institucional.

El autor-difunto

Los desencantos sufridos con la no realización del idilio con Capitú dejaron como única salida a Santiago/Don Casmurro construir su versión de los hechos, del mismo modo como había intentado reconstruir la casa de los padres en el Engenho Novo, como un simulacro de la de Mata-Cavalos. Dos simulacros, uno material y uno espiritual, que correspondían y no correspondían completamente a los hechos de lo que habían sido. Convertido en narrador, Santiago aparece ahora no como un muerto-vivo, el Blas Cubas, el “difunto-autor”, sino como un vivo-muerto, el casmurro; cuando todo acabó y sentía haber perdido a su mujer, a su amigo, a su hijo y, principalmente, a sí mismo, “pero faltó yo mismo, y esta laguna es todo” (Assis, 1971, p. 810), se lamenta. Bien o mal, Capitú y Escobar realizaron sus destinos y designios, una ascendió por el matrimonio y el otro por los negocios. En pensamiento y acción, los dos se ajustaron mejor con los términos de los tiempos nuevos: vivían proyectos factibles, la reflexión, el interés y el cálculo guiaban sus acciones, y sus ojos estaban puestos en el futuro. Benito estaba demasiado atado al pasado, sólo enfrentaba y vencía los obstáculos en sus sueños, como el del Emperador que venía a visitarlo e intervenir junto a su madre en su favor, y vivía pidiendo lo infinito a lo finito. Son muchas las señales presentes en el libro de que en Río de Janeiro está ocurriendo un cambio de mentalidad y de que los hechos de la época habían desencadenado una irrupción

de nuevos valores: desde las referencias explícitas a Benjamín Franklin, el del *time is money*, y Napoleón, “Después de Napoleón, teniente y Emperador, todos los destinos están en este siglo”, hasta los valores y formas de pensamiento de personajes como Capitú, Escobar y Ezequiel. La profundidad con que “el mal” había alcanzado al hijo se revela en una escena que vale como emblema para el libro y expresa el aislamiento de aquel que vendría a ser su narrador: es la escena del gato con el ratón vivo en la boca. Lo que sorprende a Santiago es el placer que sentía el hijo al ver la agonía del más débil al ser devorado por el más fuerte y, aún más, la gracia que le encontraban a la escena Capitú y Escobar.

La situación que metaforizaba la idea darwiniana de la ley del más fuerte y de la selección natural en un mundo sin piedad, parecía reunir a los tres, a la mujer, al amigo y al hijo, con un lazo de parentesco y filiación espiritual, de modo que era Santiago quien se sentía como un ratón en la boca del gato, y los demás se encarnaban en el minino para devorarlo. Ese aislamiento nos deja ver que, si algo había traicionado Santiago, había sido el tiempo; pero la identidad del hijo con “el otro” todavía estaba limitado al plano interno, al de las afinidades electivas, sin adquirir aún una cara visible y pública.

El plano de la historia, sin embargo, que es vivido más inmediatamente por los personajes, no es el de los hechos políticos ni el de los grandes cambios sociales, como el de la sustitución del trabajo esclavo por el libre, sino el de la crisis del modelo de constitución familiar, en este caso, de la familia patriarcal.

Los simulacros rigen la vida de Benito desde pequeño. La familia en la cual vive, cuando toma conciencia de sí mismo, al oír detrás de la puerta la conversación de José Dias con su madre sobre su propio futuro o, mejor, su destino, es una familia patriarcal sin padre: con la muerte de éste, la madre ocupa el lugar de mando y, a partir de ahí, cabe a ella hacer cumplir la voluntad del marido, como forma de preservar el orden patriarcal.³ La

³ En ese orden, el padre, una vez muerto, resurge en su mujer o en su hijo para que su voluntad continúe imperando. Eso se da, ya sea sólo en el plano de la transfiguración, de la voluntad, que se torna incuestionable y caprichosa, o ya sea en el plano de la misma apariencia física, como sucede con Don Diogo, en *As minas de prata*: “Don Diogo de Mariz tendría cerca de treinta años; pero los últimos cinco transcurridos después de la catástrofe que le había robado de un solo golpe a toda la familia, habían asolado aquella mocedad robusta y tierna. Su frente alta e inteligente, como la de su padre, empezaba a despoblarse, y la tez morena, menos quemada por el sol que otrora, parecía curtida por el dolor y la nostalgia./ Pero lo que había perdido en brillo y frescura de la edad, lo había ganado en gravedad de aspecto y nobleza de gesto. Empezaba a adquirir la belleza varonil, que adornaba el busto venerable de D. Antonio de Mariz, todavía en los últimos días de su existencia./ La sala donde se encontraba el hidalgo era como la página desdoblada de lo íntimo de su alma:

madre seguía teniendo esclavos y agregados, que se constituían ahora, en la ciudad, en una clientela medio inútil, sin el peso económico y político que tenían tradicionalmente –la familia de Benito sacaba entonces la mayor parte de sus rendimientos de pólizas, de las rentas de las casas y de los esclavos que poseía. La representación de lo que había sido esa estructura familiar en el pasado está, así como para Don Diogo de Mariz (ver nota 2), en los dos retratos de la pared: el del padre y el de la madre. El análisis de la descripción de las dos fotos es interesante. Nos permite ver cómo la narración reúne, al mismo tiempo, elementos subjetivos y objetivos, interpretaciones deformadas de la realidad en relaciones objetivas históricamente comprobadas, idealizaciones y herencias efectivas. Los dos retratos son descritos así:

“Tengo ahí en la pared su retrato, junto a la del marido, tal como en la otra casa. La pintura oscureció mucho, pero todavía da idea de ambos. No recuerdo nada de él, a no ser vagamente que era alto y usaba cabellera grande; el retrato muestra unos ojos redondos, que me acompañan a todos lados, efecto de la pintura que me asustaba de pequeño. El cuello sale de una corbata negra de muchas vueltas, la cara está toda rapada, salvo una partecita pegada a las orejas. El de mi madre muestra que era linda. Tenía entonces veinte años, y tenía una flor entre los dedos. En el panel parece ofrecer la flor al marido. Lo que se lee en la cara de ambos es que, si la felicidad conyugal puede ser comparada con la lotería, ellos se la sacaron con el billete comprado en sociedad.

Concluyo que no se deben abolir las loterías. Ningún premiado las acusó todavía de inmorales, como nadie tachó de mala a la caja de Pandora, por haberse quedado la esperanza en el fondo; en alguna parte ha de permanecer ella. Aquí los tengo a los dos bien casados de otrora, los bienamados, los bienaventurados, que se fueron de ésta a la otra vida, probablemente a continuar un sueño. Cuando la lotería y Pandora me aburren, levanto los ojos hacia ellos, y olvido los billetes blancos y la caja fatídica. Son retratos que valen por originales. El de mi madre, extendiendo la flor al marido, parece decir: “¡Soy toda tuya, mi guapo caballero!” El de mi padre, mirándonos, hace este comentario: “Vean cómo me

ahí estaban alrededor, cercándolo, los recuerdos más palpitantes de su vida. *Los retratos de sus padres*, de Cecilia e Isabel, pendían de las paredes; y frente al escritorio donde escribía, un pintor de la época había imaginado bajo las indicaciones del hidalgo *una copia muy semejante de la casa de Paquequer* asentada sobre la gran roca a la orilla del río” (Alencar, 1958, v. II, p. 951, cursivas mías). El mismo fenómeno sucede con Benito, cuando regresa a casa, después de hacer los estudios en leyes en São Paulo (ver Assis, 1971, cap. XCIX, “El hijo es la cara del padre”, p. 906).

quiere esta joven...” Si padecieron enfermedades, no sé, como no sé si tuvieron disgustos: era niño y empecé por no haber nacido. Después de la muerte de él, me acuerdo que ella lloró mucho; pero aquí están los retratos de ambos, sin que lo percutido del tiempo les quitase la primera expresión. Son como fotografías instantáneas de la felicidad.” (Assis, 1971, p. 816-7)

Benito, observando los retratos, “Lo que se lee”, hace el siguiente comentario: “son como fotografías instantáneas de la felicidad”. Dice eso como si los retratos estamparan no ya las personas felices del padre y de la madre, sino la misma felicidad; y no en una pose teatral, como eran los daguerrotipos retocados a tinta de la época, sino como *una instantánea* (técnica fotográfica que debería estar todavía muy lejos de ese arte en la época del matrimonio de los padres de Benito, cuando la fotografía daba sus primeros pasos). Pero el proceso de idealización del héroe transforma la foto de pose en instantánea, en el tipo de fotografía que busca, con la sorpresa, captar un momento de la persona o de la escena, fugaz pero significativa, en la medida que condensa la verdad de todas las horas; en otros términos, la instantánea es capaz de aprehender, en la multiplicidad de las caras presentadas en el movimiento de los pasajes, aquélla que revela su esencia. Así, la evaluación de Benito es meramente subjetiva y sublimada, pues no tenía ninguna evidencia que le testificara el hecho, ya que recordaba muy poco del padre “no recuerdo nada de él, a no ser que era alto y usaba cabellera grande”

Por otro lado, las fotos expresaban también relaciones objetivas, que pueden ser igualmente aprehendidas en la descripción idealizadora del narrador. Mientras la madre se volteaba hacia adentro y hacia el padre y le entregaba no sólo la flor que tenía entre los dedos como también la juventud, la belleza y la misma persona, diciendo, según imaginaba Benito, en la primera persona del singular y usando un posesivo: “*Soy toda tuya*, mi guapo caballero”; el padre, vuelto hacia fuera, hacia al público que pudiera estar viendo la escena, altivo, “El cuello sale de una corbata negra de muchas vueltas”, se desvanecía, usando la tercera persona del plural y el pronombre demostrativo, que parece decir, también según suponía el hijo: “*Vean cómo me quiere esta joven...*” (cursivas mías).

Este es el modelo familiar que pesa como una lápida sobre Benito: una simulación, una parte verdad y otra mentira, el modelo de una relación jerárquica patriarcal, basada en la autoridad privada y pública paterna en la sumisión doméstica materna, todo pintado por

el hijo con un barniz idílico de armonía y felicidad. Relaciones, sin embargo, que habían sido trasladadas de la estabilidad del campo a la inestabilidad del tiempo y del espacio urbano de Río de Janeiro.

En ese aspecto, otro modelo familiar ya se insinuaba, y Benito no permanece ajeno a él. El nuevo modelo comparte con la realidad patriarcal, que se transfiere también a la ciudad, como señala Roberto Schwarz, basándose en Gilberto Freyre: “Se trata (la familia) de una unidad numerosa y suelta, lo que Gilberto Freyre, en *Sobrados e mucambos*, describe como la persistencia de la gran familia rural de la Colonia en condiciones de ciudad y europeización del ochocientos” (Schwarz, 1997, p. 23). Paralelamente, ese modelo ya compartía su existencia con las proyecciones de la pequeña familia nuclear burguesa (como la que el mismo Machado constituyó) y que ya se presentaba en el horizonte, debido al lento desarrollo del trabajo libre, aunque todavía con alto grado de idealización (y que parece persistir durante el siglo XX, como podremos observar en el cuento de Mario de Andrade “El pavo de navidad” en el cual el joven, Juca, prefiere comer el pavo en el seno familiar limitado, para que, entre otras cosas, sea el Padre, y no la Madre, la entidad sacrificada en la cena). Esa familia surge como un nuevo idilio, esperanzador, lejos todavía de ser conocida en su miseria (y, muchas veces, en su infierno), como la reclusión humana compensatoria privada, frente a la lucha sin tregua de la vida competitiva impuesta por las relaciones capitalistas en el espacio público burgués. El nuevo modelo familiar puede ser visto muy bien casi como en un grabado *kitsch* de los almanaques del siglo XIX, en una poesía mala de un poeta mediocre, hoy poco recordado, Lucio de Mendonça, llamada “A familia”, y que Machado cita y comenta en su ensayo “A nova geração”, de 1879. La poesía trata “de un joven”, cuenta Machado, “célibe y pródigo, que sale a matarse, una noche, en dirección al mar; de repente, se detiene, mirando a través de los vidrios de una ventana:

“Era elegante la sala, y caliente y confortada.

A la mesa, junto a la luz, la madre estaba sentada.

Cosía. Más allá, una pareja de niños,

Risueños y gentiles como unas esperanzas,

Miraban juntamente un libro de grabados,

Inclinando sobre él las cabecitas puras.
En un estudio, más lejos, que entreabierto se veía,
Un hombre —era el padre— tranquilo y grave, escribía.
Finalmente una viejecita. Estaba ahora sola,
Porque estaba rezando. Era, seguro, la abuela.
Y en todo aquello había una paz, un confort...
¡Oh! ¡La familia! ¡El hogar! El sosegado puerto
En el tormentoso mar. Abrigo, amor, cariño.
El joven estuvo mirando. Y volvió camino”. (Assis, 1973, v. III, p. 831)

Parece que, para que la felicidad sea completa, sólo faltaba en la sala un perrito. No es ya el idilio campestre cantado por el poeta, como los de Tomás Antonio Gonzaga; ahora es un idilio sólo aspirado por el poeta, que lo contempla desde fuera, separado de él por los vidrios de la ventana. Ocurre en el interior tibio y confortable de la sala de un hogar burgués, mientras fuera de él, en el espacio público, ya reina el “tormentoso mar”. La realización de ese idilio ya no se opone a la posesión de la riqueza, como cantaba Critilo, “De la suerte que vive el rico,/ entre el fausto, alegremente,/ vive el guardador del ganado,/ apocado,/ mas contento”, creyendo que el amor y la poesía eran capaces de vencer todo, inclusive las fuerzas inexorables del tiempo y de la muerte. El nuevo idilio parecía bien combinarse con la riqueza, que podía garantizar la luz, el calor, la seguridad y el confort de la casa burguesa.

El paso que intenta realizar Benito es el de aquel modelo patriarcal de los retratos de sus padres, a este de la poesía, de un simulacro a otro, que, por la no concretización, lo lleva a la frustración. Por un lado, Benito no logra liberarse completamente del pasado, los lazos son muy fuertes y profundos; por otro, desconfía del futuro o no logra confiar totalmente en aquello que parece construirse a través de la mentira, “la mentira es muchas veces tan involuntaria como la transpiración”, dice, y a través del imperio de las relaciones comerciales. Son innumerables las ocasiones en que usa las relaciones comerciales y financieras como metáforas de relaciones de los más diferentes tipos, como aquí, para describir las relaciones religiosas: “Purgatorio es una casa de empeños, que presta sobre todas las virtudes, con interés alto y plazo corto. Pero los plazos se renuevan, hasta que un

día una o dos virtudes medianas pagan todos los pecados grandes y pequeños” (Assis, 1971, v. I, p. 920). Así, se establece una confrontación entre la visión del autor, que, desde su nueva posición, puede juzgar al héroe-narrador y su arraigo al pasado patriarcal, y la visión del narrador casmurro, que no tiene juicio menos negativo del futuro que lo alcanza, hecho emblema en la escena cruel en que el gato devora al ratón. Se crea una dialéctica entre dos tiempos cargados de signos negativos, cuyo resultado parece estar mucho más cerca de la nada que de la síntesis. La perspectiva del narrador no puede ser considerada completamente irrelevante por parcial, muestra datos importantes para complementar la del autor. Ésta trasciende la visión desencantada y melancólica del narrador, y por eso necesita ser desentrañada de los signos e imágenes oblicuas dejadas al último. Si está lejos de la perspectiva romántica del choque entre el Bien y el Mal, tampoco se disfraza con las esperanzas burguesas, como sucede en algunos de los primeros escritos de Machado. En la periferia, sus realizaciones afirmaban más que disipaban la dominación y las desigualdades. El modo imitativo de asimilación de lo moderno hacía que los elementos seleccionados emergieran no en función de su superación, sino de caprichos de los que podían elegir qué imitar, justamente los que gozaban de la situación favorable de dominación. Este sería uno de los rasgos del lugar, del cual deberíamos tener el “sentimiento íntimo”, de un pasado con raíces exageradamente hondas para ser superadas, de tal forma que, cuando eso parecía ocurrir, volvía a reponerse y con más fuerza. Con la visión del autor complementada por la del narrador, los dos tiempos aparecen representados como dos negaciones que se confrontan y de cuyo conflicto no tenemos mucho que esperar (dialéctica que será reproducida por la flor negativa de Drummond, por ende con fuerza para romper y nacer en el asfalto, en el poema “A flor e a náusea”).⁴ Sin embargo, el tiempo nuevo trae algo positivo, la conciencia de esa realidad; la posibilidad abierta por el narrador en cuanto narrativa, que escapa de la rigidez del mito, y nos hace descender a las raíces internas y externas del conflicto para contemplarlas.

Cuando Santiago se casa con Capitú, lo hace siguiendo sólo sus inclinaciones personales y en contra de todo lo que sería del orden patriarcal: no realiza alianzas de

⁴ ... “Mi odio es lo mejor de mí./ Con él me salvo/ y doy a pocos una esperanza mínima./ ¡Una flor nació en la calle!/ Pasen de lejos, tranvías, autobuses, río de acero del tráfico./ Una flor todavía aletargada/ evita la policía, rompe el asfalto./ Guarden completo silencio, paralíen los negocios,/ aseguro que una flor nació./ su color no se ve./ Sus pétalos no se abren./ su nombre no está en los libros./ Es fea. Mas es realmente una flor...” Carlos Drummond de Andrade.

familias ni de fortunas, no podría esperar una dote de Capitú, una de las instituciones más fuertes de la vida social brasileña. No tiene en perspectiva la familia extensa, con su faceta pública, sino el refugio en lo “alto de la Tijuca”, donde arma un “nido de enamorados”, en La Gloria, descrito en el capítulo llamado “En el cielo”. Nada más idílico, pero también nada más contrario a la familia patriarcal, que buscaba afirmarse en el orden del cual era el apoyo más importante. Entre tanto, lo que llevaba a Santiago a distanciarse de su primer modelo era también su inclinación romántica, de buscar el infinito en lo finito, como cuando discurre sobre la primera semana en el barrio de La Gloria: “Imagina un reloj que sólo tuviera péndulo, sin carátula, de manera que no se viesen las horas escritas. El péndulo iría de un lado a otro, pero ninguna señal externa mostraría la marcha del tiempo. Tal fue aquella semana de la Tijuca”. Sólo que, en esta ocasión, quien busca mirar hacia fuera de la fotografía y parece depender de la aprobación pública es la mujer, Capitú, que empieza a fastidiarse en aquel refugio y apresura la bajada: “No le bastaba estar casada entre cuatro paredes y algunos árboles; necesitaba al resto del mundo también”, comenta Don Casmurro, con más de una punta de maldad.

Reconocer que la mujer pudiera tener algún deseo propio que desentonara del suyo traicionaba la imagen que tenía de lo que debía ser la vida celestial en la tierra, regida por la primera epístola de San Pedro, que siente que es recitada cuando llegan al “nido de amor”: “Las mujeres sean sujetas a sus maridos... No sea el atavío de ellas el adorno de los cabellos rizados o los tejidos de oro, sino el hombre que está escondido en el corazón... Del mismo modo, vosotros, maridos, cohabitad con ellas, tratándolas con honor, como a las copas más frágiles, y herederas con vosotros de la gracia de la vida...” La dificultad de Santiago estaba en reconocer en su mujer “el otro”, alguien que no fuera su propio reflejo, como “leía”, en la simulación de los retratos, la entrega y sujeción de la madre al padre. Es ahí donde empieza a mirar la traición, independientemente de que Capitú lo haya traicionado de hecho; y el modelo paterno, que se imaginaba roto, empieza a renacer dentro de él. Lo que parecía un hecho incidental se transforma en una obsesión, en una idea fija, de la cual dejamos de ser señores, pues gana autonomía y nos domina.⁵ Así, la misma idea

⁵ Para comentar el estado obsesivo de Santiago, Helen Caldwell utiliza una crítica muy pertinente de John Money sobre *Otelo*, de Shakespeare: “De acuerdo con John Money, Otelo sufre de una ‘impotencia’ similar. Money observa también que el auto-encargo de Otelo como ministro de la justicia divina, como justo instrumento del Hado o Destino, es una auto-ilusión, y que la divinidad ante la cual Otelo y Iago se inclinan,

pasaba a dirigir las interpretaciones deformadas que Santiago formulaba de la realidad. Una vez, asiste a una representación de *Otelo* y sale del teatro haciendo consigo mismo los siguientes comentarios:

Oí las súplicas de Desdémona, sus palabras amorosas y puras, y la furia del moro, y la muerte que éste le dio entre aplausos frenéticos del público.

–Y era inocente, venía yo diciendo calle abajo; –¿qué haría el público si ella de veras fuera culpable, tan culpable como Capitú? (Assis, 1971, v. I, p. 935)

La herencia familiar habiéndole turbado tanto la vista, toma los aplausos del público, que, ciertamente, habían sido por la buena representación de los actores, como señal de aprobación por la muerte de Desdémona.⁶

Entretanto, es solamente cuando empieza a entender que la traición adquiere señales exteriores y visibles, que, sujetas a sufrir el reconocimiento, pueden comprometer su imagen pública (ya que la particular se volverá para él un harapo), que Santiago reasume completamente su herencia patriarcal; el padre resurge en él como ve a Escobar renaciendo en el hijo, Ezequiel:

“Escobar venía así surgiendo de la sepultura, del seminario y de Flamengo para sentarse conmigo en la mesa, recibirme en la escalera, besarme en la oficina por la mañana, o pedirme por la noche la bendición acostumbrada”. Y su reacción no difiere de la de Otelo, el deseo de la muerte cruel de la mujer “...yo juraba matarlos a ambos, (Capitú y el hijo) ora de golpe, ora despacio, para dividir con el tiempo de la muerte todos los minutos de la vida empañada y angustiada”. (ibídem, p. 932)

La sospecha patriarcal

La reacción de Santiago no es, con todo, sólo la de un poseso o alguien obcecado por los celos, es una reacción típicamente patriarcal. Se desencadena no tanto por el acto de la

‘son sus propias ideas fijas’ –deseo de destruir surgiendo de su ‘impotencia’ de crear. En el caso de Otelo, se incluye además ‘el deseo de ver las cosas como no son’” (Caldwell, 2002, p. 189-90).

⁶ Mi lectura de esa escena es muy semejante a la de Helen Caldwell, 2002, p. 188.

traición sino por la simple *sospecha*, la cual, más que el hecho, compromete la imagen pública del Padre: la sospecha es peor que el crimen en la medida en que pone en cuestión la autoridad del patriarca y muerde su imagen pública. La crónica histórica registra muchos casos de ese tipo. Rocha Pita cita uno muy ilustrativo, en su *História da América portuguesa*:

“En este año (1687) fue degollado en el Terreiro da Bahía, el coronel Fernão Bezerra Barbalho, residente y natural de la provincia de Pernambuco, y una de las personas de su nobleza, por matar en su ingenio de la Várzea, injustamente y sin más causa que una *sospecha ciega*, a su esposa y sus tres hijitas, escapando otra que por más pequeña había escondido una esclava ...Fue compañero de Fernão Bezerra en esta crueldad su hijo primogénito, matricida y fratricida de su misma madre y hermanas”. (Pita, 1952, p. 328-9, cursivas mías)

El padre Antonio Vieira comenta el hecho en una carta del mismo año: “Hoy hace ocho días que degollaron en nuestra plaza al hidalgo que de allá vino preso por las muertes de su mujer e hijas, y su cabeza va a ser puesta en el lugar del delito. Quiera Dios que este ejemplo dé algún fruto...” (apud Pita, 1952). La exclamación esperanzadora final de Vieira indica que tales hechos no eran pocos. Sergio Buarque de Holanda, al discutir el carácter ilimitado del patrio poder y la tiranía de la familia patriarcal brasileña, cita el caso de Bernardo Vieira de Melo, que “sospechando adulterio de la nuera, la condena a muerte en consejo de familia y manda ejecutar la sentencia, sin que la justicia dé un solo paso en el sentido de impedir el homicidio o de castigar al culpable, no obstante toda la publicidad que dio al hecho el mismo criminal” (Holanda, 1969, p. 49-50). Dar “publicidad” al hecho, así como a la forma cruel de venganza, era como poner fin a la sospecha y lavar la honra, más importante que el mismo acto, pues era la manera de garantizar al “público” que la autoridad fuera restaurada.

De esa primera reacción patriarcal de Santiago pasando por las oscilaciones entre el suicidio y el envenenamiento del hijo, hasta el traslado de él y de la mujer a Suiza, hay una distancia. Algo cambió, él mismo se perdió entre dos identidades: la de Benito, que se apartó del pasado, y la de Santiago, que no fue capaz de romper definitivamente con el pasado y de concretizar el futuro. Ese conflicto se establece cuando Santiago tiene que dar

un paso más en su proceso de adaptación al tiempo, hecho que se inicia como una segunda parte del libro. Es cuando se convence de que tiene que aceptar que la traición es posible o de que forma parte de las nuevas reglas del juego. Desconfía que Escobar traicione a la mujer con una actriz; él mismo vive una aproximación con la mujer de Escobar, doña Sancha; y después, desconfía de Capitú. En su opinión, todos, si no traicionaban, podrían estar traicionando a todos. Benito, que en varios momentos buscó lo infinito en lo finito, no logra dar este último paso hacia un mundo desacralizado, sin absolutos, que no abandonaba el culto de sus iconos, de sus simulacros o de sus retratos en la pared. En ese sentido, se desdoblaba, creando un simulacro de sí mismo: al mandar a la mujer y al hijo a Suiza, salvaba su imagen pública, una parte que recuperaba y conservaba de la herencia paterna; pero no dejaba tampoco de adaptarse al tiempo, pasando a mantener relaciones apenas superficiales con amigos y amigas, como las descritas al principio y al final de libro, como si cerraran “las dos puntas de la vida”.

Si se hubiera mantenido inflexible e irreductible en sus herencias patriarcales, la resolución del tema (o del conflicto) posiblemente se habría dado de una manera trágica; sabiendo, sin embargo, que en el nuevo tiempo y en la nueva situación urbana, tal vez no obtuviera la misma aprobación de la tradición agraria, y que imaginaba que había ocurrido en la representación de *Otelo*. Pero, en caso de que se hubiera adaptado íntegramente al tiempo, tal vez llegaríamos a la comedia, con las posiciones de los retratos invirtiéndose: él ofreciendo la flor a su mujer y ella riéndose de él, establecida en el capitolio del hogar. ¿Ella no se llamaba Capitolina? En el Capitolio estaba el templo de Júpiter Ótimo Máximo, el guardián por excelencia de la ciudad. Como el conflicto no se resuelve ni hacia un lado ni hacia otro, todo eso se parece mucho con las formas brasileñas de acomodo y nuestro proceso de cambios históricos, de un país que se moderniza constantemente para que cada vez se parezca más a sí mismo. El narrador, desde su punto de vista, deja una pregunta final de carácter universalizante, válida no sólo para Capitú. “Si la Capitú de la playa de La Gloria ya estaba dentro de la de Mata-Cavalos”. Es decir, ¿Quién hace al hombre, las herencias familiares (y sus estructuras) tradicionales o el tiempo nuevo? ¿Las herencias profundas del pasado que regresan siempre o las nuevas olas del tiempo que vienen para borrarlas? ¿Qué nos define: el mito, las estructuras profundas o la historia, los nuevos eventos que prometen cambios? Pero, si buscáramos el punto de vista del autor, menos

pretencioso pero más esclarecedor, podríamos sustituir en aquella pregunta a Capitú por Benito; con eso, ella dejaría de ser una pregunta para transformarse casi en una certeza, y quedaría así: “El Don Casmurro de la playa de La Gloria, sin duda ya estaba dentro del Benito de Mata-Cavalos”, sólo que un tanto callado, todavía no tan celoso, como afirma Roberto Schwarz: “...el celoso de La Gloria ya existía listo y acabado en el niño de Mata-Cavalos, con una diferencia de la que hablaremos” (Schwarz, 1997, p. 18). Y, para que eso sucediera en su formación precoz, las enseñanzas de los retratos de los padres deben haber contribuido bastante.

En ese debate de la novela entre romanticismos patriarcales y realismos burgueses, Santiago, en cuanto personaje, vive la sospecha y la obsesión patriarcal, pero se constituye en el narrador de una historia de las mentiras y traiciones de la vida burguesa, que en Brasil estaba apenas anunciándose, como el casmurro desencantado. Con eso, una acepción de la palabra se junta a la otra, como si cerraran aquí “las dos puntas” de la historia.

Referencias bibliográficas

- ALENCAR, J. de. *Obra completa*. Rio de Janeiro: José Aguilar, 1958, v. II.
- ASSIS, M. de. *Obra completa*, Río de Janeiro: José Aguilar, 1971, v. I.
- _____. *Obra completa*, Rio de Janeiro: José Aguilar, 1973, v. III.
- CADWELL, H. *O Otelô brasileiro de Machado de Assis*. Trad. Fábio Fonseca de Melo, São Paulo, Ateliê, 2002
- GOETHE, J. W. *Obras completas*. Trad. Rafael Cansinos Assens. Madrid: Aguilar, 1958, v. III
- HOLANDA, S. B. de. *Raízes do Brasil*. 5 ed. Río de Janeiro; José Olympio, 1969.
- PITA, R. *História da América portuguesa*. São Paulo: Jackson, 1952.
- SWARZ, R. *Duas meninas*. São Paulo: Companhia das Letras, 1997.

Capítulo I

Del título

Una de estas noches, viniendo de la ciudad al Engenho Novo, encontré en el tren de la Central, a un joven de aquí del barrio, que conozco de vista y de sombrero. Me saludó, se sentó junto a mí, habló de la luna y de los ministros, y acabó recitando unos versos. El viaje era corto, y puede ser que los versos no fuesen completamente malos. Sucedió, sin embargo, que como estaba cansado, cerré los ojos tres o cuatro veces; eso bastó para que interrumpiera la lectura y metiera los versos en el bolsillo.

–Continúe, dije despertando.

–Ya acabé, murmuró.

–Son muy bonitos.

Le vi hacer un ademán, para sacarlos otra vez del bolsillo, pero no pasó del ademán; estaba de malas. Al día siguiente empezó a expresarse mal de mí, y acabó apodándome *Don Casmurro*. Los vecinos, a quienes no les gustan mis hábitos reclusos y callados, dieron curso al apodo, que finalmente pegó. Ni por eso me enojé. Les conté la anécdota a mis amigos de la ciudad, y ellos, por gracia, me llaman así, algunos en recados: “Don Casmurro, el domingo voy a cenar contigo”. –“Voy a Petrópolis, don Casmurro; la casa es la misma de Renânia; a ver si dejas esa caverna del Engenho Novo, y vas a pasar unos quince días conmigo.” –“Mi caro don Casmurro, no creas que te dispenso lo del teatro mañana; ven y dormirás aquí en la ciudad; te doy un palco, te doy té, te doy una cama; sólo no te doy una joven.”

No consultes diccionarios. *Casmurro* no aparece aquí en el sentido que ellos le dan, sino en el que le puso el vulgo de hombre callado y metido en sí mismo. El *don* vino por ironía, para atribuirme aires de hidalgo. ¡Todo por estar dormitando! Tampoco encontré mejor título para mi narración; si no encuentro otro de aquí hasta el fin del libro, se queda este mismo. Mi poeta del tren sabrá que no le guardo rencor. Y con un pequeño esfuerzo, siendo suyo el título, podrá pensar que la obra es suya. Hay libros que sólo tendrán eso de sus autores; algunos ni eso.

Capítulo II

Del libro

Una vez que expliqué el título, paso a escribir el libro.

Antes de eso, sin embargo, digamos los motivos que me ponen la pluma en la mano.

Vivo solo, con un criado. La casa en que habito es propia; la hice construir a propósito, llevado por un deseo tan particular que me avergüenza imprimirlo, pero ahí va. Un día, hace muchos años, tuve la idea de reproducir en el Engenho Novo la casa donde me crié en la antigua Rua de Mata-cavalos, dándole el mismo aspecto y economía de aquella otra, que desapareció. Constructor y pintor entendieron bien las indicaciones que les hice; es la misma construcción tipo chalet, tres ventanas al frente, terraza al fondo, las mismas alcobas y salas. En la principal de éstas, la pintura del techo y de las paredes es más o menos igual, unas guirnalda de flores pequeñas y grandes pájaros que las toman con los picos, de espacio a espacio. En los cuatro ángulos del techo las figuras de las estaciones, y en el centro de las paredes los medallones de César, Augusto, Nerón y Masinisa, con los nombres en la parte de abajo... No entiendo la razón de tales personajes. Cuando nos fuimos a la casa de Mata-cavalos, ya estaba decorada así; venía de la década anterior. Naturalmente era el gusto de la época poner sabor clásico y figuras antiguas en colores americanos. Lo demás es también análogo y parecido. Tengo una huertita, flores, hortalizas, una casuarina, un pozo y un lavadero. Uso loza vieja y muebles viejos. En fin, ahora, como otrora, hay aquí el mismo contraste entre la vida interior, que es pacata, y la exterior, que es ruidosa.

Mi fin evidente era atar las dos puntas de la vida, y restaurar en la vejez la adolescencia. Pues, señor, no logré recomponer lo que fue ni lo que fui. Aunque el rostro es igual, la fisonomía es diferente. Si sólo me faltasen los otros, de acuerdo; un hombre se consuela más o menos de las personas que pierde; pero faltó yo mismo, y esta laguna lo es todo. Lo que aquí está es, valga la comparación, semejante al tinte que se pone en la barba y en los cabellos, y que apenas conserva la apariencia externa, como se dice en las autopsias; lo interno no aguanta la pintura. Un certificado que me diese veinte años de edad podría engañar a los extraños, como todos los documentos falsos, pero no a mí. Los amigos

que me quedan son de fecha reciente; todos los antiguos fueron a estudiar la geología de los camposantos. En cuanto a las amigas, algunas datan de hace quince años, otras de menos, y casi todas creen en la juventud. Dos o tres harían creer en ella a los otros, pero la lengua que hablan obliga muchas veces a consultar los diccionarios, y tal frecuencia cansa.

Sin embargo, vida diferente no quiere decir vida peor; es otra cosa. En ciertos aspectos, aquella vida antigua se me aparece despojada de muchos encantos que le hallé; pero también es exacto que perdió muchas espinas que la hizo molesta, y, en la memoria, conservo algún recuerdo dulce y hechicero. En verdad, poco aparezco y menos hablo. Distracciones pocas. La mayor parte del tiempo lo empleo en la huerta, el jardín y la lectura. Como bien y no duermo mal.

Ahora, como todo cansa, esta monotonía acabó por agotarme también. Quise variar, y pensé en escribir un libro. Jurisprudencia, filosofía y política acudieron a mí, pero no me acudieron las fuerzas necesarias. Después, pensé en hacer una *História dos Subúrbios*, menos aburrida que las memorias del Padre Luis Gonçalves dos Santos,⁷ en relación con la ciudad; era una obra modesta, pero exigía documentos y fechas, como preliminares, todo árido y extenso. Fue entonces cuando los bustos pintados en las paredes empezaron a hablarme y a decirme que, una vez que ellos no alcanzaban a reconstituirme los tiempos idos, tomara la pluma y contara algunos. Tal vez la narración me diese la ilusión, y las sombras llegaran a pasar ligeras, como al poeta, no el del tren, sino el del *Fausto*: *¿Ahí venís otra vez, inquietas sombras...?*

Quedé tan contento con esta idea, que todavía ahora me tiembla la pluma en la mano. Sí, Nerón, Augusto, Masinisa, y tú, gran César, que me incitas a hacer mis comentarios, os agradezco el consejo, y voy a poner en el papel las reminiscencias que me vinieren llegando. De este modo, viviré lo que viví, y asentaré la mano para alguna obra de mayor peso. Ea, empecemos la evocación por una célebre tarde de noviembre, que nunca se me olvidó. Tuve otras muchas, mejores, y peores, pero aquella nunca se me borró del espíritu. Es lo que vas a entender, leyendo.

Capítulo III

La denuncia

⁷ Clérigo, escritor, cronista (Río de Janeiro, 1767-1844).

Iba a entrar en la sala de visitas cuando oí proferir mi nombre y me escondí detrás de la puerta. La casa era la de la Rua de Mata-cavalos, el mes noviembre, el año es que es un tanto remoto, pero no he de cambiar las fechas a mi vida sólo para agradar a las personas que no aman las historias viejas; el año era 1857.

–Doña Gloria, ¿persiste usted en la idea de meter a nuestro Benito en el seminario? Ya es tiempo, y ya ahora puede haber una dificultad.

–¿Qué dificultad?

–Una gran dificultad.

Mi madre quiso saber cuál era. José Dias, después de algunos instantes de concentración, vino a ver si había alguien en el corredor; no me vio, regresó y, bajando la voz, dijo que la dificultad estaba en la casa de al lado, Padua y su gente.

–¿La familia de Padua?

–Desde hace algún tiempo quiero decirle esto, pero no me atrevía. No me parece bien que nuestro Benito ande metido en los rincones con la hija del *Tortuga*, y esta es la dificultad, porque si ellos se enredan, tendrá usted que luchar bastante para separarlos.

–No creo. ¿Metidos en los rincones?

–Es una manera de decirlo. Con secretitos, siempre juntos. Benito casi no sale de allá. La pequeña es una insensata; el padre hace como que no ve; él quisiera que las cosas pasaran de manera que... Comprendo su gesto; usted no cree en tales cálculos, le parece que todos tienen el alma cándida...

–Pero, señor José Dias, he visto a los pequeños jugando, y nunca vi nada sospechoso. Basta la edad; Benito apenas tiene quince años. Capitú cumplió catorce la semana pasada; son dos niños. No olvide que se criaron juntos, desde aquella gran creciente, hace diez años, cuando la familia Padua perdió tanto; de ahí vinieron nuestras relaciones. ¿Pues voy a creer...? Hermano Cosme, ¿tú qué crees?

El tío Cosme respondió con un “¡vaya vaya!” que, traducido vulgarmente, quería decir. “Son imaginaciones de José Dias; los pequeños se divierten, yo me divierto; ¿cuál es el problema?”

–Sí, creo que está usted equivocado.

–Puede ser, señora mía. Ojalá tengan razón; pero créame que no hablé sino después de mucho analizar...

–En todo caso, va siendo tiempo, interrumpió mi madre; voy a tratar de meterlo en el seminario cuanto antes.

–Bien, una vez que no perdió la idea de hacerlo cura, se ha ganado lo principal. Benito ha de satisfacer los deseos de su madre. Y además la iglesia brasileña tiene altos destinos. No olvidemos que un obispo presidió la Constituyente, y que el padre Feijó gobernó el imperio...

–¡Gobernó como su cara! atajó el tío Cosme, cediendo a antiguos rencores políticos.

–Perdón, doctor, no estoy defendiendo a nadie, estoy citando. Lo que quiero decir es que el clero todavía tiene un gran papel en Brasil.

–Lo que quiere es una partida; anda, ve a buscar el backgammon. En cuanto al pequeño, si ha de ser cura, realmente es mejor que no empiece a decir misa detrás de las puertas. Pero, vamos a ver, hermana Gloria, ¿qué necesidad hay de hacerlo cura?

–Es promesa, ha de cumplirse.

–Sé que hiciste la promesa... pero, una promesa así... no sé... Creo que, pensándolo bien... ¿tú qué piensas, prima Justina?

–¿Yo?

–Es verdad que cada uno sabe mejor de sí, continuó el tío Cosme; Dios es el que sabe de todos. Con todo, una promesa de tantos años... Pero, ¿qué es eso, hermana Gloria? ¿Estás llorando? ¡Ora sí! No es cosa de lágrimas

Mi madre se sonó sin responder. La prima Justina creo que se levantó y fue a hablar con ella. Siguió un largo silencio, durante el cual estuve a punto de entrar en la sala, pero otra fuerza mayor, otra emoción... No pude oír las palabras que el tío Cosme empezó a decir. La prima Justina exhortaba: “¡Prima Gloria! ¡Prima Gloria!” José Dias se disculpaba: “Si hubiera sabido, no habría hablado, pero hablé por la veneración, por la estima, por el afecto, para cumplir un deber amargo, un deber amarguísimo...”

Capítulo IV

¡Un deber amarguísimo!

José Dias amaba los superlativos. Era una manera de dar forma monumental a las ideas; al no haberlas, servía para prolongar las frases. Se levantó para ir a buscar el backgammon, que estaba en el interior de la casa. Me cosí a la pared, y lo vi pasar con sus pantalones blancos almidonados, presillas, chaqueta, y corbata elástica. Fue de los últimos que usaron presillas en Río de Janeiro, y tal vez en este mundo. Traía los pantalones cortos para que le quedaran bien estirados. La corbata de satén negro, con un aro de acero por dentro, le inmovilizaba el cuello; entonces era la moda. La chaqueta era de percal, vestido casero y leve, parecía en él una chaqueta de ceremonia. Era flaco, enjuto, con un principio de calva; tendría unos cincuenta y cinco años. Se levantó con el paso lento de costumbre, no aquel movimiento arrastrado de los perezosos, sino un movimiento calculado y deducido, un silogismo completo, la premisa antes de la consecuencia, la consecuencia antes de la conclusión. ¡Un deber amarguísimo!

Capítulo V

El agregado⁸

No siempre iba con aquel paso lento y rígido. También se descomponía en gestos, era muchas veces rápido y jovial en los movimientos, tan natural en ésta como en aquella manera. Igualmente, reía mucho, si era necesario, con una gran risa desganada, pero comunicativa, a tal punto que las mejillas, los dientes, los ojos, todo el rostro, toda la persona, todo el mundo parecían reír en él. En los lances graves, gravísimo.

Era nuestro agregado hacía muchos años; mi padre estaba en la antigua hacienda de Itaguaí, y yo acababa de nacer. Un día apareció ahí vendiéndose como médico homeópata; llevaba un *Manual* y una botica. Había entonces una andanza de fiebres; José Dias curó al administrador y a una esclava, y no quiso recibir ninguna remuneración. Entonces mi padre le propuso quedarse a vivir ahí, con un pequeño sueldo. José Dias lo rechazó, diciendo que era justo llevar la salud a la casa de adobe del pobre.

⁸ El agregado representa un tipo de la sociedad esclavista del siglo XIX. Es un hombre libre pero como no tiene posesiones, vive de los favores de la clase propietaria de tierras y esclavos. Es aquel que convive con una familia, como si formara parte de ella, aunque no tenga ningún parentesco.

–¿Quién le impide que vaya a otras partes? Vaya a donde quiera, pero quédese a vivir con nosotros.

–Volveré en tres meses.

Volvió en dos semanas, aceptó casa y comida sin otro estipendio, salvo el que le quisiesen dar en las fiestas. Cuando mi padre fue electo diputado y vino a Río de Janeiro con la familia, él vino también, y tuvo su cuarto al fondo de la quinta. Un día, azotando otra vez las fiebres en Itaguaí, mi padre le dijo que fuese a ver a nuestros esclavos. José Dias se quedó callado, suspiró y acabó confesando que no era médico. Había tomado este título para ayudar a propagar la nueva escuela, y no lo hizo sin estudiar mucho y mucho; pero la conciencia no le permitía aceptar más enfermos.

–Pero, ya curó en otras ocasiones.

–Creo que sí; lo más acertado, sin embargo, es decir que fueron los remedios indicados en los libros. Ellos, sí, ellos, después de Dios. Yo era un charlatán... no lo niego; los motivos de mi proceder podían ser y eran dignos; la homeopatía es la verdad, y, en honor a la verdad, mentí; pero es tiempo de reparar todo.

No fue despedido, como solicitaba entonces; mi padre ya no podía prescindir de él. Tenía el don de hacerse aceptado y necesario; su falta se sentía como de persona de la familia. Cuando mi padre murió, el dolor que lo atormentó fue enorme, me dijeron, no me acuerdo. Mi madre le quedó muy agradecida, y no consintió que dejase el cuarto de la quinta; al séptimo día, después de la misa, fue a despedirse de ella.

–Quédese, José Dias.

–La obedezco, señora mía.

Tuvo un pequeño legado en el testamento, una póliza y cuatro palabras de alabanza. Copió las palabras, las enmarcó y las colgó en el cuarto, arriba de su cama. “Esta es la mejor póliza”, decía muchas veces. Con el tiempo, adquirió cierta autoridad en la familia, cierta audiencia, al menos; no abusaba, y sabía opinar obedeciendo. Después de todo, era amigo, no diré que óptimo, pero no todo es óptimo en este mundo. Y no le supongas alma subalterna; las cortesías que hiciese venían antes del cálculo que de la índole. La ropa le duraba mucho; contrario a las personas que ensucian aprisa el vestido nuevo, él traía el viejo cepillado y liso, zurcido, abotonado, de una elegancia pobre y modesta. Era leído, aunque atropellado, lo bastante para divertir en la tertulia y la sobremesa, o explicar algún

fenómeno, hablar de los efectos del calor y del frío, de los polos y de Robespierre. Contaba muchas veces de un viaje que había hecho a Europa, y confesaba que de no ser por nosotros, ya habría vuelto allá; tenía amigos en Lisboa, pero nuestra familia, decía él, después de Dios, era todo.

–¿Después o antes? Le preguntó el tío Cosme un día.

–Después, repitió José Dias lleno de veneración.

Y a mi madre, que era religiosa, le gustó ver que él ponía a Dios en su debido lugar, y sonrió aprobando. José Dias agradeció con la cabeza. Mi madre le daba de cuando en cuando unos centavos. El tío Cosme, que era abogado, le confiaba la copia de papeles de autos.

Capítulo VI

El tío Cosme

El tío Cosme vivía con mi madre, desde que enviudó. Ya entonces era viudo, como la prima Justina; era la casa de los tres viudos. La fortuna cambia muchas veces las manos a la naturaleza. Formado para las serenas funciones del capitalismo, el tío Cosme no se enriquecía en el foro: iba comiendo. Tenía su oficina en la antigua Rua das Violas, cerca del tribunal, que estaba en el extinto Aljube.⁹ Trabajaba en lo criminal. José Dias no perdía las defensas orales del tío Cosme. Era quien le ponía y quitaba la toga, con muchos elogios al final. En casa, refería los debates. El tío Cosme, por más modesto que quisiera ser, sonreía con aceptación.

Era gordo y pesado, tenía la respiración corta y los ojos adormilados. Uno de mis recuerdos más antiguos era verlo montar todas las mañanas la mula que mi madre le dio y que lo llevaba a la oficina. El negro que la había ido a buscar a la cochera aseguraba el freno, mientras él subía el pie y lo ponía en el estribo; a esto seguía un minuto de descanso o reflexión, después tomaba impulso, en el primero, el cuerpo amenazaba con subir, pero no subía; segundo impulso, igual efecto. Finalmente, después de algunos instantes largos, el tío Cosme juntaba todas sus fuerzas físicas y morales, tomaba el último arranque de la tierra, y esta vez caía encima de la silla. Pocas veces la mula dejaba de mostrar con un

⁹ Cárcel de fuero eclesiástico, que estaba, en general, junto a un monasterio.

movimiento que acababa de recibir el mundo. El tío Cosme acomodaba las carnes, y la bestia partía al trote.

Tampoco se me olvidó lo que me hizo una tarde. Aunque nací en el campo (de donde vine a los dos años) y a pesar de las costumbres de la época, yo no sabía montar, y le tenía miedo al caballo. El tío Cosme me agarró y me montó encima de la mula. Cuando me vi en lo alto (tenía nueve años), solo y desamparado, el suelo allá abajo, empecé a gritar desesperadamente: “¡Mamá!, ¡mamá!” Ella acudió pálida y trémula, pensó que me estaban matando, me apeó, me acarició, mientras el hermano preguntaba:

–Hermana Gloria, ¿pero un grandulón como éste tiene miedo de una bestia mansa?

–No está acostumbrado.

–Debe acostumbrarse. Cuando sea cura, si fuere vicario en el campo, es necesario que monte a caballo; y, aquí mismo, aun sin ser cura, si quisiera florear como los otros jóvenes, y no supiera, se va a quejar de ti, hermana Gloria.

–Pues que se queje; tengo miedo.

–¡Miedo! ¡Vaya, miedo!

La verdad es que yo sólo vine a aprender equitación más tarde, menos por gusto que por vergüenza de decir que no sabía montar. “Ahora sí que se va de galán”, dijeron cuando empecé las lecciones. No se diría lo mismo del tío Cosme. En él era vieja costumbre y necesidad. Ya no estaba para galanteos. Cuentan que, cuando joven, fue aceptado por muchas damas, además de partidario exaltado; pero los años le quitaron gran parte del ardor político y sexual, y la gordura acabó con el resto de ideas públicas y específicas. Ahora sólo cumplía las obligaciones del oficio y sin amor. En las horas de descanso vivía mirando o jugaba. De vez en cuando decía chistes.

Capítulo VII

Doña Gloria

Mi madre era una buena criatura. Cuando se le murió el marido, Pedro de Albuquerque Santiago, tenía treinta y un años de edad, y podía volver a Itaguaí. No quiso; prefirió permanecer cerca de la iglesia donde mi padre había sido sepultado. Vendió la pequeña hacienda y los esclavos, compró algunos que puso a trabajar o alquiló, una docena de

edificios, cierto número de pólizas, y se dejó estar en la casa de Mata-cavalos, donde había vivido los dos últimos años de casada. Era hija de una señora de minas descendiente de otra paulista, la familia Fernandes.

Pues bien, en aquel año de gracia de 1857, doña María da Gloria Fernandes Santiago tenía cuarenta y dos años de edad. Era todavía bonita y joven, pero se obstinaba en esconder los restos de la juventud, por más que la naturaleza quisiera preservarla de la acción del tiempo. Vivía metida en un eterno vestido oscuro, sin adornos, con un chal negro, doblado en triángulo y abrochado en el pecho con un camafeo. Los cabellos, divididos en dos, se ataban sobre la nuca con un viejo peine de carey; algunas veces traía gorro blanco con ribete. Pasaba así, con sus zapatos de piel de cabra rasos y sordos, de un lado a otro, viendo y guiando los servicios de la casa entera, desde la mañana hasta la noche.

Tengo ahí en la pared su retrato, junto al del marido, tal como en la otra casa. La pintura oscureció mucho, pero todavía da idea de ambos. No recuerdo nada de él, a no ser vagamente que era alto y usaba cabellera grande; el retrato muestra unos ojos redondos, que me acompañan a todos lados, efecto de la pintura que me asustaba de pequeño. El cuello sale de una corbata negra de muchas vueltas, la cara está toda rapada, salvo una partecita pegada a las orejas. El de mi madre muestra que era linda. Tenía entonces veinte años, y tenía una flor entre los dedos. En el panel parece ofrecer la flor al marido. Lo que se lee en la cara de ambos es que, si la felicidad conyugal puede ser comparada con la lotería, ellos se la sacaron con el billete comprado en sociedad.

Concluyo que no se deben abolir las loterías. Ningún premiado las acusó todavía de inmorales, como nadie tachó de mala a la caja de Pandora, por haberse quedado la esperanza en el fondo; en alguna parte ha de permanecer ella. Aquí los tengo a los dos bien casados de otrora, los bienamados, los bienaventurados, que se fueron de ésta a la otra vida, probablemente a continuar un sueño. Cuando la lotería y Pandora me aburren, levanto los ojos hacia ellos, y olvido los billetes blancos y la caja fatídica. Son retratos que valen por originales. El de mi madre, extendiendo la flor al marido, parece decir: “¡Soy toda tuya, mi guapo caballero!” El de mi padre, mirándonos, hace este comentario: “Vean cómo me quiere esta joven...” Si padecieron enfermedades, no sé, como no sé si tuvieron disgustos: era niño y empecé por no haber nacido. Después de la muerte de él, me acuerdo que ella

lloró mucho; pero aquí están los retratos de ambos, sin que lo sucio del tiempo les quitase la primera expresión. Son como fotografías instantáneas de la felicidad.

Capítulo VIII

¡Es tiempo!

Pero es tiempo de regresar a aquella tarde de noviembre, una tarde clara y fresca, sosegada como nuestra casa y la parte de la calle donde vivíamos. Fue verdaderamente el principio de mi vida; todo lo que había sucedido antes fue como el pintar y vestir de las personas que habían de entrar en escena, el encender de las luces, la preparación de los violines, la sinfonía... Ahora es que yo iba a comenzar mi ópera. “La vida es una ópera”, me decía un viejo tenor italiano, que aquí vivió y murió... Y me explicó un día la definición, de tal manera que me hizo creer en ella. Tal vez valga la pena darla. Es sólo un capítulo.

Capítulo IX

La ópera

Ya no tenía voz, pero se obstinaba en decir que la tenía. “La falta de uso es lo que me hace mal”, agregaba. Siempre que una nueva compañía llegaba de Europa, iba con el empresario y le exponía todas las injusticias de la tierra y del cielo; el empresario cometía una más, y él salía a gritar contra la iniquidad. Todavía traía los bigotes de sus papeles. Cuando caminaba, no obstante viejo, parecía cortejar a una princesa de Babilonia. A veces, canturreaba, sin abrir la boca, algún fragmento todavía más viejo que él o tanto como él; voces así acalladas son siempre posibles. Algunas veces venía aquí a cenar conmigo. Una noche, después de mucho Chianti, me repitió la definición de costumbre, y como yo le dijese que la vida tanto podía ser una ópera, como un viaje en el mar o una batalla, movió la cabeza y replicó:

–La vida es una ópera y una gran ópera. El tenor y el barítono luchan por el soprano, en presencia del bajo y de los comparsas, cuando no son el soprano y el contralto que luchan por el tenor, en presencia del mismo bajo y de los mismos comparsas. Hay coros numerosos, muchos bailes y la orquestación es excelente...

–Pero, mi caro Marcolini...

–¿Qué...?

Y después de beber un trago de licor, dejó la copa, y me expuso la historia de la creación, con palabras que voy a resumir.

Dios es el poeta. La música es de Satanás, joven maestro con mucho futuro, que aprendió en el conservatorio del cielo. Rival de Miguel, Rafael y Gabriel, no toleraba la precedencia que ellos tenían en la distribución de los premios. Puede ser también que la música demasiado dulce y mística de aquellos otros condiscípulos fuera abominable a su genio esencialmente trágico. Tramó una rebelión que fue descubierta a tiempo, y fue expulsado del conservatorio. Todo habría pasado sin otra consecuencia, si Dios no hubiese escrito un libreto de ópera, el cual había cedido, por comprender que tal género de recreo era impropio de su eternidad. Satanás llevó el manuscrito consigo al infierno. Con el fin de mostrar que valía más que los otros –y acaso para reconciliarse con el cielo– compuso la partitura, y luego que la acabó fue a llevarla al Padre Eterno.

–Señor, no olvidé las lecciones recibidas, le dijo. Aquí tenéis la partitura, escuchadla, enmendadla, y hacedla ejecutar, y si la encontrases digna de las alturas, admitidme con ella a vuestros pies...

–No, replicó el Señor, no quiero oír nada.

–Pero, Señor...

–¡Nada! ¡Nada!

Satanás todavía suplicó, sin mejor fortuna, hasta que Dios, cansado y lleno de misericordia, consintió en que la ópera fuese ejecutada, pero fuera del cielo. Creó un teatro especial, este planeta, e inventó una compañía entera, con todas las partes, primarias y secundarias, coros y bailarines.

–¡Escuchad ahora algunos ensayos!

–No, no quiero saber de ensayos. Me basta con haber compuesto el libreto; estoy listo para dividir contigo los derechos de autor.

Fue tal vez un mal este rechazo; de él resultaron algunos desconciertos que la audiencia previa y la colaboración amiga habrían evitado. En efecto, hay lugares donde el verso va hacia la derecha y la música hacia la izquierda. No falta quien diga que en eso mismo está la belleza de la composición, huyendo de la monotonía, y así explican el terceto del Edén,

el aria de Abel, los coros de la guillotina y de la esclavitud. No es extraño que los mismos lances se reproduzcan, sin razón suficiente. Ciertos motivos cansan a fuerza de repetirlos. También hay oscuridad; el maestro abusa de las masas corales, encubriendo muchas veces el sentido con un modo confuso. Las partes orquestales son además tratadas con gran pericia. Tal es la opinión de los imparciales.

Los amigos del maestro creen que difícilmente se pueda encontrar obra tan bien acabada. Uno u otro admite ciertas rudezas y tales o cuales lagunas, pero con el andar de la ópera es probable que éstas sean cubiertas o explicadas, y aquellas desaparezcan completamente, no negándose el maestro a enmendar la obra donde crea que no responde del todo al pensamiento sublime del poeta. Ya no dicen lo mismo los amigos de éste. Juran que el libreto fue sacrificado, que la partitura corrompió el sentido de la letra y, aunque sea bonita en algunas partes, y trabajada con arte en otras, es completamente diferente y hasta contraria al drama. Lo grotesco, por ejemplo, no está en el texto del poeta; es una excrecencia para imitar a *Las Alegres comadres de Windsor*. Este punto es impugnado por los satanistas con alguna apariencia de razón. Dicen ellos que, al tiempo en que el joven Satanás compuso la gran ópera, ni esa farsa ni Shakespeare habían nacido. Llegan a afirmar que el poeta inglés no tuvo otro genio sino transcribir la letra de la ópera, con tal arte y fidelidad, que parece él mismo el autor de la composición; pero, evidentemente, es un plagiario.

—Esta obra, concluyó el viejo tenor, durará mientras dure el teatro, sin poderse calcular en qué tiempo será demolido por utilidad astronómica. El éxito es creciente. Poeta y músico reciben puntualmente sus derechos autorales, que no son los mismos, porque la regla de la división es aquello de la Escritura: “Muchos son los llamados, pocos los elegidos”. Dios recibe en oro, Satanás en papel.

—Tiene gracia...

—¿Gracia? gritó con furia; pero luego se tranquilizó, y replicó: Querido Santiago, yo no tengo gracia, tengo horror a la gracia. Esto que digo es la verdad pura y última. Un día, cuando todos los libros fueren quemados por inútiles, ha de haber alguien, puede ser que tenor, y tal vez italiano, que enseñe esta verdad a los hombres. Todo es música, mi amigo. En el principio era el *do*, y el *do* se hizo *re*, etc. Esta copa (y la llenaba nuevamente) esta

copa es un breve estribillo. ¿No se oye? Tampoco se oye el palo ni la piedra, pero todo cabe en la misma ópera...

Capítulo X

Acepto la teoría

Que es demasiada metafísica para un sólo tenor, no hay duda; pero la pérdida de la voz explica todo, y hay filósofos que son, en resumen, tenores desempleados.

Yo, lector amigo, acepto la teoría de mi viejo Marcolini, no sólo por la verosimilitud, que es muchas veces toda la verdad, sino porque mi vida se casa bien con la definición. Canté un *dúo* tiernísimo, después un *trío*, después un *quatour*... Pero no adelantemos; vamos a la primera parte, en que yo vine a saber que ya cantaba, porque la denuncia de José Dias, mi querido lector, fue dada principalmente a mí. Me denunció a mí mismo.

Capítulo XI

La promesa

Tan pronto vi desaparecer al agregado en el corredor, dejé el escondrijo, y corrí a la terraza del fondo. No quise saber de lágrimas ni de la causa que las hacía verter a mi madre. La causa eran probablemente sus proyectos eclesiásticos, y la circunstancia de éstos es la que voy a decir, por ser ya entonces historia vieja; fechada hace dieciséis años.

Los proyectos venían del tiempo en que fui concebido. Habiéndole nacido muerto el primer hijo, mi madre se le pegó a Dios para que el segundo fructificase, prometiendo, si fuese varón, meterlo a la iglesia. Tal vez esperara una niña. No dijo nada a mi padre, ni antes, ni después de darme a luz; pensaba hacerlo cuando yo entrara a la escuela, pero enviudó antes. Viuda, sintió el terror de separarse de mí; pero era tan devota, tan temerosa de Dios, que buscó testimonios de la obligación, confiando la promesa a parientes y familiares. Únicamente, para que nos separásemos lo más tarde posible, me hizo aprender en casa las primeras letras, latín y doctrina, con aquel padre Cabral, viejo amigo del tío Cosme, que iba allá a jugar por las noches.

Los plazos largos son fáciles de suscribir, la imaginación los hace infinitos. Mi madre esperó que los años fueran llegando. Mientras, me iba acostumbrando a la idea de la iglesia; juguetes de niño, libros devotos, imágenes de santos, conversaciones en casa, todo convergía en el altar. Cuando íbamos a misa, me decía siempre que era para aprender a ser sacerdote, y que reparase en el padre, que no quitara los ojos del cura. En casa, jugaba a la misa –un tanto a escondidas, porque mi madre decía que la misa no era cosa de juego. Capitú y yo arreglábamos un altar. Ella servía de sacristán, y alterábamos el ritual, en el sentido de dividirnos la hostia entre nosotros; la hostia era siempre un dulce. En la época en que jugábamos así, era muy común oír a mi vecina: “¿Hoy hay misa?” Yo ya sabía lo que esto quería decir, respondía afirmativamente, e iba a pedir la hostia con otro nombre. Volvía con ella, arreglábamos el altar, mal pronunciábamos el latín y precipitábamos las ceremonias. *Dominus, non sum dignus...* Esto, que yo debía decir tres veces, creo que sólo la decía una, tal era la glotonería del padre y del sacristán. No bebíamos vino ni agua; no teníamos el primero, y la segunda vendría a quitarnos el gusto del sacrificio.

Últimamente ya no me hablaban del seminario, a tal grado que yo suponía ser asunto cerrado. Quince años, al no haber vocación, me metían al seminario del mundo antes que al de San José. Mi madre permanecía muchas veces mirándome, como alma perdida, o me agarraba la mano, con el pretexto de nada, para apretarla mucho.

Capítulo XII

En la terraza

Me paré en la terraza, iba zozco, aturdido, las piernas vacilantes, parecía que el corazón quería salirse por la boca. No me atrevía a bajar a la huerta, y pasar al patio vecino. Empecé a caminar de un lado a otro, apoyándome para sostenerme, y caminaba otra vez y me apoyaba. Voces confusas repetían lo dicho por José Dias:

“Siempre juntos...”

“Con secretitos...”

“¿Y si llegan a enredarse...?”

Ladrillos que pisé y volví a pisar aquella tarde, columnas amarillentas que os atravesasteis a la derecha o a la izquierda, según yo iba o venía, en vosotras se quedó la

mejor parte de la crisis, la sensación de un gozo nuevo, que me envolvía en mí mismo, y luego me dispersaba, y me daba escalofríos, y me derramaba no sé qué bálsamo interior. A veces me daba cuenta de mí, sonriendo, un aire de risa de satisfacción, que desmentía lo abominable de mi pecado. Y las voces se repetían confusas:

“Con secretitos...”

“Siempre juntos...”

“¿Y si llegan a enredarse...?”

Una palmera, al verme inquieto y adivinar la causa, murmuró allá arriba que no era malo que los niños de quince años anduviesen por los rincones con las niñas de catorce; al contrario, los adolescentes de esa edad no tenían otro oficio, ni los rincones otra utilidad. Era una palmera vieja, y yo creía en las palmeras viejas, más todavía que en los viejos libros. Pájaros, mariposas, una cigarra que ensayaba el estío, todo lo que vivía en el aire era de la misma opinión.

¿Con que yo amaba a Capitú, y Capitú a mí? Sin duda, estaba cosido a sus faldas, pero no se me ocurría nada que entre nosotros fuera de veras secreto. Antes de que ella fuera al colegio, todo eran travesuras de niños; después de que salió del colegio, es cierto que no restablecimos luego la antigua intimidad, pero ésta volvió poco a poco, y en el último año era completa. Sin embargo, la materia de nuestras conversaciones era la de siempre. Capitú me decía a veces bonito, mocetón, una flor; otras me agarraba las manos para contarme los dedos. Y empecé a recordar esos y otros gestos y palabras, el placer que sentía cuando ella me pasaba la mano por los cabellos, diciendo que los encontraba lindísimos. Yo, sin hacer lo mismo a los de ella, decía que los de ella eran mucho más lindos que los míos. Entonces Capitú movía la cabeza con una gran expresión de desengaño y melancolía, tanto más de sorprender cuanto que tenía los cabellos realmente admirables; pero yo protestaba llamándola tonta. Cuando me preguntaba si había soñado con ella la víspera, y yo le decía que no, le oía contar que había soñado conmigo y eran aventuras extraordinarias, que subíamos al Corcovado por el aire, que bailábamos en la luna o si no que los ángeles venían a preguntarnos nuestros nombres, con el fin de ponérselos a otros ángeles que acababan de nacer. En todos esos sueños andábamos uniditos. Los que yo tenía con ella no eran así, sólo reproducían nuestra familiaridad, y muchas veces no pasaban de la simple repetición del día, alguna frase, algún gesto. También yo los contaba. Un día Capitú observó la diferencia,

y dijo que los de ella eran más bonitos que los míos; yo, después de ciertos titubeos, le dije que eran como la persona que soñaba... Se puso color de pitanga.

Pues, francamente, sólo ahora comprendía la emoción que me daban esas y otras confidencias. La emoción era dulce y nueva, pero la causa se me escapaba, sin que yo la buscara ni sospechara. Los silencios de los últimos días, que no me decían nada, ahora los sentía como señales de algo, e igual las medias palabras, las preguntas curiosas, las respuestas vagas, los cuidados, el gusto de recordar la infancia. También advertí que era un fenómeno reciente despertar con el pensamiento en Capitú, y escucharla de memoria, y estremecerme cuando oía sus pasos. Si se hablaba de ella, en mi casa, ponía más atención que antes, y, según era alabanza o crítica, así me traía gusto o disgusto más intensos que otrora, cuando éramos solamente compañeros de travesuras. Llegué a pensar en ella durante las misas de aquel mes, con intervalos, es verdad, pero también con exclusividad.

Todo esto se me presentaba ahora por boca de José Dias, que me había denunciado a mí mismo, y a quien yo perdonaba todo, lo malo que había dicho, el mal que había hecho, y lo que pudiese venir de uno y de otro. En aquel instante, la eterna Verdad no valdría más que él, ni la eterna Bondad, ni las demás Virtudes eternas. ¡Yo amaba a Capitú! ¡Capitú me amaba! Y mis piernas andaban, desandaban, se trababan, trémulas y creyentes de abarcar el mundo. Ese primer palpitar de la savia, esa revelación de la conciencia a sí misma, nunca más se me olvidó, ni creí que le fuese comparable alguna otra sensación de la misma especie. Naturalmente por ser mía. Naturalmente también por ser la primera.

Capítulo XIII

Capitú

De repente, oí gritar una voz desde dentro de la casa de al lado:

—¡Capitú!

Y en el patio:

—¡Mamá!

Y otra vez en la casa:

—¡Ven acá!

No me pude detener. Las piernas me bajaron los tres escalones que daban a la huerta, y caminaron al patio vecino. Era costumbre de ellas, en las tardes, y en las mañanas también. Que las piernas también son personas, sólo inferiores a los brazos, y valen por sí mismas, cuando la cabeza no las rige por medio de las ideas. Las mías llegaron junto al muro. Había ahí una puerta de comunicación mandada abrir por mi madre, cuando Capitú y yo éramos pequeños. La puerta no tenía llave ni cerrojo; se abría empujando de un lado o jalando del otro, y se cerraba con el peso de una piedra pendiente de una cuerda. Era casi exclusivamente nuestra. De niños, nos visitábamos golpeando de un lado y éramos recibidos por el otro con muchas medidas. Cuando las muñecas de Capitú enfermaban, el médico era yo. Entraba en el patio con un palo debajo del brazo, para imitar el bastón del doctor João da Costa; tomaba el pulso a la enferma, y le pedía que mostrase la lengua. “Es sorda, pobrecita”, exclamaba Capitú. Entonces me rascaba la barba, como el doctor, y acababa mandando aplicarle unas sanguijuelas o darle un vomitivo: era la terapéutica habitual del médico.

–¡Capitú!

–¡Mamá!

–Deja de estar agujereando el muro; ven acá.

La voz de la madre se oía ahora más cerca, como si viniese ya de la puerta del fondo. Quise pasar al patio, pero las piernas, hace poco tan andarinas, parecían ahora atadas al suelo. Finalmente hice un esfuerzo, empujé la puerta, y entré. Capitú estaba junto al muro fronterizo, vuelta hacia él, rascando con un clavo. El rumor de la puerta la hizo mirar hacia atrás; al verme, se recargó en el muro, como si quisiera esconder algo. Caminé hacia ella; naturalmente llevaba el gesto mudado, porque ella vino a mí, y me preguntó inquieta:

–¿Qué tienes?

–¿Yo? Nada.

–Nada, no; a ti te pasa algo.

Quise insistir que nada, pero no hallé lengua. Todo yo era ojos y corazón, un corazón que esta vez se iba a salir, con seguridad, por la boca. No podía quitar los ojos de aquella criatura de catorce años, alta, fuerte y maciza, apretada en un vestido de percal, medio descolorido. Los cabellos gruesos, recogidos en dos trenzas, con las puntas atadas una a la otra, a la moda de la época, le bajaban por la espalda. Morena, ojos claros y grandes, nariz

recta y larga, tenía la boca fina y la mandíbula grande. Las manos, no obstante algunos oficios rudos, eran cuidadas con amor; no olían a jabones finos ni aguas de tocador, pero con agua del pozo y jabón común las traía sin mancha. Calzaba zapatos de lona rasos y viejos, a los que ella misma había dado algunas puntadas.

–¿Qué es lo que tienes?, repitió.

–No es nada, balbucee finalmente.

Y corregí luego:

–Es una noticia.

–¿Noticia de qué?

Pensé en decirle que iba a entrar al seminario y espiar la impresión que le haría. Si la consternase es que realmente me quería; si no, es que no me quería. Pero todo ese cálculo fue oscuro y rápido; sentí que no podría hablar claramente, tenía ahora la vista no sé cómo...

–¿Entonces?

–Tú sabes...

En esto miré hacia el muro, al lugar donde ella había estado rayando, escribiendo o agujereando, como había dicho la madre. Vi unos surcos abiertos, y me recordó el movimiento que ella había hecho para cubrirlos. Entonces quise verlos de cerca, y di un paso. Capitú me agarró, pero, o por temer que yo acabara huyendo, o por negar de otra manera, corrió al frente y borró lo escrito. Fue lo mismo que encender en mí el deseo de leer lo que era

Capítulo XIV.

La inscripción

Todo lo que conté al final del otro capítulo fue obra de un instante. Lo que siguió fue todavía más rápido. Di un salto, y antes de que ella raspase el muro, leí estos dos nombres, tallados con clavo, y así dispuestos:

BENITO
CAPITOLINA

Me volví hacia ella; Capitú tenía los ojos en el piso. Luego los levantó, despacio, y nos quedamos mirando uno al otro... Confesión de niños, tú bien valías dos o tres páginas, pero quiero ser económico. En verdad, no dijimos nada; el muro habló por nosotros. No nos movimos, fueron las manos las que se extendieron poco a poco, las cuatro, pegándose, apretándose, fundiéndose. No marqué la hora exacta de aquel gesto. Debía haberla marcado; siento la falta de una nota escrita aquella misma noche, y que yo pondría aquí con los errores de ortografía que trajese, pero no traería ninguno, tal era la diferencia entre el estudiante y el adolescente. Conocía las reglas del escribir, sin sospechar las del amar; tenía orgías de latín y era virgen de mujeres.

No soltamos las manos, ni ellas se dejaron caer de cansadas o de olvidadas. Los ojos se clavaban y desclavaban, y después de vagar de cerca volvían a meterse unos en los otros... Futuro cura, estaba así frente a ella como a un altar, siendo una de las faces la Epístola y la otra el Evangelio. La boca podía ser el cáliz, los labios la patena. Faltaba decir la misa nueva, con un latín que nadie aprende, y es la lengua católica de los hombres. No me tengas por sacrílego, mi devota lectora; la limpieza de la intención lava lo que pudiere haber de menos curial en el estilo. Estábamos ahí con el cielo en nosotros. Las manos, al unir los nervios, hacían de las dos criaturas una sola, pero una sola criatura seráfica. Los ojos continuaron diciendo cosas infinitas, las palabras de la boca son las que ni intentaban salir, regresaban al corazón calladas como venían...

Capítulo XV

Otra voz repentina

Otra voz repentina, pero esta vez una voz de hombre:

—¿Están jugando a las vencidas?

Era el padre de Capitú que estaba en la puerta del fondo, junto a su mujer. Soltamos las manos deprisa, y permanecemos perturbados. Capitú fue al muro y, con el clavo, disimuladamente, borró nuestros nombres escritos.

—¡Capitú!

—¡Papá!

–No me eches a perder el aplanado del muro.

Capitú rayaba sobre lo rayado, para borrar bien lo que había escrito. Padua salió al patio, para ver qué pasaba, pero ya la hija había empezado algo más, un perfil, que dijo que era el retrato de él, y tanto podía ser de él como de la madre; lo hizo reír, era lo esencial. Por lo demás, él llegó sin enojo, todo tierno, a pesar de la situación dudosa o menos que dudosa en que nos sorprendió. Era un hombre bajo y grueso, piernas y brazos cortos, espalda curvada, de donde le vino el apodo de Tortuga, que José Dias le puso. Nadie le llamaba así allá en casa; sólo el agregado.

–¿Estaban jugando a las vencidas? preguntó.

Miré hacia un saúco que estaba cerca; Capitú contestó por ambos.

–Sí, señor, pero Benito se ríe luego, no aguanta nada.

–Pues cuando yo llegué a la puerta, no reía.

–Ya había reído las otras veces; no puede. ¿Quieres ver, papá?

Y sería, clavó en mí los ojos, invitándome al juego. El susto es naturalmente serio; yo estaba todavía bajo el efecto que me causó la entrada de Padua, y no fui capaz de reír, por más que debiese hacerlo, para legitimar la respuesta de Capitú. Ésta, cansada de esperar, desvió el rostro, diciendo que esa vez yo no reía por estar junto al padre. Y ni así reí. Hay cosas que sólo se aprenden tarde; es necesario nacer con ellas para hacerlas temprano. Y naturalmente es mejor temprano que artificialmente tarde. Capitú, después de dos vueltas, fue a hablar con la madre, que continuaba en la puerta de la casa, dejándonos a mí y al padre maravillados de ella; el padre, al vernos nos, me decía, lleno de ternura:

–¿Quién diría que esta pequeña tiene catorce años? Parece de diecisiete. ¿Tu madre está bien? continuó volteándose completamente hacia mí.

–Sí.

–Hace muchos días que no la veo. Tengo ganas de jugar una partida con el doctor, pero no he podido, me traje los trabajos de la oficina a casa; escribo desesperadamente todas las noches; cosas del informe. ¿Ya viste mi ruiseñor? Está ahí al fondo. Iba ahora mismo a buscar la jaula; ve a verlo.

Que no tenía ningún deseo, se entiende fácilmente, sin que sea necesario jurarlo por el cielo ni por la tierra. Mi deseo era ir tras Capitú y hablarle ahora del mal que nos esperaba, pero el padre era el padre, y además amaba particularmente a los pájaros. Los tenía de

varias especies, color y tamaño. El área que había en el centro de la casa estaba rodeada de jaulas de canarios, que hacían al cantar un barullo de todos los diablos. Cambiaba pájaros con otros aficionados, los compraba, cazaba algunos, en el mismo patio, armando trampas. Si se enfermaban, los atendía como si fuesen de la familia.

Capítulo XVI

El administrador interino

Padua era empleado de la oficina dependiente del ministerio de guerra. No ganaba mucho, pero su mujer gastaba poco, y la vida era barata. Además, la casa donde vivía, un chalet como el nuestro, aunque menor, era de su propiedad. La compró con el gran premio que ganó con una fracción de lotería, diez contos de réis.¹⁰ La primera idea de Padua, cuando se sacó el premio, fue comprar un caballo del Cabo, un aderezo de brillantes para su mujer, una sepultura familiar a perpetuidad, mandar traer de Europa algunos pájaros, etc.; pero la mujer, esta doña Fortunata que ahí estaba en la puerta del fondo de la casa, de pie, hablando con la hija, alta, fuerte, robusta, como la hija, la misma cabeza, los mismos ojos claros, la mujer fue quien le dijo que lo mejor era comprar la casa, y guardar lo que sobrase para atender los grandes males. Padua lo pensó mucho; finalmente, tuvo que ceder a los consejos de mi madre, a quien doña Fortunata pidió auxilio. No fue sólo en esa ocasión en que mi madre los ayudó; un día tuvo que salvar la vida a Padua. Escuchad; el curioso episodio es corto.

El administrador de la oficina donde Padua trabajaba tuvo que ir al Norte, en una comisión. Padua, por orden reglamentaria o por especial designación, sustituyó al administrador con sus respectivos honorarios. Este cambio de fortuna le trajo cierto vértigo; fue antes de los diez contos. No se contentó con reformar la ropa y la copa, se dedicó a los dispendios superfluos, dio joyas a la mujer, en los días de fiesta mataba un lechón, se le veía en teatros, llegó a los zapatos de charol. Vivió así veintidós meses con la suposición de un eterno interinato. Una tarde entró en nuestra casa, afligido y desorientado, iba a perder el cargo, porque había llegado el titular aquella mañana. Le pidió a mi madre que velase por

¹⁰ Moneda antigua de Portugal y Brasil.

las infelices que dejaba; no podía sufrir la desgracia, se mataba. Mi madre le habló con bondad, pero él no atendía razón alguna.

–No, señora mía, ¡no consentiré tal vergüenza! Hacer bajar a la familia, volver atrás... Ya le dije, ¡me mato! No he de confesar a mi familia esta miseria. ¿Y los otros? ¿Qué dirán los vecinos? ¿Y los amigos? ¿Y el público?

–¿Qué público, señor Padua? Déjese de cosas; sea hombre. Acuérdesse que su mujer no tiene a otra persona... ¿y qué ha de hacer? Pues un hombre... Sea hombre, ande.

Padua se enjugó los ojos y se fue a su casa, donde vivió postrado algunos días, mudo, encerrado en la alcoba, –o si no en el patio, junto al pozo, como si la idea de la muerte persistiera en él. Doña Fortunata protestaba:

–Juanito, ¿acaso eres un niño?

Pero, tanto le oyó hablar de la muerte que tuvo miedo, y un día corrió a pedir a mi madre que le hiciera el favor de ver si le salvaba al marido que se quería matar. Mi madre fue a encontrarlo a la orilla del pozo, y le ordenó que viviera. ¿Qué locura era aquella de creer que iba a quedar en la miseria, por causa de una gratificación menor, y perder un empleo interino? No, señor, debía ser hombre, padre de familia, imitar a la mujer y la hija... Padua obedeció; confesó que encontraría fuerzas para cumplir la voluntad de mi madre.

–Cumplir mi voluntad, no; es su obligación.

–Pues sea obligación; no ignoro que así es.

En los días siguientes, continuó entrando y saliendo de casa, pegado a la pared, cara en el piso. No era el mismo hombre que arruinaba el sombrero cortejando a los vecinos, risueño, ojos en el aire, antes incluso de la administración interina. Vinieron las semanas, la herida fue sanando. Padua empezó a interesarse por los asuntos domésticos, a cuidar a los pájaros, a dormir tranquilo las noches y las tardes, a conversar y dar noticias de la calle. La serenidad regresó; tras ella vino la alegría, un domingo, en la figura de dos amigos, que iban a jugar el tresillo, apostando. Ya reía, ya jugaba, tenía el aire de costumbre; la herida sanó del todo.

Con el tiempo vino un fenómeno interesante. Padua empezó a hablar de la administración interina, no sólo sin la nostalgia de los honorarios, ni la vergüenza de la pérdida, sino hasta con vanidad y orgullo. La administración permaneció siendo la hégira, de donde contaba hacia adelante y hacia atrás.

–En el tiempo en que yo era administrador...

O si no:

–¡Ah!, sí, me acuerdo, fue antes de mi administración, uno o dos meses antes... Ahora verá; mi administración empezó... Es decir, mes y medio antes; fue mes y medio antes, no fue más.

O incluso:

–Justamente; hacía ya seis meses que yo administraba...

Tal es el sabor póstumo de las glorias interinas. José Dias gritaba que era la vanidad sobreviviente; pero el padre Cabral, que llevaba todo a la Escritura, decía que con el vecino Padua se daba la lección de Elifaz a Job. “No desprecies el castigo del Señor; Él hiere y cura”.

Capítulo XVII

Los gusanos

“¡Él hiere y cura!” Cuando, más tarde, llegué a saber que la lanza de Aquiles también curó una herida que hizo, tuve tales o cuales veleidades de escribir una disertación a propósito de esto. Llegué a sacar libros viejos, libros muertos, libros enterrados, a abrirlos, a compararlos, catando el texto y el sentido, para encontrar el origen común del oráculo pagano y del pensamiento israelita. Caté los mismos gusanos de los libros, para que me dijeran lo que había en los textos roídos por ellos.

–Señor mío, me respondió un largo gusano gordo, nosotros no sabemos absolutamente nada de los textos que roemos, ni elegimos lo que roemos, ni amamos o detestamos lo que roemos: nosotros roemos.

No le arranqué nada más. Todos los demás, como si se hubieran pasado la palabra, repetían la misma cantaleta. Tal vez ese discreto silencio sobre los textos roídos fuera además un modo de roer lo roído.

Capítulo XVIII

Un plan

Ni padre ni madre estuvieron con nosotros, cuando Capitú y yo, en la sala de visitas, hablábamos del seminario. Con los ojos en mí, Capitú quería saber qué noticia era la que me afligía tanto. Cuando se lo dije, se puso color de cera.

–Pero yo no quiero, agregué en seguida, no quiero entrar en seminarios; no entro, es por demás obstinarse conmigo, no entro.

Capitú, al principio no dijo nada. Cerró los ojos, se metió en sí misma y se quedó con las pupilas vagas y ocultas, la boca entreabierta, paralizada. Entonces yo, para dar fuerza a las afirmaciones, empecé a jurar que no sería cura. En esa época juraba mucho y fuerte, por la vida y por la muerte. Juré por la hora de la muerte. Que la luz me faltara en la hora de la muerte si fuera al seminario. Capitú no parecía creer ni descreer, no parecía siquiera oír; era una figura de palo. Quise llamarla, sacudirla, pero me faltó valor. Esa criatura que había jugado conmigo, que había brincado, había bailado, creo que hasta había dormido conmigo, me dejaba ahora con los brazos atados y medrosos. Finalmente, volvió en sí, pero tenía la cara lívida, y rompió con estas palabras furiosas:

–¡Beata! ¡Mojigata! ¡Comehostias!

Quedé aturdido. Capitú quería tanto a mi madre y mi madre a ella, que yo no podía entender tan grande explosión. Es verdad que también me quería a mí, y naturalmente más, o mejor, o de otra manera, lo suficiente para explicar el despecho que le traía la amenaza de la separación; pero los improperios, ¿cómo entender que le dijese nombres tan feos, y principalmente para menospreciar costumbres religiosas, que eran las suyas? Que ella también iba a misa, y tres o cuatro veces mi madre fue quien la llevó en nuestro viejo carruaje. También le había dado un rosario, un crucifijo de oro y un libro de *Horas*... Quise defenderla, pero Capitú no me dejó, siguió llamándola beata y mozigata, con voz tan alta que tuve miedo de que fuera oída por sus padres. Nunca la vi tan enojada como entonces; parecía dispuesta a decir todo a todos. Apretaba los dientes, movía la cabeza... Yo, asustado, no sabía qué hacer; repetía los juramentos, prometía ir aquella misma noche a decir en casa que, por nada de este mundo, entraría en el seminario.

–¿Tú? Tú entras.

–No entro.

–Tú verás si entras o no.

Se calló otra vez. Cuando volvió a hablar, había cambiado; no era todavía la Capitú de costumbre, pero casi. Estaba sería, sin aflicción, hablaba bajo. Quiso conocer la conversación de mi casa; yo la conté toda, menos la parte que le correspondía al respecto.

–¿Y qué interés tiene José Dias en recordar esto? Me preguntó al fin.

–Creo que ninguno; fue sólo para hacer mal. Es un sujeto muy ruin; pero déjalo, que me las va a pagar. Cuando yo sea dueño de la casa, quien se va a la calle es él, ya verás; no se queda un instante. Mamá es muy buena; le presta demasiada atención. Parece que hasta lloró.

–¿José Dias?

–No, mamá.

–¿Por qué lloró?

–No sé; sólo oí decir que no llorase, que no era cosa de llanto... él llegó a mostrarse arrepentido, y salió; entonces, para no ser sorprendido, dejé el rincón y corrí hacia la terraza. Pero déjalo, ¡que él me la paga!

Dije esto cerrando el puño, y proferí otras amenazas. Al volverlas a recordar no me siento ridículo; la adolescencia y la infancia no son, en este punto, ridículas; es uno de sus privilegios. Este mal o este peligro empieza en la juventud, crece en la madurez y alcanza el mayor grado en la vejez. A los quince años, hay incluso cierta gracia en amenazar mucho y no ejecutar nada.

Capitú reflexionaba. La reflexión no era algo raro en ella, y se conocían los momentos por lo apretado de los ojos. Me pidió algunas particularidades más, las propias palabras de unos y de otros, y el tono de ellas. Como yo no quería hablar del punto inicial de la conversación, que era ella misma, no le pude dar todo el significado. La atención de Capitú estaba ahora particularmente en las lágrimas de mi madre; no acababa de entenderlas. En medio de esto, confesó que ciertamente no era por mal que mi madre me quería hacer cura; era la promesa antigua, que ella, temerosa de Dios, no podía dejar de cumplir. Quedé tan satisfecho de ver que espontáneamente reparaba las injurias que, poco antes, le habían salido del alma, que agarré su mano y la apreté mucho. Capitú se dejó ir, riendo; después la conversación empezó a adormecer y a dormir. Habíamos llegado a la ventana; un negro, que, desde hacía algún tiempo, venía pregonando cocadas, se detuvo enfrente y preguntó:

–Señorita, ¿quiere cocada hoy?

–No, respondió Capitú.

–Ta buena la cocadita.

–Largo de aquí, replicó ella sin rudeza.

–¡Dame acá! Dije yo bajando el brazo para recibir dos.

Las compré, pero tuve que comérmelas solo; Capitú las rechazó. Vi que, en medio de la crisis, yo conservaba un lugar para las cocadas, lo que tanto puede ser perfección como imperfección, pero el momento no es para definiciones tales; quedemos en que mi amiga, a pesar de equilibrada y lúcida, no quiso saber de dulces, y le gustaba mucho el dulce.

Por el contrario, el pregón que el negro se fue cantando, el pregón de las viejas tardes, tan conocido del barrio y de nuestra infancia:

Llora, niña, llora,
Llora, porque no tiene
Vintenes

por lo visto le había dejado una impresión odiosa. No por la tonada; ella se la sabía de memoria y desde hace tiempo, acostumbraba repetirla en nuestros juegos infantiles, riendo, saltando, cambiando los papeles conmigo, ora vendiendo, ora comprando un dulce ausente. Creo que la letra, destinada a picarle la vanidad a los niños, fue lo que la enojó ahora, porque poco después me dijo:

–Si yo fuera rica, huías, te metía en un barco y te ibas a Europa.

Dicho esto, me escudriñó los ojos, pero creo que ellos no le dijeron nada, o sólo agradecieron la buena intención. En efecto, el sentimiento era tan amigable que yo podía tolerar lo extraordinario de la aventura.

Como ves, Capitú, a los catorce años, tenía ya ideas atrevidas, mucho menos que otras que le vinieron después; pero eran sólo atrevidas en sí, en la práctica se hacían hábiles, sinuosas, ocultas, y alcanzaban el fin propuesto, no de un salto, sino a saltitos. No sé si me explico bien. Supón una concepción grande ejecutada con medios pequeños. Así, para no salir del deseo vago e hipotético de mandarme a Europa, Capitú, si pudiese cumplirlo, no me haría embarcar en el barco y huir; extendería una fila de canoas de aquí hasta allá, por donde yo, yendo a la fortaleza de la Laje en puente movedizo, iría realmente hasta Burdeos, dejando a mi madre en la playa, esperándome. Tal era la manera particular

del carácter de mi amiga; por lo que, no sorprende que, combatiendo mis proyectos de resistencia franca, fuese antes por los medios afables, por la acción del empeño, de la palabra, de la persuasión lenta y prolongada, y examinase antes a las personas con quienes podíamos contar. Rechazó al tío Cosme; era un “vividor”; si no aprobaba mi ordenación, no era capaz de dar un paso para suspenderla. La prima Justina era mejor que él, y mejor que los dos sería el padre Cabral, por la autoridad, pero el padre no había de trabajar contra la iglesia; sólo si yo le confesase que no tenía vocación...

–¿Lo puedo confesar?

–Pues, sí, pero sería aparecer francamente, y lo mejor es otra cosa. José Dias...

–¿Qué hay con José Dias?

–Puede ser una buena influencia.

–Pero si fue él mismo quien dijo...

–No importa, continuó Capitú: ahora dirá otra cosa. Él te quiere mucho. No le hables con timidez. Se trata de que no tengas miedo, hazle ver que vas a ser el dueño de la casa, hazle ver que quieres y que puedes. Dale a entender bien que no es un favor. Hazle elogios también; a él le gusta mucho ser elogiado. Doña Gloria le presta atención; pero lo principal no es eso; es que él, teniendo que servirte, hablará con mucho más calor que otra persona.

–No, no lo creo, Capitú.

–Entonces vete al seminario.

–Eso no.

–¿Pero qué se pierde con probar? Probemos. Haz lo que te digo. Puede ser que doña Gloria cambie de resolución; si no cambia, se hace otra cosa, se mete entonces al padre Cabral. ¿No te acuerdas cómo fue al teatro por primera vez, hace dos meses? Doña Gloria no quería, y eso bastaba para que José Dias no se obstinase; pero él quería ir, e hizo un discurso, ¿te acuerdas?

–Me acuerdo; dijo que el teatro era una escuela de costumbres.

–Exacto; tanto lo dijo que tu madre acabó aceptando, y pagó la entrada a los dos... Anda, pide, manda. Mira; dile que estás listo para ir a estudiar leyes a São Paulo.

Me estremecí de placer. São Paulo era un frágil biombo, destinado a ser apartado un día, en vez de la gruesa pared espiritual y eterna. Prometí hablar con José Dias en los

términos propuestos. Capitú los repitió, acentuando algunos, como principales; y me preguntaba después sobre ellos, para ver si había entendido bien, si no cambiaba unos por otros. E insistía en que lo pidiera con buena cara, pero así como quien pide un vaso de agua a la persona que tiene la obligación de traerlo. Cuento estas minucias para que se entienda mejor aquella mañana de mi amiga; luego vendrá la tarde, y de la mañana y de la tarde se hará el primer día, como en el Génesis, donde se hicieron sucesivamente siete.

Capítulo XIX

Sin falta

Cuando volví a casa era de noche. Vine de prisa, no tanto, sin embargo, que no pensase en los términos en que hablaría al agregado. Formulé el pedido mentalmente, eligiendo las palabras que diría y el tono, entre seco y benévolo. En la huerta, antes de entrar en la casa, las repetí para mí, después en voz alta, para ver si eran las adecuadas y si obedecían a las recomendaciones de Capitú: “Necesito hablarle, *sin falta*, mañana; elija el lugar y dígame”. Las proferí lentamente, y más lentamente aún las palabras *sin falta*, como para subrayarlas. Las repetí todavía, y entonces las encontré demasiado secas, casi groseras, y, francamente, impropias de un niño a un hombre maduro. Traté de escoger otras, y me detuve.

Después de todo, me dije, las palabras podían servir, todo era decir las en un tono que no ofendiese. Y la prueba es que, al repetir las nuevamente, me salieron casi suplicantes. Bastaba no exagerar tanto, ni endulzar mucho, un término medio. “Y Capitú tiene razón, pensé, la casa es mía, él es un simple agregado... Es hábil, puede muy bien trabajar por mí, y deshacer el plan de mamá.”

Capítulo XX

Mil padrenuestros y mil avemarías

Levanté los ojos al cielo, que empezaba a oscurecerse, pero no fue para verlo cubierto o descubierto. Era al otro cielo al que elevaba mi alma; era a mi refugio, a mi amigo. Y entonces dije de mí para mí:

–Prometo rezar mil padrenuestros y mil avemarías, si José Dias arregla que yo no vaya al seminario.

La suma era enorme. El caso es que andaba cargado de promesas no cumplidas. La última fue de doscientos padrenuestros y doscientas avemarías, si no lloviese cierta tarde de paseo a Santa Teresa. No llovió, pero no recé las oraciones. Desde pequeñito me había acostumbrado a pedir al cielo sus favores, mediante oraciones que diría, si ellos llegasen. Dije las primeras, las otras fueron aplazadas, y a medida que se amontonaban iban siendo olvidadas. Así llegué a los números veinte, treinta, cincuenta. Entré en las centenas y ahora en el millar. Era un modo de sobornar la voluntad divina por la cuantía de las oraciones; además, cada nueva promesa era hecha y jurada en el sentido de pagar la deuda antigua. ¡Pero vayan allá a matar la pereza de un alma que la traía de la cuna y no la sentía atenuada por la vida! El cielo me hacía el favor, yo difería el pago. Finalmente me perdí en las cuentas.

–Mil, mil, repetí conmigo.

Realmente, la materia del beneficio era ahora inmensa, no menos que la salvación o el naufragio de mi existencia entera. Mil, mil, mil. Era necesaria una suma que pagase todos los atrasados. Dios podía muy bien, irritado con los olvidos, negarse a oírme sin mucho dinero... Hombre grave, es posible que estas inquietudes de niño te enfaden, si es que no las encuentras ridículas. Sublimes no eran. Medité mucho en el modo de rescatar la deuda espiritual. No encontraba otra especie en que, mediante la intención, todo se cumpliera, cerrando la escrituración de mi conciencia moral sin déficit. Mandar decir cien misas, o subir de rodillas la cuesta de La Gloria para oír una, ir a Tierra Santa, todo lo que las viejas esclavas me contaban de promesas célebres, todo acudía a mí sin fijarse de una vez en mi espíritu. Era muy duro subir una cuesta de rodillas; por fuerza debía herirlas. La Tierra Santa quedaba muy lejos. Las misas eran numerosas, podían empeñarme otra vez el alma...

Capítulo XXI

La prima Justina

En la terraza encontré a la prima Justina, paseando de un lado a otro. Llegó al umbral y me preguntó dónde había estado.

–Estuve aquí al lado, conversando con doña Fortunata, y me distraje. Es tarde, ¿verdad? ¿Mamá preguntó por mí?

–Sí, pero yo le dije que ya ibas llegando.

La mentira me asustó, no menos que la franqueza de la noticia. No es que la prima Justina fuese de dos caras; decía francamente a Pedro lo mal que pensaba de Pablo, y a Pablo lo que pensaba de Pedro; pero, confesar que había mentido es lo que me pareció una novedad. Era cuarentona, flaca y pálida, boca fina y ojos curiosos. Vivía con nosotros por favor de mi madre, y también por interés; mi madre quería tener una señora íntima a su lado, y antes parienta que extraña.

Paseamos algunos minutos en la terraza, alumbrada por una linterna. Quiso saber si yo no había olvidado los proyectos eclesiásticos de mi madre, y al decirle que no, me interrogó sobre si me gustaba la vida de cura. Respondí esquivo:

–La vida de cura es muy bonita.

–Sí, es bonita; pero lo que te pregunto es si te gustaría ser sacerdote, explicó riendo.

–Me gusta lo que mamá quiera.

–La prima Gloria desea mucho que te ordenes, pero aunque no lo deseara, hay aquí en casa quien le meta eso en la cabeza.

–¿Quién?

–Vaya, ¡cómo quién! ¿Quién ha de ser? El primo Cosme no, que a él no le importa eso; yo tampoco.

–¿José Dias? Concluí.

–Naturalmente.

Arrugué la frente interrogativamente, como si no supiese nada. La prima Justina completó la noticia diciendo que todavía aquella tarde José Dias le había recordado a mi madre la antigua promesa.

–La prima Gloria puede ser que, en pasando los días, vaya olvidando la promesa; ¿pero como ha de olvidarla si una persona está siempre, a los oídos, zas que darás, hablando del seminario? Y los discursos que hace, los elogios a la iglesia, y que la vida de cura es esto y aquello, todo con esas palabras que solamente él conoce, y esa afectación... Mira que es sólo para hacer mal, porque es tan religioso como esta linterna. Pues es verdad, todavía hoy. Tú no te des por enterado... Hoy en la tarde habló como no te imaginas.

–¿Pero habló sólo por hablar? le pregunté, para ver si me contaba la denuncia de mi enamoramiento con la vecina.

No lo contó; hizo apenas un gesto como indicando que había otra cosa que no podía decir. Nuevamente me recomendó que no me diese por enterado, y recapituló todo lo mal que pensaba de José Dias, y no era poco, un intrigante, un lambiscón, un especulador, y a pesar de la cáscara de hombre pulido, un grosero. Yo, pasados unos instantes, dije:

–Prima Justina, ¿usted sería capaz de una cosa?

–¿De qué?

–Sería capaz de... Suponga que yo no quisiera ser cura... usted podía pedir a mamá...

–Eso no, atajó rápidamente; la prima Gloria tiene este asunto firme en la cabeza, y no hay nada en el mundo que la haga cambiar de opinión; sólo el tiempo. Tú todavía eras pequeñito, y ya les contaba esto a todas nuestras amistades, o aún sólo a los conocidos. No iba a avivarle la memoria, que no trabajo para la desgracia de los otros; pero también, pedir otra cosa, no. Si ella me consultase, bien; si ella me dijera: “Prima Justina, ¿tú qué crees?”, mi respuesta sería: “Prima Gloria, pienso que, si quiere ser cura, puede ir, pero, si no quiere, lo mejor es que se quede”. Es lo que yo diría y diré si ella me consulta algún día. Ahora, ir a hablarle sin ser llamada, no lo hago.

Capítulo XXII

Sensaciones ajenas

No logré nada más, y finalmente me arrepentí de lo pedido: debía haber seguido el consejo de Capitú. Entonces, como yo quisiera ir para adentro, la prima Justina me retuvo algunos minutos, hablando del calor y de la próxima fiesta de la Inmaculada Concepción, de mis viejos oratorios, y finalmente de Capitú. No habló mal de ella; al contrario me insinuó que podía llegar a ser una joven bonita. Yo, que ya la encontraba lindísima, gritaría que era la más bella criatura del mundo, si el temor no me hiciera discreto. Sin embargo, como la prima Justina empezara a elogiarle los modos, la gravedad, las costumbres, el trabajar para los suyos, el amor que le tenía a mi madre, todo esto me encendió al grado de elogiarla también. Cuando no era con palabras, era con el gesto de aprobación que daba a cada una de las aserciones de la otra, y seguramente con la felicidad que debía iluminarme la cara.

No advertí que así confirmaba la denuncia de José Dias, oída por ella, por la tarde, en la sala, si es que también ella no sospechaba ya. Sólo pensé en eso en la cama. Sólo entonces sentí que los ojos de la prima Justina, cuando yo hablaba, parecían tocarme, oírme, olerme, gustarme, hacer el oficio de todos los sentidos. Celos no podían ser; entre un niño de mi edad y una viuda cuarentona no había lugar para celos. Es verdad que, después de algún tiempo, modificó los elogios a Capitú, y hasta le hizo algunas críticas, me dijo que era un poco inquieta y miraba hacia abajo; pero aún así, no creo que fuesen celos. Creo más bien... sí... sí, creo esto. Creo que la prima Justina encontró en el espectáculo de las sensaciones ajenas una resurrección vaga de las propias. También se goza por influencia de los labios que narran.

Capítulo XXIII

Plazo dado

–Necesito hablarle mañana, sin falta; escoja el lugar y dígame.

Creo que José Dias encontró desusado este mi hablar. El tono no me había salido tan imperativo como yo temía, pero las palabras lo eran, y el no interrogar, no pedir, no titubear, como era propio del niño y de mi estilo habitual, seguramente le dio idea de una persona nueva y de una nueva situación. Fue en el corredor, cuando íbamos al té; José Dias venía caminando lleno de la lectura de Walter Scott que había hecho a mi madre y a la prima Justina. Leía cantado y acompasado. Los castillos y los parques salían mayores de su boca, los lagos tenían más aguas y la “bóveda celeste” contaba con algunos miles más de estrellas centelleantes. En los diálogos, alternaba el sonido de las voces que eran ligeramente gruesas o finas, según el sexo de los interlocutores, y reproducían con moderación la ternura y la cólera.

Al despedirse de mí, en la terraza, me dijo:

–Mañana, en la calle. Tengo que hacer unas compras, puedes venir conmigo, se lo pediré a tu mamá. ¿Es día de lección?

–La lección fue hoy.

–Perfectamente. No te pregunto lo que es; afirmo desde ahora que es tema grave y puro.

–Sí, señor.

–Hasta mañana.

Se hizo todo lo mejor posible. Sólo hubo una alteración: mi madre pensó que el día estaba muy caluroso y no consintió que yo fuese a pie; entramos en el ómnibus,¹¹ en la puerta de la casa.

–No importa, me dijo José Dias; podemos bajarnos en la puerta del Paseo Público.

Capítulo XXIV

De madre y de siervo

José Dias me trataba con extremos de madre y atenciones de siervo. Lo primero que logró en cuanto empecé a caminar fuera, fue dispensarme el ayo; se hizo ayo, salía conmigo a la calle. Cuidaba de mis arreglos en casa, de mis libros, de mis zapatos, de mi higiene y de mi prosodia. A los ocho años mis plurales carecían, algunas veces, de la desinencia exacta, él la corregía, medio serio para dar autoridad a la lección, medio risueño para obtener el perdón por la enmienda. Ayudaba así al maestro de las primeras letras. Más tarde, cuando el padre Cabral me enseñaba latín, doctrina e historia sagrada, asistía a las lecciones, hacía reflexiones eclesiásticas, y, al final, preguntaba al padre: “¿No es verdad que nuestro joven amigo camina deprisa?” Me llamaba “un prodigio”; decía a mi madre que había conocido otrora niños muy inteligentes, pero que yo excedía a todos esos, sin contar con que, para mi edad, poseía ya cierto número de cualidades morales sólidas. Yo, aunque no avalaba todo el valor de este otro elogio, me gustaba; era un elogio.

Capítulo XXV

En el Paseo Público

Entramos en el Paseo Público. Algunas caras viejas, otras enfermas o sólo vagos se esparcían melancólicamente por el camino que va de la puerta a la terraza. Seguimos hacia la terraza. Caminando, para darme valor, hablé del jardín.

–Hace mucho tiempo que no vengo aquí, tal vez un año.

¹¹ Ómnibus en el original. En la época de Machado de Assis, transporte público jalado por animales.

–Perdóname, atajó, no hace ni tres meses que estuviste aquí con nuestro vecino Padua; ¿no te acuerdas?

–Es verdad, pero fue tan de paso...

–Él le pidió a tu madre que te dejase traer consigo, y ella, que es buena como la madre de Dios, consintió; pero oye, ya que hablamos de esto, no está bien que andes con Padua en la calle.

–Pero yo anduve algunas veces...

–Cuando eras más joven; de niño, era natural, podía pasar por un criado. Pero te estás haciendo un joven, y él va tomando confianza. A Doña Gloria, después de todo, no puede gustarle esto. Los Padua son gente mala. Capitú, a pesar de aquellos ojos que el diablo le dio... ¿Ya te fijaste en sus ojos? Son así de gitana oblicua y disimulada. Pues, a pesar de ellos, podría pasar, si no fuese la vanidad y la adulación. ¡Oh! ¡La adulación! Doña Fortunata merece estima, y él no niego que sea honesto, tiene un buen empleo, posee la casa en que vive, pero honestidad y estima no bastan, y las otras cualidades pierden mucho de valor con las malas compañías con las que anda. Padua tiene la tendencia de juntarse con la ralea. Oliendo a grosero y bajo, se junta con ellos. No lo digo por odio, ni porque hable mal de mí y se ría, como se rio, hace días, de mis zapatos destalonados...

–Perdón, lo interrumpí suspendiendo el paso, nunca oí que hablara mal de usted, por el contrario, un día, no hace mucho tiempo, dijo a un sujeto, en mi presencia, que usted era “un hombre capaz y sabía hablar como un diputado en las cámaras”.

José Dias sonrió deliciosamente, pero hizo un esfuerzo grande y cerró otra vez el rostro; después replicó:

–No le agradezco nada. Otros, de mejor alcurnia, me han hecho el favor de juicios altos. Y nada de eso impide que sea lo que le digo.

Habíamos vuelto a caminar, subimos a la terraza, y miramos el mar:

–Veo que usted sólo quiere mi beneficio, dije después de algunos instantes.

–¿Pues qué otra cosa, Benito?

–En este caso, le pido un favor.

–¿Un favor? Manda, ordena, ¿qué favor?

–Mamá...

Durante algún tiempo no pude decir lo demás, que era poco, y lo sabía de memoria. José Dias volvió a preguntar qué favor, me sacudía con afabilidad, me levantaba la mandíbula y fijaba los ojos en mí, ansioso también, como la prima Justina el día anterior.

–¿Mamá? ¿Qué tiene mamá?

–Mamá quiere que yo sea cura, pero yo no puedo ser cura, dije finalmente.

José Dias se enderezó pasmado.

–No puedo, continué yo, no menos pasmado que él, no tengo carácter, no me gusta la vida de cura. Acepto todo lo que ella quiera; mamá sabe que hago todo lo que ella manda; estoy listo para ser lo que fuere de su agrado, incluso cochero de ómnibus. Cura, no; no puedo ser cura. La carrera es bonita, pero no es para mí.

Todo ese discurso no me salió así, de un tirón, hilado naturalmente, perentorio, como puede parecer por el texto, sino a pedazos, bien planeado, con voz un poco sorda y tímida. No obstante, José Dias lo había oído sorprendido. Ciertamente, no contaba con la resistencia, por más pequeña que fuese; pero lo que aún lo asombró más fue esta conclusión:

–Cuento con usted para salvarme.

Los ojos del agregado se abrieron, las cejas se arquearon, y el placer que yo pensaba darle al elegir su protección no se mostró en ninguno de sus músculos. Toda su cara era poca para la estupefacción. Realmente, la materia del discurso había revelado en mí un alma nueva; yo mismo no me conocía. Pero la palabra final es que trajo un vigor único. José Dias permaneció aturdido. Cuando los ojos volvieron a las dimensiones ordinarias:

–¿Pero qué puedo hacer yo? Preguntó.

–Mucho. Usted sabe que, en nuestra casa, todos lo aprecian. Mamá le pide muchas veces sus consejos, ¿o no? El tío Cosme dice que usted es persona de talento.

–Son bondades, replicó lisonjeado. Son favores de personas dignas, que merecen todo... ¡Ahí está! nunca nadie me ha de oír decir nada de tales personas; ¿por qué? porque son ilustres y virtuosas. Tu madre es una santa, tu tío es un caballero perfectísimo. He conocido distintas familias; ninguna podrá vencer a la tuya en nobleza de sentimientos. El talento que tu tío encuentra en mí confieso que lo tengo, pero es sólo uno –es el talento de saber lo que es bueno y digno de admiración y de aprecio.

–También ha de tener el de proteger a los amigos, como yo.

–¿En qué te puedo servir, ángel del cielo? No he de disuadir a tu madre de un proyecto que es, además de promesa, la ambición y el sueño de largos años. Aunque pudiese, es tarde. Todavía ayer me hizo el favor de decirme: “José Dias, necesito meter a Benito en el seminario”.

La timidez no es tan ruin moneda como parece. Si yo fuera intrépido, es probable que, con la indignación que experimenté, rompiese a llamarle mentiroso, pero entonces sería necesario confesarle que había estado escuchando, detrás de la puerta, y una acción valía otra. Me contenté con responder que no era tarde.

–No es tarde, todavía es tiempo, si usted quisiera.

–¿Si yo quisiera? ¿Pero qué otra cosa quiero, sino servirte? ¿Qué deseo, sino que seas feliz, como mereces?

–Pues todavía es tiempo. Mire, no es por ociosidad. Estoy listo para todo; si ella quiere que yo estudie leyes, me voy a São Paulo...

Capítulo XXVI

Las leyes son hermosas

Por la cara de José Dias pasó algo parecido al reflejo de una idea –una idea que lo alegró extraordinariamente. Se calló unos instantes; yo tenía los ojos puestos en él, él había vuelto los suyos a la parte de la playa. Como insistiese:

–Es tarde, dijo; pero, para probarte que no hay falta de voluntad, iré a hablar con tu madre. No prometo vencer, sino luchar; trabajaré con el alma. De veras, ¿no quieres ser cura? Las leyes son hermosas, mi estimado... Puedes ir a São Paulo, a Pernambuco, o incluso más lejos. Hay buenas universidades en el exterior. Estudia leyes si tal es tu vocación. Voy a hablar con doña Gloria, pero no cuentes sólo conmigo; habla también con tu tío.

–Voy a hablar con él.

–Encomiéndate también a Dios –a Dios y a la Virgen Santísima, concluyó señalando al cielo.

El cielo estaba medio nublado. En el aire, cerca de la playa, grandes pájaros negros hacían giros, volando o planeando, y bajaban rozando los pies, en el agua, y volvían a

levantarse para bajar nuevamente. Pero ni las sombras del cielo, ni las danzas fantásticas de los pájaros desviaban mi espíritu del interlocutor. Después de contestarle que sí, me corregí:

–Dios hará lo que usted quiera.

–No blasfemes. Dios es dueño de todo; Él es, por sí solo, la tierra y el cielo, el pasado, el presente y el futuro. Pídele tu felicidad, que yo no hago otra cosa... Una vez que no puedes ser cura, y prefieres las leyes... las leyes son hermosas, sin menoscabo de la teología, que es mejor que todo, como la vida eclesiástica es la más santa... ¿Por qué no has de ir a estudiar leyes fuera de aquí? Lo mejor es ir luego a alguna universidad, y al mismo tiempo que estudias, viajas. Podemos ir juntos; veremos las tierras extranjeras, oiremos inglés, francés, italiano, español, ruso y hasta sueco. Doña Gloria probablemente no podrá acompañarte; aunque pueda y vaya, no querrá guiar los asuntos, papeles, matrículas, y cuidar de hospedajes, y andar contigo de un lado para otro... ¡Oh! ¡Las leyes son hermosísimas!

–Está dicho, pida a mamá que no me meta en el seminario.

–Pedir, pido, pero pedir no es obtener. Ángel de mi corazón, si voluntad de servir es poder de mandar, estamos aquí, estamos a bordo. ¡Ah! no te imaginas lo que es Europa; ¡oh! Europa...

Levantó la pierna e hizo una pirueta. Una de sus ambiciones era volver a Europa, hablaba de ella muchas veces, sin acabar de tentar a mi madre ni al tío Cosme, por más que alabase los aires y las bellezas... No contaba con esta posibilidad de ir conmigo, y permanecer allá durante la eternidad de mis estudios.

–¡Estamos a bordo, Benito, estamos a bordo!

Capítulo XXVII

En el portón

En el portón del Paseo, un mendigo nos extendió la mano. José Dias siguió de largo, pero yo pensé en Capitú y en el seminario, saque dos monedas del bolsillo y se las di al mendigo. Éste besó las monedas; le pedí que rogara a Dios por mí, a fin de que yo pudiera satisfacer todos mis deseos.

–¡Sí, mi devoto!

–Me llamo Benito, agregué para esclarecerlo.

Capítulo XXVIII

En la calle

José Dias iba tan contento que cambió al hombre de los momentos graves, como era en la calle, por el hombre flexible e inquieto. Se movía todo, hablaba de todo, me hacía parar a cada paso frente a un mostrador o un cartel de teatro. Me contaba el argumento de algunas obras, recitaba monólogos en verso. Hizo todos los recados, pagó cuentas, recibió alquileres de casa; para sí compró un vigésimo de lotería. Finalmente, el hombre tieso rindió al flexible, y empezó a hablar pausado, con superlativos. No vi que el cambio era natural; temí que hubiera cambiado la resolución convenida, y empecé a tratarlo con palabras y gestos cariñosos, hasta que entramos en el ómnibus.

Capítulo XXIX

El Emperador

En el camino, encontramos al Emperador, que venía de la Escuela de Medicina. El ómnibus en que íbamos se detuvo, como todos los vehículos; los pasajeros bajaron a la calle y se quitaron el sombrero, hasta que el coche imperial pasara. Cuando regresé a mi lugar, traía una idea fantástica, la idea de ir a ver al Emperador, contarle todo y pedirle su intervención. No confiaría esta idea a Capitú. “Su Majestad lo pide, mamá cede”, pensé para mí.

Vi entonces al Emperador escuchándome, reflexionando y acabando por decir que sí, que iría a hablar con mi madre; yo le besaba la mano, con lágrimas. Y luego me encontré en casa, a su espera, hasta que oí los guardias y el piquete de caballería; ¡es el Emperador! ¡es el emperador! Toda la gente llegaba a las ventanas para verlo pasar, pero no pasaba. El coche se paraba en nuestra puerta, el Emperador se apeaba y entraba. Gran alborozo entre nuestros vecinos: “¡El Emperador entró en casa de doña Gloria! ¿Qué será? ¿Qué no será? Nuestra familia salía a recibirlo; mi madre era la primera que le besaba la mano. Entonces el Emperador, todo risueño, sin entrar en la sala o entrando –no me acuerdo bien, los

sueños son muchas veces confusos— pedía a mi madre que no me hiciese cura —y ella, lisonjeada y obediente, prometía que no.

—La medicina, —¿por qué no manda enseñarle medicina?

—Una vez que es del agrado de Vuestra Majestad...

—Mándelo a estudiar medicina; es una bonita carrera, y nosotros tenemos aquí buenos profesores. ¿Nunca fue a nuestra Escuela? Es una hermosa Escuela. Ya tenemos médicos de primer orden, que pueden hombrar con los mejores de otras tierras. La medicina es una gran ciencia; basta sólo esto de dar la salud a los otros, conocer las enfermedades, combatir las, vencerlas... Usted misma ha de haber visto milagros. Su marido murió, pero la enfermedad era fatal, y él no había cuidado de sí... Es una bonita carrera; mándelo a nuestra Escuela. Haga eso por mí, ¿sí? ¿Quieres, Benito?

—Si mamá quiere.

—Quiero, hijo. Su majestad ordena.

Entonces el Emperador daba otra vez a besar la mano, y salía, acompañado de todos nosotros, la calle llena de gente, las ventanas al tope, un silencio de admiración; el Emperador entraba en el coche, se inclinaba y hacía un ademán de adiós, diciendo todavía: “La medicina, nuestra Escuela”. Y el coche partía entre envidias y agradecimientos.

Todo esto vi y oí. No, la imaginación de Ariosto no es más fértil que la de los niños y de los enamorados, ni la visión de lo imposible necesita más que un rincón del ómnibus. Me consolé por instantes, digamos minutos, hasta destruirse el plan y voltearme hacia las caras sin sueños de mis compañeros.

Capítulo XXX

El Santísimo

Habrás comprendido que aquel recuerdo del Emperador acerca de la medicina no era más que la sugestión de mi poca voluntad de salir de Río de Janeiro. Los sueños de la vigilia son como los otros sueños, se tejen con el dibujo de nuestras inclinaciones y de nuestros recuerdos. Bien que fuese a São Paulo, pero a Europa... Era muy lejos, mucho mar y mucho tiempo. ¡Viva la medicina! Iría a contarle estas esperanzas a Capitú.

–Parece que va a salir el Santísimo, dijo alguien en el ómnibus. Oigo una campana; sí, creo que es en San Antonio de los Pobres. ¡Espere, señor cobrador!

El cobrador de los pasajes jaló la correa que llegaba al brazo del cochero, el ómnibus se detuvo, y el hombre bajó. José Dias dio dos vueltas rápidas a su cabeza, me tomó del brazo y me hizo bajar consigo. Iríamos también a acompañar al Santísimo. Efectivamente, la campana llamaba a los fieles a aquel servicio de la última hora. Ya había algunas personas en la sacristía. Era la primera vez que me encontraba en momento tan grave; obedecí, al principio constreñido, pero luego satisfecho, menos por la caridad del servicio que por darme un oficio de hombre. Cuando el sacristán empezó a distribuir las capas, entró un sujeto apresurado; era mi vecino Padua, que también iba a acompañar al Santísimo. Nos vio, vino a saludarnos. José Dias hizo un gesto de fastidio, y apenas le respondió con una palabra seca, mirando al padre, que se lavaba las manos. Después, como Padua hablase al sacristán, bajito, se acercó a ellos; yo hice lo mismo. Padua solicitaba al sacristán una de las varas del palio. José Dias pidió una para sí.

–Sólo hay una disponible, dijo el sacristán.

–Pues esa, dijo José Dias.

–Pero yo la pedí primero, aventuró Padua.

–La pidió primero, pero entró después, replicó José Dias; yo ya estaba aquí. Lleve un cirio.

Padua, a pesar del miedo que le tenía al otro, porfiaba en querer la vara, todo esto en voz baja e inaudible. El sacristán encontró el medio de conciliar la rivalidad, encargándose de obtener de uno de los otros que sostenían el palio que cediese la vara a Padua, conocido en la parroquia, como José Dias. Así lo hizo; pero José Dias complicó todavía este arreglo. No, una vez que teníamos otra vara disponible, la pedía para mí, “joven seminarista”, a quien esta distinción cabía más directamente. Padua se quedó pálido como los cirios. Era poner a prueba el corazón de un padre. El sacristán, que me conocía por verme con mi madre, los domingos, preguntó por curiosidad si yo era de veras seminarista.

–Todavía no, pero va a serlo, respondió José Dias, cerrándome el ojo izquierdo que, no obstante el aviso, me quedé enojado.

–Bien, la cedo a nuestro Benito, suspiró el padre de Capitú.

Por mi parte, quise cederle la vara; me acordé que acostumbraba acompañar al Santísimo Sacramento a los moribundos, llevando un cirio, pero que la última vez había conseguido una vara del palio. La distinción especial del palio venía de cubrir al vicario y al sacramento; para el cirio cualquier persona servía. Fue él mismo quien me contó y explicó esto, lleno de una gloria pía y risueña. Así se explica el alborozo con el que había entrado en la iglesia; era la segunda vez del palio, tanto que sin tardanza pensó en pedirlo. ¡Y nada! Y volvía al cirio común, otra vez el interinato interrumpido; el administrador regresaba al antiguo cargo... Quise cederle la vara; el agregado me impidió ese acto de generosidad, y le pidió al sacristán que nos pusiera, a él y a mí, con las dos varas del frente, para iniciar la marcha del palio.

Capas enfiladas, cirios distribuidos y encendidos, padre y ciborio listos, el sacristán con el hisopo y la campanilla en las manos, salió la procesión a la calle. Cuando me vi con una de las varas, pasando ante los fieles, que se arrodillaban, quedé conmovido. Padua roía el cirio amargamente. Es una metáfora, no encuentro otra forma más viva de expresar el dolor y la humillación de mi vecino. Por lo demás, no pude mirarlo por mucho tiempo, ni al agregado, que, paralelamente a mí, erguía la cabeza con aires de ser el mismo Dios de los ejércitos. A poco, me sentí cansado; los brazos se me caían, felizmente la casa estaba cerca, en la Rua do Senado.

La enferma era una señora viuda, tísica, tenía una hija de quince o dieciséis años, que estaba llorando en la puerta del cuarto. La joven no era hermosa, tal vez ni fuese agraciada; los cabellos le caían despeinados, y las lágrimas le hacían arrugar los ojos. No obstante, el todo hablaba y cautivaba el corazón. El vicario confesó a la enferma, le dio la comunión y los santos óleos. El llanto de la joven se redobló tanto que sentí mis ojos mojados y huí. Llegué cerca de una ventana. ¡Pobre criatura! El dolor era comunicativo en sí mismo; unido al recuerdo de mi madre, me dolió más, y, cuando finalmente pensé en Capitú, sentí el ímpetu de sollozar también, me encaminé por el corredor, y oí a alguien decirme:

—¡No llores así!

La imagen de Capitú iba conmigo, y mi imaginación, así como le había atribuido lágrimas, hace poco, así le llenó la boca de risa ahora; la vi escribir en el muro, hablarme, dar vueltas, con los brazos al aire; oí claramente mi nombre, con una dulzura que me embriagó, y la voz era de ella. Los cirios encendidos, tan lúgubres en esa ocasión, me traían

aires de un lustre nupcial... ¿Qué era lustre nupcial? No sé; era algo contrario a la muerte, y no veo más que bodas. Esta nueva sensación me dominó tanto que José Dias vino hacia mí, y me dijo al oído, en voz baja:

–¡No te rías así!

En seguida me puse serio. Era el momento de la salida. Tomé mi vara; y, como ya conocía la distancia, y ahora volvíamos a la iglesia, lo que hacía el camino más corto –el peso de la vara era muy pequeño. Además, el sol aquí afuera, la animación de la calle, los jóvenes de mi edad que me miraban llenos de envidia, las devotas que se asomaban a las ventanas o entraban en los corredores y se arrodillaban a nuestro paso, todo me llenaba el alma de una agilidad nueva.

Padua, por el contrario, iba más humillado. A pesar de haber sido sustituido por mí, no acababa de consolarse con el cirio, con el miserable cirio. Y con todo había otros que también traían un cirio, y sólo mostraban la compostura del acto; no iban alegres, pero tampoco iban tristes. Se veía que caminaban con honor.

Capítulo XXXI

Las curiosidades de Capitú

Capitú prefería todo menos el seminario. En vez de estar abatida con la amenaza de la larga separación, si ganase la idea de Europa, se mostró satisfecha. Y cuando le conté mi sueño imperial:

–No, Benito, dejemos al Emperador tranquilo, replicó; permanezcamos por ahora con la promesa de José Dias. ¿Cuándo dijo que hablaría con tu madre?

–No señaló el día; me prometió que iba a ver, que hablaría en cuanto pudiese, y que me encomendase a Dios.

Capitú quiso que le repitiese todas las respuestas del agregado, las alteraciones del gesto y hasta la pirueta, que apenas le había contado. Pedía el sonido de las palabras. Era minuciosa y atenta; la narración y el diálogo, todo le aprovechaba. También se puede decir que confería, rotulaba y grababa en su memoria mi exposición. Esta imagen es por fortuna mejor que la otra, pero la óptima, ninguna. Capitú era Capitú, es decir, una criatura muy

particular, más mujer que yo hombre. Si todavía no lo dije, ahí queda. Si ya lo dije, queda también. Hay conceptos que se deben infundir en el alma del lector, a fuerza de repetición.

También era más curiosa. Las curiosidades de Capitú alcanzan para un capítulo. Eran de varias especies, explicables e inexplicables, tanto útiles como inútiles, unas graves, otras frívolas; le gustaba saber todo. En el colegio donde, desde los siete años, había aprendido a leer, escribir y contar, francés, doctrina y manualidades, no aprendió, por ejemplo a hacer encaje; por eso mismo, quiso que la prima Justina la enseñase. Si no estudió latín con el padre Cabral fue porque el padre, después de proponerlo en broma, acabó por decir que el latín no era lengua de niñas. Capitú me confesó un día que esta razón encendió en ella el deseo de aprenderlo. En compensación, quiso aprender inglés con un viejo profesor amigo y compañero del juego de naipes de su padre, pero no siguió adelante. El tío Cosme le enseñó el backgammon.

–Ve a traer un tapetito, Capitú, le decía.

Capitú obedecía y jugaba con facilidad, con atención, no sé si decir con amor. Un día la encontré dibujando a lápiz un retrato; le daba los últimos retoques, y me pidió que esperase para ver si se parecía. Era el de mi padre, copiado de la pintura que mi madre tenía en la sala y que todavía ahora está conmigo. Perfecto no era; al contrario, los ojos le habían salido muy abiertos, y los cabellos eran pequeños círculos unos sobre otros. Pero, al no tener conocimiento alguno del arte, y habiendo hecho aquello de memoria en pocos minutos, creí que era obra de mucho merecimiento; discúlpenme la edad y la simpatía. Aún así, creo que aprendería fácilmente pintura, como aprendió música más tarde. Ya entonces cortejaba el piano de nuestra casa, viejo trasto inútil, sólo de estimación. Leía nuestras novelas, hojeaba nuestros libros de grabados, quería saber de las ruinas, de las personas, de las campañas, el nombre, la historia, el lugar. José Dias le daba esas noticias con cierto orgullo de erudito. La erudición de éste no se acentuaba mucho más que su homeopatía de Cantagalo.¹²

Un día, Capitú quiso saber de quiénes eran las pinturas de la sala. El agregado lo dijo sumariamente, demorándose un poco más en César, con exclamaciones y latines:

–¡César! ¡Julio César! ¡Gran hombre! *¿Tu quoque, Brute?*

¹² Barrio de Río de Janeiro.

Capitú no encontraba bonito el perfil de César, pero las acciones citadas por José Dias le daban gestos de admiración. Permaneció mucho tiempo con la cara vuelta hacia él. ¡Un hombre que lo podía todo! ¡Que hacía todo! ¡Un hombre que daba a una señora una perla del valor de seis millones de sestercios!

–¿Y cuánto valía cada sestercio?

José Dias, al no tener presente el valor del sestercio, respondió entusiasmado:

–¡Es el mayor hombre de la historia!

La perla de César encendía los ojos de Capitú. En esa ocasión le preguntó a mi madre por qué ya no usaba las joyas del retrato; se refería al que estaba en la sala, con el de mi padre; tenía un gran collar, una corona y aretes.

–Son joyas viudas, como yo, Capitú.

–¿Cuándo usó estas?

–Fue por las fiestas de la Coronación.

–¡Oh! ¡Cuénteme las fiestas de la Coronación!

Sabía ya lo que sus padres le habían dicho, pero naturalmente estaba convencida de que ellos sabrían un poco más de lo que pasó en las calles. Quería la noticia de las tribunas de la Capilla Imperial y de los salones de los bailes. Había nacido mucho después de aquellas fiestas célebres. Oyendo hablar varias veces de la Mayoría¹³, un día se obstinó en saber sobre este acontecimiento; se lo dijeron, y creyó que el Emperador había hecho muy bien en querer subir al trono a los quince años. Todo era materia de las curiosidades de Capitú, muebles antiguos, adornos viejos, costumbres, noticias de Itaguaí, la infancia y la juventud de mi madre, el dicho de aquí, un recuerdo de ella, un adagio de acullá...

Capítulo XXXII

Ojos de resaca

Todo era materia de las curiosidades de Capitú. Hubo un caso, sin embargo, del cual no sé si aprendió o enseñó, o si hizo ambas cosas, como yo. Es lo que contaré en el otro capítulo. En éste diré solamente que, pasados algunos días del acuerdo con el agregado, fui a ver a

¹³ *Maioridade* en el original, se refiere al hecho de que Don Pedro II (Río de Janeiro, 1825, París, 1891) fue declarado mayor de edad cuando tenía 15 años, en julio de 1840, para que pudiera ser coronado Emperador de Brasil al año siguiente.

mi amiga; eran las diez de la mañana. Doña Fortunata, que estaba en el patio, ni esperó que yo le preguntara por la hija.

–Está en la sala, peinándose, me dijo; ve despacito para darle un susto.

Fui despacio, pero el pie o el espejo me traicionaron. Puede ser que éste no; era un espejito de baratija (perdonadme el menosprecio), comprado a un mercero italiano, moldura tosca, argollita de latón, pendiente de la pared, entre las dos ventanas. Si no fue el espejo, fue el pie. Uno u otro, la verdad es que, apenas entré en la sala, peine, cabellos, toda ella voló por los aires, y sólo le oí esta pregunta:

–¿Hay alguna novedad?

–No, ninguna, respondí; vine a verte antes de que el padre Cabral llegue para la lección. ¿Cómo pasaste la noche?

–Yo bien, ¿José Dias todavía no habló?

–Parece que no.

–¿Pero entonces cuándo hablará?

–Me dijo que hoy o mañana piensa tocar el asunto: no va a ir luego de golpe, hablará largo y tendido, un toque. Después, va a entrar en materia. Primero quiere ver si mamá tiene la decisión tomada...

–De que la tiene, la tiene, me interrumpió Capitú. Y si no fuese necesario alguien para vencer luego, y del todo, no se le hablaría. Yo ya ni sé si José Dias podrá influir tanto; creo que hará todo, si siente que realmente no quieres ser cura, ¿pero podrá lograrlo...? Él es escuchado; si, no obstante... ¡Esto es un infierno! Insiste con él, Benito.

–Insisto; hoy mismo ha de hablar.

–¿Lo juras?

–¡Lo juro! Déjame ver tus ojos, Capitú.

Me había acordado de la definición que José Dias había hecho, “ojos de gitana oblicua y disimulada”. Yo no sabía lo que era oblicua, pero disimulada sí, y quería ver si se podían llamar así. Capitú se dejó ver y examinar. Sólo me preguntaba qué pasaba, si nunca los había visto; yo nada encontré de extraordinario; el color y la dulzura eran mis conocidos. La demora de la contemplación creo que le dio otra idea de mi propósito; pensó que era un pretexto para mirarlos más de cerca, con mis ojos grandes, constantes, metidos en ellos, y a

esto le atribuyo que empezaran a estar agrandados, agrandados y sombríos, con tal expresión que...

Retórica de los enamorados, dame una comparación exacta y poética para decir lo que fueron aquellos ojos de Capitú. No me acude imagen capaz de decir, sin romper la dignidad del estilo, lo que fueron y me dijeron. ¿Ojos de resaca? Vaya, de resaca. Es lo que me da idea de aquel aspecto nuevo. Traían no sé qué fluido misterioso y enérgico, una fuerza que arrastraba hacia adentro, como la ola que se retira de la playa en los días de resaca. Para no ser arrastrado, me agarré de las otras partes cercanas, de las orejas, de los brazos, de los cabellos esparcidos por los hombros; pero tan rápido buscaba las pupilas, la ola que salía de ellas venía creciendo, cava y oscura, amenazando con arrollarme, jalarme y tragarme. ¿Cuántos minutos consumimos en aquel juego? Sólo los relojes del cielo habrán marcado ese tiempo infinito y breve. La eternidad tiene sus péndulos; no por no acabar nunca deja de querer saber la duración de las felicidades y de los suplicios. Ha de duplicar el gozo a los bienaventurados del cielo conocer la suma de los tormentos que ya habrán padecido en el infierno sus enemigos; así también la cantidad de las delicias que habrán gozado en el cielo sus desafectos aumentará los dolores a los condenados del infierno. Este otro suplicio se le olvidó al divino Dante, pero yo no estoy aquí para enmendar poetas. Sí para contar que, al cabo de un tiempo no marcado, me agarré definitivamente de los cabellos de Capitú, pero entonces con las manos, y le dije –por decir algo– que podía peinarlos si quisiera.

–¿Tú?

–Yo mismo.

–Vas a enredarme todo el cabello, eso sí.

–Si lo enredo, te lo desenredas después.

–Vamos a ver.

Capítulo XXXIII

El peinado

Capitú me dio la espalda, volteándose al espejito. La así de los cabellos, los sujeté todos y empecé a alisarlos con el peine, desde la frente hasta las últimas puntas, que le bajaban a la

cintura. De pie no había manera: no olvidaste que era un poquito más alta que yo, pero aunque tuviese la misma estatura. Le pedí que se sentara.

–Siéntate aquí, es mejor.

Se sentó. “Vamos a ver al gran peluquero”, me dijo riendo. Seguí alisando los cabellos, con mucho cuidado, y los dividí en dos partes iguales, para hacer las dos trenzas. No las hice luego, ni así deprisa, como pueden suponer los peluqueros de oficio, sino despacio, despacito, saboreando con el tacto aquellos hilos gruesos, que eran parte de ella. El trabajo era desordenado, unas veces por ineptitud, otras a propósito, para deshacer lo hecho o rehacerlo. Los dedos rozaban la nuca de la pequeña o la espalda vestida de percal, y la sensación era un deleite. Pero, al fin, los cabellos acabaron, por más que yo los quisiera interminables. No pedí al cielo que fuesen tan largos como los de la Aurora, porque no conocía todavía a esta divinidad que los viejos poetas me presentaron después; pero, deseé peinarlos por todos los siglos de los siglos, tejer dos trenzas que pudiesen envolver el infinito por un número innumerable de veces. Si esto os parece enfático, desventurado lector, es que nunca peinasteis a una pequeña, nunca pusisteis las manos adolescentes en la joven cabeza de una ninfa... ¡Una ninfa! Ando todo mitológico. Todavía hace poco, hablando de los ojos de resaca, llegué a escribir Tetis; borré Tetis; borremos ninfa; digamos solamente una criatura amada, palabra que incluye todas las potencias cristianas y paganas. Finalmente, acabé las dos trenzas. ¿Dónde estaba la cinta para atarles las puntas? Encima de la mesa, un triste pedazo de cinta sucia. Junté las puntas de las trenzas, las uní con un nudo, retoqué la obra, jalando aquí, acortando ahí, hasta que exclamé:

–¡Listo!

–¿Quedó bien?

–Vete en el espejo.

En vez de ir al espejo, ¿qué pensáis que hizo Capitú? No olvidéis que estaba sentada, dándome la espalda. Capitú curvó la cabeza, a tal punto que fue necesario ayudarla con las manos y sostenerla; el respaldo de la silla era bajo. Después me incliné sobre ella, rostro a rostro, pero cambiados, los ojos de uno en la línea de la boca del otro. Le pedí que levantara la cabeza, podía marearse, magullarse el cuello. Llegué a decirle que estaba fea; pero ni esta razón la movió.

–¡Levanta la cabeza, Capitú!

No quiso, no levantó la cabeza, y permanecemos así mirando uno al otro, hasta que ella cerró los labios, yo bajé los míos, y...

La sensación del beso fue grande; Capitú se levantó, rápida, yo retrocedí hasta la pared con una especie de vértigo, mudo, los ojos negros. Cuando se me clarearon, vi que Capitú tenía los suyos en el piso. No me atreví a decir nada; aunque quisiera, me faltaba lengua. Preso, aturdido, no encontraba gesto ni ímpetu que me despegara de la pared y me lanzara a ella con mil palabras cálidas y cariñosas... No te mofes de mis quince años, lector precoz. A los diecisiete, Des Grieux (y era Des Grieux)¹⁴ no pensaba todavía en la diferencia de los sexos.

Capítulo XXXIV

¡Soy hombre!

Oímos pasos en el corredor; era doña Fortunata, Capitú se arregló deprisa, tan deprisa que, cuando la madre apareció en la puerta, ella movía la cabeza y reía. Ningún pálido vestigio, ninguna contracción de timidez, una risa espontánea y clara, que ella explicó con estas palabras alegres:

–Mamá, mire cómo este señor peluquero me peinó; me pidió acabar el peinado, e hizo esto ¡Mire qué trenzas!

–¿Qué tiene? dijo la madre, derramando benevolencia. Está muy bien, nadie dirá que lo hizo una persona que no sabe peinar.

–¿Qué dice, madre? ¿Esto? replicó Capitú deshaciendo las trenzas. ¡Mire esto, madre!

Y con el enfado gracioso y espontáneo que a veces tenía, tomó el peine y se alisó los cabellos para renovar el peinado. Doña Fortunata la llamó tonta y me dijo que no le hiciera caso, no era nada, tonterías de la hija. Nos miraba con ternura a mí y a ella. Después, me parece que sospeché. Viéndome callado, metido, cosido a la pared, tal vez creyó que había entre nosotros algo más que un peinado, y sonrió con disimulo...

Como yo quisiera hablar también para ocultar mi estado, llamé algunas palabras de acá adentro, y acudieron de pronto, pero atropelladas y me llenaron la boca sin que saliera ninguna. El beso de Capitú me cerraba los labios. Una exclamación, un simple artículo, por

¹⁴ Personaje de la novela *Manon Lescaut*, del escritor francés Prévost (1697-1763).

más que embistiesen con fuerza, no lograban abrir de dentro. Y todas las palabras se refugiaron en el corazón, murmurando: “He aquí uno que no hará gran carrera en el mundo, por poco que lo dominen las emociones...”

Así, descubiertos por la madre, éramos dos y contrarios, ella encubriendo con la palabra lo que yo publicaba con el silencio. Doña Fortunata me sacó de aquella turbación, diciendo que mi madre me había mandado llamar para la lección de latín; el padre Cabral estaba esperándome. Era una salida; me despedí y me encaminé por el corredor. Caminando, oí que la madre censuraba los modales de la hija, pero la hija no decía nada.

Corrí a mi cuarto, tomé los libros, pero no pasé a la sala de la lección; me senté en la cama, recordando el peinado y lo demás. Tenía estremecimientos, tenía unos olvidos en que perdía la conciencia de mí y de las cosas que me rodeaban, para vivir no sé dónde ni cómo. Y volvía a mí, y veía la cama, las paredes, los libros, el piso, oía algún sonido de fuera, vago, cercano o remoto, y luego perdía todo para sentir solamente los labios de Capitú... Los sentía dilatados, debajo de los míos, igualmente estirados hacia los de ella, y uniéndose unos a otros. De repente, sin querer, sin pensar, me salió de la boca esta palabra de orgullo:

—¡Soy hombre!

Supuse que me hubieran oído, porque la palabra salió en voz alta, y corrí a la puerta de la habitación. No había nadie fuera. Volví hacia adentro y, bajito, repetí que era hombre. Todavía ahora tengo el eco en mis oídos. El gusto que esto me dio fue enorme. Colón no lo tuvo mayor, al descubrir América, y perdonad la banalidad en favor de la propiedad; en efecto, hay en cada adolescente un mundo encubierto, un almirante y un sol de octubre. Hice otros descubrimientos más tarde; ninguno me deslumbró tanto. La denuncia de José Dias me había sublevado, la lección de la vieja palmera también, a la vista de nuestros nombres abiertos por ella en el muro del patio me dio gran sacudida, como ya viste; nada de eso valió la sensación del beso. Podían ser mentira o ilusión. Siendo verdad, eran los huesos de la verdad, no eran la carne y la sangre de ella. Las mismas manos tocadas, apretadas, como fundidas, no podían decir todo.

—¡Soy hombre!

Cuando repetí esto, por tercera vez, pensé en el seminario, pero como se piensa en un peligro que ya pasó, un mal abortado, una pesadilla extinta; todos mis nervios me dijeron que los hombres no son curas. La sangre era de la misma opinión. Otra vez sentí los besos

de Capitú. Tal vez abuso un poco de las reminiscencias osculares; pero las saudades son así; es el pasar y repasar de las memorias antiguas. Ahora, de todas las de aquel tiempo creo que la más dulce es ésta, la más nueva, la más comprensiva, la que me reveló completamente a mí mismo. Tengo otras, vastas y numerosas, dulces también, de distinta especie, muchas intelectuales, igualmente intensas. Gran hombre que fuese, la recordación era menor que ésta.

Capítulo XXXV

El Protonotario Apostólico

Finalmente, tomé los libros y corrí a la lección. No corrí precisamente; a medio camino me detuve, advirtiendo que debía ser muy tarde, y podían leerme algo en el semblante. Tuve la idea de mentir, alegar un vértigo que me hubiese tirado al piso; pero el susto que causaría a mi madre me hizo rechazarla. Pensé en prometer algunas decenas de padrenuestros; tenía, sin embargo, otra promesa abierta y otro favor pendiente... No, vamos a ver; fui caminando, oí voces alegres, conversaban ruidosamente. Cuando entré en la sala, nadie me reprendió.

El padre Cabral había recibido en la víspera un recado del internuncio: fue a verlo, y supo que, por decreto pontificio, acababa de ser nombrado protonotario apostólico. Esta distinción del Papa le había dado gran contento y a todos los nuestros. El tío Cosme y la prima Justina repetían el título con admiración; era la primera vez que lo escuchaban nuestros oídos, acostumbrados a canónigos, monseñores, obispos, nuncios e internuncios; ¿pero qué era protonotario apostólico? El padre Cabral explicó que no era propiamente el cargo de la curia, sino sus honores. El tío Cosme vio elevarse al socio de juego y repetía:

–¡Protonotario apostólico!

Y volviéndose hacia mí:

–Prepárate, Benito; tú puedes llegar a ser protonotario apostólico.

Cabral oía con gusto la repetición del título. Estaba de pie, daba algunos pasos, sonreía o tamborileaba en la tapa de la caja. El tamaño del título como que le duplicaba la magnificencia, puesto que, para unirlo al nombre, era demasiado largo; esta segunda reflexión la hizo el tío Cosme. El padre Cabral aclaró que no era necesario decirlo todo, bastaba con que le llamaran el protonotario Cabral. Apostólico se sobrentendía.

–Protonotario Cabral.

–Sí, tiene razón; protonotario Cabral.

–Pero, señor protonotario –intervino la prima Justina para irse acostumbrando al uso del título– ¿esto lo obliga a ir a Roma?

–No, doña Justina.

–No, son sólo los honores, observó mi madre.

–Ahora, no impide –dijo Cabral, quien continuaba reflexionando– no impide que en los casos de mayor formalidad, actos públicos, cartas oficiales, etc., se emplee el título completo: protonotario apostólico. En el uso común, basta protonotario.

–Justamente, asintieron todos.

José Dias, que entró poco después que yo, aplaudió la distinción, y recordó, a propósito, los primeros actos políticos de Pío IX, gran esperanza de Italia; pero a nadie le interesó el tema; lo principal de la hora y del lugar era mi viejo maestro de latín. Yo, volviendo en mí del temor, comprendí que debía felicitarlo también, y este aplauso no le llegó menos al corazón que los otros. Me golpeó la mejilla paternalmente, y acabó dándome asueto. Era mucha felicidad para una sola hora. ¡Un beso y asueto! Creo que mi rostro dijo esto mismo, porque el tío Cosme, sacudiendo la barriga, me dijo travieso; pero José Dias corrigió la alegría:

–No hay que festejar la haraganería; el latín siempre te ha de ser necesario, *aunque no llegues a ser cura*.

Aquí conocí a mi hombre. Era la primera palabra, la semilla lanzada a la tierra, así de paso, como para acostumbrar los oídos de la familia. Mi madre me sonrió, llena de amor y de tristeza, pero respondió luego.

–Ha de ser sacerdote, y un sacerdote lindo.

–No olvides, hermana Gloria, y protonotario también. Protonotario apostólico.

–El protonotario Santiago, acentuó Cabral.

Si la intención de mi maestro de latín era ir acostumbrando al uso del título con el nombre, no sé bien; lo que sé es que cuando oí mi nombre unido a tal título, tuve deseos de decir una insolencia. Pero el deseo aquí fue antes una idea, una idea sin lengua, que se estuvo quieta y muda, tal como de ahí a poco otras ideas... Pero esas necesitan un capítulo especial. Rematemos éste diciendo que el maestro de latín habló algún tiempo de mi

ordenación eclesiástica, aunque sin gran interés. Él buscaba un tema ajeno para mostrarse olvidado de la propia gloria, pero era ésta la que lo deslumbraba en esa ocasión. Era un viejo flaco, sereno, dotado de buenas cualidades. Algunos defectos tenía; el más excelso de ellos era ser goloso, no propiamente glotón; comía poco, pero estimaba lo fino y lo raro, y nuestra cocina, si bien era sencilla, era menos pobre que la de él. Así, cuando mi madre le dijo que viniese a cenar, con el fin de hacerle un brindis, los ojos con que aceptó serían de protonotario, pero no eran apostólicos. Y para agradar a mi madre nuevamente se agarró de mí, describiendo mi futuro eclesiástico, y quería saber si iría al seminario ahora, el año próximo, y se ofrecía para hablar con el “señor obispo”, todo remachado con el “protonotario Santiago”.

Capítulo XXXVI

Ideas sin piernas e ideas sin brazos

Los dejé, con el pretexto de jugar; y me fui otra vez a pensar en la aventura de la mañana. Era lo que mejor podía hacer, sin latín, y hasta con latín. Al cabo de cinco minutos, me acordé de ir corriendo a la casa vecina, agarrar a Capitú, deshacerle las trenzas, rehacerlas y concluir las de aquella manera particular, boca sobre boca. Es esto, vamos, es esto... ¡Sólo idea!, ¡idea sin piernas! Las otras piernas no querían correr ni caminar. Mucho después salieron lentamente y me llevaron a casa de Capitú. Cuando llegué, me encontré con ella en la sala, en la misma sala, sentada en el canapé, almohada en el regazo, cosiendo en paz. No me miró de frente, sino a hurtadillas y tímidamente o, si prefieres la fraseología del agregado, oblicua y disimulada. Las manos se detuvieron, después de clavar la aguja en la tela. Yo, del lado opuesto de la mesa, no sabía que hacer; y otra vez huyeron las palabras que traía. Así pasamos algunos largos minutos, hasta que dejó completamente la costura, se levantó y me esperó. Fui a hablarle, y le pregunté si su madre había dicho algo; me respondió que no. La boca con que respondió era tal que imagina haberme provocado un movimiento de aproximación. Cierto es que Capitú retrocedió un poco.

Era la ocasión de agarrarla, jalarla y besarla... ¡Sólo idea!, ¡idea sin brazos! Los míos quedaron caídos y muertos. No sabía nada de la Escritura. Si supiese, es probable que el espíritu de Satanás me hiciera dar a la lengua mística del *Cantar* un sentido directo y

natural. Entonces obedecería al primer versículo: “¡Oh, si él me besara con besos de su boca!” Y por lo que respecta a los brazos, que tenía inertes, bastaría cumplir el versículo 6º del capítulo II: “Su mano izquierda esté debajo de mi cabeza, y su derecha me abrace”. Veis ahí la cronología de los movimientos. Sólo faltaba ejecutarla; pero aunque yo conociera el texto, las actitudes de Capitú eran ahora tan retraídas, que no sé si no continuaría parado. Fue ella, sin embargo, quien me sacó de aquella situación.

Capítulo XXXVII

El alma está llena de misterios

–¿El padre Cabral llevaba mucho tiempo esperándote?

–Hoy no tuve lección; tuve asueto.

Le expliqué el motivo del asueto. También le conté que el padre Cabral había hablado de mi entrada en el seminario, apoyando la resolución de mi madre, y hablé mal de él y con dureza. Capitú reflexionó unos momentos, y acabó preguntándome si podía ir a felicitar al sacerdote, en la tarde, a mi casa.

–Claro, ¿pero para qué?

–Mi papá seguramente ha de querer ir también, pero es mejor que vaya a la casa del sacerdote; es mejor. Yo no, que ya soy casi una señorita, concluyó riendo.

Su risa me animó. Las palabras parecían ser una broma consigo misma, una vez que, desde la mañana, era mujer, como yo era hombre. Le encontré gracia y, para decirlo todo, quise probarle que era mujer completa. Le tomé levemente la mano derecha, después la izquierda, y permanecí así, pasmado y trémulo. Era la idea con manos. Quise jalar las de Capitú, para obligarla a venir tras ellas, pero también ahora la acción no respondió a la intención. Con todo, me sentí fuerte y atrevido. No imitaba a nadie; no vivía con jóvenes, que me enseñaran lances de amor. No conocía la violación de Lucrecia. De los romanos apenas sabía que hablaban por el librito del padre Pereira¹⁵ y que eran patricios de Poncio Pilatos. No niego que el final del peinado de la mañana era un gran paso en el camino del movimiento amoroso, pero el gesto de entonces fue justamente lo contrario de éste. Por la

¹⁵ *Artinha do padre Pereira*, referencia irónica a un libro de texto de gramática latina.

mañana ella curvó la cabeza, ahora me huía; no sólo en eso los lances diferían; en otro punto, pareciendo haber repetición, hubo contraste.

Pienso que amenacé con jalarla hacia mí. No lo juro, empezaba a estar tan alborozado, que no pude tener toda la conciencia de mis actos: pero concluyo que sí, porque retrocedió y quiso retirar sus manos de las mías; después, tal vez por no poder retroceder más, puso uno de sus pies adelante y el otro atrás, y huyó con el busto. Fue este gesto el que me obligó a retenerle las manos con fuerza. El busto finalmente se cansó y cedió, pero la cabeza no quiso ceder también y, caída hacia atrás, inutilizaba todos mis esfuerzos, porque yo ya hacía esfuerzos, lector amigo. No conociendo la lección del *Cantar*, no se me ocurrió extender la mano izquierda por debajo de su cabeza; además, este gesto supone un acuerdo de voluntades, y Capitú, que ahora se resistía, aprovecharía el movimiento para arrancar la otra mano y huirme completamente. Permanecemos en aquella lucha, sin estrépito, porque a pesar del ataque y de la defensa, no perdíamos la cautela necesaria para no ser oídos allá adentro; el alma está llena de misterios. Ahora sé que la jalaba; la cabeza continuó retrocediendo hasta que se cansó; pero entonces fue la oportunidad de la boca. La boca de Capitú inició un movimiento inverso, con relación a la mía, yendo hacia un lado, cuando yo la buscaba del lado opuesto. En aquel desencuentro estuvimos, sin que osara un poco más, y bastaría un poco más...

En esto oímos golpear la puerta y hablar en el corredor. Era el padre de Capitú, que volvía de la oficina un poco más temprano, como acostumbraba a veces. “¡Abre, Pequeña! ¡Capitú, abre!” Aparentemente era el mismo lance de la mañana, cuando la madre nos encontró, pero sólo aparentemente; en verdad, era otro. Considerad que en la mañana todo estaba acabado, y el paso de doña Fortunata fue un aviso para que nos arregláramos. Ahora luchábamos con las manos presas, y nada había empezado siquiera.

Oímos la cerradura de la puerta que daba al corredor interno; era la madre que abría. Yo, una vez que confieso todo, digo aquí que no tuve tiempo de soltar las manos de mi amiga; pensé en eso, llegué a intentarlo, pero Capitú, antes que el padre acabase de entrar, hizo un movimiento inesperado, puso su boca en mi boca, y me dio por voluntad lo que estaba rechazando por la fuerza. Repito, el alma está llena de misterios.

Capítulo XXXVIII

¡Qué susto, Dios mío!

Cuando Padua, viniendo del interior, entró en la sala, Capitú, de pie, de espaldas a mí, inclinada sobre la costura, como para guardarla, preguntaba en voz alta:

–Pero, Benito, ¿qué es protonotario apostólico?

–Vaya, ¡vivan! exclamó el padre.

–¡Qué susto, Dios mío!

Ahora sí el lance es el mismo; pero si cuento aquí, tales cuales, los dos lances de hace cuarenta años, es para mostrar que Capitú no se dominaba sólo en presencia de la madre; el padre no le metió más miedo. En medio de una situación que me ataba la lengua, usaba la palabra con la mayor ingenuidad de este mundo. Mi convicción es que el corazón no le latía más ni menos. Alegó sorpresa, y dio a la cara un aire medio ensimismado; pero yo, que sabía todo, vi que era mentira y me dio envidia. Fue luego a hablar con el padre, que me apretó la mano y quiso saber por qué la hija hablaba de protonotario apostólico. Capitú le repitió lo que le había dicho, y opinó que su padre debía ir a felicitar al sacerdote a su casa; ella iría a la mía. Y recogiendo los pertrechos de la costura, se encaminó por el corredor, gritando infantilmente:

–Mamá, la cena, ¡papá llegó!

Capítulo XXXIX

La vocación

El padre Cabral estaba en aquella primera hora de los honores en que las mínimas congratulaciones valen por odas. Tiempo llega en que los dignificados reciben las alabanzas como un tributo usual, cara muerta, sin agradecimientos. El alborozo de la primera hora es mejor; ese estado del alma que ve en la inclinación del arbusto, tocado por el viento, un parabién de la flora universal, trae sensaciones más íntimas y finas que cualquier otro. Cabral oyó las palabras de Capitú con infinito placer.

–Gracias, Capitú, muchas gracias; aprecio que también a ti te da gusto. ¿Tu papá, está bien? ¿Y tu mamá? A ti no se pregunta, esa cara muestra que tienes salud para dar y prestar. ¿Y cómo van las oraciones?

A todas las preguntas, Capitú iba contestando rápido y bien. Traía un vestidito mejor y los zapatos de calle. No entró con la familiaridad de costumbre, se detuvo un instante en la puerta de la sala, antes de ir a besar la mano a mi madre y al cura. Como diera a éste, dos veces en cinco minutos, el título de protonotario, José Dias, para vengarse de la competencia, hizo un pequeño discurso en honor “del corazón paternal y augustísimo de Pío IX”.

–Eres un gran labioso, dijo el tío Cosme, cuando acabó.

José Dias sonrió sin humillación. El padre Cabral confirmó las alabanzas del agregado, sin los superlativos; a lo que éste acrecentó que el Cardenal Mastai¹⁶ evidentemente había sido tallado para la tiara desde el principio de los tiempos. Y, cerrándome el ojo, concluyó:

–La vocación es todo. El estado eclesiástico es perfectísimo, siempre que el sacerdote ya venga destinado desde la cuna. No habiendo vocación, hablo de vocación sincera y real, un joven puede muy bien estudiar las letras humanas, que también son útiles y honorables.

El padre Cabral objetaba:

–La vocación es mucho, pero el poder de Dios es soberano. Un hombre puede no tener amor a la iglesia y hasta perseguirla, y un día la voz de Dios le habla, y se convierte en apóstol; vea a San Pablo.

–No lo discuto, pero lo que yo digo es otra cosa. Lo que digo es que se puede servir a Dios muy bien sin ser sacerdote, acá afuera; ¿se puede o no se puede?

–Sí, se puede.

–¡Pues entonces! exclamó José Dias triunfalmente, mirando a su alrededor. Sin vocación no hay buen sacerdote, y en cualquier profesión liberal se sirve a Dios, como todos debemos.

–Perfectamente, pero la vocación no sólo se trae de la cuna.

–Hombre, es la mejor.

–Un joven sin ningún amor por la vida eclesiástica puede acabar siendo muy buen cura; basta con que Dios lo determine. No me quiero poner como modelo, pero aquí estoy yo que nací con la vocación por la medicina; mi padrino, que era coadjutor de Santa Rita, insistió con mi padre para que me metiera al seminario; mi padre cedió. Pues, señor, tomé tal gusto a los estudios y a la compañía de los sacerdotes, que acabé ordenándome. Pero,

¹⁶ Giovanni María Mastai Ferreti es el nombre del Papa Pío IX.

suponga que no sucedía así, y que yo no cambiaba de vocación, ¿qué hubiera pasado? Había estudiado en el seminario algunas materias que es bueno saber, y siempre se enseñan mejor en aquellas casas.

La prima Justina intervino:

–¿Cómo? ¿Entonces se puede entrar en el seminario y no salir cura?

El padre Cabral respondió que sí, que se podía y, volteándose hacia mí, habló de mi vocación, que era manifiesta; mis juguetes habían sido siempre de iglesia, y yo adoraba los oficios divinos. La prueba no probaba; todos los niños de mi tiempo eran devotos. Cabral acentuó que el rector de San José, a quien había contado últimamente la promesa de mi madre, tenía mi nacimiento por milagro; él era de la misma opinión. Capitú, pegada a la falda de mi madre, no atendía las miradas ansiosas que yo le mandaba; tampoco parecía escuchar la conversación sobre el seminario y sus consecuencias y, además, se grabó lo principal, como supe después. Dos veces fui a la ventana, esperando que ella fuese también, y estuviéramos a gusto, solos, hasta que se acabara el mundo, si se acababa, pero Capitú no se me apareció. No dejó a mi madre, sino para irse. Atardecía, se despidió.

–Ve con ella, Benito, dijo mi madre.

–No es necesario, doña Gloria, intervino riendo, conozco el camino. Adiós, señor protonotario...

–Adiós, Capitú.

Habiendo dado un paso con la intención de atravesar la sala, es claro que mi deber, mi gusto, todos los impulsos de la edad y de la ocasión eran atravesarla toda, seguir a la vecina por el corredor, bajar a la huerta, entrar en el patio, darle el tercer beso y despedirme. No me importó el rechazo, que supuse simulado, y me dirigí al corredor; pero, Capitú que iba de prisa, se detuvo y me hizo señas de que me regresara. No la obedecí, me acerqué a ella.

–No vengas, no; mañana hablaremos.

–Pero yo quería decirte...

–Mañana.

–¡Escucha!

–¡Quédate!

Hablaba bajito; me agarró la mano y puso el dedo en la boca. Una negra, que vino de dentro a encender la lámpara del corredor, viéndonos en aquella actitud, casi a oscuras, se

rio con simpatía y murmuró con tono que oyésemos algo que no entendí bien ni mal. Capitú me secreteó que la esclava había sospechado, y tal vez iba a contarles a las otras. Nuevamente me ordenó que me quedara, y se retiró; yo me quedé parado, clavado, agarrado al piso.

Capítulo XL

Una yegua

Al quedarme solo, medité algún tiempo, y tuve una fantasía. Ya conocéis mis fantasías. Ya os conté la de la visita imperial; ya os dije la de esta casa del Engenho Novo, que reproduce la de Mata-cavalos... La imaginación fue la compañera de toda mi existencia, viva, rápida, inquieta, a veces tímida y amiga de trabarse, muchas veces capaz de engullir planicies y planicies, corriendo. Creo haber leído en Tácito que las yeguas iberas concebían por el viento; si no fue él, fue otro autor antiguo, que pensó guardar esa creencia en sus libros. En este particular, mi imaginación era una gran yegua ibera: la menor brisa le daba un potro, que salía luego caballo de Alejandro, pero dejemos metáforas atrevidas e impropias de mis quince años. Digamos el caso simplemente. La fantasía de aquella hora fue confesar a mi madre mis amores para decirle que no tenía vocación eclesiástica. La plática sobre la vocación me regresaba ahora toda entera y, al paso que me asustaba, me abría una puerta de salida. “Sí, es esto, pensé; voy a decir a mamá que no tengo vocación, y le confieso nuestro amor; si duda, le cuento lo que pasó el otro día, el peinado y lo demás...”

Capítulo XLI

La audiencia secreta

Lo demás me hizo quedar algún tiempo todavía, en el corredor, pensando. Vi entrar al doctor João da Costa, y se preparó en seguida el tresillo de costumbre. Mi madre salió de la sala y, al encontrarme, preguntó si había acompañado a Capitú.

–No, mamá, se fue sola.

Y casi embistiéndola:

–Mamá, yo quería decirle algo.

–¿Qué?

Toda asustada, quiso saber qué me dolía, si la cabeza, si el pecho, si el estómago, y me tocaba la frente para ver si tenía fiebre.

–No tengo nada.

–¿Pero entonces qué sucede?

–Es algo, mamá... pero, escuche, mire, es mejor después del té; luego... No es nada malo; usted se asusta por todo; no es algo de cuidado.

–¿No es un malestar?

–No, mamá.

–Sí, es el regreso de la gripe. Disimulas para no tomar un sudorífico; pero tú estás resfriado; se te conoce por la voz.

Intenté reír, para mostrar que no tenía nada. Ni por eso permitió retrasar la confidencia, me agarró, me llevó a su cuarto, prendió una vela, y me ordenó que le dijese todo. Entonces yo le pregunté, para empezar, cuándo me iba al seminario.

–Ahora sólo para el próximo año, después de las vacaciones.

–Me voy... ¿para quedarme?

–¿Cómo para quedarte?

–¿No vuelvo a casa?

–Vuelves los sábados y en las vacaciones; es mejor. Cuando te ordenares sacerdote, vienes a vivir conmigo.

Me limpié los ojos y la nariz. Ella me abrazó, después quiso reprenderme, pero creo que la voz le temblaba, y me pareció que tenía los ojos húmedos. Le dije que también sentía nuestra separación. Negó que fuese una separación; era sólo un poco de ausencia, por causa de los estudios; sólo los primeros días. En poco tiempo me acostumbraría a los compañeros y a los maestros, y acabaría por gustarme vivir con ellos.

–Yo sólo quiero a mi mamá.

Esta palabra no fue calculada, pero quise decirla, para hacerle creer que ella era mi único cariño; desviaba las sospechas sobre Capitú. ¡Cuántas intenciones viciosas hay así que se meten, a medio camino, en una frase inocente y pura! Llega a sospecharse que la mentira es, muchas veces, tan involuntaria como la transpiración. Por otro lado, lector amigo, observa que quería desviar las sospechas sobre Capitú, cuando había llamado a mi

madre justamente para confirmarlas; pero las contradicciones son de este mundo. La verdad es que mi madre era cándida como la primera aurora, anterior al primer pecado; ni por simple intuición era capaz de deducir una cosa de otra, es decir, no concluiría de mi repentina oposición que anduviese en secretitos con Capitú, como le había dicho José Dias. Se quedó callada durante unos instantes; después me replicó sin imposición ni autoridad, lo que me fue animando a la resistencia. De ahí el hablarle de la vocación que se discutía en aquella tarde, y que yo confesé no sentir en mí.

–Pero a ti te gustaba tanto ser sacerdote, dijo; ¿no te acuerdas que hasta pedías ir a ver salir a los seminaristas de San José, con sus sotanas? En casa, cuando José Dias te llamaba Reverendísimo, ¡te reías con tanto gusto! ¿Cómo es que ahora...? No, no lo creo, Benito. Y además... ¿Vocación? Pero la vocación llega con la costumbre, continuó repitiendo las reflexiones que había oído a mi profesor de latín.

Como yo tratara de contradecirlas, me reprendió sin rudeza, pero con cierta fuerza, y yo volví al hijo sumiso que era. Después, todavía habló grave y largamente sobre la promesa que había hecho; no me dijo las circunstancias, ni la ocasión, ni sus motivos, cosas que sólo vine a saber más tarde. Afirmó lo principal, es decir, que había que cumplirla, en pago a Dios.

–Nuestro Señor me socorrió, salvando tu existencia, no le he de mentir ni faltar, Benito; son cosas que no se hacen sin pecado, y Dios que es grande y poderoso, no me dejaría así, no, Benito; yo sé que sería castigada y bien castigada. Ser cura es bueno y santo; tú conoces muchos, como el padre Cabral, que vive tan feliz con la hermana; un tío mío también fue cura y se libró de ser obispo, dicen.... Déjate de artimañas, Benito.

Creo que los ojos que le mostré fueron tan quejosos, que ella enmendó luego la palabra; artimaña no, no podía ser artimaña, sabía muy bien que yo era su amigo, y no sería capaz de fingir un sentimiento que no tuviera. Apatía es lo que quería decir, que me dejara de apatías, que me hiciera hombre y obedeciera lo que cumplía, en beneficio de ella y para bien de mi alma. Todas esas cosas y otras fueron dichas un poco atropelladamente, y la voz no le salía clara, sino velada y sofocada. Vi que su emoción era otra vez grande, pero no retrocedía de sus propósitos, y me aventuré a preguntarle.

–¿Y si usted le pidiese a Dios que la dispensara de la promesa?

–No, no puedo. ¿Estás loco, Benito? ¿Y cómo habría de saber que Dios me dispensaba?

–Tal vez en sueños; yo sueño a veces con ángeles y santos.

–También yo, hijo; pero es inútil... Vamos, es tarde; vamos a la sala. Está decidido: el primero o el segundo mes del año que viene, irás al seminario. Lo que quiero es que sepas bien los libros que estás estudiando; es bonito, no sólo para ti, sino para el padre Cabral. En el seminario hay interés por conocerte, porque el padre Cabral habla de ti con entusiasmo.

Caminó hacia la puerta, ambos salimos. Antes de salir, se volteó hacia mí, y casi la vi saltarme al cuello y decirme que no sería cura. Éste era ya su deseo íntimo, en la proporción en que se aproximaba el tiempo. Hubiera querido tener la forma de pagar la deuda contraída, otra moneda, que valiese tanto o más, y no encontraba ninguna.

Capítulo XLII

Capitú reflexionando

Al día siguiente, en cuanto pude, fui a la casa vecina. Capitú se despedía de dos amigas que habían ido a visitarla, Paula y Sancha, compañeras del colegio, aquélla de quince, ésta de diecisiete años, la primera, hija de un médico, la segunda, de un comerciante de objetos americanos. Estaba abatida, traía un pañuelo atado en la cabeza; la madre me contó que había sido un exceso de lectura la víspera, antes y después del té, en la sala y en la cama, hasta mucho después de la media noche, y con una lamparita...

–Si hubiera prendido la vela, mi mamá se enojaba. Ya estoy bien.

Y como se desatase el pañuelo, la madre le dijo tímidamente que era mejor atarlo, pero Capitú respondió que no era necesario, ya estaba bien.

Permanecimos solos en la sala; Capitú confirmó la narración de la madre, agregando que se había sentido mal por lo que había oído en mi casa. También yo le conté lo que me había pasado, la entrevista con mi madre, mis súplicas, las lágrimas de ella, y finalmente las últimas respuestas decisivas: dentro de dos o tres meses iría al seminario. ¿Qué haríamos ahora? Capitú me oía con atención impaciente, después sombría; cuando acabé, respiraba con dificultad, como dispuesta a estallar de cólera, pero se contuvo.

Hace tanto tiempo que sucedió esto que no puedo decir con seguridad si lloró de veras, o solamente se enjugó los ojos; creo que solamente los enjugó. Viéndole el gesto, le tomé la mano para animarla, pero también yo necesitaba ser animado. Caímos en el canapé, y permanecemos mirando al aire. Miento; ella miraba el piso. Hice lo mismo, cuando la vi así... Pero creo que Capitú miraba hacia adentro de sí misma, mientras que yo de veras clavaba la vista en el piso, roído por las grietas, dos moscas caminando y una pata de silla rota. Era poco, pero me distraía de la aflicción. Cuando volví a mirar a Capitú, vi que no se movía, y me quedé con tal miedo que la sacudí suavemente. Capitú volvió en sí y me pidió que le contara otra vez lo que había pasado con mi madre. La satisfice, esta vez atenuando el texto, para no afligirla. No me llames disimulado, llámame compasivo; es cierto que temía perder a Capitú, si se le murieran todas las esperanzas, pero me dolía verla padecer. Ahora, la verdad última, la verdad de las verdades, es que ya me arrepentía de haber hablado con mi madre, antes de cualquier trabajo efectivo por parte de José Dias; viéndolo bien, no hubiera querido oír un desengaño que consideraba como seguro, aunque demorado. Capitú cavilaba, reflexionaba, reflexionaba...

Capítulo XLIII

¿Tienes miedo?

De repente, cuando acabó de cavilar, clavó en mí los ojos de resaca, y me preguntó si tenía miedo.

–¿Miedo?

–Sí, pregunto si tienes miedo.

–¿Miedo de qué?

–Miedo de ser golpeado, de ser preso, de pelear, de caminar, de trabajar...

No comprendí. Si ella me hubiese dicho simplemente: “¡Vámonos!” puede ser que yo obedeciera o no; en todo caso, comprendería. Pero aquella pregunta así, vaga y suelta, no pude acertar con lo que era.

–Pero... no comprendo. ¿De ser golpeado?

–Sí.

–¿Golpeado por quién? ¿Quién me va a golpear?

Capitú hizo un gesto de impaciencia. Los ojos de resaca no se movían y parecían crecer. Sin saber de mí y, sin querer interrogarla nuevamente, empecé a meditar de dónde me vendrían los golpes, y por qué, y también por qué me apresarían, y quién me habría de aprehender. ¡Válgame Dios! Vi con la imaginación la cárcel, una casa oscura e infecta. También vi el barco-prisión, el cuartel de los Barbonos y la Casa de Corrección. Todas esas bellas instituciones sociales me envolvían en su misterio, sin que los ojos de resaca de Capitú dejaran de crecer para mí, a tal punto que las hicieran olvidar de todo. El error de Capitú fue no dejarlos crecer infinitamente, sino disminuir hasta las dimensiones normales, y darles el movimiento acostumbrado. Capitú regresó a lo que era, me dijo que estaba jugando, no necesitaba afligirme y, con un gesto lleno de gracia, me golpeó la cara sonriendo, y dijo:

–¡Miedoso!

–¿Yo? Pero...

–No es nada, Benito. ¿Pues quién habría de golpearte o aprehender? Disculpa que hoy amanecí medio loca; quiero jugar, y...

–No Capitú; no estás jugando; en esta ocasión, ninguno de nosotros tiene deseos de jugar.

–Tienes razón, sólo fue una tontería; hasta luego.

–¿Cómo hasta luego?

–Me está volviendo el dolor de cabeza; voy a ponerme una rodaja de limón en las sienes.

Hizo lo que dijo, y ató el pañuelo otra vez en la frente. En seguida, me acompañó al patio para despedirse de mí; pero todavía ahí nos detuvimos por algunos minutos, sentados sobre el borde del pozo. Venteaba, el cielo estaba nublado. Capitú habló nuevamente de nuestra separación, como de un hecho seguro y definitivo, por más que yo, temeroso de eso mismo, buscara ahora razones para animarla. Capitú, cuando no hablaba, rayaba el piso, con un pedazo de bambú, narices y perfiles. Desde que se había metido a dibujar, era una de sus diversiones; todo le servía de papel y lápiz. Como me recordaran nuestros nombres abiertos por ella en el muro, quise hacer lo mismo en el piso y le pedí el bambú. No me oyó o no me atendió.

Capítulo XLIV

El primer hijo

–Trae acá, déjame escribir algo.

Capitú me miró, pero de un modo que me hizo recordar la definición de José Días, oblicuo y disimulado; levantó la mirada, sin levantar los ojos. La voz, un tanto sumida, me preguntó.

–Dime una cosa, pero di la verdad, no quiero máscaras; has de responder con el corazón en la mano.

–¿Qué? Dime.

–Si tuvieras que escoger entre yo y tu madre, ¿a quién escogías?

–¿Yo?

Me hizo una seña que sí.

–Yo escogía... ¿pero para qué escoger? Mi madre no es capaz de preguntarme eso.

–Pues sí, pero yo te lo pregunto. Supón que estás en el seminario y recibes la noticia de que voy a morir...

–¡No digas eso!

–... O que me mato de nostalgia si no vienes luego, y tu madre no quisiera que vinieras, dime, ¿vienes?

–Vengo.

–¿Contra las órdenes de tu madre?

–Contra las órdenes de mi madre.

–¿Dejas el seminario, dejas a tu madre, dejas todo, para verme morir?

–¡No hables de morir, Capitú!

Capitú tuvo una risita pálida e incrédula, y con el bambú escribió una palabra en el suelo; me incliné y leí: *mentiroso*.

Era tan extraño todo aquello, que no encontré respuesta. No acertaba con la razón de lo escrito, como no acertaba con la de lo hablado. Si se me ocurriera una injuria grande o pequeña, es posible que la escribiese también, con el mismo bambú, pero no recordaba nada. Tenía la cabeza vacía. Al mismo tiempo temí que alguien nos pudiera oír o leer. ¿Quién, si estábamos solos? Doña Fortunata había llegado una vez a la puerta de la casa,

pero entró luego. La soledad era completa. Recordaba que unas golondrinas pasaron por arriba del patio y se fueron hacia las partes del monte de Santa Teresa; nadie más. A lo lejos, voces vagas y confusas, en la calle un tropel de bestias, del lado de la casa el gorjear de los pájaros de Padua. Nada más, o solamente este fenómeno curioso, que el nombre escrito por ella no sólo me espiaba del suelo con un gesto sarcástico, sino que hasta me pareció que repercutía en el aire. Tuve entonces una idea ruin; le dije que, a fin de cuentas, la vida de cura no era mala, y yo podía aceptarla sin gran pena. Como venganza, era pueril; pero tenía la secreta esperanza de verla lanzarse hacia mí, bañada en lágrimas. Capitú se limitó a abrir mucho los ojos, y acabó diciendo:

–Cura y bueno, no hay duda; mejor que cura sólo canónigo, por causa de las medias moradas. El morado es un color muy bonito. Pensándolo bien, mejor canónigo.

–Pero no se puede ser canónigo sin ser primero cura, le dije mordiéndome los labios.

–Bien; empieza por las medias negras, después vendrán las moradas. Lo que no quiero es perderme tu primera misa; avísame con tiempo para hacerme un vestido a la moda, falda ampona y grandes holanes... Aunque tal vez en ese tiempo la moda sea otra. La iglesia ha de ser grande. Carmen o San Francisco.

–O Candelaria.

–Candelaria también. Cualquiera es buena, con tal de que yo oiga la primera misa. He de causar gran impresión. Mucha gente va a preguntar: “¿Quién es aquella joven coqueta que está ahí con un vestido tan bonito?” – “Aquella es doña Capitolina, una joven que vivió en la Rua de Mata-Cavalos...”

–¿Qué vivió? ¿Vas a cambiarte?

–¿Quién sabe dónde va a vivir mañana? dijo ella con un tono leve de melancolía; pero volviendo luego al sarcasmo: Y tú en el altar, dentro del alba, con la capa de oro por encima, cantando... *Pater noster*...

¡Ah! ¡Cómo siento no ser un poeta romántico para decir que esto era un duelo de ironías! Contaría mis estocadas y las de ella, la gracia de una y la rapidez de la otra, y la sangre corriendo, y el furor en el alma, hasta mi golpe final que fue éste:

–Pues sí, Capitú, oirás mi primera misa, pero con una condición.

A lo que ella contestó:

–Vuestra Reverendísima puede hablar.

–¿Me prometes una cosa?
–¿Qué?
–Dime si lo prometes.
–Sin saber de qué se trata, no lo prometo.
–A decir verdad, son dos cosas, continué, por haberseme ocurrido otra idea.
–¿Dos? Dime cuáles son.
–La primera es que sólo te has de confesar conmigo, para que yo te dé la penitencia y la absolución. La segunda es que...
–La primera está prometida, dijo viéndome titubear, y agregó que esperaba la segunda. Palabra que me costó, y ojalá no me hubiera salido de la boca; no oiría lo que oí, y no escribiría aquí algo que va tal vez a encontrar incrédulos.
–La segunda... sí... es que... ¿Me prometes que seré el cura que te case?
–¿Qué me case? Dijo ella un tanto conmovida.
Después hizo bajar los labios, y sacudió la cabeza.
–No, Benito, dijo, sería esperar mucho tiempo; tú no vas a ser cura ya mañana, lleva muchos años... Mira, prometo otra cosa; prometo que has de bautizar a mi primer hijo.

Capítulo XLV

Mueva la cabeza, lector

Mueva la cabeza, lector; haga todos los gestos de incredulidad. Llegue a deshacerse de este libro, si el tedio no lo ha obligado a hacerlo antes; todo es posible. Pero, si no lo hizo antes sino hasta ahora, confío en que regrese a tomar el libro y que lo abra en la misma página, sin creer por eso en la veracidad del autor. Sin embargo, no hay nada más exacto. Fue así como Capitú habló, con tales palabras y maneras. Habló del primer hijo, como si fuese la primera muñeca.

En cuanto a mi asombro, si también fue grande, vino de la mezcla con una sensación extraña. Me recorrió un líquido. Aquella amenaza de un primer hijo, el primer hijo de Capitú, su casamiento con otro, por tanto, la separación absoluta, la pérdida, la aniquilación, todo eso producía tal efecto, que no encontré palabra ni gesto; permanecí estupefacto. Capitú sonreía; yo veía al primer hijo jugando en el piso.

Capítulo XLVI

Las paces

Las paces se hicieron como la guerra, deprisa. Búsquese en este libro mi gloria, y diría que las negociaciones partieron de mí; pero no, fue ella quien las inició. Algunos instantes después, como yo estuviera cabizbajo, ella bajó también la cabeza, pero volteando los ojos hacia arriba con el fin de ver los míos. Me hice del rogar; después quise levantarme para irme, pero ni me levanté, ni sé si me iría. Capitú me clavó unos ojos tan tiernos, y la posición los hacía tan suplicantes, que me dejé estar, le pasé el brazo por la cintura, ella me agarró la punta de los dedos y...

Otra vez doña Fortunata apareció en la puerta de la casa; no sé para qué, si ni me dio tiempo de jalar el brazo; desapareció luego. Podía ser un simple descargo de conciencia, una ceremonia, como los rezos por obligación, sin devoción, que se dicen en tropel; a no ser que fuese para certificar con los propios ojos la realidad que el corazón le decía...

Fuera lo que fuera, mi brazo siguió apretando la cintura de la hija, y fue así como nos apaciguamos. Lo bonito es que cada uno de nosotros quería ahora las culpas para sí, y pedíamos perdón recíprocamente. Capitú alegaba el insomnio, el dolor de cabeza, el abatimiento del espíritu, y finalmente “sus calundus”.¹⁷ Yo, que en esa época era muy llorón, sentía los ojos mojados... Era amor puro, era efecto de los padecimientos de la amiguita, era la ternura de la reconciliación.

Capítulo XLVII

“La señora salió”

–Está bien, ya basta, dije finalmente; pero explícame sólo una cosa, ¿por qué me preguntaste si tenía miedo de ser golpeado?

–Por nada, contestó Capitú, después de titubear... ¿Para qué mover eso?

–Dime, finalmente. ¿Fue por causa del seminario?

¹⁷ Calundú, del quimbundo kilundo, ente sobrenatural que dirige los destinos humanos y, entrando en el cuerpo de una persona, la vuelve triste, nostálgica, malhumorada (*Dicionário Aurelio da Língua Portuguesa*).

–Sí; oí decir que ahí golpean... ¿No? Yo tampoco lo creo.

La explicación me agradó; no había otra. Si, como pienso, Capitú no dijo la verdad, fuerza es reconocer que no podía decirla, y la mentira es de esas criadas que se dan prisa para responder a las visitas que “la señora salió”, cuando la señora no quiere hablar con nadie. Hay en esa complicidad un gusto particular; el pecado en común iguala por instantes la condición de las personas, sin contar con el placer que da ver la cara de las visitas engañadas, y verlos de espaldas cuando bajan... La verdad no salió, permaneció en casa, en el corazón de Capitú, murmurando su arrepentimiento. Y yo no bajé triste ni enojado; encontré la criada galante, apetecible, mejor que la señora.

Las golondrinas venían ahora en sentido contrario, o no serían las mismas. Nosotros sí que éramos los mismos; ahí quedamos sumando nuestras ilusiones, nuestros temores, empezando ya a sumar nuestras nostalgias.

Capítulo XLVIII

Juramento del pozo

–¡No!, exclamé de repente.

–¿No qué?

Pasaron algunos minutos de silencio, durante los cuales reflexioné mucho y acabé con una idea; el tono de la exclamación, sin embargo, fue tan alto que asustó a mi vecina.

–No ha de ser así, continué. Dicen que no estamos en edad de casarnos, que somos niños, niñotes, –ya oí decir niñotes. Bien; pero dos o tres años pasan deprisa. ¿Juras algo? ¿Juras que sólo te has de casar conmigo?

Capitú no dudó en jurarlo, e incluso le vi las mejillas rojas de placer. Juró dos veces y una tercera:

–Aunque te cases con otra, cumpliré mi juramento, no casándome nunca.

–¿Que me case con otra?

–Todo puede ser, Benito. Puedes encontrar otra joven que te quiera, enamorarte de ella y casarte. ¿Quién soy yo para que te acuerdes de mí en esa ocasión?

–¡Pero yo también juro! Juro, Capitú, juro por Dios Nuestro Señor que sólo me casaré contigo. ¿Basta con esto?

–Debería bastar, dijo ella; no me atrevo a pedir más. Sí, jura... Pero juremos de otro modo; juremos que nos hemos de casar uno con el otro, pase lo que pase.

Comprendéis la diferencia; era más que la elección del cónyuge, era la afirmación del matrimonio. La cabeza de mi amiga sabía pensar claro y deprisa. Realmente, la fórmula anterior era limitada, apenas exclusiva. Podíamos acabar solterones, como el sol y la luna, sin faltar al juramento del pozo. Esta fórmula era mejor, y tenía la ventaja de fortalecer mi corazón contra la investidura eclesiástica. Juramos con la segunda fórmula, y nos quedamos tan felices que todo temor de peligro desapareció. Éramos religiosos, teníamos al cielo por testigo. Yo ya no temía al seminario.

–Si insistiesen mucho, iré; pero hago de cuenta que es un colegio cualquiera; no tomo las órdenes.

Capitú temía nuestra separación, pero acabó aceptando esta propuesta, que era la mejor. No afligiríamos a mi madre, y el tiempo correría hasta el momento en que el casamiento pudiera realizarse. De lo contrario, cualquier resistencia al seminario confirmaría la denuncia de José Dias. Esta reflexión no fue mía, sino de ella.

Capítulo XLIX

Una vela los sábados

He aquí cómo, después de tantos trabajos, tocábamos el puerto al que nos debíamos haber acogido luego. No nos censures, timonel de mala muerte, no se navegan corazones como los otros mares de este mundo. Estábamos contentos, empezamos a hablar del futuro. Yo prometía a mi esposa una vida sosegada y hermosa, en el campo o fuera de la ciudad. Vendríamos aquí una vez por año. Si fuese un arrabal, estaría lejos, donde nadie nos fuese a molestar. La casa, en mi opinión, no debía ser grande ni pequeña, un término medio; le planté flores, elegí muebles, un carruaje y un oratorio. Sí, habríamos de tener un oratorio bonito, alto, de cedro rojo, con la imagen de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción. Me demoré más en esto que en lo demás, en parte porque éramos religiosos, en parte para compensar la sotana que yo iba a tirar a las ortigas; pero todavía faltaba una parte que atribuyo al plan secreto e inconsciente de captar la protección del cielo. Habíamos de prender una vela los sábados...

Capítulo L

Un término medio

Meses después me fui al seminario de San José. Si yo pudiera contar las lágrimas que lloré la víspera y en la mañana, sumarían más que todas las vertidas desde Adán y Eva. Hay en esto alguna exageración; pero, de vez en cuando, es bueno ser enfático, para compensar este escrúpulo de exactitud que me aflige. Sin embargo, si me atuviera sólo al recuerdo de la sensación, no estoy lejos de la verdad; a los quince años todo es infinito. Realmente, por más preparado que estuviera, sufrí mucho. Mi madre también sufrió, pero sufría con alma y corazón; además, el padre Cabral había encontrado un término medio: probar mi vocación, si después de dos años, no revelaba vocación eclesiástica, seguiría otra carrera.

–Las promesas deben ser cumplidas conforme Dios quiere. Suponga que Nuestro Señor niega vocación a su hijo, y que la costumbre del seminario no le da la alegría que me concedió a mí, es que la voluntad divina es otra. Usted no podía poner en su hijo, antes de nacer, una disposición que Nuestro Señor le negó...

Era una concesión del sacerdote. Daba a mi madre un perdón anticipado, haciendo venir del creador la revelación de la deuda. Los ojos de ella brillaron, pero la boca dijo que no. José Dias, al no lograr ir conmigo a Europa, se agarró de lo más cercano, y apoyó el “parecer del señor protonotario”; sólo que le parecía que un año era suficiente.

–Estoy seguro, dijo, cerrándome el ojo, que dentro de un año la vocación eclesiástica de nuestro Benito se manifiesta clara y decisiva. Ha de ser un cura excelente. En todo caso si no llega en un año...

Y a mí, más tarde, en privado:

–Ve por un año; un año pasa deprisa. Si no sientes ninguna alegría, es que Dios no quiere, como dice el padre, y en ese caso, amiguito mío, el mejor remedio es Europa.

Capitú me dio el mismo consejo, cuando mi madre le anunció mi ida definitiva al seminario:

–Hija mía, vas a perder a tu compañero de infancia...

Le hizo tanto bien este trato de *hija* (era la primera vez que mi madre se lo daba), que ni tiempo tuvo de estar triste; le besó la mano, y le dijo que ya lo sabía por mí mismo. En

privado me animó a soportar todo con paciencia; después de un año las cosas habrían cambiado, y un año pasaba pronto. No fue sin embargo nuestra despedida; ésta fue la víspera, de un modo que requiere un capítulo especial. Lo que digo aquí únicamente es que, en la medida en que nos uníamos uno del otro, ella se iba uniendo a mi madre, se hizo más asidua y tierna, vivía junto a ella, con los ojos en ella. Mi madre era de natural simpática, e igualmente sensible; tanto se afligía como se contentaba por cualquier cosa. Empezó a encontrar en Capitú una cantidad de gracias nuevas, de dotes finas y raras; le dio un anillo de los suyos y algunos regalitos. No aceptó fotografiarse, como la pequeña le pedía, para darle un retrato; pero tenía una miniatura, hecha a los veinticinco años, y, después de algunos titubeos, decidió dársela. Los ojos de Capitú, cuando recibió el detalle, no se describen; no eran oblicuos, ni de resaca, eran directos, claros, lúcidos. Besó el retrato con pasión, mi madre le hizo lo mismo a ella. Todo esto me recuerda nuestra despedida.

Capítulo LI

Entre luz y sombra

Entre luz y sombra, todo ha de ser breve como ese instante. Ni duró mucho nuestra despedida, fue lo más que se pudo, en su casa, en la sala, antes del encender de las velas; ahí nos despedimos de una vez. Juramos nuevamente que habíamos de casarnos uno con el otro, y no fue sólo el apretón de manos que selló el contrato, como en el patio, fue la conjunción de nuestras bocas amorosas... Tal vez borre esto en la impresión, si hasta entonces no pienso de otra manera; si no, se queda. Y desde luego se queda, porque, en verdad, es nuestra defensa. Lo que el mandamiento divino quiere es que no juremos *en vano* por el santo nombre de Dios. Y no iba a mentir al seminario, una vez que llevaba un contrato hecho en el propio registro del cielo. En cuanto al sello, Dios, así como hizo las manos limpias, también hizo los labios limpios, y la malicia está antes en tu cabeza perversa que en la de aquella pareja de adolescentes... ¡Oh! Mi dulce compañera de la niñez, yo era puro, y puro permanecí, y puro entré en la clase de San José, a buscar en apariencia la investidura sacerdotal, y antes de ella la vocación. Pero la vocación eras tú, la investidura eras tú.

Capítulo LII

El viejo Padua

Ahora cuento también los adioses del viejo Padua. Vino a nuestra casa muy temprano. Mi madre le dijo que fuese a saludarme al cuarto.

–¿Puedo pasar? Preguntó metiendo la cabeza por la puerta.

Fui a apretarle la mano; él me abrazó con ternura

–¡Sea feliz! Me dijo. A mí y a toda mi familia créame que quedan muchas nostalgias. Todos lo estimamos mucho a usted, como merece. Si le dijeran otra cosa, no lo crea. Son intrigas. Yo también, cuando me casé, fui víctima de intrigas; se acabaron. Dios es grande y descubre la verdad. Si algún día perdiera a su madre y a su tío, –cosa que, por esta luz que me alumbra, no deseo, porque son buenas personas, excelentes personas, y agradezco las finezas recibidas... No, no soy como otros, ciertos parásitos, llegados de fuera para desunión de las familias, aduladores bajos, no; soy de otra especie; no vivo papando las cenas ni viviendo en casa ajena... En fin, ¡son los más felices!

“¿Por qué dirá eso? Pensé. Naturalmente sabe que José Dias habla mal de él”.

–Pero, como le iba diciendo, si algún día perdiera a sus parientes, puede contar con nuestra compañía. No es suficiente en importancia, pero el afecto es inmenso, créame. Aunque sea cura, nuestra casa está a sus órdenes. Sólo quiero que no me olvide; no olvide al viejo Padua...

Suspiró y continuó:

–No olvide a su viejo Padua, y, si tiene algún trapito que me deje como recuerdo, un cuaderno de latín, cualquier cosa, un botón de chaleco, algo que ya no le sirva para nada. El valor está en el recuerdo.

Tuve un sobresalto. Había envuelto en papel un mechón de mis cabellos, tan largos y tan bonitos, cortados el día anterior. La intención era llevarlo a Capitú, al salir; pero tuve la idea de dárselo al padre, la hija sabría tomarlo y guardarlo. Agarré el envoltorio y se lo di.

–Aquí está, guárdelo.

–¡Un rizo de sus cabellos! exclamó Padua abriendo y cerrando el envoltorio. ¡Oh! ¡Gracias! ¡Gracias en nombre mío y de mi familia! Voy a dárselo a la vieja, para que lo

guarde, o a la pequeña, que es más cuidadosa que la madre. ¡Qué lindos son! ¿Cómo se corta una belleza de éstas? ¡Deme un abrazo! ¡Otro! ¡Otro más! ¡Adiós!

Tenía los ojos húmedos de veras; llevaba la cara de los desengañados, como quien empleó en un solo billete todas sus economías de esperanzas, y ve salir en blanco el maldito número, ¡un número tan bonito!

Capítulo LIII

¡En camino!

Fui al seminario. Ahórrame las otras despedidas.

Mi madre me apretaba a su pecho. La prima Justina suspiraba. Tal vez llorase poco o nada. Hay personas a quienes las lágrimas no las obedecen pronto o nunca; se dice que padecen más que las otras. La prima Justina disfrazaba naturalmente sus padecimientos íntimos, enmendando los descuidos de mi madre, haciéndome recomendaciones, dando órdenes. El tío Cosme, cuando yo le besé la mano como despedida, me dijo riendo:

–¡Ve allá, muchacho, vuelve papa!

José Dias, circunspecto y grave, no decía nada al principio; habíamos hablado el día anterior, en su cuarto, donde fui a ver si todavía era posible evitar el seminario. Ya no era, pero me dio esperanzas y sobre todo me animó mucho. Antes de un año estaríamos a bordo. Como lo encontrase muy breve, se explicó.

–Dicen que no es buen tiempo para atravesar el Atlántico, voy a preguntar; si no, nos iremos en marzo o abril.

–Puedo estudiar medicina aquí mismo.

José Dias corrió los dedos por los tirantes con un gesto de impaciencia, apretó los labios, hasta que formalmente rechazó la propuesta.

–No dudaría en aprobar la idea, dijo él, si en la Escuela de Medicina no enseñasen, exclusivamente, la pudrición alópata. La alopatía es el error de los siglos, y va a morir; es el asesinato, es la mentira, es la ilusión. Si te dijese que puedes aprender en la Escuela de Medicina esa parte de la ciencia común a todos los sistemas, es verdad; la alopatía es un error en la terapéutica. Fisiología, anatomía, patología, no son alopáticas ni homeopáticas,

pero es mejor aprender enseguida todo de una vez, por libros y por lengua de hombres cultores de la verdad...

Así había hablado el día anterior y en el cuarto. Ahora no decía nada, o profería algún aforismo sobre la religión y la familia; me acuerdo de éste: “Dividirlo con Dios es también poseerlo”. Cuando mi madre me dio el último beso: “¡Cuadro amantísimo!” suspiró él. Era la mañana de un lindo día. Los chiquillos cuchicheaban; las esclavas pedían la bendición: “¡Bendición, ñor Benito! ¡No se olvide de su Joana! ¡Su Miquelina se queda rezando por vuestra merced!” En la calle, José Dias insistió en las esperanzas.

–Aguenta un año; para entonces todo estará arreglado.

Capítulo LIV

Panegírico de Santa Mónica

En el seminario... ¡Ah!, no voy a contar el seminario, ni me bastaría para eso un capítulo. No, señor y amigo mío; algún día, sí, es posible que componga un abreviado de lo que ahí vi y viví, de las personas que traté, de las costumbres, de todo lo demás. Esta sarna de escribir, cuando se pega a los cincuenta años, ya no se despega. En la mocedad es posible que un hombre se cure de ella; y, sin ir más lejos, aquí mismo en el seminario tuve un compañero que compuso versos, a la manera de los de Junqueira Freire,¹⁸ cuyo libro de fraile poeta era reciente. Se ordenó; años después lo encontré en el coro de San Pedro y le pedí que me mostrase los nuevos versos.

–¿Qué versos? preguntó medio sorprendido.

–Los tuyos. No te acuerdas que en el seminario...

–¡Ah!, sonrió.

Sonrió y continuó buscando en un libro abierto la hora en que tenía que cantar al día siguiente, me confesó que no había hecho más versos después de que se ordenó. Fueron cosquilleos juveniles; se rascó, pasó, estaba bien. Y me habló en prosa de una infinidad de cosas del día, la vida cara, un sermón del padre X... una vicaría minera...

¹⁸ Alusión al poeta romántico bahiano Luis José Junqueira Freire (1832-1855). Su libro más popular, al que se refiere Machado de Assis, es *Inspirações do claustro*, publicado en 1855.

El caso contrario fue el de un seminarista que no siguió la carrera. Se llamaba... No es necesario decir el nombre, baste con el hecho. Había compuesto un *Panegírico de Santa Mónica*, elogiado por algunas personas y entonces leído entre los seminaristas. Obtuvo autorización para imprimirlo y lo dedicó a San Agustín. Todo eso es historia vieja; lo más nuevo es que un día, en 1882, al ir a ver cierto asunto en la oficina de marina, ahí di con este mi colega, convertido en jefe de una sección administrativa. Había dejado seminario, había dejado letras, se había casado y olvidado todo, menos el *Panegírico de Santa Mónica*, unas veintinueve páginas, que fue distribuyendo por todas partes. Como yo necesitase algunas informaciones, fui a pedir las, y sería imposible encontrar mejor ni más diligente voluntad; me dio todo, claro, seguro, copioso. Naturalmente conversamos del pasado, memorias personales, casos de estudio, incidentes de nada, un libro, un verbo, un mote, toda la vieja palabrería salió acá fuera, y reímos juntos, y suspiramos en compañía. Vivimos algún tiempo de nuestro viejo seminario. O porque eran de él, o porque entonces éramos jóvenes, las recordaciones traían tal poder de felicidad que, si alguna sombra contraria hubo entonces, no apareció ahora. Me confesó que había perdido de vista a todos los compañeros del seminario.

–También yo, casi a todos; una vez ordenados, volvieron naturalmente a sus provincias y los de aquí, tomaron vicarías fuera.

–¡Buenos tiempos!, suspiró.

Y, después de alguna reflexión, clavando en mí unos ojos marchitos e insistentes, me preguntó:

–¿Conservaste mi *Panegírico*?

No hallé qué decir; intenté mover los labios, pero no tenía palabras; finalmente, pregunté:

–¿Panegírico? ¿Qué panegírico?

–Mi *Panegírico de Santa Mónica*.

No me acordé en seguida, pero la explicación debía bastar; y después de algunos instantes de pesquisa mental, respondí que por mucho tiempo lo había conservado, pero los cambios, los viajes...

–Voy a llevarte un ejemplar.

Antes de veinticuatro horas estaba en mi casa, con el folleto, un viejo folleto de veintiséis años, amarillento, manchado por el tiempo, pero sin omisión, y con una dedicatoria manuscrita y respetuosa.

–Es el penúltimo ejemplar, me dijo; ahora sólo me queda uno, que no puedo dar a nadie.

Y como me viera hojear el opúsculo:

–Ve si te recuerdas algún fragmento, me dijo.

Veintiséis años de intervalo hacen morir amistades más estrechas y asiduas, pero era cortesía, era casi caridad recordar alguna página; leí una de ellas, acentuando ciertas frases para darle la impresión de que encontraban eco en mi memoria. Concordó que fuesen bellas, pero prefería otras y las señaló.

–¿Te acuerdas bien?

–Perfectamente. ¡*Panegírico de Santa Mónica!* ¡Cómo me hace remontar a los años de mi juventud! Nunca se me olvidó el seminario, créeme. Los años pasan, los acontecimientos vienen unos tras otros, y las sensaciones también, y vinieron nuevas amistades, que también se fueron después, como es ley de la vida. Pues, mi estimado colega, nada hizo borrar aquel tiempo de nuestra convivencia, los padres, las lecciones, los recreos... nuestros recreos, ¿te acuerdas? El padre Lopes, ¡oh!, el padre Lopes...

Él, con los ojos en el aire, debía estar oyendo, y naturalmente oía, pero sólo me dijo una palabra, y todavía así después de algún tiempo de silencio, cerrando los ojos y un suspiro.

–¡Ha agradado mucho este mi *Panegírico!*

Capítulo LV

Un soneto

Dicha la palabra, me apretó las manos con las fuerzas de un vasto agradecimiento, se despidió y salió. Me quedé solo con el *Panegírico*, y lo que sus hojas me recordaron fue tal que merece un capítulo o más. Antes, sin embargo, y porque también yo tuve mi *Panegírico*, contaré la historia de un soneto que nunca hice; era en el tiempo del seminario, y el primer verso es el que vas a leer:

¡Oh! ¡flor del cielo! ¡oh! ¡flor cándida y pura!

Cómo y por qué me salió este verso de la cabeza, no sé; salió así, estando en la cama, como una exclamación suelta y, al notar que tenía la medida de verso, pensé en componer con él algo, un soneto. El insomnio, musa de ojos cerrados, no me dejó dormir una larga hora o dos; las cosquillas me pedían uñas, y yo me rascaba con fuerza. No escogí luego, luego el soneto; al principio busqué otra forma, y tanto de rima como de verso suelto, pero finalmente me atuve al soneto. Era un poema breve y apropiado. En cuanto a la idea, el primer verso no era todavía una idea, era una exclamación; la idea vendría después. Así, en la cama, envuelto en la sábana, traté de poetizar. Tenía el alborozo de la madre que siente el hijo, y el primer hijo. Iba a ser poeta, iba a competir con aquel monje de Bahía, poco antes revelado, y entonces de moda; yo, seminarista, diría en verso mis tristezas, como él había dicho las suyas en el claustro. Memorice bien el verso, y lo repetía en voz baja, a las sábanas; francamente, lo encontraba bonito, y todavía ahora no me parece malo:

¡Oh! ¡Flor del cielo! ¡Oh! ¡Flor cándida y pura!

¿Quién era la flor? Capitú, naturalmente; pero podía ser la virtud, la poesía, la religión, cualquier otro concepto que le cupiese la metáfora de la flor, y flor del cielo. Aguardé lo demás, recitando siempre el verso, y acostado primero sobre el lado derecho, luego sobre el izquierdo; finalmente me quedé de espaldas, con los ojos en el techo, pero ni así llegaba nada más. Entonces advertí que los sonetos más elogiados eran los que concluían con llave de oro, esto es, uno de esos versos capitales en el sentido y en la forma. Pensé en forjar una de tales llaves, considerando que el verso final, saliendo cronológicamente de los trece anteriores, con dificultad traería la perfección alabada; imaginé que tales llaves eran fundidas antes de la cerradura. Así fue como me decidí a componer el último verso del soneto y, después de mucho sudar, salió éste:

¡Piérdese la vida, gánase la batalla!

Sin vanidad, y hablando como si fuera de otro, era un verso magnífico. Sonoro, no hay duda. Y tenía un pensamiento, la victoria gana a costa de la propia vida, pensamiento elevado y noble. Que no fuese novedad, es posible, pero tampoco era vulgar, y todavía ahora no me explico por qué vía misteriosa entró en una cabeza de tan pocos años. En aquella ocasión lo encontré sublime. Recité una y muchas veces la llave de oro; después repetí los dos versos seguidos, y me dispuse a unirlos con los doce centrales. La idea ahora, a la vista del último verso, me pareció mejor no ser Capitú; sería la justicia. Era más propio decir que, en la pugna por la justicia, acaso se perdería la vida, pero la batalla estaba ganada. También se me ocurrió aceptar la batalla, en el sentido natural, y hacer de ella la lucha por la patria, por ejemplo; en ese caso la flor del cielo sería la libertad. Esta acepción, sin embargo, siendo el poeta un seminarista, podía no caber tanto como la primera, y utilicé algunos minutos para elegir una u otra. Hallé mejor la justicia, pero al final acepté definitivamente una idea nueva, la caridad, y recité los dos versos, cada uno a su modo, uno lánguidamente:

¡Oh! ¡Flor del cielo! ¡Oh! ¡Flor cándida y pura!

y el otro con gran brío:

¡Piérdese la vida, gánase la batalla!

La sensación que tuve es que iba a salir un soneto perfecto. Comenzar bien y acabar bien no era poco. Para darme un baño de inspiración, evoqué algunos sonetos célebres, y noté que la mayoría eran muy fáciles; los versos salían unos de los otros, con la idea en sí, tan naturalmente, que no se acababa de creer si ella los había hecho, si ellos la suscitaban. Entonces volvía a mi soneto, y nuevamente repetía el primer verso y esperaba el segundo; el segundo no venía, ni tercero, ni cuarto; no venía ninguno. Tuve algunos ímpetus de rabia, y más de una vez pensé en salir de la cama y buscar tinta y papel; puede ser que, escribiendo, los versos acudieran, pero...

Cansado de esperar, pensé en alterar el sentido del último verso, con la sencilla transposición de dos palabras, así:

¡Gánase la vida, piérdese la batalla!

El sentido venía a ser justamente el contrario, pero tal vez eso mismo trajese la inspiración. En este caso, era una ironía: no ejerciendo la caridad, se puede ganar la vida, pero se pierde la batalla del cielo. Cobré nuevas fuerzas y esperé. No tenía ventana; si tuviera, es posible que fuese a pedir una idea a la noche. ¿Y quién sabe si las luciérnagas, luciendo acá abajo, no serían para mí como rimas de las estrellas, y esta viva metáfora no me daría los versos esquivos, con sus consonantes y sentidos propios?

Trabajé en vano, busqué, caté, esperé, los versos no llegaron. Tiempo más adelante escribí algunas páginas en prosa, y ahora estoy componiendo esta narración, sin encontrar mayor dificultad que escribir, bien o mal. Pues, señores, nada me consuela de aquel soneto que no hice. Pero, como yo creo que los sonetos ya están hechos, como las odas y los dramas, y las demás obras de arte, por una razón de orden metafísica, doy esos dos versos al primer desocupado que los quiera. El domingo, o si estuviere lloviendo, o en el campo, en cualquier ocasión de descanso; puede intentar ver si el soneto sale. Todo es darle una idea y llenar el centro que falta.

Capítulo LVI

Un seminarista

Todo me lo iba repitiendo el opúsculo infernal, con sus letras viejas y citas latinas. Vi salir de aquellas hojas muchos perfiles de seminaristas, los hermanos Albuquerque, por ejemplo, uno de los cuales es canónigo en Bahía, mientras que el otro estudió medicina y dicen que descubrió un medicamento contra la fiebre amarilla. Vi a Bastos, un flacucho, que es vicario en Meia-Ponte, si es que no ha muerto; Luis Borges, no obstante que es cura, se hizo político, y acabó como senador del imperio. ¡Cuántas otras caras me miraban desde las páginas frías del *Panegírico*! No, no eran frías; traían el calor de la juventud naciente, el calor del pasado, mi propio calor. Quería leerlas otra vez, y lograba entender algún texto, tan reciente como en el primer día, aunque más breve. Era un encanto recorrerlo; a veces, inconscientemente, doblaba la hoja como si estuviese leyendo de verdad; creo que era

cuando los ojos caían en la palabra del final de la página, y la mano, acostumbrada a ayudarlos, hacía su oficio...

He aquí otro seminarista. Se llamaba Ezequiel de Sousa Escobar. Era un joven esbelto, ojos claros, un poco fugitivos, como las manos, como los pies, como el habla, como todo. Quien no estuviese acostumbrado a él podía acaso sentirse mal, al no saber por dónde agarrarle. No miraba de frente, no hablaba claro ni seguido; las manos no apretaban a las otras, ni se dejaban apretar por ellas, porque los dedos, siendo delgados y cortos, cuando la gente trataba de tenerlos entre los suyos, ya no tenía nada. Lo mismo digo de los pies que tan deprisa estaban aquí como allá. Esta dificultad de permanecer fue el mayor obstáculo que encontró para tomar las costumbres del seminario. La sonrisa era instantánea, pero también reía holgado y largo. Una cosa no sería tan fugitiva como lo demás, la reflexión; muchas veces lo encontrábamos con los ojos metidos en sí, pensando. Nos respondía siempre que meditaba sobre algún punto espiritual, o porque recordaba la lección del día anterior. Cuando entró en mi intimidad me pedía con frecuencia explicaciones y repeticiones menudas, y tenía memoria para guardarlas todas, hasta las palabras. Tal vez esta facultad perjudicase alguna otra.

Era tres años mayor que yo, hijo de un abogado de Curitiba, emparentado con un comerciante de Río de Janeiro, que servía de corresponsal al padre. Éste era un hombre de fuertes sentimientos católicos. Escobar tenía una hermana, que era un ángel, decía él.

—No sólo es un ángel por su belleza, sino también por su bondad. No te imaginas qué buena criatura es ella. Me escribe muchas veces, te he de mostrar sus cartas.

De hecho, eran sencillas y afectuosas, llenas de caricias y consejos. Escobar me contaba historias de ella, interesantes, todas las cuales venían a dar en la bondad y en el espíritu de aquella criatura; eran tales que me harían capaz de terminar casándome con ella, de no ser por Capitú. Murió poco después. Seducido por sus palabras, casi estuve a punto de contarle luego, luego, mi historia. Al principio fui tímido, pero fue ganando mi confianza. Aquellos modos fugitivos cesaban cuando quería, y el medio y el tiempo los hicieron más asentados. Escobar vino abriendo el alma toda, desde la puerta de la calle hasta el fondo del patio. Nuestra alma, como sabes, es una casa dispuesta así, con frecuencia con ventanas hacia todos lados, mucha luz y aire puro. También las hay cerradas

y oscuras, sin ventanas, o con pocas y enrejadas, a semejanza de conventos y prisiones. Igualmente, capillas y bazares, sencillos cobertizos o palacios suntuosos.

No sé cómo era la mía. Yo no era todavía casmurro, ni don Casmurro; el temor es lo que me dificultaba la franqueza, pero como las puertas no tenían llaves ni cerraduras, bastaba empujarlas, y Escobar las empujó y entró. Lo encontré aquí adentro, aquí se quedó, hasta que...

Capítulo LVII

De preparación

¡Ah! pero no eran sólo los seminaristas que iban saliendo de aquellas hojas viejas del *Panegírico*. Me trajeron también sensaciones pasadas, tales y tantas que no podría decirlas todas, sin dejar espacio para lo demás. Una de esas, y de las primeras, quisiera contarla aquí en latín. No es que la materia no encuentre términos honestos en nuestra lengua, que es casta para los castos, como puede ser torpe para los torpes. Sí, lectora castísima, como diría mi finado José Dias, podéis leer el capítulo hasta el fin, sin sobresalto ni afrenta.

Pues meto la historia en otro capítulo. Por más serio que me salga, hay siempre en el asunto algo menos austero, que necesita unas líneas de reposo y preparación. Sirva éste de preparación. Y esto es mucho, lector amigo; el corazón, cuando examina la posibilidad de lo que ha de venir, las proporciones de los acontecimientos y la copia de ellos, queda robusto y dispuesto, y el mal es menor mal. También, si no queda entonces, no queda nunca. Y aquí verás tal o cual astucia mía; dado que, al leer lo que vas a leer, es probable que lo encuentres menos crudo de lo que esperabas.

Capítulo LVIII

El tratado

El hecho fue que, un lunes, al volver al seminario, vi en la calle caer a una señora. Mi primer gesto, en tal caso, debía ser de pena o de risa; no fue ni una ni otra cosa, dado que (y es esto lo que yo quisiera decir en latín), dado que la señora tenía las medias muy limpias, y no se las ensució, llevaba ligas de seda y no las perdió. Varias personas acudieron, pero no

tuvieron tiempo de levantarla; se levantó muy humillada, se sacudió, dio las gracias, y se encaminó a la siguiente calle.

–Este gusto por imitar a las francesas de la Rua do Ouvidor, me decía José Dias caminando y comentando la caída, es evidentemente un error. Nuestras jóvenes deben caminar como siempre caminaron, con su lentitud y paciencia, y no con este tic tac afrancesado.

Yo mal podía oírlo. Las medias y las ligas de la señora se blanqueaban y enroscaban frente a mí, y caminaban, caían, se levantaban y se iban. Cuando llegamos a la esquina miré a la otra calle, y vi, a la distancia, a nuestra desastrada, que iba con el mismo paso, tic tac, tic tac...

–Parece que no se lastimó, dije.

–Tanto mejor para ella, pero es imposible que no se haya arañado las rodillas; esa rapidez es maña...

Creo que fue “maña” lo que dijo; yo me quedé “en las rodillas arañadas”. De ahí en adelante, hasta el seminario, no vi mujer en la calle, a quien no deseara una caída; a algunas adiviné que traían las medias estiradas y las ligas justas... Tal habría que ni medias llevase... Pero yo las veía con ellas... O entonces... También es posible...

Voy deshilando esto con reticencias, para dar una idea de mis ideas, que eran así, difusas y confusas; con seguridad no doy nada. Mi cabeza estaba caliente, y mi andar no era seguro. En el seminario, la primera hora fue insoportable. Las sotanas traían aire de faldas, y me recordaban la caída de la señora. Ya no era una sola la que veía caer; todas las que había encontrado en la calle, me mostraban ahora a primera vista las ligas azules; eran azules. Por la noche, soñé con ellas. Una multitud de abominables criaturas vino a caminar alrededor de mí, tic tac... Eran bellas, unas delgadas, otras fornidas, todas ágiles como el diablo. Desperté, intenté ahuyentarlas a fuerza de conjuros y otros métodos, pero tan pronto dormí como volvieron y, con las manos agarradas alrededor de mí, hacían un vasto círculo de faldas o, trepadas en el aire, llovían pies y piernas sobre mi cabeza. Así fue hasta la madrugada. No dormí más; recé padrenuestros, avemarías y credos, y siendo este libro la verdad pura, fuerza es confesar que tuve que interrumpir más de una vez mis oraciones para acompañar en lo oscuro una figura a lo lejos, tic tac, tic tac... Me agarraba aprisa de la

oración, siempre en medio para armonizarla bien, como si no hubiera habido interrupción, pero ciertamente no unía la nueva frase a la anterior.

Viendo el mal por la mañana en adelante, traté de vencerlo, pero de un modo que no lo perdiese del todo. Sabios de la Escritura, adivinad lo que podía ser. Fue esto. Al no poder rechazar de mí aquellos cuadros, recurrí a un tratado entre mi conciencia y mi imaginación. Las visiones femeniles serían consideradas de ahora en adelante como simples encarnaciones de los vicios, y por eso mismo contemplativos, como el mejor modo de atemperar el carácter y ejercitarlo para los duros combates de la vida. No formulé esto con palabras ni fue necesario; el contrato se hizo tácitamente, con alguna repugnancia, pero se hizo. Y por algunos días, era yo mismo quien evocaba las visiones para fortalecerme, y no las rechazaba, sino cuando ellas mismas, por cansadas, se iban.

Capítulo LIX

Convidados de buena memoria

Hay de esas reminiscencias que no descansan antes que la pluma o la lengua las publique. Un antiguo decía renegar de convidado que tiene buena memoria. La vida está llena de tales convidados, y soy quizá uno de ellos, puesto que la prueba de tener la memoria débil sea exactamente no acordarme ahora del nombre de tal antiguo; pero era un antiguo, y basta.

No, no, mi memoria no es buena. Al contrario, es comparable a alguien que hubiese vivido en hospederías, sin guardar ni caras ni nombres, solamente raras circunstancias. A quien pase la vida en la misma casa de familia, con sus eternos muebles y costumbres, personas y afectos, es al que se le graba todo por la continuidad y repetición. ¡Cómo envidio a los que no olvidaron el color de los primeros pantalones que vistieron! Yo no atino con el de los que me puse ayer. Sólo juro que no eran amarillos porque detesto ese color; pero eso mismo puede ser olvido y confusión.

Y quizá sea más olvido que confusión; me explico. Nada se enmienda bien en los libros confusos, pero todo se puede meter en los libros omisos. Cuando leo alguno de esta otra casta, no me aflijo nunca. Lo que hago, en llegando al fin, es cerrar los ojos y evocar todas las cosas que no encontré en él. ¡Cuántas ideas finas me acuden entonces! ¡Qué de reflexiones profundas! Los ríos, las montañas, las iglesias que no vi en las hojas leídas,

todos se me aparecen ahora con sus aguas, sus árboles, sus altares, y los generales sacan las espadas que se habían quedado en la funda, y los clarines sueltan las notas que dormían en el metal, y todo marcha con un ánimo imprevisto.

Es que todo se encuentra fuera de un libro fallido, lector amigo. Así lleno las lagunas ajenas; así puedes también llenar las mías.

Capítulo LX

¡Querido opúsculo!

Eso hice con el *Panegírico de Santa Mónica*, e hice más: le puse no sólo lo que faltaba de la santa, sino también cosas que no eran de ella. Viste el soneto, las medias, las ligas, el seminarista Escobar y algunos otros. Vas ahora a ver lo demás que en aquel día me fue saliendo de las páginas amarillas del opúsculo.

Querido opúsculo, tú no servías para nada, ¿pero para qué más sirve un viejo par de chinelas? Sin embargo, muchas veces hay en la pareja de chinelas un como aroma y calor de dos pies. Gastadas y rotas, no dejan de recordar que una persona las calzaba por la mañana, al levantarse de la cama, o se las quitaba por la noche, al entrar en ella. Y si la comparación no vale, porque las chinelas son todavía una parte de la persona y tuvieron el contacto de los pies, aquí están otros recuerdos, como la piedra de la calle, la puerta de la casa, un silbido particular, un pregón de feria, como aquel de las cocadas que conté en el capítulo 18. Justamente, cuando conté el pregón de las cocadas, quedé tan curtido de saudades que me recordó hacerlo escribir por un amigo, maestro de música, y unirlo con las piernas del capítulo. Si después corté el capítulo, fue porque otro músico, a quien lo mostré, me confesó ingenuamente no encontrar en el fragmento escrito nada que le recordase nostalgias. Para que no suceda lo mismo a los otros profesionales que por ventura me leyeren, es mejor ahorrar al editor del libro el trabajo y el gasto del grabado. Ya ves que no puse nada, ni pongo. Pues creo que no basta que los pregones de la calle, como los opúsculos de seminario, contengan hechos, personas y sensaciones; es necesario que la gente los haya conocido y padecido al mismo tiempo, sin lo que todo es callado e incoloro.

Pero, vamos a lo demás que me fue saliendo de las páginas amarillas.

Capítulo LXI

La vaca de Homero

Lo demás fue mucho. Vi salir los primeros días de la separación, duros y opacos, no obstante las palabras de consuelo que me dieron los padres y los seminaristas, y las de mi madre y el tío Cosme traídas por José Dias al seminario.

–Todos están nostálgicos, me dijo, pero la mayor nostalgia está naturalmente en el mayor de los corazones; ¿y cuál es? preguntó escribiendo la respuesta en los ojos.

–Mi madre, respondí yo.

José Dias me apretó las manos con alborozo y luego pintó la tristeza de mi madre, que hablaba de mí todos los días, casi a todas horas. Como siempre la aprobaba, y acrecentase alguna palabra relativa a las dotes que Dios le había dado, el desvanecimiento de mi madre en esas ocasiones era indescriptible; y me contaba todo eso lleno de una admiración lacrimosa. El tío Cosme también se enternecía mucho.

–Ayer hasta se dio un hecho interesante. Habiendo dicho a la Excelentísima que Dios le había dado, no un hijo, sino un ángel del cielo, el doctor se conmovió tanto que no encontró otro modo de vencer el llanto sino haciéndome uno de aquellos elogios de gracejo que sólo él sabe. No es necesario decir que doña Gloria enjugó furtivamente una lágrima. ¡O ella no sería madre! ¡Qué corazón amantísimo!

–Pero, don José Dias, ¿y mi salida de aquí?

–Eso es asunto mío. El viaje a Europa es lo que es necesario, pero puede hacerse de aquí a uno o dos años, en 1859 o 1860...

–¡Tanto tiempo!

–Sería mejor que fuese este mismo año, pero demos tiempo al tiempo. Ten paciencia, ve estudiando, nada se pierde con aprender algo desde aquí; y, además, aunque no acabes cura, la vida del seminario es útil, y vale siempre entrar en el mundo ungido con los santos óleos de la teología...

En este punto –me acuerdo como si fuese hoy– los ojos de José Dias fulguraron tan intensamente que me llenaron de espanto. Los párpados cayeron después, y así permanecieron por algunos instantes, hasta que nuevamente se levantaron, y los ojos se clavaron en la pared del patio, como embebidos en algo, si no era en sí mismo; después se

despegaron de la pared y entraron a vagar por todo el patio. Podría compararlo aquí con la vaca de Homero; andaba y gemía alrededor de la cría que acababa de parir. No le pregunté qué le pasaba, tanto por timidez, como porque dos profesores, uno de ellos de teología, venían caminando en nuestra dirección. Al pasar por donde estábamos, el agregado, que los conocía, los cortejó con las deferencias debidas, y les pidió informes míos.

–Por ahora nada se puede asegurar, dijo uno de ellos, pero parece que entregará buenas cuentas.

–Es lo que yo le decía ahora mismo, dijo José Dias. Espero oír su primera misa; pero aunque no llegue a ordenarse, no puede tener mejores estudios que los que haga aquí. Para el viaje de la existencia, concluyó demorando más las palabras, irá ungido con los santos óleos de la teología.

Esta vez la fulguración de los ojos fue menor, los párpados no bajaron ni las pupilas hicieron los movimientos anteriores. Al contrario, todo él era atención e interrogación; cuando mucho, una sonrisa clara y amiga que vagaba en los labios. Al profesor de teología le gustó la metáfora, y se lo dijo; agradeció y explicó que eran ideas que se le escapaban en el transcurso de la conversación; no escribía ni discursaba. A mí es a quien no le gustó nada; y luego que los profesores se fueron, sacudí la cabeza:

–No quiero saber de los santos óleos de la teología; deseo salir de aquí lo más pronto que pueda, o ahora...

–Ahora, mi ángel, no puede ser; pero puede suceder mucho antes de lo que imaginamos. ¿Quién sabe si este mismo año de 58? Tengo hecho un plan, y pienso ya en las palabras con que he de exponerlo a doña Gloria; estoy seguro que ella cederá e irá con nosotros.

–Dudo que mi madre se embarque.

–Veremos. Una madre es capaz de todo; pero, con ella o sin ella, tengo por segura nuestra ida, y no habrá esfuerzo que yo no emplee, quédate tranquilo. Paciencia es lo que se necesita. Y no hagas aquí nada que dé lugar a censuras o quejas; mucha docilidad y toda la aparente satisfacción. ¿No oíste el elogio del profesor? Es que te has portado bien. Pues continúa.

–Pero, 1859 ó 1860 es muy tarde.

–Será este año, replicó José Dias.

–¿De aquí a tres meses?

–O seis.

–No; tres meses.

–Pues sí. Ahora tengo un plan, que me parece mejor que cualquier otro. Es combinar la ausencia de vocación eclesiástica y la necesidad de cambiar de aires. ¿Por qué no toses?

–¿Por qué no toso?

–Luego, luego, no, pero te he de avisar cuando tosas, cuando fuere necesario, poco a poco, una tosecita seca, y alguna aversión; yo iré preparando a la Excelentísima... ¡Oh! todo esto es en beneficio de ella. Una vez que el hijo no puede servir a la Iglesia, como debe ser servida, el mejor modo de cumplir la voluntad de Dios es dedicarlo a otra cosa. El mundo también es iglesia para los buenos.

Me apareció otra vez la vaca de Homero, como si este “mundo también es iglesia para los buenos”, fuese otro becerro, hermano de los “santos óleos de la teología”. Pero no le di tiempo a la ternura materna, y repliqué:

–¡Ah! ¡Entiendo! mostrar que estoy enfermo para embarcar, ¿no?

José Dias titubeó un poco, después se explicó.

–Mostrar la verdad, porque, francamente, Benito, hace meses que dudo de tu pecho. No andas bien del pecho. De pequeño, tuviste unas fiebres y una ronquera... Ya pasó todo, pero hace días que estás más pálido. No digo que ya sea el mal, pero el mal puede venir deprisa. En una hora se cae la casa. Por eso, si aquella santa señora no quisiera ir con nosotros –o para que vaya más deprisa, creo que una buena tos... Si la tos ha de venir de verdad, mejor es apurarla... quédate tranquilo, yo te aviso...

–Bien, pero en saliendo de aquí no ha de ser para embarcar luego; salgo primero, después pensaremos en el embarque; que el embarque sea para dentro de un año. ¿No dicen que el mejor tiempo es abril o mayo? Pues que sea mayo. Primero dejo el seminario, de aquí a dos meses...

Y porque la palabra me estuviese picando la garganta, di una vuelta rápida, y le pregunté a quemarropa:

–¿Cómo está Capitú?

Capítulo LXII

Una punta de Yago

La pregunta era imprudente, en la ocasión en que yo trataba de transferir el embarque. Equivalía a confesar que el motivo principal o único de mi repulsa al seminario era Capitú, y hacer creer improbable el viaje. Comprendí esto después de que hablé; quise enmendarme, pero ni supe cómo, ni él me dio tiempo.

–Ha andado alegre, como siempre; es una tontita. Eso mientras no agarre algún vago del vecindario, que se case con ella...

Seguro que palidecí; por lo menos, sentí correr un frío por todo el cuerpo. La noticia de que ella vivía alegre, cuando yo lloraba todas las noches, me produjo aquel efecto, acompañado de un latir de corazón, tan violento, que todavía ahora creo oírlo. Hay alguna exageración en esto; pero el discurso humano es así mismo, una composición de partes excesivas y partes diminutas, que se compensan, ajustándose. Por otro lado, si inferimos que la audiencia aquí no es de las orejas, sino de la memoria, llegaremos a la exacta verdad. Mi memoria oye todavía ahora los golpes del corazón en aquel instante. No olvides que era la emoción del primer amor. Estuve casi a punto de preguntarle a José Dias que me explicase la alegría de Capitú, o qué hacía, si vivía riendo, cantando o brincando, pero me contuve a tiempo, y después otra idea...

Otra idea, no, un sentimiento cruel y desconocido, el puro celo, lector de mis entrañas. Tal fue lo que me mordió, al repetir conmigo las palabras de José Dias: “Algún vago del vecindario”. En verdad, nunca había pensado en tal desastre. Vivía tan en ella, de ella y para ella, que la intervención de un vago era como una noción sin realidad; nunca pensé que había vagos en el vecindario, varia edad y manera, grandes paseadores en las tardes. Ahora me acordaba que algunos miraban a Capitú, y tan señor me sentía de ella que era como si me mirasen a mí, un simple deber de admiración y de envidia. Separados uno del otro por el espacio y por el destino, el mal se me aparecía ahora, no sólo posible, sino seguro. Y la alegría de Capitú confirmaba la sospecha; si vivía alegre es que ya enamoraba a otro, lo acompañaría con los ojos en la calle, le hablaría en la ventana, a las avemarías, intercambiarían flores y...

¿Y... qué? Sabes qué más intercambiarían; si no lo encuentras por ti mismo, no es necesario leer lo que falta del capítulo y del libro, no encontrarás nada más, aunque yo lo diga con todas las letras de la etimología. Pero si lo encontraste, comprenderás que yo, después de estremecerme, tuviese el ímpetu de lanzarme fuera del portón, bajar el resto de la ladera, correr, llegar a casa de Padua, agarrar a Capitú y obligarla a que me confesara cuántos, cuántos, cuántos ya le había dado al vago de la vecina. No hice nada. Los mismos sueños que ahora cuento no tuvieron, en aquellos tres o cuatro minutos, esta lógica de movimientos y pensamientos. Eran sueltos, enmendados y mal enmendados, con el dibujo truncado y torcido, una confusión, un torbellino, que me cegaba y ensordecía. Cuando volví en mí, José Dias concluía una frase, cuyo principio no oí, y el mismo fin era vago: “La cuenta que dará de sí”. ¿Qué cuenta y quién? Pensé naturalmente que hablaba todavía de Capitú, y quise preguntarlo, pero la voluntad murió al nacer, como tantas otras generaciones de ellas. Me limité a inquirir del agregado cuándo iría a casa a ver a mi madre.

–Extraño a mi madre. ¿Puedo ir ya esta semana?

–Vas el sábado.

–¿El sábado? ¡Ah!, ¡sí!, ¡sí! ¡Pídele a mi madre que mande por mí el sábado! ¡El sábado! Este sábado, ¿no? Que mande por mí, sin falta.

Capítulo LXIII

Mitades de un sueño

Esperé ansioso el sábado. Hasta ahí me perseguían los sueños, aun despierto, y no los digo aquí para no alargar esta parte del libro. Pongo uno solo, y con el menor número de palabras, o más bien pondré dos, porque uno nació del otro, a no ser que ambos formen dos mitades de uno solo. Todo esto es oscuro, doña lectora, pero la culpa es de vuestro sexo, que perturbaba así la adolescencia de un pobre seminarista. Si no fuese él, y este libro sería tal vez una simple práctica parroquial, si yo fuese cura, o una pastoral, si obispo, o una encíclica, si papa, como me había recomendado el tío Cosme. “¡Anda allá, muchacho, vuelve papa!” ¡Ah!, ¿por qué no cumplí ese deseo? Después de Napoleón, teniente y emperador, todos los destinos están en este siglo.

En cuanto al sueño fue esto. Como estuviera espiando a los vagos del vecindario, vi a uno de éstos que conversaba con mi amiga junto a la ventana. Corrí al lugar, él huyó; avancé hacia Capitú, pero no estaba sola, su padre estaba junto a ella, enjugándose los ojos y mirando un triste billete de lotería. Como no me pareciera claro esto, iba a pedir la explicación, cuando él por sí mismo la dio; el vago había ido a llevarle la lista de los premios de la lotería y el billete había salido en blanco. Tenía el número 4004. Me dijo que esta simetría de guarismos era misteriosa y bella, y probablemente la rueda estuviera mal; era imposible que no hubiese tenido el premio mayor. Mientras hablaba, Capitú me daba con los ojos todos los premios mayores y menores. El mayor de éstos debía ser dado con la boca. Y aquí entra la segunda parte del sueño. Padua desapareció, como sus esperanzas en el billete. Capitú se inclinó hacia afuera, yo dirigí los ojos a la calle, estaba desierta. Le tomé las manos, refunfuñé no sé qué palabras, y desperté solo en el dormitorio.

El interés de lo que acabas de leer no está en la materia del sueño, sino en los esfuerzos que hice para ver si me dormía nuevamente y me agarraba de él otra vez. Nunca de los nunca podrás saber la energía y obstinación que empleé en cerrar los ojos, apretarlos bien, olvidar todo para dormir, pero no dormía. Ese mismo trabajo me hizo perder el sueño hasta la madrugada. Ya en la madrugada logré conciliarlo, pero entonces ni vagos, ni billetes de lotería, ni premios grandes o pequeños, nada de los nada vino a estar conmigo. No soñé más aquella noche, y di mal las lecciones de aquel día.

Capítulo LXIV

Una idea y un escrúpulo

Releyendo el capítulo pasado, se me ocurre una idea y un escrúpulo. El escrúpulo es justamente de escribir la idea, al no haberla más banal en la tierra, aunque de aquella banalidad del sol y de la luna, que el cielo nos da todos los días y todos los meses. Dejé el manuscrito, y miré hacia las paredes. Sabes que esta casa del Engenho Novo, con las dimensiones, disposiciones y pinturas, es la reproducción de mi antigua casa de Mata-cavalos. Igualmente, como te dije en el capítulo II, mi fin al imitar la otra fue unir las dos puntas de la vida, lo que además no logré. Pues lo mismo le sucedió al sueño del seminario, por más que intentase dormir y durmiese. De donde concluyo que uno de los oficios del

hombre es cerrar y apretar mucho los ojos, y ver si continúa en la noche vieja el sueño truncado en la noche joven. Tal es la idea banal y nueva que no quisiera poner aquí, y sólo provisionalmente la escribo.

Antes de concluir este capítulo, fui a la ventana a preguntar a la noche por qué razón los sueños han de ser así tan tenues que se rompen al menor abrir de ojos o voltear del cuerpo, y no continúan más. La noche no me respondió luego. Estaba deliciosamente bella, los montes palidecían con la claridad de la luna y el espacio moría de silencio. Como yo insistiera, me declaró que los sueños ya no pertenecen a su jurisdicción. Cuando viviesen en la isla que Luciano¹⁹ les dio, donde ella tenía su palacio, y de donde los hacía salir con sus caras de varias facciones, me daría las explicaciones posibles. Pero los tiempos cambiaron todo. Los sueños antiguos fueron jubilados, y los modernos viven en el cerebro de la persona. Éstos, aunque quisieran imitar a los otros, no podrían hacerlo; la isla de los sueños, como la de los amores, como todas las islas de todos los mares, son ahora objeto de la ambición y de la rivalidad de Europa y de Estados Unidos.

Era una alusión a las Filipinas. Puesto que no amo la política, y todavía menos la política internacional, cerré la ventana y vine a acabar este capítulo para irme a dormir. No pido ahora los sueños de Luciano, ni otros, hijos de la memoria o de la digestión; me basta un sueño quieto y apagado. De mañana, con la fresca, iré diciendo lo demás de mi historia y sus personas.

Capítulo LXV

La disimulación

Llegó el sábado, llegaron otros sábados, y acabé aficionándome a la nueva vida. Iba alternando la casa y el seminario. Los curas me querían, los jóvenes también, y Escobar más que los jóvenes y los curas. Después de cinco semanas estuve casi a punto de contarle a éste mis penas y esperanzas; Capítú me refrenó.

—¡Escobar es muy mi amigo, Capítú!

—Pero no es mi amigo.

—Puede llegar a ser; ya me dijo que ha de venir para conocer a mi mamá.

–No importa; no tienes derecho a contar un secreto que no es sólo tuyo, sino también mío, y no te doy permiso de decir nada a ninguna persona.

Era justo, me callé y obedecí. Algo en que también obedecí a sus reflexiones fue, desde el primer sábado, cuando fui a su casa y, después de algunos minutos de conversación, me aconsejó irme ya.

–Hoy no te quedes aquí más tiempo; ve a tu casa, que allá voy luego. Es natural que doña Gloria quiera estar contigo mucho tiempo o todo, si pudiera.

En todo eso mostraba mi amiga tanta lucidez que bien podía dejar de citar un tercer ejemplo, pero los ejemplos no se hicieron sino para ser citados, y éste es tan bueno que la omisión sería un crimen. Fue mi tercera o cuarta venida a casa. Mi madre, después de que le respondí las mil preguntas que me hizo sobre el trato que me daban, los estudios, las relaciones, la disciplina, y si me dolía algo, y si dormía bien, todo lo que la ternura de las madres inventa para cansar la paciencia de un hijo, concluyó volviéndose hacia José Dias:

–Señor José Dias, ¿todavía duda de que salga de aquí un buen sacerdote?

–Excelentísima...

–Y tú, Capitú, interrumpió mi madre dirigiéndose a la hija de Padua que estaba en la sala con ella –¿No crees que nuestro Benito será un buen sacerdote?

–Creo que sí, señora, respondió Capitú llena de convicción.

No me gustó la convicción. Así le dije, a la mañana siguiente, en su patio, recordando las palabras de la víspera, y lanzándole a la cara, por primera vez, la alegría que había mostrado desde mi entrada en el seminario, cuando yo vivía curtido de nostalgias. Capitú se puso muy seria y me preguntó cómo quería que se portase, una vez que sospechaban de nosotros; también había tenido noches desconsoladas, y los días, en su casa, fueron tan tristes como los míos; podía preguntarle a su padre y a su madre. Su madre llegó a decirle, con palabras disimuladas, que no pensara más en mí.

–Con doña Gloria y doña Justina me muestro naturalmente alegre, para que no parezca que la denuncia de José Dias es verdadera. Si así pareciera tratarían de separarnos todavía más, y tal vez acabarían por no recibirme... Para mí, basta nuestro juramento de que nos habremos de casar el uno con el otro.

¹⁹ Luciano de Samosata, escritor sirio de expresión griega y uno de los grandes satíricos vivió en siglo II de nuestra era. Autor de numerosos opúsculos en los que ridiculizó tradiciones y prejuicios.

Así era; debíamos disimular para matar cualquier sospecha, y al mismo tiempo gozar toda la libertad anterior, y construir tranquilos nuestro futuro. Pero el ejemplo se completa con lo que oí al día siguiente, en la comida; mi madre, al decirle al tío Cosme que todavía quería ver con qué mano habría yo de bendecir al pueblo en la misa, contó que, días antes, al estar hablando de jovencitas que se casan prematuramente, Capitú le había dicho: “Pues a mí quien me ha de casar ha de ser el padre Benito; ¡yo espero que él se ordene!” El tío Cosme rio de la gracia, a José Dias no le desagradó, sólo la prima Justina frunció el ceño, y me miró interrogativamente. Yo, que había mirado a todos, no pude resistir el gesto de la prima, y traté de comer. Pero comí mal; estaba tan contento con aquella gran disimulación de Capitú que no vi nada más y, luego que comí, corrí a referirle la conversación y a alabarle la astucia. Capitú sonrió agradecida.

–Tienes razón, Capitú, concluí; vamos a engañar a toda esta gente.

–¿Verdad que sí? dijo con ingenuidad.

Capítulo LXVI

Intimidación

Capitú ya iba entrando en el alma de mi madre. Vivían juntas la mayor parte del tiempo, hablando de mí, a propósito del sol y de la lluvia, o de nada; Capitú iba allá a coser, en las mañanas; algunas veces se quedaba a cenar.

La prima Justina no acompañaba a la parienta en aquellas finezas, pero no trataba del todo mal a mi amiga. Era asaz sincera para decir el mal que sentía de alguien, y no sentía bien de persona alguna. Tal vez del marido, pero el marido estaba muerto; en todo caso, no había existido hombre capaz de competir con él en el afecto, en el trabajo y en la honestidad, en las maneras y en la agudeza de espíritu. Esta opinión, según el tío Cosme, era póstuma, pues en vida andaban de pleito, y en los últimos seis meses acabaron separados. Tanto mejor para la justicia de ella; la alabanza a los muertos es un modo de orar por ellos. También quería a mi madre, y si algún mal pensó de ella fue entre sí y la almohada. Se comprende que, en apariencia, le diese la estima debida. No pienso que ella aspirase a algún legado; las personas así dispuestas exceden los servicios naturales, se hacen más risueñas, más asiduas, multiplican los cuidados, preceden a los fámulos. Todo

eso era contrario a la naturaleza de la prima Justina, hecha de acidez y de ojeriza. Como viviera de favor en la casa, se explica que no desestimase a la dueña y callase sus resentimientos, o sólo hablase mal de ella a Dios y al diablo.

En caso de que tuviera resentimientos de mi madre, no era una razón más para detestar a Capitú, ni necesitaba de razones suplementarias. Con todo, la intimidad de Capitú la hizo más aborrecible a mi parienta. Si al principio no la trataba mal, con el tiempo cambió de maneras y acabó huyéndole. Capitú, atenta, desde que dejó de verla, preguntaba por ella e iba a buscarla. La prima Justina toleraba esos cuidados. La vida está llena de obligaciones que cumplimos, por más deseos que podamos tener de infringirlas descaradamente. Además, Capitú usaba cierta magia que cautiva; la prima Justina acababa sonriendo, aunque ácido, pero a solas con mi madre encontraba alguna palabra ruin que decir de la joven.

Como mi madre enfermase de una fiebre, que la puso a las puertas de la muerte, quiso que Capitú le sirviese de enfermera. La prima Justina, aunque esto la aliviara de cuidados penosos, no perdonó a mi amiga la intervención. Un día, le preguntó si no tenía que hacer en su casa; otro día, riendo, le soltó este epigrama: “No necesitas correr tanto; lo que ha de ser tuyo a tus manos ha de llegar”.

Capítulo LXVII

Un pecado

Pues no saco a la enferma de la cama sin contar lo que pasó conmigo. Al cabo de cinco días, mi madre amaneció tan trastornada que ordenó que me mandaran buscar al seminario.

En vano tío Cosme:

–Hermana Gloria, te asustas sin motivo, la fiebre pasa...

–¡No!, ¡No! ¡Manden a buscarlo! Puedo morir, y mi alma no se salva si Benito no está junto a mí.

–Vamos a asustarlo.

–Pues no le digan nada, pero vayan a buscarlo, ya, ya, no se tarden.

Pensaron que era un delirio; pero como no costaba nada traerme, José Dias fue el incumbido del recado. Entró tan aturdido que me asustó. Le contó particularmente al rector

lo que pasaba, y me dieron permiso para ir a casa. En la calle, íbamos callados, él sin alterar el paso de costumbre –la premisa antes de la consecuencia, la consecuencia antes de la conclusión– pero cabizbajo y suspirando, yo temiendo leer en su rostro alguna noticia dura y definitiva. Sólo me había hablado de la enfermedad como asunto sencillo; pero el llamado, el silencio, los suspiros podían decir algo más. El corazón me latía con fuerza, las piernas me temblaban; más de una vez creí caer...

El ansia de escuchar la verdad se complicaba en mí con el temor de saberla. Era la primera vez que la muerte se me aparecía así de cerca, me envolvía, me encaraba con los ojos horadados y oscuros. Cuanto más caminaba por aquella Rua dos Barbonos, más me aterraba la idea de llegar a casa, de entrar, de oír los llantos, de ver un cuerpo difunto... ¡Oh!, nunca podría exponer aquí todo lo que sentí en aquellos terribles minutos. La calle, por más que José Dias caminara superlativamente despacio, parecía huirme debajo de los pies, las casas volaban de uno y otro lado, y una corneta que en esa ocasión tocaba en el cuartel de los Municipales Permanentes resonaba en mis oídos como la trompeta del juicio final.

Fui, llegué a los Arcos, entré en la Rua de Mata-cavalos. La casa no estaba ahí mismo, sino mucho más allá de la Rua dos Inválidos, cerca de la del Senado. Tres o cuatro veces, había querido interrogar a mi compañero, sin atreverme a abrir la boca; pero ahora, ya ni tenía tal deseo. Iba sólo caminando, aceptando lo peor, como un gesto del destino, como una necesidad de la obra humana, y fue entonces que la Esperanza, para combatir el Terror, me secreteó al corazón, no estas palabras, pues nada articuló parecido a las palabras, sino una idea que podría ser traducida por ellas: “Mi madre difunta, acaba el seminario”.

Lector, fue un relámpago. Tan pronto alumbró la noche, como se desvaneció, y la oscuridad se hizo más cerrada, por el efecto del remordimiento que me quedó. Fue una sugestión de la lujuria y del egoísmo. La piedad filial desfalleció un instante, con la perspectiva de la libertad segura, por la desaparición de la deuda y del deudor; fue un instante, menos que un instante, la centésima de un instante, aún así suficiente para complicar mi aflicción con un remordimiento.

José Dias suspiraba. Una vez miró hacía mí tan lleno de pena que me pareció haber adivinado, y quise pedirle que no dijese nada a nadie, que yo iba a castigarme, etc. Pero la pena traía tanto amor, que no podía ser pesar de mi pecado; pero entonces era siempre la

muerte de mi madre... Sentí una angustia grande, un nudo en la garganta, y no pude más, lloré de una vez.

—¿Qué pasa, Benito?

—¿Mi mamá...?

—¡No!, ¡No! ¿Qué idea es esa? El estado de ella es gravísimo, pero no es mal de muerte, y Dios puede todo. Enjuga los ojos, que es feo que un jovencito de tu edad vaya llorando por la calle. No ha de ser nada, una fiebre... Las fiebres, así como dan con fuerza también así se van... Con los dedos no; ¿dónde está el pañuelo?

Me enjuagué los ojos, aunque de todas las palabras de José Dias una sola me quedara en el corazón; fue aquel *gravísimo*. Vi después que sólo quería decir *grave*, pero el uso del superlativo hace la boca larga, y, por amor a la frase, José Dias hizo crecer mi tristeza. Si hallares en este libro algún caso de la misma familia, avísame, lector, para que lo enmiende en la segunda edición; nada hay más feo que dar piernas larguísimas a ideas brevísimas. Me enjuagué los ojos, repito, y fui caminando, ansioso ahora por llegar a casa, y pedir perdón a mi madre por el ruin pensamiento que tuve. En fin, llegamos, entramos, subí trémulo los seis escalones de la escalera, y de ahí a poco, inclinado sobre la cama, oía las palabras tiernas de mi madre que me apretaba mucho las manos, llamándome su hijo. Se estaba quemando, sus ojos ardían en los míos, toda ella parecía consumida por un volcán interno. Me arrodillé junto al lecho, pero como éste era alto, quedé lejos de sus caricias:

—¡No, hijo mío, levántate, levántate!

A Capitú, que estaba en la alcoba, le gustó ver mi entrada, mis gestos, palabras y lágrimas, según me dijo después; pero naturalmente no sospechó todas las causas de mi aflicción. Al entrar en mi cuarto, pensé en decir todo a mi madre, en cuanto estuviese bien, pero esta idea no me atormentaba, era una veleidad pura, una acción que yo no haría nunca, por más que el pecado me doliese. Entonces, llevado por el remordimiento, usé una vez más mi viejo medio de las promesas espirituales, y pedí a Dios que me perdonase y salvara la vida de mi madre, yo le rezaría dos mil padrenuestros. Sacerdote que me lees, perdona este recurso; fue la última vez que lo empleé. La crisis en que me encontraba, no menos que la costumbre y la fe, explica todo. Eran dos mil más; ¿dónde iban los antiguos? No pagué unos ni otros, pero saliendo de almas cándidas y verdaderas tales promesas son como la moneda fiduciaria, aunque el deudor no las pague, valen la suma que dicen.



Capítulo LXVIII

Aplacemos la virtud

Pocos tendrían ánimo de confesar mi pensamiento aquel de la Rua de Mata-cavalos. Yo confesaré todo lo que importe a mi historia. Montaigne escribió sobre sí: *ce ne sont pas mes gestes que j'écris; c'est moi, c'est mon esence*. Ahora bien, hay sólo un modo de escribir la propia esencia, contarla toda, el bien y el mal. Tal hago, en la medida en que voy recordando y conviniendo a la construcción o reconstrucción de mí mismo. Por ejemplo, ahora que conté un pecado, relataría con mucho gusto alguna bella acción contemporánea, si me acordase, pero no me acuerdo; queda transferida para mejor oportunidad.

No perderás con esperar, amigo mío; al contrario, se me ocurre ahora que... No sólo las bellas acciones son bellas en cualquier ocasión, como son también posibles y probables, por la teoría que tengo de los pecados y de las virtudes, no menos sencilla que clara. Se reduce a esto: que cada persona nace con cierto número de ellos y de ellas, aliados por matrimonio para que se compensen en la vida. Cuando uno de tales cónyuges es más fuerte que el otro, sólo guía al individuo, sin que éste, por no haber practicado tal virtud o cometido tal pecado, se pueda decir exento de uno o de otro; pero la regla es darse a la práctica simultánea de los dos, con ventaja del portador de ambos, y alguna vez con resplandor mayor de la tierra y del cielo. Es una pena que no pueda fundamentar esto con uno o más casos extraños; me falta tiempo.

Por lo que me toca, es cierto que nací con algunos de aquellos matrimonios y naturalmente todavía los poseo. Ya me sucedió, aquí en el Engenho Novo, por estar una noche con gran dolor de cabeza, desear que el tren de la Central explotara lejos de mis oídos e interrumpiese la línea por muchas horas, aunque muriese alguien; y al día siguiente perdí el tren de la misma vía, por haber ido a dar mi bastón a un ciego que no traía báculo. *Voilà mes gestes, voilà mon essence*.

Capítulo LXIX

La misa

Uno de los gestos que mejor expresan mi esencia fue la devoción con que corrí el domingo próximo a oír misa en San Antonio de los Pobres. El agregado quiso ir conmigo, y empezó a vestirse, pero era tan lento con los tirantes y las presillas, que no pude esperarlo. Además, quería estar solo. Sentía necesidad de evitar cualquier conversación que me desviase el pensamiento del fin a que iba, y era reconciliarme con Dios, después de lo que pasó en el capítulo LXVII. No era sólo pedirle perdón por el pecado, era también agradecer el restablecimiento de mi madre y, dado que digo todo, hacerlo renunciar al pago de mi promesa. Jehová, aunque divino, o por eso mismo, es un Rothschild²⁰ mucho más humano, y no hace moratorias; perdona las deudas integralmente, una vez que el deudor quiera de veras enmendar la vida y cortar los dispendios. Ahora, no quería otra cosa; de ahí en adelante no haría más promesas que no pudiese pagar, y pagaría enseguida las que hiciera.

Oí misa; durante la consagración, agradecí la vida y la salud de mi madre; después pedí perdón por el pecado y la absolución de la deuda, y recibí la bendición final del oficiante como un acto solemne de reconciliación. Finalmente, recordé que la iglesia hizo del confesionario una notaría segura, y en la confesión el más auténtico de los instrumentos para el ajuste de cuentas morales entre el hombre y Dios. Pero mi incorregible timidez me cerró esa puerta segura; temí no encontrar palabras con qué decir al confesor mi secreto. ¡Cómo cambia un hombre! Hoy llego a publicarlo.

Capítulo LXX

Después de la misa

Todavía recé, me persigné, cerré el misal y caminé hacia la puerta. La gente no era mucha, pero la iglesia tampoco es grande, y no pude salir luego, luego, sino despacio. Había hombres y mujeres, viejos y jóvenes, sedas y percales, y probablemente ojos feos y bonitos, pero no vi unos ni otros. Iba en dirección a la puerta, con la ola, oyendo los saludos y los cuchicheos. En el atrio, donde se aclaró, me detuve y miré a todos. Vi entonces una joven y un hombre que salían de la iglesia y se detuvieron, y la joven me miraba y hablaba con el hombre, y el hombre miraba hacia mí, y oía a la joven. Me llegaron estas palabras:

²⁰ Rothschild, familia de banqueros, fundada por Mayer Amschel (1743-1812), judío alemán, enriquecido en Frankfurt por actividades financieras durante la revolución francesa.

–¿Pero qué quieres?

–Quiero saber de ella; pregúntele, papá.

Era la señorita Sancha, la compañera de colegio de Capitú, que quería saber de mi madre. El padre vino a mí; le dije que estaba restablecida. Después salimos, me enseñó su casa y, como yo venía en la misma dirección, vinimos juntos. Gurgel era un hombre de cuarenta años o un poco más, con propensión a engrosar el vientre; era muy obsequioso; al llegar a la puerta de su casa, quiso por fuerza que me quedara a comer con él.

–Gracias; mi madre me espera.

–Mandamos a un negro a decir que usted se queda a almorzar, e irá más tarde.

–Vengo otro día.

La señorita Sancha, vuelta hacia el padre, oía y esperaba. No era fea; sólo se le podía notar la semejanza de la nariz, que también acababa gruesa, pero hay rostros que sacan la gracia de unos para darla a otros. Vestía sencillo. Gurgel era viudo y moría por la hija. Como yo rechazara la comida, quiso que descansara algunos minutos. No pude negarme y subí. Quiso saber mi edad, mis estudios, mi fe, y me daba consejos para el caso de llegar a ser cura; me dio el número de la bodega, Rua da Quitanda. Finalmente, me despedí, vino al descanso de la escalera; la hija mandó saludos a Capitú y a mi madre. Desde la calle miré hacia arriba; el padre estaba en la ventana y me hizo un gesto largo de despedida.

Capítulo LXXI

Visita de Escobar

En casa habían mentido, dijeron a mi madre que ya había vuelto y me estaba cambiando de ropa.

“La misa de las ocho ya ha de haber acabado... Benito debía estar de vuelta... ¿Le habrá sucedido algo, hermano Cosme?... Manda a ver...” Así hablaba, minuto a minuto, pero entré y conmigo su tranquilidad.

Era el día de las buenas sensaciones. Escobar fue a visitarme y a saber de la salud de mi madre. Nunca me había visitado hasta ahí, ni nuestras relaciones eran ya tan estrechas, como vinieron a ser después; pero al saber la razón de mi salida, tres días antes, aprovechó

el domingo para ir a verme y a preguntar si continuaba el peligro. Cuando le dije que no, respiró.

–Tuve miedo, dijo él.

–¿Los otros lo supieron?

–Parece que sí: algunos lo supieron.

Al tío Cosme y a José Dias les cayó bien el joven; el agregado le dijo que había visto una vez a su padre en Río de Janeiro. Escobar era muy cortés; y, como hablase más de lo que vino a hablar después, aún así no era tanto como los jóvenes de nuestra edad; en aquel día lo encontré un poco más expansivo que de costumbre. El tío Cosme quiso que cenara con nosotros. Escobar reflexionó un instante y acabó diciendo que el corresponsal de su padre lo esperaba. Yo, acordándome de las palabras de Gurgel, las repetí.

–Mandamos a un negro a decir que cenas aquí, e irás después.

–¡Tanta molestia!

–Ninguna molestia, intervino el tío Cosme.

Escobar aceptó y cenó. Noté que los movimientos rápidos que tenía y contenía en el salón también los dominaba ahora, tanto en la sala como en la mesa. La hora que pasó conmigo fue de franca amistad. Le mostré los pocos libros que poseía. Le gustó mucho el retrato de mi padre; después de algunos instantes de contemplación, se volteó y me dijo:

–¡Se ve que era un corazón puro!

Los ojos de Escobar, claros como ya dije, eran dulcísimos; así los definió José Dias, después de que salió, y mantengo esta palabra, no obstante los cuarenta años que trae sobre sí. En esto no hubo exageración del agregado. La cara afeitada mostraba una piel blanca y lisa. La frente sí era un poco baja, el cabello estaba casi exactamente encima de la ceja izquierda; pero tenía siempre la altura necesaria para no afrontar las otras facciones, ni disminuir su gracia. Realmente era interesante de rostro, la boca fina y chocarrera, la nariz curva y delgada. Tenía la manía de sacudir el hombro derecho, de vez en cuando, y llegó a perderlo, cuando uno de nosotros lo notó un día en el seminario; primer ejemplo que vi de que un hombre puede corregirse muy bien de los defectos pequeños.

Nunca dejé de sentir tal o cual orgullo de que mis amigos agradasen a todos. En casa, quedaron encantados con Escobar; la misma prima Justina halló que era un joven muy apreciable, no obstante... ¿No obstante qué? le preguntó José Dias, viendo que ella no

acababa la frase. No tuvo respuesta, ni podía tenerla; la prima Justina probablemente no vio un defecto claro o importante en nuestro huésped: el *no obstante* era una especie de reserva para alguno que le llegara a descubrir un día; o si no fue obra de uso viejo, que la llevó a restringir donde no había encontrado restricción.

Escobar se despidió después de cenar; lo acompañé a la puerta, donde esperamos el paso de un ómnibus. Me dijo que la bodega del corresponsal estaba en la Rua dos Pescadores, y estaba abierto hasta las nueve de la noche; era él quien no quería demorarse fuera. Nos separamos con mucho afecto: desde dentro del ómnibus, todavía me dijo adiós con la mano. Me mantuve en la puerta, para ver si, a lo lejos, aún miraría para atrás, pero no miró.

–¿Qué amigo es ese tan grande? preguntó alguien desde una ventana de al lado.

No es necesario decir que era Capitú. Son cosas que se adivinan en la vida, como en los libros, sean novelas, sean historias verdaderas. Era Capitú, que nos había espiado desde hacía algún tiempo, por dentro de la persiana, y ahora había abierto completamente la ventana, y había aparecido. Vio nuestra despedida tan extensa y afectuosa, y quiso saber quién merecía tanto de mí.

–Es Escobar, le dije yendo a ponerme debajo de la ventana, a mirar para arriba.

Capítulo LXXII

Un cambio dramático

Ni yo, ni tú, ni ella, ni cualquiera otra persona de esta historia podría responder pero, tan cierto es que el destino, como todos los dramaturgos, no anuncia las peripecias ni el desenlace. Llegan a su tiempo, hasta que el telón cae, se apagan las luces, y los espectadores se van a dormir. En ese género hay por ventura algo que cambiar, y yo propondría, como ensayo, que las obras empezaran por el final. Otelo se mataría a sí y a Desdémona en el primer acto, los tres siguientes serían dedicados a la acción lenta y decreciente de los celos, y el último quedaría sólo con las escenas iniciales de la amenaza de los turcos, las explicaciones de Otelo y Desdémona, y el buen consejo del fino Yago: “Mete dinero en la bolsa”. De esta manera, el espectador, por un lado, encontraría en el teatro la charada habitual que los periódicos le dan, porque los últimos actos explicarían el

desenlace del primero, especie de concepto, y, por otro lado, se iba a la cama con una buena impresión de ternura y de amor:

*Ella amó lo que me afligía,
Yo amé su piedad.*

Capítulo LXXIII

El apuntador

El destino no es sólo dramaturgo, es también su propio apuntador, es decir, designa la entrada de los personajes en escena, les da las cartas y otros objetos, y ejecuta adentro las señales correspondientes al diálogo, unos truenos, un carro, un tiro. Cuando era joven, se representó por ahí, no sé en qué teatro, un drama que acababa con el juicio final. El principal personaje era Ashaverus, que en el último cuadro concluía un monólogo con esta exclamación; “¡Oigo la trompeta del Arcángel!” No se oyó ninguna trompeta. Ashaverus, avergonzado, repitió las palabras, ahora más alto, para advertir al apuntador, pero nada. Entonces caminó hacia el fondo, falsamente trágico, pero efectivamente con el fin de hablar al bastidor, y decir con voz sorda: “¡El pistón!, ¡El pistón!, ¡El pistón!” El público oyó estas palabras y soltó a reír, hasta que, cuando la trompeta sonó de veras, y Ashaverus gritó por tercera vez que era la del Arcángel, un bromista de la platea corrigió acá abajo “¡No, señor, es el pistón del Arcángel!”

Así se explican mi estadía debajo de la ventana de Capitú y el paso de un caballero, un dandi, como entonces decíamos. Montaba un hermoso caballo alazán, firme en la silla, rienda en la mano izquierda, la derecha en el cinto, botas de charol, figura y postura esbeltas: la cara no me era desconocida. Habían pasado otros, y todavía vendrían otros atrás; todos iban a ver a sus enamoradas. Era uso de la época enamorar a caballo. Relee a Alencar:²¹ “Porque un estudiante (decía uno de sus personajes de teatro de 1858) no puede estar sin estas dos cosas, un caballo y una novia”. Relee a Álvares de Azevedo.²² Una de sus poesías está destinada a contar (1851) que residía en Catumbi, y, para ver a la novia en

²¹ Se refiere al novelista brasileño José de Alencar (1829-1877).

²² Poeta romántico brasileño (1831-1852).

el Catete, alquilaba un caballo por tres mil reis. ¡Tres mil reis! ¡Todo se pierde en la noche de los tiempos!

Ahora bien, el dandi del caballo bayo no pasó como los otros; era la trompeta del juicio final y sonó a tiempo; así hace el Destino, que es su propio apuntador. El caballero no se contentó con ir pasando, sino que volteó la cabeza hacia nuestro lado, el lado de Capitú, y miró a Capitú, y Capitú a él; el caballo andaba, la cabeza del hombre se dejaba ir volteando hacia atrás. Tal fue el segundo diente de celos que me mordió. En rigor, era natural admirar las bellas figuras; pero aquel sujeto acostumbraba pasar por ahí, en las tardes; vivía en el antiguo Campo da Aclamação, y después... y después... ¡Vayan a razonar con un corazón en brasa, como era el mío! Ni dije nada a Capitú; salí de la calle de prisa, me metí por mi corredor, y, cuando me di cuenta, estaba en la sala de mi casa.

Capítulo LXXIV

La presilla

En la sala, el tío Cosme y José Dias platicaban, uno sentado, el otro caminando y deteniéndose. Al ver a José Dias me acordé de lo que me había dicho en el seminario: “Eso mientras no agarre algún vago del vecindario que se case con ella...” Era seguramente alusión al caballero. Tal recuerdo agravó la impresión que traía de la calle; ¿pero no sería esa palabra, inconscientemente guardada, que me predispuso a creer en la malicia de sus miradas? El deseo que tuve fue agarrar a José Dias del cuello, llevarlo al corredor y preguntarle si había hablado con verdad o por hipótesis; pero José Dias, que se había detenido al verme entrar, continuó caminando y hablando. Yo, impaciente, quería ir a la casa a pie, imaginaba que Capitú saliera a la ventana asustada y no tardara en aparecer, para indagar y explicar... Y los dos hablaban, hasta que el tío Cosme se levantó para ir a ver a la enferma, y José Dias se me acercó, al tramo de la otra ventana.

Hace un instante deseaba preguntarle qué había entre Capitú y los vagos del barrio; ahora, imaginando que venía justamente a decírmelo, tuve miedo de oírlo. Quise taponarle la boca. José Dias vio en mi rostro alguna señal diferente de la expresión habitual, y me preguntó con interés:

—¿Qué sucede, Benito?

Para no atravesarlo, dejé caer los ojos. Los ojos, al caer, vieron que una de las presillas de los pantalones del agregado estaba desabotonada, y como insistiera en saber qué tenía yo, le respondí apuntando con el dedo:

–Mire la presilla, abotónese la presilla.

José Dias se inclinó, yo salí corriendo.

Capítulo LXXV

La desesperación

Escapé del agregado, escapé de mi madre no yendo a su cuarto, pero no escapé de mí mismo. Corrí a mi cuarto, y entré detrás de mí. Me hablaba, me perseguía, me tiraba a la cama, y rodaba conmigo, y lloraba, y acallaba los sollozos con la punta de la sábana. Juré no ir a ver a Capitú aquella tarde, ni nunca más, y hacerme cura de una buena vez. Ya me veía ordenado, frente a ella, que lloraría de arrepentimiento y me pediría perdón, pero yo, frío y sereno, no tendría más que desprecio, mucho desprecio para ella; le daba la espalda. Le llamaba perversa. Dos veces di conmigo mordiendo los dientes. Como si la tuviera entre ellos.

Desde la cama oí su voz, que había venido a pasar el resto de la tarde con mi madre, y naturalmente conmigo, como las otras veces; pero, por grande que fuese la sacudida que me dio, no me hizo salir del cuarto. Capitú reía alto, hablaba alto, como si me avisara; yo continuaba sordo, a solas conmigo y mi desprecio. El deseo que tenía era clavarle las uñas en el cuello, enterrarlas bien, hasta verle salir la vida con la sangre...

Capítulo LXXVI

Explicación

Después de algún tiempo, estaba tranquilo, pero abatido. Como me encontrase extendido en la cama, con los ojos en el techo, recordé la recomendación de mi madre de no acostarme después de cenar para evitar una congestión. Me incorporé de golpe, pero no salí del cuarto. Capitú reía ahora menos y hablaba más bajo; estaría afligida con mi reclusión, pero ni por eso me conmovió.

No cené y dormí mal. A la mañana siguiente no estaba mejor, estaba diferente. Mi dolor ahora se complicaba con el temor de haber ido más allá de lo que convenía, dejando de examinar el asunto. Como la cabeza me doliera un poco, simulé mayor molestia, con el fin de no ir al seminario y hablar con Capitú. Podía estar enojada conmigo, podía ya no quererme y preferir al caballero. Quise resolver todo, oírlo y juzgarlo; podía ser que tuviera defensa y explicación.

Tenía ambas cosas. Cuando supo la causa de mi reclusión del día anterior, me dijo que le hacía una gran injuria; no podía creer que después de nuestro intercambio de juramentos, la juzgara tan liviana que pudiese creer... Y aquí le estallaron lágrimas, e hizo un gesto de separación; pero acudí de inmediato, le tomé las manos y las besé con tanta alma y calor que las sentí estremecer. Se enjugó los ojos con los dedos, los besé de nuevo, por ellos y por las lágrimas; después suspiró, después movió la cabeza. Me confesó que no conocía al joven, más que a los otros que por ahí pasaban en las tardes, a caballo o a pie. Si lo había visto, era prueba exactamente de no haber nada entre ambos; si lo hubiese, era natural disimular.

—¿Y qué podría haber, si se va a casar? Concluyó.

—¿Se va a casar?

Se iba a casar, me dijo con quién, con una joven de la Rua dos Barbonos. Esta razón me agradó más que todo, y ella lo sintió en mi gesto; ni por eso dejó de decir que, para evitar nueva equivocación, dejaría de ir a la ventana.

—¡No!, ¡no!, ¡no!, ¡no te pido esto!

Aceptó retirar la promesa, pero hizo otra, y fue que, a la primera sospecha de mi parte, se acabaría todo entre nosotros. Acepté la amenaza, y juré que nunca la habría de cumplir: era la primera sospecha y la última.

Capítulo LXXVII

El placer de los dolores antiguos

Contando aquella crisis de mi amor adolescente, siento algo que no sé si explico bien, y es que los dolores de aquella época, se espiritualizaron a tal punto con el tiempo, que llegan a diluirse en el placer. No es claro esto, pero no todo es claro en la vida o en los libros. Es

verdad que siento un gusto particular en referir tal disgusto, pero también lo es que me recuerda otros que no quisiera recordar por nada.

Capítulo LXXVIII

Secreto por secreto

Por lo demás, en aquel mismo tiempo sentí tal o cual necesidad de contar a alguien lo que pasaba entre Capitú y yo. No referí todo, sino sólo una parte, y fue Escobar quien la recibió. Cuando volví al seminario, el miércoles, lo encontré inquieto; me dijo que su intención era ir a verme, si yo me demorase un día más en casa. Me preguntaba con interés qué tenía, y si estaba bien del todo.

–Sí.

Oía, clavándome los ojos. Tres días después dijo que me encontraban muy distraído; era bueno ocultar lo más que pudiese. Él, por su parte, también tenía razones para andar distraído, pero trataba de estar atento.

–¿Entonces te parece...?

–Sí, a veces estás que no oyes nada, mirando hacia ayer; disimula, Santiago.

–Tengo motivos...

–Lo creo, nadie se distrae nada más porque sí.

–Escobar...

Dudé, él esperó.

–¿Qué sucede?

–Escobar, tú eres mi amigo, yo también soy tu amigo; aquí en el seminario eres la persona que más se ha metido en mi corazón, y allá afuera, a no ser los de mi familia, no tengo propiamente un amigo.

–Si yo dijera lo mismo, reviró sonriendo, pierde la gracia; parece que lo estoy repitiendo. Pero la verdad es que aquí no tengo relaciones con nadie, eres el primero y creo que ya lo notaron; pero eso no me importa.

Conmovido, sentí que la voz se me precipitaba a la garganta.

–Escobar, ¿eres capaz de guardar un secreto?

–Si lo preguntas es porque dudas, y en ese caso...

–Discúlpame, es un modo de hablar. Sé que eres un joven serio, y hago de cuenta que me confieso a un cura.

–Si necesitas la absolución, estás absuelto.

–Escobar, no puedo ser cura. Estoy aquí, los míos creen y esperan; pero no puedo ser cura.

–Ni yo, Santiago.

–¿Ni tú?

–Secreto por secreto; también tengo el propósito de no acabar el curso; mi deseo es el comercio, pero no digas nada, absolutamente nada; queda sólo entre nosotros. Y no es que no sea religioso; soy religioso, pero el comercio es mi pasión.

–¿Sólo eso?

–¿Qué más ha de ser?

Di dos vueltas y susurré la primera palabra de mi confidencia, tan escasa y sorda, que no la oí ni yo mismo; sé sin embargo que dije “una persona...” con reticencia. ¿Una persona? No fue necesario más para que comprendiera. Una persona debía ser un joven. No creas que se pasmó al verme enamorado; lo encontró hasta natural y me clavó otra vez los ojos. Entonces le conté en voz alta lo que podía, pero lentamente para tener el gusto de recalcar el asunto. Escobar escuchaba con interés; al final de nuestra conversación, me dijo que era secreto enterrado en cementerio. Me dio el consejo de que no me hiciera sacerdote. No podía llevar a la iglesia un corazón que no era del cielo, sino de la tierra; sería un mal cura, ni sería cura. Al contrario, Dios protegía a los sinceros; una vez que sólo podía servirlo en el mundo, ahí me cumplía quedar.

No sabes el placer que me dio la confidencia que le hice. Era como una felicidad más. Aquel joven corazón que me oía y me daba la razón, traía a este mundo un aspecto extraordinario. Era un grande y bello mundo, la vida una carrera excelente, y yo ni más ni menos un mimado del cielo; he ahí mi sensación. Nota que no le dije todo, ni lo mejor; no le referí el capítulo del peinado, por ejemplo, ni otros semejantes; pero lo contado era mucho.

Que volvimos al asunto, no es necesario decirlo. Volvimos una y muchas veces; alababa las cualidades morales de Capitú, materia adecuada a la admiración de un seminarista, la sencillez, la modestia, el amor al trabajo y las costumbres religiosas. No le

tocaba en las gracias físicas, ni me preguntaba por ellas; sólo insinué la conveniencia de conocerla en persona.

–Ahora no es posible, le dije la primera semana, al volver de casa; Capitú va a pasar unos días con una amiga de la Rua dos Inválidos. Cuando ella regrese, irás allá; pero puedes ir antes, puedes ir siempre; ¿por qué no fuiste ayer a cenar conmigo?

–Porque no me invitaste.

–¿Acaso necesitas invitación? Allá en casa todos se quedaron muy contentos contigo.

–También a mí me encantaron todos, pero si es posible hacer una distinción, te confieso que tu madre es una señora adorable.

–¿Verdad que sí? reviré lleno de alborozo.

Capítulo LXXIX

Vamos al capítulo

En efecto, me gustó oírlo hablar así. Conoces la opinión que tenía de mi madre. Todavía ahora, después de interrumpir esta línea para mirar su retrato que pende de la pared, creo que traía en el rostro aquella cualidad impresa. Ni de otro modo se explica la opinión de Escobar, que apenas había intercambiado con ella cuatro palabras. Una sola bastaba para penetrarle la esencia íntima; sí, sí, mi madre era adorable. Por más que me estuviese obligando entonces a una carrera que yo no quería, no podía dejar de sentir que era adorable, como una santa.

¿Y por ventura era cierto que me obligaba a la carrera eclesiástica? Aquí llego a un punto, que esperé viniera después, tanto que ya investigaba a qué altura le daría un capítulo. Realmente, no cabía decir ahora lo que sólo más tarde presumí descubrir; pero, una vez que toqué en el punto, lo mejor es acabarlo. Es grave y complejo, delicado y sutil, uno de éstos en que el autor tiene que atender al hijo, y el hijo ha de oír al autor, para que uno y otro digan la verdad, sólo la verdad, pero toda la verdad. Cabe todavía notar que ese punto es el que hace justamente la santa más adorable, sin prejuicio (¡al contrario!) de la parte humana y terrestre que había en ella. Basta de prefacio al capítulo; vayamos al capítulo.

Capítulo LXXX

Vengamos al capítulo

Vengamos al capítulo. Mi madre era temerosa de Dios; sabes de esto y de sus prácticas religiosas, y de la fe pura que las animaba. No ignoras que mi carrera eclesiástica era objeto de promesa hecha cuando fui concebido. Todo está contado oportunamente. De igual manera, sabes que con el fin de apretar el vínculo moral de la obligación, confió sus proyectos y motivos a parientes y familiares. La promesa, hecha con fervor, aceptada con misericordia, fue guardada por ella, con alegría, en lo más íntimo de su corazón. Pienso que le sentí el sabor de la felicidad en la leche que me dio a mamar. Mi padre, si viviera, es posible que alterara los planes, y, como tenía vocación por la política, es probable que me encaminara solamente a la política, aunque los dos oficios no fuesen ni sean irreconciliables, y que haya más de un cura en la lucha de los partidos y en el gobierno de los hombres. Pero mi padre había muerto sin saber nada, y ella se quedó frente al contrato, como única deudora.

Uno de los aforismos de Franklin²³ es que, para quien tiene que pagar en la Pascua, la Cuaresma es corta. Nuestra cuaresma no fue más larga que las otras, y mi madre, dado que mandó me enseñasen latín y doctrina, comenzó a retrasar mi entrada en el seminario. Es lo que se llama, comercialmente hablando, reformar una letra. El acreedor era archimillonario, no dependía de aquella cuantía para comer, y consintió las transferencias de pago, sin siquiera agravar la tasa del interés. Un día, sin embargo, uno de los familiares que servían de endosantes de la letra, habló de la necesidad de entregar el precio convenido; está en uno de los capítulos primeros. Mi madre estuvo de acuerdo y me recliné en San José.

Ahora bien, en ese mismo capítulo, vertió unas lágrimas, que enjugó sin explicar, y que ninguno de los presentes, ni el tío Cosme, ni la prima Justina, ni el agregado José Dias entendió en absoluto; yo, que estaba detrás de la puerta, no las entendí más que ellos. Bien examinadas, a pesar de la distancia, se ve que eran nostalgias previas, la amargura de la separación, y puede ser también (es el principio del punto), puede ser que arrepentimiento de la promesa. Católica y devota, sabría muy bien que las promesas se cumplen; la cuestión es si es oportuno y adecuado hacerlas todas, y naturalmente se inclinaba por la negación.

²³ Se refiere a Benjamín Franklin (1706-1790), político, filósofo y periodista estadounidense.

¿Por qué Dios la castigaría, negándole un segundo hijo? La voluntad divina podía ser mi vida, sin necesidad de dedicarla *ab ovo*... Era un raciocinio tardío; debía haberse hecho el día en que fui procreado. En todo caso, era una primera conclusión; pero, no bastando concluir para destruir, todo se mantuvo, y fui al seminario.

Un descuido de la fe habría resuelto la cuestión a mi favor, pero la fe velaba con sus grandes ojos ingenuos. Mi madre haría, si pudiera, un cambio de promesa, dando parte de sus años para conservarme consigo, fuera del clero, casado y papá; es lo que presumo, así como supongo que rechazó tal idea, por parecerle una deslealtad. Así la sentí siempre en la corriente de la vida ordinaria.

Sucedió que mi ausencia fue luego moderada por la asiduidad de Capitú. Ésta comenzó a hacerse necesaria. Poco a poco le llegó la convicción de que la pequeña me haría feliz. Entonces (es el final del punto anunciado), la esperanza de que nuestro amor, haciéndome absolutamente incompatible con el seminario, me llevara a no permanecer allá ni por Dios ni por el diablo, esta esperanza íntima y secreta empezó a invadir el corazón de mi madre. En este caso, yo rompería el contrato sin que ella tuviera culpa. Se quedaba conmigo sin acto propiamente suyo. Era como si, habiendo confiado a alguien la importancia de una deuda para llevarla al acreedor, el portador guardara el dinero consigo y no llevase nada. En la vida común, el acto de un tercero no desobliga al contratante; pero la ventaja de contratar con el cielo es que la intención vale dinero.

Has de haber tenido conflictos parecidos a éste, y, si eres religioso, habrás buscado alguna vez conciliar el cielo y la tierra, por modo idéntico o análogo. El cielo y la tierra acaban conciliándose; son casi hermanos gemelos, habiendo sido hecho el cielo en el segundo día y la tierra en el tercero. Como Abraham, mi madre llevó el hijo al monte de la Visión, y además la leña para el holocausto, el fuego y el cuchillo. Y ató a Isaac encima del manojito de leña, tomó el cuchillo y lo levantó en lo alto. En el momento de hacerlo caer, oyó la voz del ángel que le ordena de parte del Señor: “No hagas mal alguno a tu hijo; conocí que temes a Dios”. Tal sería la esperanza secreta de mi madre.

Capitú era naturalmente el ángel de la Escritura. La verdad es que mi madre no podía ahora tenerla lejos de sí. El afecto creciente se manifestaba con actos extraordinarios. Capitú pasó a ser la flor de la casa, el sol de las mañanas, la brisa de las tardes, la luna de las noches; allá vivía horas y horas, oyendo, hablando y cantando. Mi madre le palpaba el

corazón, le escudriñaba los ojos, y mi nombre era entre ambas como la señal de la vida futura.

Capítulo LXXXI

Una palabra

Contado así lo que descubrí más tarde, puedo reproducir aquí una palabra de mi madre. Ahora se comprenderá que me dijese, en el primer sábado, cuando llegué a casa, y supe que Capitú estaba en la Rua dos Inválidos, con la Señorita Gurgel:

–¿Por qué no vas a verla? ¿No me dijiste que el padre de Sancha te ofreció su casa?

–Sí.

–¿Pues entonces? Pero es si quieres. Capitú debía haber vuelto hoy para acabar un trabajo conmigo; ciertamente su amiga le pidió que durmiese allá.

–Tal vez se quedaron viendo pasar a los galanes, insinuó la prima Justina.

No la maté por no tener a la mano hierro ni cuerda, pistola ni puñal; pero los ojos que le lancé, si pudiesen matar, habrían suplido todo. Uno de los errores de la Providencia fue dejar al hombre únicamente los brazos y los dientes como armas de ataque, y las piernas como armas de fuga o de defensa. Los ojos bastaban al primer efecto. Un movimiento de ellos haría parar o caer a un enemigo o a un rival, ejercerían venganza rápida, con el agregado de que, para desorientar a la justicia, los mismos ojos matadores serían ojos piadosos, y correrían a llorar a la víctima. La prima Justina escapó de los míos; fui yo quien no escapó al efecto de la insinuación, y el domingo, a las once, corrí a la Rua dos Inválidos.

El padre de Sancha me recibió desaliñado y triste. Su hija estaba enferma; el día anterior había caído con una fiebre que se iba agravando. Como quería mucho a su hija, pensaba ya en verla muerta, y me anunció que se mataría también. He aquí un capítulo fúnebre como un cementerio, muertes, suicidios y asesinatos. Ansiaba un rayo de luz clara y cielo azul. Fue Capitú quien los trajo a la puerta de la sala, viniendo a decir al padre de Sancha que su hija lo había mandado llamar.

–¿Está peor? preguntó Gurgel asustado.

–No, señor, pero quiere hablarle.

–Quédese aquí un momentito, le dijo; y volviéndose hacia mí: Es la enfermera de Sancha, que no quiere otra; ya regreso.

Capitú traía signos de fatiga y conmoción, pero en cuanto me vio, fue otra, la jovencita de siempre, fresca y risueña, no menos que asustada. Le costó trabajo creer que fuera yo. Me habló, quiso que le hablase, y efectivamente conversamos por algunos minutos, pero tan bajo y sofocado que ni las paredes oyeran, ellas que tienen oídos. Por lo demás, si algo oyeran, nada entenderían, ni ellas ni los muebles, que estaban tan tristes como el dueño.

Capítulo LXXXII

El canapé

De ellos, sólo el canapé pareció haber comprendido nuestra situación moral, dado que nos ofreció los servicios de su mimbre, con tal insistencia que los aceptamos y nos sentamos. Data de ahí la opinión particular que tengo del canapé. Hace unir la intimidad y el decoro, y muestra toda la casa sin salir de la sala. Dos hombres sentados en él pueden debatir el destino de un imperio, y dos mujeres la gracia de un vestido; pero, un hombre y una mujer sólo por aberración de las leyes naturales dirán otra cosa que no sea de sí mismos. Fue lo que hicimos, Capitú y yo. Vagamente me acuerdo que le pregunté si se quedaría ahí mucho tiempo...

–No sé; la fiebre parece que cede... pero...

También me acuerdo, vagamente, que le expliqué mi visita a la Rua dos Inválidos, con la pura verdad, es decir, por consejo de mi madre.

–¿Por consejo de ella? murmuró Capitú.

Y agregó con los ojos, que brillaban extraordinariamente:

–¡Seremos felices!

Repetí estas palabras, con los simples dedos, apretando los suyos. El canapé, viese o no, continuó prestando sus servicios a nuestras manos entrelazadas y a nuestras cabezas juntas o casi juntas.

Capítulo LXXXIII

El retrato

Gurgel volvió a la sala y dijo a Capitú que la hija preguntaba por ella. Me levanté de prisa y no hallé compostura; metía los ojos en las sillas. Por el contrario, Capitú se irguió naturalmente y le preguntó si la fiebre había aumentado.

–No, le dijo él.

Ni sobresalto ni nada, ningún aire de misterio de parte de Capitú; se volvió hacia mí, y me dijo que llevara saludos a mi madre y a la prima Justina, y que hasta luego; me extendió la mano y se encaminó por el corredor. Todas mis envidias se fueron con ella. ¿Cómo era posible que Capitú se gobernara tan fácilmente y yo no?

–Está hecha una señorita, observó Gurgel mirándola también.

Murmuré que sí. La verdad es que Capitú iba creciendo a las carreras, las formas se redondeaban y se vigorizaban con gran intensidad; moralmente, lo mismo. Era mujer por dentro y por fuera, mujer a la derecha y a la izquierda, mujer por todos lados, y de los pies a la cabeza. Ese florecer era más de prisa, ahora que la veía días sí días no; cada vez que venía a casa la encontraba más alta y más llena; los ojos parecían tener otra reflexión, y la boca otro imperio. Gurgel, volteándose hacia la pared de la sala, donde pendía el retrato de una joven, me preguntó si Capitú se parecía a la del retrato.

Una de las costumbres de mi vida fue siempre concordar con la opinión probable de mi interlocutor, siempre que el tema no me ofenda, fastidie o imponga. Antes de examinar si efectivamente Capitú se parecía con la del retrato, fui respondiendo que sí. Entonces dijo que era el retrato de su mujer, y que las personas que la conocieron decían lo mismo. También creía que las facciones eran semejantes, la frente principalmente y los ojos. En cuanto al genio, era uno; parecían hermanas.

–Finalmente, hasta la amistad que tiene con Sanchita; ni su madre era más amiga de ella... En la vida hay esas semejanzas tan extrañas.

Capítulo LXXXIV

Llamada

En el zaguán y en la calle, todavía examiné si efectivamente habría sospechado algo, pero creí que no y me puse a caminar. Iba satisfecho con la visita, con la alegría de Capitú, con las alabanzas de Gurgel, a tal punto que no atendí enseguida a una voz que me llamaba:

–¡Señor Benito! ¡Señor Benito!

Sólo después de que creció la voz y su dueño llegó a la puerta fue que me detuve y vi quién era y dónde estaba. Estaba ya en la Rua de Mata-cavalos. La casa era una tienda de lozas, pequeña y pobre; tenía las puertas medio cerradas, y la persona que me llamaba era un pobre hombre de pelo cano y mal vestido.

–Señor Benito, me dijo llorando; ¿sabe que mi hijo Manduca murió?

–¿Murió?

–Murió hace media hora, se entierra mañana. Le acabo de mandar un recado a su madre y me hizo la caridad de enviar unas flores para poner en el ataúd. ¡Mi pobre hijo! Tenía que morir, y fue bueno que muriese, pobre, pero a pesar de todo siempre duele. ¡Qué vida tuvo!... Un día de estos todavía se acordó de usted, y preguntó si estaba en el seminario... ¿Quiere verlo? Entre, venga a verlo.

Me cuesta decir esto, pero es mejor que peque por excesivo que por limitado. Quise responder que no, que no quería ver a Manduca, e hice hasta un gesto para huir. No era miedo; en otra ocasión puede ser que hasta entrase con facilidad y curiosidad, ¡pero ahora iba tan contento! Ver un difunto al volver de ver a una novia... Hay cosas que no se ajustan ni combinan. La simple noticia ya era una turbación grande. Mis ideas de oro perdieron todas el color y el metal para convertirse en ceniza oscura y fea, y no distinguí nada más. Pienso que llegué a decir que tenía prisa, pero probablemente no hablé con palabras claras, ni siquiera humanas, porque él, recargado en el portal, me abrió espacio con el gesto, y yo sin alma para entrar ni huir, dejé al cuerpo hacer lo que pudiera, y el cuerpo acabó por entrar.

No culpo al hombre; para él, lo más importante del momento era su hijo. Pero tampoco me culpen a mí; para mí, lo más importante era Capitú. Lo malo fue que los dos casos se conjugaran en la misma tarde, y que la muerte de uno viniera a meter la nariz en la vida del otro. He ahí todo el mal. Si hubiera pasado antes o después, o si Manduca esperase algunas horas para morir, ninguna nota fastidiosa vendría a interrumpir las melodías de mi

alma. ¿Por qué morir exactamente hace media hora? Toda hora es apropiada al óbito; se muere muy bien a las seis o siete de la tarde.

Capítulo LXXXV

El difunto

Tal fue el sentimiento confuso con el que entré en la tienda de loza. La tienda era oscura y el interior de la casa tenía menos luz, ahora que las ventanas del área estaban cerradas. En un rincón del comedor vi a la madre llorando; en la puerta de la alcoba dos criaturas miraban asustadas hacia adentro, con el dedo en la boca. El cadáver yacía en la cama; la cama...

Suspendamos la pluma y vamos a la ventana a distraer la memoria. Realmente, el cuadro era feo, ya por la muerte, ya por el difunto, que era horrible... Esto aquí, sí, es otra cosa. Todo lo que veo allá afuera respira vida, la cabra que rumia junto a un carruaje, la gallina que picotea en el suelo de la calle, el tren de la Estación Central que bufa, silba, humea y pasa, la palmera que embiste el cielo, y finalmente aquella torre de iglesia, no obstante no tener músculos ni follaje. Un muchacho, que ahí en el callejón levanta un papalote, no murió ni muere, aunque también se llame Manduca.

La verdad es que el otro Manduca era mayor que éste, un poco mayor. Tendría dieciocho o diecinueve años, pero tanto le darías quince como veintidós, la cara no le permitía tener la edad a la vista, antes la ocultaba en los dobleces de la... Venga, dígame todo; está muerto, sus familiares están muertos, si existe alguno no es tan evidente que se sienta humillado o dolido. Dígame todo; Manduca padecía una cruel enfermedad, nada menos que lepra. Vivo era feo; muerto me pareció horrible. Cuando vi extendido en la cama, el triste cuerpo de aquel mi vecino, quedé aterrado y desvié la mirada. No sé qué mano oculta me obligó a mirar otra vez, aunque deprisa; cedí, miré, volví a mirar, hasta que retrocedí del todo y salí del cuarto.

—¡Padeció mucho! suspiró el padre.

—¡Pobre de Manduca! sollozaba la madre.

Traté deirme, dije que me esperaban en casa y me despedí. El padre me preguntó si le haría el favor de ir al entierro; respondí con la verdad, que no sabía, haría lo que quisiera mi madre. Y salí rápido, atravesé la tienda, y brinqué a la calle.

Capítulo LXXXVI

¡Amad, jóvenes!

Estaba tan cerca, que antes de tres minutos me encontré en casa. Me paré en el corredor, a tomar aliento; buscaba olvidar al difunto, pálido y deforme, y lo demás que no dije para no dar a estas páginas un aspecto repugnante, pero puedes imaginarlo. Aparté todo de la vista, en pocos segundos; me bastó pensar en la otra casa, y más en la vida y en la cara fresca y jovial de Capitú... ¡Amad, jóvenes! Y, principalmente, amad a jóvenes lindas y graciosas; ellas dan remedio al mal, aroma a lo infecto, cambian la muerte por la vida... ¡Amad, jóvenes!

Capítulo LXXXVII

El carruaje

Había llegado al último escalón, y una idea me entró en el cerebro, como si estuviese esperándome, entre los barrotes de la reja. Oí de memoria las palabras del padre de Manduca pidiéndome que fuera al entierro al día siguiente. Me detuve en el escalón. Reflexioné un instante; sí, podía ir al entierro, pediría a mi madre que me alquilara un carro...

No pienses que era el deseo de ir en carro, por más que tuviese el gusto de conducir. Me acordaba que de pequeño iba así muchas veces con mi madre a las visitas de amistades o de compromiso, y a la misa, si llovía. Era un viejo carruaje de mi padre, que ella conservó lo más que pudo. El cochero, que era nuestro esclavo, tan viejo como el carruaje, cuando me veía en la puerta, vestido, esperando a mi madre, me decía riendo:

–¡El padre Juan va a llevar al niño!

Y era raro que yo no le recomendase:

–Juan, haz que las bestias se tarden; ve despacio.

–A la señora Gloria no le gusta.

–¡Pero ve despacio!

Queda entendido que era para saborear el carruaje, no por la vanidad, porque no se podía ver a las personas que iban dentro. Era un viejo carruaje obsoleto, de dos ruedas, estrecho y corto, con dos cortinas de cuero al frente, que corrían hacia los lados cuando era necesario entrar o salir. Cada cortina tenía un ojo de vidrio, por donde me gustaba curiosear hacia fuera.

–¡Siéntate, Benito!

–¡Déjame ver, mamá!

De pie, cuando era más pequeño, metía la cara en el vidrio, y veía al cochero con sus grandes botas, recargado en la mula de la izquierda, y asegurando la rienda de la otra; en la mano llevaba el látigo grueso y largo. Todo incómodo, las botas, el látigo y las mulas, pero a él le gustaba y a mí también. A los lados veía pasar las casas, establecimientos comerciales o no, abiertos o cerrados, con gente o sin ella, y en la calle las personas que iban y venían, o atravesaban frente al carruaje, con grandes trancos o pasos cortos. Cuando había impedimento de gente o de animales, el carruaje paraba, y entonces el espectáculo era particularmente interesante; las personas paradas en la acera o en la puerta de las casas, miraban el carruaje y hablaban entre sí, naturalmente sobre quién iría dentro. Cuando fui creciendo imaginé que lo adivinaban y decían: “Es aquella señora de la Rua de Mata-cavalos, que tiene un hijo, Benito...”

El carruaje concordaba tanto con la vida recóndita de mi madre, que cuando ya no quedaba ningún otro, continuamos viajando en él, y era conocido en la calle y en el barrio como el “carruaje antiguo”. Finalmente mi madre aceptó renunciar a él, sin venderlo enseguida; sólo lo vendió porque los gastos de la cochera la obligaron. La razón de guardarlo ya inútil fue exclusivamente sentimental; era el recuerdo de su marido. Todo lo que venía de mi padre era conservado como un pedazo, el resto de la persona, la misma alma íntegra y pura. Pero su uso, también era hijo de la tradición que confesaba a los amigos. Mi madre expresaba bien la fidelidad a los viejos hábitos, a las viejas maneras, a las viejas ideas, a las viejas modas. Tenía su museo de reliquias, peines en desuso, un pedazo de mantilla, unas monedas de cobre fechadas en 1824 y 1825, y, para que todo

fuese antiguo, se quería hacer vieja a sí misma; pero ya dejé dicho que, en este punto, no alcanzaba todo lo que quería.

Capítulo LXXXVIII

Un pretexto honesto

No, la idea de ir al entierro no venía del recuerdo del carro y sus dulzuras. El origen era otro: era porque, al acompañar el entierro al día siguiente, no iría al seminario, y podía hacer otra visita a Capitú, un poco más demorada. He ahí el motivo. El recuerdo del carro podía venir accesoriamente después, pero el principal e inmediato fue aquél. Volvería a la Rua dos Inválidos, con el pretexto de saber de la señorita Gurgel. Contaba con que todo me saliera como aquel día, Gurgel afligido, Capitú conmigo en el canapé, las manos presas, el peinado...

–Voy a pedírselo a mamá.

Abrí la reja. Antes de traspasarla, así como había oído en la memoria la palabra del padre del muerto, oí ahora la de la madre, y repetí a media voz:

–¡Pobre Manduca!

Capítulo LXXXIX

La negación

Mi madre se quedó perpleja cuando le pedí ir al entierro.

–Perder un día de seminario...

Le hice notar la amistad que tenía con Manduca, y además era gente pobre... Todo lo que se me ocurrió decir, lo dije. La prima Justina opinó con una negativa.

–¿Crees que no debe ir? le preguntó mi madre.

–Creo que no. ¿Qué amistad es esa que yo nunca vi?

La prima Justina venció. Cuando le referí el caso al agregado, éste sonrió, y me dijo que el motivo oculto de la prima era probablemente no dar al entierro “el lustre de mi persona”. Fuera lo que fuera, me enojé; al día siguiente, pensando en el motivo, no me desagradó; más tarde le encontré un sabor particular.

Capítulo XC

La polémica

Al día siguiente pasé por la casa del difunto, sin entrar ni detenerme –o, si me detuve, fue sólo un instante, todavía más breve que éste en que se los cuento. Si no me equivoco, caminé hasta más deprisa, temiendo que me llamasen como el día anterior. Ya que no iba al entierro, antes lejos que cerca. Fui caminando y pensando en el pobre diablo.

No éramos amigos, ni nos conocíamos de hacía mucho. Intimidad, ¿qué intimidad podía haber entre su enfermedad y mi salud? Tuvimos relaciones breves y distantes. Fui pensando en ellas, recordando algunas. Todas se reducían a una polémica, entre nosotros, dos años antes, a propósito... Ni te imaginas a propósito de qué fue. Fue sobre la guerra de Crimea.²⁴

Manduca vivía en el interior de su casa, acostado en la cama, leyendo por pasatiempo. El domingo, ya en la tarde, el padre le ponía una camisola negra, y lo traía al fondo de la tienda, de donde observaba un palmo de la calle y a la gente que pasaba. Era todo su recreo. Ahí fue donde lo vi una vez, y me quedé muy asustado; la enfermedad le iba comiendo parte de las carnes, los dedos querían apretarse; el aspecto no atraía, es verdad. Tenía yo entre trece y catorce años. La segunda vez que lo vi ahí, como habláramos de la guerra de Crimea, que por entonces ardía y estaba en los periódicos, Manduca dijo que los aliados habían de vencer, y yo respondí que no.

–Pues ya veremos, insistió. Sólo si la justicia no vence en este mundo, lo que es imposible, y la justicia está con los aliados.

–No, señor, la razón es de los rusos.

Naturalmente, opinábamos de acuerdo con lo que nos decían los periódicos de la ciudad, que transcribían a los extranjeros, pero también puede ser que cada uno de nosotros juzgara según su temperamento. Fui siempre un tanto moscovita en mis ideas. Defendí el derecho de Rusia, Manduca hizo lo mismo con el de los aliados, y el tercer domingo que entré en la tienda tocamos otra vez el asunto. Entonces Manduca propuso que

²⁴ Se refiere a la guerra entre Rusia y los ejércitos aliados de Turquía, Francia, Inglaterra y Piamonte (1854-1856).

intercambiáramos la argumentación por escrito, y el martes o miércoles recibí dos hojas de papel que contenían la exposición y defensa del derecho de los aliados, y de la integridad de Turquía, concluyendo con esta frase profética:

“¡Los rusos no han de entrar en Constantinopla!”

La leí y me metí a refutarla. No recuerdo uno solo de los argumentos que empleé, tal vez ni interese conocerlos, ahora que el siglo está por expirar; pero la idea que me quedó de ellos es que eran incontestables. Fui yo mismo a llevarle mi escrito. Me hicieron entrar en la alcoba, donde él yacía extendido en la cama, mal cubierto por una colcha de retazos. El gusto por la polémica o cualquier otra causa que no comprendo, no me dejó sentir toda la repugnancia que salía de la cama y del enfermo, y el placer con que le di el papel fue sincero. Manduca, por su parte, por más repugnante que tuviese entonces la cara, la sonrisa que la encendió disimuló el mal físico. La convicción con que me recibió el escrito y dijo que iba a leerlo y contestaría es que no tiene palabras nuestras ni ajenas que la expresen del todo y con verdad; no era exaltada, no era ruidosa, no tenía gestos, ni la molestia los permitía, era simple, grande, profunda, un gozo infinito de victoria, antes de conocer mis argumentos. Tenía ya papel, pluma y tinta junto a la cama. Días después recibí la réplica; no me acuerdo si traía cosas nuevas o no; el calor sí que crecía, y el final era el mismo:

“¡Los rusos no han de entrar en Constantinopla!”

Contrarreplyé, y de ahí continuó por algún tiempo una polémica vehemente, en que ninguno cedía, defendiendo cada uno a sus clientes con fuerza y brío. Manduca era más extenso y rápido que yo. Naturalmente a mí me sobraban mil cosas que me distraían, el estudio, los recreos, la familia, y la propia salud, que me llamaba a otros ejercicios. Manduca, salvo el palmo de calle el domingo por la tarde, tenía sólo esta guerra, tema de la ciudad y del mundo, pero que nadie iba a tratar con él. La casualidad le había dado en mí un adversario; él, que tenía gusto por la escritura, se lanzó al debate, como a un remedio nuevo y radical. Las horas tristes y largas eran ahora breves y alegres; los ojos olvidaron llorar, si por ventura lloraban antes. Sentí este cambio en las propias maneras del padre y de la madre.

—No se imagina cómo está ahora, después de que usted le escribe aquellos papeles, me decía el dueño de la tienda, una vez, en la puerta de la calle. Habla y ríe mucho. Después de que mando al empleado a llevarle sus papeles, empieza a preguntar por la

respuesta, y si tardará mucho, y que pregunte al recadero, cuando pase. Mientras espera, relee periódicos y toma notas. Pero también, apenas recibe sus escritos, se lanza a leerlos, y comienza luego a escribir la respuesta. Hay ocasiones en que no come o come mal; tanto que quería pedirle algo, que no los mande a la hora de la comida o de la cena.

Fui quien se cansó primero. Empecé a retardar las respuestas, hasta que no di una más; él todavía insistió dos o tres veces después de mi silencio, pero al no recibir contestación alguna, por fatiga también o por no molestar, acabó del todo con sus apologías. La última, como la primera, como todas, afirmaba la misma predicción eterna:

“¡Los rusos no han de entrar en Constantinopla!”

No entraron, efectivamente, ni entonces, ni después, ni hasta ahora. ¿Pero la predicción será eterna? ¿No llegarán a entrar algún día? Problema difícil. El mismo Manduca, para entrar en la sepultura, gastó tres años de disolución, tan cierto es que la naturaleza, como la historia, no se hacen jugando. Su vida resistió como Turquía; si al final cedió fue porque le faltó una alianza como la anglo-francesa, no pudiendo considerarse tal el simple acuerdo de la medicina y de la farmacia. Murió finalmente, como los Estados mueren; en nuestro caso particular, la cuestión es saber, no si Turquía morirá, porque la muerte no exime a nadie, sino si los rusos entrarán algún día en Constantinopla; esa era la cuestión para mi vecino leproso, debajo de la triste, rota e infecta colcha de retazos...

Capítulo XCI

Encuentro que consuela

Es evidente que las reflexiones que dejo ahí no fueron hechas entonces, rumbo al seminario, sino ahora en el estudio del Engenho Novo. Entonces, no hice propiamente ninguna, a no ser ésta: que serví de alivio un día a mi vecino Manduca. Hoy, pensándolo mejor, creo que no sólo serví de alivio, sino que hasta le di felicidad. Y el encuentro me consuela; pues no olvidé más que le di dos o tres meses de felicidad a un pobre diablo, haciéndole olvidar el mal y lo demás. Es algo en la liquidación de mi vida. Si hay en el otro mundo tal o cual premio para las virtudes sin intención, ésta pagará uno o dos de mis muchos pecados. En cuanto a Manduca, no creo que fuese pecado opinar contra Rusia, pero, si era, estará purgando desde hace cuarenta años la felicidad que alcanzó en dos o tres

meses –de donde concluirá (ya tarde) que era todavía mejor haber gemido solamente, sin opinar sobre cosa alguna.

Capítulo XCII

El diablo no es tan feo como lo pintan

Manduca se enterró sin mí. A muchos otros les sucedió lo mismo, sin que yo sintiera nada, pero este caso me afligió particularmente por la razón ya dicha. También sentí no sé qué melancolía al recordar la primera polémica de la vida, el gusto con que recibía mis papeles y se proponía refutarlos, sin contar el gusto del carro... Pero el tiempo borró de prisa todas esas nostalgias y resurrecciones. No fue sólo él; dos personas vinieron a ayudarlo, Capitú, cuya imagen durmió conmigo la misma noche, y otra que diré en el capítulo que viene. El resto de este capítulo es sólo para pedir que, si alguien tuviera que leer mi libro con alguna atención más de la que le exige el precio del ejemplar, no deje de concluir que el diablo no es tan feo como se pinta. Quiero decir...

Quiero decir que mi vecino de Mata-cavalos, atemperando el mal con la opinión antirrusa, daba a la pudrición de sus carnes un reflejo espiritual que las consolaba. Hay consuelos mayores, seguro, y uno de los más excelentes es no padecer ese ni ningún otro mal, pero la naturaleza es tan divina que se divierte con tales contrastes, y a los más repugnantes o más afligidos los señala con una flor. Y tal vez así salga la flor más bella; mi jardinero afirma que las violetas, para que tengan mejor olor, necesitan abono de puerco. No lo examiné, pero debe ser verdad.

Capítulo XCIII

Un amigo por un difunto

En cuanto a la otra persona que tuvo la fuerza obliterativa, fue mi colega Escobar que el domingo, antes del medio día, vino de visita a Mata-cavalos. Un amigo suplía así a un difunto, y tal amigo que durante cerca de cinco minutos estuvo con mi mano entre las suyas, como si no me viese desde hace largos meses.

–¿Cenas conmigo, Escobar?

–A eso mismo vine.

Mi madre le agradeció la amistad que me tenía, y le contestó con mucha delicadeza, aunque un tanto contenido, como si careciera de palabra pronta. Ya viste que no era así, la palabra le obedecía, pero el hombre no siempre es el mismo en todos los instantes. Lo que dijo, en resumen, fue que me estimaba por mis buenas cualidades y exquisita educación; en el seminario todos me querían bien, no podía ser de otro modo, agregó. Insistía en la educación, en los buenos ejemplos, “en la dulce y extraordinaria madre” que el cielo me dio... Todo eso con la voz entrecortada y trémula.

Todos quedaron muy complacidos. Yo estaba tan contento como si Escobar fuese invención mía. José Dias le soltó dos superlativos, el tío Cosme dos juegos, y la prima Justina no encontró tacha que ponerle; después, sí, el segundo o tercer domingo, llegó a confesarnos que mi amigo Escobar era un tanto entremetido y tenía unos ojos policiacos a los que nada se les escapaba.

–Son sus ojos, expliqué.

–No digo que sean de otro.

–Son ojos reflexivos, opinó el tío Cosme.

–Seguramente, acudió José Dias, sin embargo, puede ser que la señora doña Justina tenga alguna razón. La verdad es que una cosa no impide la otra, y la reflexión se casa muy bien con la curiosidad natural. Parece curioso, eso parece, pero...

–A mí me parece un jovencito muy serio, dijo mi madre.

–¡Justamente! confirmó José Dias para no discordar de ella.

Cuando le referí a Escobar aquella opinión de mi madre (sin contarle las otras, naturalmente) vi que su placer era extraordinario. Lo agradeció, diciendo que eran bondades, y también elogió a mi madre, señora grave, distinguida y joven, muy joven... ¿Qué edad tenía?

–Ya cumplió cuarenta, respondí vagamente por vanidad.

–¡No es posible! exclamó Escobar. ¡Cuarenta años! No parece ni de treinta; está muy joven y bonita. También tienes a quien salir, con esos ojos que Dios te dio; son exactamente los de ella. ¿Enviudó hace muchos años?

Le conté lo que sabía de su vida y la de mi padre. Escobar escuchaba atento, preguntando más, pidiendo explicación de los pasajes omisos o sólo oscuros. Cuando le

dije que no recordaba nada del campo, tan pequeñito había venido, me contó dos o tres reminiscencias de sus tres años de edad, todavía ahora frescas. ¿Y no pensábamos volver al campo?

–No, ahora no volvemos más. Mira, aquel negro que va pasando, es de allá. ¡Tomás!

–¡Niño!

Estábamos en la huerta de mi casa, y el negro estaba en servicio; se acercó a nosotros y esperó.

–Es casado, le dije a Escobar. ¿Dónde está María?

–Está amasando maíz, sí, señor.

–¿Todavía te acuerdas del campo, Tomás?

–Me acuerdo, sí, señor.

–Bien, vete ya.

Le mostré otro, otro más, y todavía otro, este es Pedro, aquel José, aquel otro Damián...

–Todas las letras del alfabeto, interrumpió Escobar.

En efecto, eran diferentes letras, y sólo entonces reparé en esto; señalé todavía otros esclavos, algunos con los mismos nombres, que se distinguían por un apodo, o de la persona, como Juan Mestizo, María Gorda, o de la nación, como Pedro Benguela, Antonio Mozambique...

–¿Y están todos aquí en casa? preguntó.

–No, algunos andan ganando en la calle, otros están alquilados. No era posible tenerlos a todos en casa. Ni son todos los del campo; la mayor parte se quedó allá.

–Lo que me admira es que doña Gloria se acostumbrara luego a vivir en casa de ciudad, donde todo está apretado; la de allá es naturalmente grande.

–No sé, pero parece que sí. Mi mamá tiene otras casas mayores que ésta; dice sin embargo que ha de morir aquí. Las otras están rentadas. Algunas son muy grandes, como la de la Rua da Quitanda...

–La conozco; es bonita.

–También tiene en Rio Comprido, en la Cidade Nova, una en el Catete...

–No le han de faltar techos, concluyó sonriendo con simpatía.

Caminamos hacia el fondo. Pasamos por el lavadero; ahí se detuvo un instante, mirando la piedra para golpear la ropa y haciendo reflexiones a propósito del aseo; después continuamos. Cuáles fueron las reflexiones, ahora no me acuerdo; sólo recuerdo que las hallé ingeniosas, y reí, él rio también. Mi alegría despertaba la suya, y el cielo estaba tan azul, y el aire tan claro, que la naturaleza también parecía reír con nosotros. Así son las buenas horas de este mundo. Escobar confesó ese acuerdo de lo interno con lo externo, con palabras tan finas y elevadas que me conmovieron; después, a propósito de la belleza moral que se ajusta a la física, volvió a hablar de mi madre, “un ángel duplicado”, dijo.

Capítulo XCIV

Ideas aritméticas

No digo lo demás, que fue mucho. Ni él sabía sólo elogiar y pensar, también sabía calcular rápido y bien. Era de las mentes aritméticas de Holmes ($2 + 2 = 4$).²⁵ No se imagina la facilidad con que sumaba o multiplicaba de memoria. La división, que fue siempre una de las operaciones difíciles para mí, para él era como si nada: cerraba un poco los ojos, vueltos hacia arriba, y susurraba las denominaciones de los guarismos: estaba listo. Esto con siete, trece, veinte guarismos. Su vocación era tal que lo hacía amar los propios signos de las sumas, y tenía la opinión de que los guarismos, siendo pocos, eran mucho más conceptuales que las veinticinco letras del alfabeto.

–Hay letras inútiles y letras dispensables, decía. ¿Qué servicio diferente prestan la *d* y la *t*? Tienen casi el mismo sonido. Lo mismo digo de la *b* y de la *p*, lo mismo de la *s*, de la *c* y de la *z*, lo mismo de la *k* y de la *g*, etc. Son harapos caligráficos. Ve los guarismos: no hay dos que hagan el mismo oficio; el 4 es 4, y el 7 es 7. Y admira la belleza con que un 4 y un 7 forman esto que se expresa por 11. Ahora duplica 11 y tendrás 22; multiplica por igual número, da 484, y así en adelante. Pero donde la perfección es mayor es en el empleo del *cero*. El valor del *cero* es, en sí mismo, nada; pero el oficio de este signo negativo es justamente aumentar. Un 5 solo es un 5; ponle dos 00, es 500. Así, lo que no vale nada hace valer mucho, cosa que no hacen las letras duplicadas, pues yo tanto *apruebo* con una *p* como con dos *pp*.

²⁵ Se refiere a Oliver Wendell Holmes (1809-1894): médico y escritor estadounidense.

Instruido en la ortografía de mis padres, me costaba oír tales blasfemias, pero no osaba refutarlo. Con todo, un día, proferí algunas palabras de defensa, a lo que respondió que era un prejuicio, y agregó que las ideas aritméticas podían llegar al infinito, con la ventaja de que eran más fáciles de mover. Así que, yo no era capaz de resolver en un momento un problema filosófico o lingüístico, mientras que él podía sumar, en tres minutos, cualquier cantidad.

–Por ejemplo... dame un caso, dame una porción de números que yo no sepa ni haya podido saber antes... mira, dame el número de las casas de tu madre y las rentas de cada una, y si no hago la suma total en dos, en un minuto, ahórcame.

Acepté la apuesta, y a la semana siguiente le llevé escritos en un papel los números de las casas y de las rentas. Escobar tomó el papel, les pasó la vista con el fin de memorizarlos, y mientras yo veía el reloj, levantaba las pupilas, cerraba los párpados y susurraba... ¡Oh! ¡El viento no es más rápido! Dicho y hecho; en medio minuto me gritaba:

–Da un total de 1,070 *contos* mensuales.

Me quedé pasmado. Considera que eran no menos de nueve casas, y que las rentas variaban de una a otra, yendo de 70 a 180 *contos*. Pues todo esto en que yo utilizaría tres o cuatro minutos –y había de ser en el papel– Escobar lo hizo de memoria, jugando. Me miraba triunfante, y me preguntaba si no era exacto. Sólo por mostrarle que sí, saqué del bolsillo el papelito que llevaba con la suma total y se lo mostré. Era eso mismo, ni un error: 1,070 *contos*.

–Esto prueba que las ideas aritméticas son más simples, y por lo tanto más naturales. La naturaleza es simple. El arte es confuso.

Me quedé tan entusiasmado con la facilidad mental de mi amigo, que no pude dejar de abrazarlo. Estábamos en el patio; otros seminaristas notaron nuestra efusión; a un padre que estaba con ellos no le gustó.

–La modestia, nos dijo, no consiente esos gestos excesivos; pueden estimarse con moderación.

Escobar me hizo ver que los otros y el padre hablaban por envidia y me propuso vivir separados. Lo interrumpí diciéndole que no; si era envidia, tanto peor para ellos.

–¡Vamos a darles su tapaboca!

–Pero...

–Seamos todavía más amigos que hasta aquí.

Escobar me apretó la mano a escondidas, con tal fuerza que todavía me duelen los dedos. Es una ilusión, seguramente, si no es efecto de las largas horas que he estado escribiendo sin parar. Detengamos la pluma por algunos instantes...

Capítulo XCV

El Papa

La amistad de Escobar se hizo grande y fecunda; la de José Dias no quiso quedarse atrás. En la primera semana me dijo éste en casa:

–Ahora es seguro que vas a salir del seminario.

–¡Cómo!

–Espera hasta mañana. Voy a jugar con ellos que me llamaron; mañana, allá en el cuarto, en el patio, o en la calle, yendo a misa, te cuento lo que hay. La idea es tan santa que no está mal en el santuario. Mañana, Benito.

–¿Pero es algo seguro?

–Segurísimo.

Al día siguiente me reveló el misterio. En principio, confieso que me quedé deslumbrado. Traía una nota de grandeza y de espiritualidad que hablaba a mis ojos de seminarista. Era nada menos que esto. Mi madre, según su parecer, estaba arrepentida de lo que había hecho, y desearía verme fuera, pero comprendía que el vínculo moral de la promesa la prendía indisolublemente. Era necesario romperlo, y para tal valía la Escritura, con el poder de desunir dado a los apóstoles. Así que él y yo iríamos a Roma a pedir la absolución del papa... ¿Qué me parecía?

–Me parece bien, respondí después de algunos segundos de reflexión. Puede ser un buen remedio.

–¡Es el único, Benito, es el único! Voy ahora mismo a conversar con doña Gloria, a exponerle todo, y podemos partir dentro de dos meses, o antes...

–Lo mejor es hablar el domingo que viene; déjame pensar primero...

–¡Oh! ¡Benito! me interrumpió el agregado. ¿Pensar en qué? Tú lo que quieres... ¿Digo? ¿No te molestas con este viejo? Lo que quieres es consultar a una persona.

En rigor, eran dos personas, Capitú y Escobar, pero negué a pie juntillas que quisiera consultar con alguien. Y qué persona, ¿el rector? No era natural que le confiase tal asunto. No, ni rector, ni profesor, ni nadie; era sólo el tiempo para reflexionar, una semana, el domingo le daría la respuesta, y para ya le decía que la idea no me parecía mala.

–¿No?

–No.

–Pues resolvamos hoy mismo.

–A Roma no se va jugando.

–Quien tiene boca va a Roma, y boca en nuestro caso es el dinero. Ahora, puede muy bien gastar consigo... Conmigo, no; un par de pantalones, tres camisas y el pan de cada día, no necesito más. Seré como San Pablo, que vivía de su oficio mientras iba predicando la palabra divina. Pues voy, no a predicarla, sino a buscarla. Llevaremos cartas del internuncio y del obispo, cartas a nuestro ministro, cartas de capuchinos... Sé bien la objeción que se puede poner a esta idea; dirán que es dado pedir la dispensa desde aquí; pero, además de lo que no digo, basta con reflexionar que es mucho más solemne y bonito ver entrar en el Vaticano, y postrarse a los pies del papa al propio objeto del favor, al levita prometido, que va a pedir para su tiernísima y dulcísima madre la dispensa de Dios. Considera el cuadro, tú besando el pie al príncipe de los apóstoles; Su Santidad, con la sonrisa evangélica, se inclina, interroga, oye, absuelve y bendice. Los ángeles lo contemplan, la Virgen recomienda al santísimo hijo que todos sus deseos, Benito, sean satisfechos, y que lo que amas en la tierra sea igualmente amado en el cielo.

No digo más, porque es necesario acabar el capítulo, y él no acabó el discurso. Habló a todos mis sentimientos de católico y de enamorado. Vi el alma aliviada de mi madre, vi el alma feliz de Capitú, ambas en casa, y yo con ellas, y él con nosotros, todo mediante un pequeño viaje a Roma, que sólo geográficamente sabía dónde quedaba, espiritualmente, también, pero no la distancia que habría de la voluntad de Capitú. He ahí el punto esencial. Si Capitú lo hallase lejos, no iría; pero era necesario oírlo, y también a Escobar, quien me daría un buen consejo.

Capítulo XCVI

Un sustituto

Le expuse a Capitú la idea de José Dias. Me oyó atentamente, y acabó triste.

–Yéndote, dijo, me olvidas completamente.

–¡Nunca!

–Me olvidas. Dicen que Europa es tan bonita e Italia principalmente. ¿No es de allá de donde vienen las cantantes? Me olvidas, Benito. ¿Y no habría otro medio? Doña Gloria se muere porque salgas del seminario.

–Sí, pero se considera atada a la promesa.

Capitú no encontraba otra idea, ni acababa de adoptar ésta. De paso, me pidió que, si acaso fuese a Roma, le jurara que a los seis meses estaría de vuelta.

–Lo juro

–¿Por Dios?

–Por Dios, por todo. Juro que a los seis meses estaré de vuelta.

–¿Pero y si el Papa todavía no te hubiera liberado?

–Mando decir eso mismo.

–¿Y si mientes?

Estas palabras me dolieron mucho, y no encontré enseguida qué replicarle. Capitú llevó el asunto a la broma, riendo y llamándome falso. Después, declaró creer que yo cumpliría el juramento, pero aún así no consintió luego; iba a ver si no habría otra forma, y que yo viera también por mi parte.

Cuando volví al seminario, le conté todo a mi amigo Escobar, que me escuchó con igual atención y acabó con la misma tristeza de la otra. Los ojos, de costumbre huidizos, casi me comieron contemplándome. De repente, le vi en el rostro una claridad, un reflejo de idea. Y le oí decir con inconsistencia:

–No, Benito, eso no es necesario. Hay algo mejor –no digo mejor, porque el Santo Padre vale siempre más que todo– pero hay algo que produce el mismo efecto.

–¿Qué?

–Tu madre hizo la promesa a Dios de darle un sacerdote, ¿no es así? Pues bien, que le dé un sacerdote que no seas tú. Ella puede muy bien tomar para sí algún jovencito huérfano, lo hace ordenar a su costa, está dado un cura al altar, sin que tú...

–Entiendo, entiendo, eso es.

–¿No crees? continuó. Consulta sobre esto al protonotario; él te dirá si no es lo mismo, o yo también lo consulto, si quieres; y si duda, se habla con el señor Obispo.

Yo, reflexionando:

–Sí, parece que es eso: realmente, la promesa se cumple, al no perderse el cura.

Escobar observó que, por el lado económico, la cuestión era fácil; mi madre gastaría lo mismo que conmigo, y un huérfano no necesitaría grandes comodidades. Mencionó la suma de las rentas de las casas, 1,070 *contos*, además de los esclavos...

–No hay otra forma, dije yo.

–Y salimos juntos.

–¿Tú también?

–También. Voy a mejorar mi latín y salgo; ni llevo teología. El mismo latín no es necesario; ¿para qué en el comercio?

–*In hoc signo vinces*, dije yo riendo.

Me sentía bromista. ¡Oh! cómo la esperanza alegra todo. Escobar sonrió, al parecer le gustaba la respuesta. Después nos quedamos pensando en nosotros mismos, cada uno con sus ojos perdidos, probablemente. Los suyos estaban así, cuando volví de lejos, le agradecí de nuevo el plan recordado; no podía haberlo mejor. Escobar me oyó contentísimo.

–Una vez más, dijo gravemente, la religión y la libertad hacen buena compañía.

Capítulo XCVII

La salida

Todo se hizo en ese tenor. Mi madre titubeó un poco, pero acabó cediendo, después de que el padre Cabral, habiendo consultado al obispo, volvió para decirle que sí, que podía ser. Salí del seminario a fin de año.

Tenía entonces poco más de diecisiete... Aquí debía estar la mitad del libro, pero la inexperiencia me hizo ir tras de la pluma, y llego casi al fin del papel, con lo mejor de la narración todavía por decir. Ahora no hay más que llevarla a grandes trancos, capítulo sobre capítulo, poca enmienda, poca reflexión, todo resumido. Ya esta página vale por meses, otras valdrán por años, y así llegaremos al final. Uno de los sacrificios que hago a esta dura necesidad es el análisis de mis emociones de los diecisiete años. No sé si alguna

vez tuviste diecisiete años. Si fue así, debes saber que es la edad en que la mitad del hombre y la mitad del niño forman curiosamente uno solo. Yo era uno curiosísimo, diría mi agregado José Dias, y no diría mal. Lo que esa cualidad superlativa me rindió no podría nunca decirlo aquí, sin caer en el error que acabo de condenar; el análisis de mis emociones de aquel tiempo es que entraba en mi plan. Aunque hijo del seminario y de mi madre, sentía ya, debajo del recogimiento casto, unos asomos de petulancia y de atrevimiento; eran de la sangre, pero también eran de las jóvenes que en la calle o desde la ventana no me dejaban vivir en paz. Me encontraban apuesto, y lo decían; algunas querían mirar más de cerca mi belleza, y la vanidad es un principio de corrupción.

Capítulo XCVIII

Cinco años

Venció la razón; me fui a los estudios. Pasé los dieciocho años, los diecinueve, los veinte, los veintiuno; a los veintidós era bachiller en Derecho.

Todo había cambiado a mi alrededor. Mi madre había decidido envejecer; aún así los cabellos blancos venían de mala gana, poco a poco y espaciadamente; la toca, los vestidos, los zapatos bajos y silenciosos eran los mismos de otrora; ya no andaría tanto de un lado para otro. El tío Cosme padecía del corazón e iba a descansar. La prima Justina apenas estaba más vieja. José Dias también, no tanto como para no hacerme la fineza de asistir a mi graduación, y bajar conmigo la sierra, alegre y jovial, como si el bachiller fuese él. La madre de Capitú había muerto, el padre se había jubilado con el mismo cargo en que quiso dimitir de la vida.

Escobar empezaba a hacer negocios con el café después de haber trabajado cuatro años en una de las primeras casas de Río de Janeiro. Era opinión de la prima Justina que él había acariciado la idea de invitar a mi madre a segundas nupcias; pero, si hubo tal idea, conviene no olvidar la gran diferencia de edades. Tal vez no pensase más que en asociarla a sus primeros intentos comerciales, y de hecho, a petición mía, mi madre le prestó algunos dineros, que le restituyó, en cuanto pudo, no sin esta broma: “doña Gloria es miedosa y no tiene ambición”.

La separación no nos alejó. Fue el tercero en el intercambio de cartas entre Capitú y yo. Desde que la vio me animó mucho en nuestro amor. Las relaciones que entabló con el padre de Sancha estrecharon las que ya tenía con Capitú, y lo hizo servirnos, como amigo. Al principio, le costó a ella aceptarlo, prefería a José Dias; pero a José Dias me le resistía por un resto de respeto de niño. Venció Escobar; un tanto humillada, Capitú le entregó la primera carta, que fue madre y abuela de las otras. Ni después de casado suspendió el servicio... Que se casó –adivina con quién– se casó con la buena Sancha, la amiga de Capitú, casi su hermana, tanto que alguna vez al escribirme la llamaba “su cuñadita”. Así se forman los afectos y los parentescos, las aventuras y los libros.

Capítulo XCIX

El hijo es la cara del padre

Mi madre, cuando regresé bachiller, casi estalló de felicidad. Todavía oigo la voz de José Dias, recordando el evangelio de San Juan, y diciendo al vernos abrazados:

–¡Mujer, he ahí a tu hijo! ¡Hijo, he ahí a tu madre!

Mi madre, entre lágrimas:

–Hermano Cosme, es el vivo retrato de su padre, ¿verdad?

–Sí, tiene algo, los ojos, la disposición del rostro. Es el padre, un poco más moderno, concluyó con burla. Y dime ahora, hermana Gloria, ¿no fue mejor que no se obstinara en ser cura? Ve si este travieso sería un cura con vocación.

–¿Cómo está mi sustituto?

–Va caminando, se ordena el año próximo, respondió el tío Cosme. Tienes que ir a ver la ordenación; yo también, si mi señor corazón lo permite. Es bueno que te sientas en el alma del otro, como si recibieses en ti mismo la consagración.

–¡Justamente! exclamó mi madre. Pero mira bien, hermano Cosme, mira si no es la figura de mi difunto. Mira, Benito, mírame bien. Siempre pensé que te parecías a él, ahora mucho más. El bigote es lo que cambia un poco...

–Sí, hermana Gloria, el bigote realmente... pero es muy parecido.

Y mi madre me besaba con una ternura que no puedo describir. El tío Cosme, para alegrarla, me llamaba doctor, José Dias también, y todos en casa, la prima, los esclavos, las visitas, Padua, la hija, y ella misma me repetían el título.

Capítulo C

“¡Tú serás feliz, Benito!”

En el cuarto, al deshacer mi maleta y sacar el título de licenciado del tubo de lata, iba pensando en la felicidad y en la gloria. Veía el casamiento y la carrera ilustre, mientras José Dias me ayudaba callado y celoso. Un hada invisible bajó ahí, y me dijo con voz igualmente suave y cálida: “Tú serás feliz, Benito; tú vas a ser feliz”.

—¿Y por qué no iba a ser feliz? preguntó José Dias, enderezando el torso y mirándome.

—¿Lo oíste? pregunté irguiéndome también, asustado.

—¿Oí qué?

—¿Oíste una voz que decía que sería feliz?

—¡Pues sí! tú mismo eras quien lo estaba diciendo...

Todavía ahora soy capaz de jurar que la voz era del hada; naturalmente las hadas, expulsadas de los cuentos y de los versos, se metieron en nuestro corazón y hablan de dentro hacia fuera. Ésta, por ejemplo, muchas veces la oí clara y distinta. Ha de ser prima de las hechiceras de Escocia: “*¡Tú serás rey, Macbeth!*” – “¡Tú serás feliz, Benito!” Al fin y al cabo, es la misma predicción, con la misma tonada universal y eterna. Cuando volví de mi asombro, oí el resto del discurso de José Dias:

—... Has de ser feliz, como mereces, así como mereces ese diploma que está ahí, que no es favor de nadie. La distinción que sacaste en todas las materias es prueba de eso; ya te conté que oí de la boca de los profesores, en particular, los mayores elogios. Además, la felicidad no es sólo la gloria, es también algo más... ¡Ah! ¡No le confías todo al viejo José Dias! El pobre José Dias está ahí en un rincón, es una nuez seca, no vale nada; ahora son los jóvenes, los Escobares... no le niego que es un joven muy distinguido, y trabajador, y marido excelente; pero, en fin, un viejo también sabe amar...

—¿Pero qué?

–¿Qué ha de ser? ¿Quién no lo sabe todo?... Aquella intimidad de vecinos había de acabar en esto, que es verdaderamente una bendición del cielo, porque ella es un ángel, es un *angelísimo*... Perdona el error, Benito, fue un modo de acentuar la perfección de aquella joven. Otrora pensé lo contrario; confundí los modos de niña con expresiones de carácter, y no vi que esa niña traviesa y ya de ojos pensativos era la flor caprichosa de un fruto saludable y dulce... ¿Por qué no me contaste también lo que otros saben, y aquí en casa está más que adivinado y aprobado?

–¿Mi madre de veras lo aprueba?

–¿Pues entonces? Hemos hablado sobre eso, y ella me hizo el favor de pedir mi opinión. Pregúntale lo que le dije en términos claros y positivos; pregúntale. Le dije que no podía desear mejor nuera para sí, buena, discreta, virtuosa, amiga de nosotros... es una ama de casa, que no le digo nada. Después de la muerte de la madre, se hizo cargo de todo. Padua, ahora que se jubiló, no hace más que recibir el sueldo y entregarlo a la hija. La hija es la que distribuye el dinero, paga las cuentas, hace la lista de los gastos, cuida de todo, mantenimiento, ropa, luz. Ya la viste el año pasado. Y en cuanto a la hermosura tú sabes mejor que nadie...

–Pero, de veras, ¿mi mamá te consultó sobre nuestro casamiento?

–A ciencia cierta, no; me hizo el favor de preguntarme si Capitú no sería una buena esposa; fui yo quien, en la respuesta, hablé de la nuera. Doña Gloria no lo negó y hasta tomó un aire de risa.

–Mi mamá siempre que me escribía, hablaba de Capitú.

–Tú sabes que ellas se llevan bien, y por eso es que su prima anda cada vez más de malas. Tal vez ahora se case más aprisa.

–¿La prima Justina?

–¿No sabe? Son cuentos, naturalmente; pero en fin, el doctor Juan da Costa enviudó hace pocos meses, y dicen (no sé, el protonotario fue quien me lo contó) dicen que los dos andan medio inclinados a acabar con la viudez, entre sí, casándose. Puede ser que no haya nada, pero no está fuera de propósito, no obstante que ella siempre dijese que el doctor era un manojito de huesos... Sólo si ella es un cementerio, comentó riendo; y luego en serio: digo esto en broma.

No oí lo demás. Oía sólo la voz de mi hada interior, que me repetía, pero ya entonces sin palabras: “¡Tú serás feliz, Benito!” Y la voz de Capitú me dijo lo mismo, en términos diferentes, y así también la de Escobar, los cuales, ambos, me confirmaron la noticia de José Dias por su propia impresión. Finalmente, mi madre, algunas semanas después, cuando le fui a pedir permiso para casarme, además de su consentimiento, me hizo igual profecía, salvo la redacción propia de madre: “¡Tú serás feliz, hijo mío!”

Capítulo CI

En el cielo

Pues seamos felices de una vez, antes que el lector peque ensimismándose, cansado de esperar, y vaya a entretenerse a otra parte; casémonos. Fue en 1865, una tarde de marzo, para más señas llovía. Cuando llegamos a lo alto de la Tijuca, donde estaba nuestro nido de novios, el cielo recogió la lluvia y encendió las estrellas, no sólo las ya conocidas, sino aun las que sólo serán descubiertas dentro de muchos siglos. Fue una gran fineza y no fue la única. San Pedro, que tiene las llaves del cielo, nos abrió las puertas, nos hizo entrar, y después de tocarnos con el báculo, recitó algunos versículos de su primera epístola: “Que las mujeres estén sujetas a sus maridos... No sea su aderezo el adorno de los cabellos rizados o los encajes de oro, sino el hombre que está escondido en su corazón... Del mismo modo, vosotros, maridos, cohabitad con ellas, tratándolas con honor, como a los cristales más frágiles, y herederas con vosotros de la gracia de la vida...” En seguida, hizo señas a los ángeles, y ellos entonaron un fragmento del *Cántico*, tan concertadamente, que desmentirían la hipótesis del tenor italiano, si la ejecución fuese en la tierra; pero era en el cielo. La música iba con el texto, como si hubiesen nacido juntos, a la manera de una ópera de Wagner. Después, visitamos una parte de aquel lugar infinito. Tranquilízate que no haré descripción alguna, ni la lengua humana posee formas idóneas para tanto.

Al cabo, puede ser que todo fuese un sueño; nada más natural para un ex seminarista que oír por todas partes latín y Escritura. Es verdad que Capitú, que no conocía Escrituras ni latín, memorizó algunas palabras, como éstas, por ejemplo: “Me senté a la sombra de aquel que tanto había deseado”. En cuanto a las de San Pedro, al día siguiente me dijo que estaba de acuerdo con todo, que yo era el único tejido y el único adorno que

jamás pondría en sí. A lo que yo repliqué que mi esposa tendría siempre los más finos encajes de este mundo.

Capítulo CII

De casada

Imagina un reloj que sólo tuviera péndulo, sin carátula, de manera que no se viesen las horas escritas. El péndulo iría de un lado a otro, pero ninguna señal externa mostraría la marcha del tiempo. Tal fue aquella semana de la Tijuca.

De cuando en cuando, volvíamos al pasado y nos divertíamos rememorando nuestras tristezas y calamidades, pero eso también era un modo de no salirnos de nosotros mismos. Así vivimos nuevamente nuestra larga espera de enamorados, los años de la adolescencia, la denuncia que está en los primeros capítulos, y nos reíamos de José Dias que conspiró nuestra desunión, y acabó festejando nuestro consorcio. Una que otra vez, pensábamos en bajar, pero las mañanas señaladas eran siempre de lluvia o de sol, y nosotros esperábamos un día nublado, que se obstinaba en no llegar.

No obstante, noté que Capitú estaba un tanto impaciente por bajar. Estaba de acuerdo con quedarse, pero hablaba de su padre y de mi madre, de la falta de noticias nuestras, de esto y de aquello, al grado que nos irritamos un poco. Le pregunté si ya estaba cansada de mí.

–¿Yo?

–Así parece.

–Tú vas a ser siempre un niño, dijo tapándome la cara con sus manos y acercando mucho sus ojos a los míos. ¿Entonces esperé tantos años para cansarme en siete días? No, Benito; digo esto porque es realmente así, creo que pueden estar deseosos de vernos e imaginar alguna enfermedad, y, confieso, por mi parte, que me gustaría ver a mi papá.

–Pues vamos mañana.

–No; ha de ser en tiempo nublado, respondió riendo.

Me prendí de su risa y de su palabra, pero la impaciencia continuó y bajamos con sol.

La alegría con que se puso su sombrero de casada, y el aire de casada con que me dio la mano para entrar y salir del carruaje, y el brazo para caminar por la calle, todo me mostró que la causa de la impaciencia de Capitú eran los signos exteriores de su nuevo estado. No le bastaba con estar casada entre cuatro paredes y algunos árboles; también necesitaba del resto del mundo. Y cuando me vi abajo, pisando las calles con ella, parando, mirando, hablando, sentí lo mismo. Inventaba paseos para que me vieran, me confirmaran y me envidiaran. En la calle, muchos volvían la cabeza curiosos, otros se detenían, algunos preguntaban: “¿Quiénes son?” y un conocido explicaba: “Es el doctor Santiago, que casó hace unos días con aquella joven, doña Capitolina, después de un prolongado amor desde niños; viven en La Gloria, las familias residen en Mata-cavalos”. Y Ambos: “¡Es una mocetona!”

Capítulo CIII

La felicidad tiene buena alma

Mocetona es vulgar; José Dias lo dijo mejor. Fue la única persona de acá abajo que nos visitó en la Tijuca, llevando abrazos de los nuestros y palabras suyas, pero palabras que eran verdaderas músicas; no las pongo aquí para ir ahorrando papel, pero fueron deliciosas. Un día, nos comparó a las aves criadas en dos vanos de tejados contiguos. Imagina lo demás, las aves emplumando las alas y subiendo al cielo, y el cielo ahora más amplio también para poder contenerlas. Ninguno de nosotros rio; ambos escuchábamos conmovidos y convencidos, olvidando todo, desde la tarde de 1858... La felicidad tiene buena alma.

Capítulo CIV

Las Pirámides

José Días se dividía ahora entre mi madre y yo, alternando las cenas de La Gloria con las comidas de Mata-cavalos. Todo iba bien. Después de dos años de casado, salvo la gran tristeza de no tener un hijo, todo iba bien. Había perdido a mi suegro, es verdad, y al tío Cosme le faltaba poco, pero la salud de mi madre era buena; la nuestra excelente.

Yo era abogado de algunas casas ricas, y los procesos iban llegando. Escobar había contribuido mucho a mis primeras participaciones en el foro. Intervino con un abogado célebre para que me admitiera en su bufete, y me arregló algunos poderes, todo espontáneamente.

Además, nuestras relaciones de familia estaban previamente hechas; Sancha y Capitú continuaban la amistad de la escuela después de casadas. Escobar y yo la del seminario. Ellos vivían en Andaraí, a donde querían que fuésemos muchas veces, y, no pudiendo ser tantas como deseábamos, íbamos a cenar algunos domingos, o ellos venían a hacerlo con nosotros. Cenar es poco. Íbamos siempre muy temprano, después de la comida, para que gozáramos el día ampliamente, y sólo nos separábamos a las nueve, diez u once de la noche, cuando no podía ser más. Ahora que pienso en aquellos días de Andaraí y de La Gloria, lamento que la vida y lo demás no sean tan resistentes como las Pirámides.

Escobar y su mujer vivían felices; tenían una hijita. En esos tiempos oí hablar de una aventura del marido, asunto de teatro, no sé qué actriz o bailarina, pero si fue cierto, no fue un escándalo. Sancha era modesta, el marido trabajador. Como un día dijese a Escobar que lamentaba no tener un hijo, me contestó:

–Hombre, deja eso. Dios te los dará cuando quiera, y si no te diera ninguno es que los quiere para sí, y será mejor que se queden en el cielo.

–Un niño, un hijo es el complemento natural de la vida.

–Vendrá, si fuere necesario.

No venía. Capitú lo pedía en sus oraciones, yo también, más de una vez me daba por rezar y pedirlo. Ya no era como cuando niño; ahora pagaba anticipadamente, como las rentas de la casa.

Capítulo CV

Los brazos

En lo demás, todo iba bien. A Capitú le gustaba reír y divertirse, y, en los primeros tiempos, cuando íbamos a paseos o espectáculos, era como un pájaro que había salido de la jaula. Se arreglaba con gracia y modestia. Aunque le gustasen las joyas, como a las otras

jóvenes, no quería que le comprase muchas ni caras, y un día se afligió tanto que prometí no comprar una más; pero sólo fue por poco tiempo.

Nuestra vida era más o menos plácida. Cuando no estábamos con la familia o con amigos, o si no íbamos a algún espectáculo o tertulia particular (y éstas eran escasas) pasábamos las noches en nuestra ventana de La Gloria, mirando el mar y el cielo, la sombra de las montañas y de los barcos, o la gente que pasaba por la playa. A veces, contaba a Capitú la historia de la ciudad, otras le daba noticias de astronomía; noticias de aficionado que escuchaba atenta y curiosa, no siempre tanto que no dormitara un poco. Al no saber tocar el piano, aprendió después de casada, y rápido, y en poco tiempo tocaba en las casas de amigos. En La Gloria era uno de nuestros pasatiempos; también cantaba, pero poco y raras veces, por no tener voz; un día comprendió que era mejor no cantar nada y cumplió lo impuesto. Le gustaba bailar, y se arreglaba con amor cuando iba a un baile; los brazos es lo que... Los brazos merecen un párrafo.

Eran hermosos, y en la primera noche que los llevó desnudos a un baile, no creo que hubiera iguales en la ciudad, ni los suyos, lectora, que entonces eran de niña, si ya había nacido, pero probablemente estarían todavía en el mármol, de donde vinieron, o en las manos del divino escultor. Eran los más bellos de la noche, al grado que me desvanecía de orgullo. Conversaba distraído con las otras personas, sólo para verlos, por más que ellos se entrelazaran a los de las casacas ajenas. Ya no fue así en el segundo baile; en ese, cuando vi que los hombres no se hartaban de mirarlos, de buscarlos, casi de pedirlos, y que los rozaban con las mangas negras, me quedé humillado y molesto. Al tercero no fui, y aquí tuve el apoyo de Escobar, a quien confié cándidamente mis disgustos; en seguida estuvo de acuerdo conmigo.

–Sanchita tampoco va, o irá con mangas largas; lo contrario me parece indecente.

–¿Verdad? Pero no digas el motivo; nos van a llamar seminaristas. Capitú ya me llamó así.

Ni por eso dejé de contar a Capitú la aprobación de Escobar. Sonrió y me contestó que los brazos de Sanchita estaban malhechos, pero cedió de prisa, y no fue al baile; fue a

otros, pero los llevó medio cubiertos de gasa o no sé qué, que ni cubría ni descubría completamente, como el cendal de Camões.²⁶

Capítulo CVI

Diez libras esterlinas

Ya dije que era ahorrativa, o queda dicho ahora, y no sólo de dinero sino también de cosas usadas, de ésas que se guardan por tradición, por recuerdo o por nostalgia. Unos zapatos, por ejemplo, unos zapatitos ordinarios de cintas negras que se cruzaban en el empeine del pie y el principio de la pierna, los últimos que usó antes de calzar botines, los trajo a casa, y los sacaba de cuando en cuando del cajón de la cómoda, con otros vejesterios, diciéndome que eran pedazos de niña. A mi madre, que tenía el mismo genio, le gustaba oír hablar y hacer lo mismo.

En cuanto a las genuinas economías de dinero, contaré un caso, y basta. Fue justamente con motivo de una lección de astronomía, en la playa de La Gloria. Sabes que algunas veces la hice dormitar un poco. Una noche se perdió viendo el mar, con tal fuerza y concentración, que me dieron celos.

–¿No me oyes, Capitú?

–¿Yo? Oigo perfectamente.

–¿Qué te estaba diciendo?

–Tú... tú hablabas de Sirio.

–Cuál Sirio, Capitú, hace veinte minutos que hablé de Sirius.

–Hablabas de... hablabas de Marte, corrigió apresurada.

Realmente, era de Marte, pero es claro que sólo había agarrado el sonido de la palabra, no el sentido. Me quedé serio, y tuve el impulso de dejar la sala; Capitú, al percibirlo, se hizo la más mimosa de las criaturas, me tomó la mano, me confesó que había estado contando, es decir, sumando unos dineros para encontrar cierta cantidad que no

²⁶ El autor se refiere a un fragmento del poema *O Lusíadas*, donde se dice que un “delgado cendal” cubre descubriendo el cuerpo de una bella ninfa.

encontraba. Se trataba de una conversión de papel en oro. Al principio supuse que era un recurso para contentarme, pero de ahí a poco estaba yo mismo calculando también, ya entonces con papel y lápiz, sobre la rodilla, y daba la diferencia que buscaba.

–¿Pero qué libras²⁷ son esas? le pregunté finalmente.

Capitú me miró riendo, y replicó que la culpa de romper el secreto era mía. Se levantó, fue al cuarto y volvió con diez libras esterlinas en la mano; eran el sobrante del dinero que yo le daba mensualmente para los gastos.

–¿Todo esto?

–No es mucho, sólo diez libras; es lo que la avariciosa de tu mujer pudo ahorrar, en algunos meses, concluyó haciendo sonar el oro en la mano.

–¿Quién fue el intermediario?

–Tu amigo Escobar.

–¿Por qué no me dijo nada?

–Fue hoy mismo.

–¿Estuvo aquí?

–Un poco antes de que llegaras; no te lo dije para que no sospecharas.

Tuve deseos de gastar el doble del oro en algún regalo conmemorativo, pero Capitú me detuvo. Al contrario, me consultó sobre lo que habíamos de hacer con aquellas libras.

–Son tuyas, contesté.

–Son nuestras, corrigió.

–Pues guárdalas.

Al día siguiente fui a ver a Escobar a la bodega, y me reí del secreto de ambos. Escobar sonrió y me dijo que estaba por ir a mi oficina a contarme todo. La cuñadita (continuaba dándole este nombre a Capitú) le había hablado de aquello en ocasión de nuestra última visita a Andaraí, y le dijo la razón del secreto.

–Cuando le conté esto a Sanchita, concluyó él, se quedó asombrada: “¿Cómo es que Capitú puede economizar, ahora que todo está tan caro?” – “No sé, hija; sé que juntó diez libras”.

–Ve si ella aprende también.

²⁷ Se refiere a la libra esterlin. A mediados del siglo XIX, era importante la presencia inglesa en Brasil.

–No creo; Sanchita no es despilfarradora, pero tampoco es ahorrativa; lo que le doy alcanza, pero sólo alcanza.

Yo, después de algunos instantes de reflexión:

–¡Capitú es un ángel!

Escobar asintió con la cabeza, pero sin entusiasmo, como quien sentía no poder decir lo mismo de su mujer. Así pensarías tú también, tan cierto es que las virtudes de las personas cercanas nos dan tal o cual vanidad, orgullo o consuelo.

Capítulo CVII

Celos del mar

De no ser por la astronomía, no hubiera descubierto tan pronto las diez libras de Capitú; pero no es por eso por lo que vuelvo a ella, es para que no pienses que la vanidad de profesor es lo que me hizo padecer por la desatención de Capitú y tener celos del mar. No, amigo mío. Vengo a explicarte que tuve tales celos por lo que podía estar en la cabeza de mi mujer, no fuera o arriba de ella. Es sabido que las distracciones de una persona pueden ser culpables, medio culpables, un tercio, un quinto, una décima de culpables, pues en materia de culpa la gradación es infinita. El recuerdo de unos simples ojos basta para fijarse en otros que recuerden y se deleiten con la imagen de ellos. No es necesario pecado efectivo y mortal, ni cartas cambiadas, de simples palabras, un movimiento de manos, un suspiro o la señal aún más pequeña y leve. Un desconocido o una desconocida que pase por la esquina de la calle hace que metamos a Sirio dentro de Marte, y tú sabes, lector, la diferencia que hay entre uno y otro en la distancia y en el tamaño, pero la astronomía tiene esas confusiones. Fue lo que me hizo palidecer, callar y querer huir de la sala, para volver, Dios sabe cuándo; probablemente, diez minutos después. Diez minutos después, estaría yo otra vez en la sala, al piano o en la ventana, continuando la lección interrumpida:

–Marte está a una distancia de...

¿Tan poco tiempo? Sí, tan poco tiempo, diez minutos. Mis celos eran intensos, pero cortos; con poco derribaría todo, pero con el mismo poco o menos reconstruiría el cielo, la tierra y las estrellas.

La verdad es que estuve más amigable con Capitú, si era posible, ella todavía más tierna, el aire más suave, las noches más claras, y Dios más Dios. Y no fueron propiamente las diez libras esterlinas lo que hicieron esto, ni el sentimiento de economía que revelaban y que yo conocía, sino la cautela que Capitú empleó para el fin de descubrirme un día el cuidado de todos los días. Escobar también se me pegó más al corazón. Nuestras visitas se fueron haciendo más cercanas, y nuestras conversaciones más íntimas.

Capítulo CVIII

Un hijo

Pues ni todo eso me quitaba la sed de un hijo, aunque fuera un triste niño, amarillo y débil, pero un hijo, un hijo propio de mi persona. Cuando íbamos a Andaraí y veíamos a la hija de Escobar y Sancha, familiarmente Capitucita, para diferenciarla de mi mujer, dado que le habían puesto el mismo nombre en la pila, nos quedábamos llenos de envidia. La pequeña era graciosa y gordita, parlanchina y curiosa. Los padres, como los otros padres, contaban las travesuras y agudezas de la niña, y nosotros, cuando volvíamos por la noche a La Gloria, veníamos suspirando nuestras envidias, y pidiendo mentalmente al cielo que nos las matase...

...Las envidias murieron, las esperanzas nacieron, y no tardó en venir al mundo su fruto. No era flaco ni feo, como lo había pedido, sino un muchachote robusto y lindo.

Mi alegría cuando nació, no sé decirla; nunca tuve otra igual, ni creo que la pueda haber idéntica, o que de lejos o de cerca se le parezca. Fue un vértigo y una locura. No cantaba en la calle por natural vergüenza, ni en casa para no afligir a Capitú convaleciente. Tampoco caía, porque hay un dios para los padres nuevos. Fuera, vivía con el espíritu en el niño; en casa, con los ojos observándolo, mirándolo, preguntándole de dónde venía, y por qué yo estaba tan enteramente en él, y otras tantas locuras sin palabras, pero pensadas o deliradas a cada instante. Tal vez perdí algunos casos en el foro por descuido.

Capitú no era menos tierna con él que conmigo. Nos dábamos las manos uno al otro, y, cuando no mirábamos a nuestro hijo, conversábamos de nosotros, de nuestro pasado y de nuestro futuro. Las horas de mayor encanto y misterio eran las de amamantarlo. Cuando yo veía a mi hijo succionando la leche de la madre, y toda aquella unión de la naturaleza para

la nutrición y vida de un ser que no había sido nada, pero que nuestro destino afirmó que lo sería, y nuestra constancia y nuestro amor hicieron que llegara a ser, estaba que no sé decir ni digo; verdaderamente no me acuerdo, y temo que si lo dijera me saldría oscuro.

Perdona las minucias. Así que no es necesario contar la dedicación de mi madre y de Sancha, quien también fue a pasar con Capitú los primeros días y noches. Quise rechazar la atención de Sancha; me contestó que yo no tenía nada que ver con eso; también Capitú, cuando soltera, había ido a cuidarla a la Rua dos Inválidos.

–¿No te acuerdas que fuiste a verla?

–Me acuerdo; pero Escobar...

–Vendré a cenar con ustedes, y por las noches me sigo a Andaraí; ocho días, y todo habrá pasado. Bien se ve que eres padre por primera vez.

–También tú; ¿dónde está la segunda?

Entonces usábamos estas intimidades en familia. Hoy, que me encerré en mi casmurrez, no sé si todavía hay tal lenguaje, pero debe haberlo. Escobar cumplió lo que dijo; cenaba con nosotros, y se iba en la noche. Al atardecer bajábamos a la playa o íbamos al Paseo Público, él haciendo sus cálculos, yo mis sueños. Veía a mi hijo médico, abogado, comerciante, lo metí en varias universidades y bancos, y hasta acepté la hipótesis de que fuera poeta. La posibilidad de político fue consultada, y pensé que me saliese orador, y gran orador.

–Puede ser, replicaba Escobar; nadie diría lo que llegó a ser Demóstenes.

Escobar acompañaba muchas veces mis niñerías; también interrogaba el futuro. Llegó a hablar de la hipótesis de casar al pequeño con su hija. La amistad existe; estuvo toda en las manos con las que apreté las de escobar, al oírle esto, y en la total ausencia de palabras con que ahí firmé el pacto; las palabras vinieron después, con atropello afinadas por el corazón, que latía con gran fuerza. Acepté la idea, y propuse que los encamináramos a este fin, por la educación igual y común, por la infancia unida y correcta.

Mi idea era que Escobar fuese padrino del pequeño; la madrina debía ser y sería mi madre. Pero la primera parte se cambió por intervención del tío Cosme que, al ver al niño, le dijo entre otros cariños:

–Anda, toma la bendición de tu padrino, bellaco.

Y volviéndose hacia mí:

–No desisto del favor; y el bautismo ha de ser pronto, antes de que mi enfermedad me lleve de una vez.

Le conté discretamente la anécdota a Escobar, para que me comprendiera y disculpara; se rio y no se ofendió. Hizo más, quiso que la comida del bautizo fuese en su finca, y así fue. Todavía intenté retrasar la ceremonia para ver si el tío Cosme sucumbía primero a la enfermedad, pero parece que ésta era más para molestar que para matar. No hubo más remedio que llevar al niño a la pila, donde se le dio el nombre de Ezequiel; era el de Escobar, y yo quise suplir de este modo la falta del compadrazgo.

Capítulo CIX

Un hijo único

Ezequiel, cuando empezó el capítulo anterior, todavía no había sido procreado; cuando acabó era cristiano y católico. Este otro está destinado a hacer llegar a mi Ezequiel a los cinco años, un niño bonito, con sus ojos claros, ya inquietos, como si quisieran enamorar a todas las jóvenes del vecindario, o a casi todas.

Ahora bien, si consideras que fue único, que ningún otro vino, cierto ni incierto, muerto ni vivo, uno sólo y único, imaginarás los cuidados que nos dio, los sueños que nos arrancó, y qué sustos nos metieron las crisis de los dientes y otras, la menor fiebre, toda la existencia común de los niños. A todo acudíamos, según cumplía y urgía, cosa que no era necesario decir, pero hay lectores tan obtusos, que nada entienden, si no se les relata todo y el resto. Vamos al resto.

Capítulo CX

Rasgos de la infancia

El resto me absorbe todavía muchos capítulos; hay vidas que tienen menos y se hacen aún así completas y acabadas.

A los cinco y seis años, Ezequiel no parecía desmentir mis sueños de la playa de La Gloria; al contrario, se adivinaban en él todas las vocaciones posibles, desde ocioso hasta apóstol. Ocioso está puesto aquí en el buen sentido, en el sentido de hombre que piensa y

calla; a veces se metía en sí mismo, y en esto me hacía recordar a su madre, desde pequeña. Así también, se agitaba todo y se obstinaba en ir a persuadir a las vecinas que los dulces que yo le traía eran dulces de veras; no lo hacía antes de hartarse de ellos, pero tampoco los apóstoles llevan la buena doctrina sino después de tenerla toda en el corazón. Escobar, buen comerciante, opinaba que la causa principal de esta otra inclinación, tal vez fuese invitar implícitamente a las vecinas a igual apostolado, cuando los padres les trajeran dulces; y se reía de su propia gracia, y me anunciaba que lo haría su socio.

Le gustaba la música, no menos que los dulces, y le dije a Capitú que le sacara al piano el pregón del negro de las cocadas de Mata-cavalos...

–No lo recuerdo.

–No digas eso; no te acuerdas de aquel negro que vendía dulces, por las tardes...

–Me acuerdo de un negro que vendía dulces, pero ya no me sé la tonada.

–¿Ni de las palabras?

–Ni de las palabras.

La lectora, que todavía se acordará de las palabras, si es que me ha leído con atención, se quedará extrañada de tan grande olvido, tanto más que le recordarán todavía las voces de su infancia y adolescencia; habrá olvidado algunas, pero no todo se queda en la cabeza. Así me replicó Capitú, y no encontré contrarréplica. Hice, sin embargo, lo que ella no esperaba; corrí a mis papeles viejos. En São Paulo, cuando estudiante, pedí a un profesor de música que me transcribiera la tonada del pregón; lo hizo con placer (me bastó repetirlo de memoria), y guardé el papelito; fui a buscarlo. De ahí a poco interrumpí la romanza que ella tocaba, con el pedacito de papel en la mano. Se lo expliqué; ella tecleó las dieciséis notas.

Capitú encontró en la tonada un sabor particular, casi delicioso; le contó a su hijo la historia del pregón, y así lo cantaba y tecleaba. Ezequiel aprovechó la música para pedirme que desmintiera el texto dándole algún dinero.

Hacía de médico, de militar, de actor y bailarín. Nunca le di oratorios; pero siempre tenía caballos de madera y espada al cinto. Ya no hablo de los batallones que pasaban por la calle, y que corría a ver; todos los niños lo hacen. Lo que no todos hacen es tener los ojos que éste tenía. En ninguno vi las ansias de gusto con que asistía al paso de la tropa y oía tocar la marcha de los tambores.

–¡Mira, papá, mira!

–¡Estoy viendo, hijo!

–¡Mira el comandante! ¡Mira el caballo del comandante! ¡Mira los soldados!

Un día amaneció tocando la corneta con la mano; le di una cornetita de metal. Le compré soldaditos de plomo, grabados de batallas que miraba durante mucho tiempo, queriendo que le explicara una pieza de artillería, un soldado caído, otro con la espada levantada, y todos sus amores eran para el de la espada levantada. Un día (¡ingenua edad!) me preguntó impaciente:

–Pero, papá, ¿por qué no deja caer la espada de una vez?

–Hijo mío, es porque está pintado.

–Pero entonces ¿por qué se pintó?

Me reí del equívoco y le expliqué que no era el soldado quien se había pintado en el papel, sino el grabador, y tuve que explicarle también qué era un grabador y lo que era un grabado: las curiosidades de Capitú, en suma.

Tales son los principales rasgos de su infancia; uno más y acabo el capítulo. Un día, en la finca de Escobar, encontró un gato que tenía un ratón atravesado en la boca. El gato ni dejaba la presa ni sabía por dónde huir. Ezequiel no dijo nada, se detuvo, se puso en cuclillas, y se quedó mirando. Al verlo así, atento, le preguntamos de lejos qué pasaba; nos hizo señas de que nos calláramos. Escobar concluyó:

–Van a ver que es el gato que cazó algún ratón. Los ratones siguen infestándome la casa como demonios. Vamos a ver.

Capitú también quiso ver al hijo; los acompañé. Efectivamente, era un gato y un ratón, lance banal, sin interés ni gracia. La única circunstancia particular era que el ratón estaba vivo, pataleando, y mi pequeño absorto. Por lo demás, el instante fue corto. El gato, en cuanto sintió más gente, se dispuso a correr; el niño, sin quitarle los ojos de encima, nos hizo otra señal de silencio; y el silencio no podía ser mayor. Iba a decir religioso, borré la palabra, pero aquí la pongo otra vez, no sólo porque significa la totalidad del silencio, sino también porque había en aquella acción del gato y del ratón algo que unía con el rito. El único rumor eran los últimos chillidos del ratón, la verdad debilísimos; las patas apenas se le movían y desordenadamente. Un tanto molesto, aplaudí para que el gato huyera, y el gato huyó. Los otros ni tiempo tuvieron para detenerme; Ezequiel se quedó abatido.

–¡Pero, papá!

–¿Qué pasó? A estas horas el ratón ya fue comido.

–Pues sí, pero yo quería ver.

Los dos se rieron; yo mismo lo encontré gracioso.

Capítulo CXI

Contado deprisa

Le encontré gracia, y no la niego todavía ahora, no obstante el tiempo pasado, de los sucesos ocurridos, y de tal o cual simpatía al ratón que encuentro en mí; tuvo gracia. No me pesa decirlo; los que aman la naturaleza como ella quiere ser amada, sin repudio parcial ni exclusiones injustas, no encuentran en ella nada inferior. Amo al ratón, no desamo al gato. Ya pensé en hacerlos vivir juntos, pero vi que son incompatibles. En verdad, uno me roe los libros, otro el queso; pero no es mucho que les perdone, si ya perdoné a un perro que se llevó mi descanso en peores circunstancias. Contaré el caso rápidamente.

Fue cuando nació Ezequiel; la madre tenía fiebre, Sancha vivía junto a ella, y tres perros en la calle ladraban toda la noche. Busqué al fiscal, y fue como si buscara al lector, que sólo ahora sabe esto. Entonces decidí matarlos; compré veneno, mandé hacer tres bolas de carne, y yo mismo introduje en ellas la droga. Por la noche, salí; era la una de la mañana; ni la enferma, ni la enfermera podían dormir, con el barullo de los perros. Cuando me vieron, se apartaron, dos bajaron por un lado a la playa de Flamengo, uno se quedó a corta distancia, como esperando. Me fui a él, silbando y tronando los dedos. El diablo todavía ladró, pero confiado en las señas de amistad, se fue callando, hasta que se calló completamente. Como yo continuara, vino hacia mí, despacio, moviendo la cola, que es su modo de reír; yo tenía ya en la mano las bolas envenenadas, e iba a darle una de ellas, cuando aquella risa especial, de cariño, de confianza o lo que sea, ató mi voluntad; me quedé así, no sé cómo, tocado por la lástima, y guardé las bolas en el bolsillo. Al lector puede parecerle que fue el olor de la carne lo que llevó al perro al silencio. No digo que no; pienso que él no quiso atribuir perfidia al gesto, y se me entregó. La conclusión es que se libró.

Capítulo CXII

Las imitaciones de Ezequiel

Eso no lo haría Ezequiel. No haría bolas envenenadas, supongo, pero tampoco las rechazaría. Lo que haría con seguridad sería ir tras de los perros, a pedradas, hasta donde le dieran las piernas. Y si tuviera un palo, iría con el palo. Capitú moría por aquel futuro luchador.

–No salió a nosotros, que nos gusta la paz, me dijo ella un día, pero papá cuando joven también era así; mamá me contaba.

–Sí, no saldrá marica, repliqué; sólo le encuentro un defectito, le gusta imitar a los demás.

–¿Cómo imitar?

–Imitar los gestos, las maneras, las actitudes; imita a la prima Justina, imita a José Dias, ya le encontré hasta un modo de los pies de Escobar y de los ojos...

Capitú se quedó pensando y mirándome, y dijo finalmente que era necesario corregirlo. Ahora reparaba en que realmente era mala costumbre del hijo, pero le parecía que era sólo imitar por imitar, como les sucede a muchas personas mayores, que toman las maneras de los otros; y para que no fuera más lejos...

–Tampoco vamos a mortificarlo. Siempre hay tiempo de corregirlo.

–Sí, voy a ver. Tú tampoco eras así, cuando te enojabas con alguien...

–Cuando me enojaba, de acuerdo; venganza de niño.

–Sí, pero no me gustan las imitaciones en casa.

–¿Y en aquel tiempo te gustaba yo? dije tomándole la cara.

La respuesta de Capitú fue una risa dulce de burla, una de esas risas que no se describen, y que apenas se podrían pintar; después estiró los brazos y los puso sobre mis hombros, tan llenos de gracia que parecían (¡vieja imagen!) un collar de flores. Hice lo mismo con los míos, y lamenté que no estuviera ahí un escultor que transfiriera nuestra actitud a un trozo de mármol. Sólo brillaría el artista, es verdad. Cuando una persona o un grupo salen bien, nadie quiere saber del modelo, sino de la obra, y la obra es la que permanece. No importa; nosotros sabríamos que éramos nosotros.

Capítulo CXIII

Embargos de tercero

Por hablar de esto, es natural que me preguntes si, siendo antes tan celoso de ella, no continué siéndolo a pesar del hijo y de los años. Sí, señor, continué. Continué, a tal punto que el menor gesto me afligía, la más ínfima palabra, una insistencia cualquiera; muchas veces sólo la indiferencia bastaba. Llegué a tener celos de todo y de todos. Un vecino, un par de vales, cualquier hombre, joven o maduro, me llenaba de temor o desconfianza. Es cierto que a Capitú le gustaba que la vieran, y el medio más propio para tal fin (me dijo una señora, un día) es ver también, y no hay ver sin mostrar que se ve.

Pienso que yo le gustaba a la señora que me lo dijo, y fue naturalmente por no encontrar de mi parte correspondencia a sus afectos que me explicaron sus ojos porfiados de aquella manera. Otros ojos me buscaban también, no muchos, y no digo nada sobre ellos, porque además ya confesé al principio mis aventuras posteriores, pero todavía eran posteriores. En aquel tiempo, por más mujeres bonitas que encontrase, ninguna recibiría la mínima parte del amor que le tenía a Capitú. A mi propia madre no la quería más que la mitad. Capitú era todo y más que todo; no vivía ni trabajaba sin pensar en ella. Al teatro íbamos juntos; sólo recuerdo que fui dos veces sin ella, a beneficio de un actor, y un estreno de ópera, a la que no fue por haberse enfermado, pero quiso por fuerza que yo fuera. Era tarde para mandarle el boleto a Escobar; salí, pero regresé al terminar el primer acto. Encontré a Escobar en la puerta del corredor.

–Vine a hablar contigo, me dijo.

Le expliqué que había salido al teatro, de donde volvía preocupado por Capitú, que estaba enferma.

–¿Enferma de qué? Me preguntó Escobar.

–Se quejaba de la cabeza y del estómago.

–Entonces ya me voy. Venía por aquel asunto de los embargos...

Eran unos embargos de terceros; había ocurrido un litigio importante, y, habiendo cenado él en la ciudad, no quiso ir a su casa sin decirme lo que pasaba, pero ya hablaría después...

–No, hablemos ya, sube. Ella puede estar mejor. Si estuviera peor, bajas.

Capitú estaba mejor y hasta bien. Me confesó que sólo había tenido un pequeño dolor de cabeza, pero que había exagerado el padecimiento para que yo fuera a divertirme. No hablaba con alegría, lo que me hizo sospechar que mentía, para no meterme miedo, pero juró que era la pura verdad. Escobar sonrió y dijo:

–La cuñadita está tan enferma como tú y yo. Vamos a los embargos.

Capítulo CXIV

En que se explica lo explicado

Antes de ir a los embargos, expliquemos todavía un punto que ya quedó explicado, pero no bien explicado. Viste que pedí (Capítulo CX) a un profesor de música de São Paulo que me escribiera la tonada de aquel pregón de dulces de Mata-cavalos. En sí, la materia es fútil, y no vale la pena de un capítulo, cuanto más dos; pero hay materias tales que traen enseñanzas interesantes, si no agradables. Expliquemos lo explicado.

Capitú y yo habíamos jurado no olvidar más aquel pregón; fue en un momento de gran ternura, y el notario divino conoce las cosas que se juran en tales momentos, él que las registra en los libros eternos.

–¿Lo juras?

– Lo juro, dijo extendiendo trágicamente el brazo.

Aproveché el movimiento para besarle la mano; estaba todavía en el seminario. Cuando fui a São Paulo, al querer un día recordar la tonada, vi que la iba perdiendo completamente; logré recordarla y corrí con el profesor, que me hizo el favor de escribirla en el pedacito de papel. Fue para no faltar al juramento por lo que hice esto. Pero ¿vas a creer que, cuando corrí a ver los papeles viejos, aquella noche de La Gloria, tampoco recordaba ya la tonada ni el texto? Me hice pasar como fiel al juramento, y este fue mi pecado; olvidar, cualquiera olvida.

La verdad, nadie sabe si ha de mantener o no un juramento. ¡Cosas futuras! Por lo tanto, nuestra constitución política, transfiriendo el juramento a la afirmación simple, es profundamente moral. Acabó con un pecado terrible. Faltar al compromiso es siempre infidelidad, pero a alguien que tenga más temor a Dios que a los hombres no le importará mentir, de vez en cuando, siempre que no meta el alma en el purgatorio. No confundan

purgatorio con infierno, que es el eterno naufragio. El purgatorio es una casa de empeños que presta sobre todas las virtudes con interés alto y plazo corto. Pero los plazos se renuevan, hasta que un día una o dos virtudes medianas pagan todos los pecados grandes y pequeños.

Capítulo CXV

Dudas sobre dudas

Vamos ahora a los embargos... ¿Y por qué iremos a los embargos? Dios sabe lo que cuesta escribirlos, cuanto más contarlos. De la nueva circunstancia que Escobar me traía sólo digo lo que le dije entonces, es decir, que no valía nada.

–¿Nada?

–Casi nada.

–Entonces vale algo.

–Para reforzar las razones que ya tenemos vale menos que el té que vas a tomar conmigo.

–Es tarde para tomar té.

–Lo tomaremos rápido.

Lo tomamos rápido. Durante él, Escobar me miraba desconfiado, como si pensara que yo rechazaba la nueva circunstancia para evitarme escribirla; pero tal sospecha no iba con nuestra amistad.

Cuando salió, referí mis dudas a Capitú; ella las deshizo con el arte fino que poseía, un gesto, una gracia muy suya, capaz de disipar las mismas tristezas de Olimpio.²⁸

–Sería el asunto de los embargos, concluyó; y él que vino hasta aquí, a estas horas, es quien está impresionado con la demanda.

–Tienes razón.

Palabra jala palabra, hablé de otras dudas. Era yo entonces un pozo de ellas; croaban dentro de mí, como verdaderas ranas, al grado de quitarme el sueño algunas veces. Le dije que empezaba a ver a mi madre un tanto fría y apartada de ella. ¡Pues aquí mismo sirvió el arte fino de Capitú!

²⁸ Referencia irónica a un texto del poeta francés Victor Hugo.

–Ya te dije lo que sucede; cosas de suegra. Mamita tiene celos de ti; en cuanto pasen y la nostalgia aumente, vuelve a ser lo que era. En faltándole el nieto...

–Pero he notado que ya es fría también con Ezequiel. Cuando va conmigo, mamá no le hace las mismas gracias.

–¿No será que está enferma?

–¿Vamos nosotros a cenar mañana con ella?

–Vamos... No... Pues vamos.

Fuimos a cenar con mi vieja. Ya le podía llamar así, aunque sus cabellos blancos no lo fuesen todos ni completamente, y su rostro estuviera relativamente fresco; era una especie de juventud quincuagenaria o de ancianidad vigorosa, a elección... Pero nada de melancolías; no quiero hablar de los ojos mojados, a la entrada y a la salida. Entró poco en la conversación. Tampoco era diferente de lo acostumbrado. José Dias habló del casamiento y sus bellezas, de la política, de Europa y de la homeopatía, el tío Cosme de sus molestias, la prima Justina de los vecinos, o de José Dias, cuando éste salía de la sala.

Cuando volvimos, por la noche, vinimos por ahí a pie, hablando de mis dudas. Capitú nuevamente me aconsejó que esperásemos. Todas las suegras eran así; hasta que un día cambiaban. Al paso que me hablaba acentuaba su ternura. De ahí en adelante fue cada vez más dulce conmigo; no iba a esperarme a la ventana, para no despertar mis celos, pero cuando subía, venía hasta lo alto de la escalera, entre los barrotes de la reja, la cara deliciosa de mi amiga y esposa, risueña como en toda nuestra infancia. Ezequiel a veces estaba con ella; nosotros lo habíamos acostumbrado a ver el beso de la llegada y de la salida, y él me llenaba la cara de besos.

Capítulo CXVI

Hijo del hombre

Sondee a José Dias sobre las nuevas maneras de mi madre; se quedó sorprendido. No había nada, ni podía haber algo, tantas eran las alabanzas incesantes que él oía “a la bella y virtuosa Capitú”.

–Ahora, cuando las oigo, entro también en el coro; pero al principio estaba avergonzadísimo. Para quien llegó, como yo, a renegar de este casamiento, era duro

confesar que fue una verdadera bendición del cielo. ¡Qué digna señora nos salió la niña traviesa de Mata-cavalos! El padre fue quien nos separó un poco, mientras no nos conocíamos, pero todo acabó en bien. Pues sí, señor, cuando doña Gloria elogia a su nuera y comadre....

–¿Entonces mamá...?

–¡Perfectamente!

–Pero, ¿por qué no nos visita hace tanto tiempo?

–Creo que ha estado más achacosa de su reumatismo. Este año ha hecho mucho frío... Imagínate su aflicción, ella que andaba todo el día de aquí para allá; ahora está obligada a quedarse quieta, junto al hermano, que ahí va con su enfermedad...

Quise hacerle ver que tal razón explicaba la interrupción de las visitas, y no la frialdad cuando íbamos nosotros a Mata-cavalos; pero no extendí tan lejos la intimidad del agregado. José Dias me pidió ver a nuestro “profetita” (así llamaba a Ezequiel) y le hizo las fiestas acostumbradas. Esta vez habló al modo bíblico (el día anterior había estado hojeando el Libro de Ezequiel, como supe después), y le preguntaba: “¿Cómo estás, hijo del hombre?” “Dime, hijo del hombre, ¿dónde están tus juguetes?” “¿Quieres dulces, hijo del hombre?”

–Qué hijo del hombre es ese, le preguntó Capitú enojada.

–Es la manera de decir de La Biblia.

–Pues a mí no me gusta, replicó con aspereza.

–Tienes razón, Capitú, estuvo de acuerdo el agregado. No te imaginas cómo La Biblia está llena de expresiones crudas y groseras. Yo le hablaba así para variar... ¿Tú, cómo estás, ángel mío? Ángel mío, ¿cómo camino por la calle?

–No, lo detuvo Capitú; ya le estoy quitando esa costumbre de imitar a los demás.

–Pero tiene mucha gracia; a mí, cuando imita mis gestos, me parece que soy yo mismo, pequeñito. El otro día llegó a hacer un gesto de doña Gloria, tan bien que ella le dio un beso en pago. Vamos, ¿cómo camino?

–No, Ezequiel, dije yo, mamá no quiere.

Yo mismo encontraba fea tal manía. Algunos de sus gestos se le iban quedando más repetidos, como el de las manos y los pies de Escobar; últimamente incluso había agarrado el modo de volver la cabeza de éste, cuando hablaba, y el de dejarla caer, cuando reía.

Capitú se enojaba, pero el niño era travieso como diablillo; apenas empezábamos a hablar de otra cosa, saltó al centro de la sala, diciendo a José Dias:

–Usted anda así.

No pudimos dejar de reír, yo más que nadie. La primera persona que hizo un gesto, que lo reprendió y le llamó la atención fue Capitú.

–Eso no me gusta, ¿oíste?

Capítulo CXVII

Amigos cercanos

Ya entonces Escobar había dejado Andararé y había comprado una casa en Flamengo, casa que todavía vi ahí, hace días, cuando me dio la gana experimentar si las sensaciones antiguas estaban muertas o sólo dormían. No puedo decirlo bien, porque los sueños, cuando son pesados, confunden vivos y difuntos, a no ser la respiración. Yo respiraba un poco pero puede ser que fuese por el mar, medio agitado. Finalmente pasé, prendí un cigarro, y di conmigo en el Catete; había subido por la Rua da Princesa, una calle antigua... ¡Oh calles antiguas!, ¡oh casas antiguas!, ¡oh piernas antiguas! Todos nosotros éramos antiguos, y no es necesario decir que en el mal sentido, en el sentido de viejo y acabado.

Vieja es la casa, pero no modificaron nada. No sé si hasta todavía tiene el mismo número. No digo qué número para que no vayan a indagar y remover la historia. No es que Escobar todavía viva ahí ni siquiera viva. Murió poco después, de una manera que he de contar. Mientras vivió, una vez que estábamos tan cerca, teníamos por así decir una sola casa, yo vivía en la de él, él en la mía, y el pedazo de playa entre La Gloria y Flamengo, era como un camino de uso propio y particular. Me hacía pensar en las dos casas de Mata-cavalos, con su muro de por medio.

Un historiador de nuestra lengua, creo que João de Barros,²⁹ pone en boca de un rey bárbaro algunas palabras suaves, cuando los portugueses le proponían establecer ahí junto una fortaleza; decía el rey que los buenos amigos debían permanecer lejos los unos de los otros, no cerca, para que no se enojaran como las aguas del mar que golpeaban furiosas en las rocas que veían desde ahí. Que la sombra del escritor me perdone, si dudo que el rey

²⁹ Joao de Barros (1496?-1570).

dijese tal palabra ni que sea verdadera. Probablemente fue el mismo escritor quien la inventó para adornar el texto, y no hizo mal, porque es bonita; realmente, es bonita. Yo creo que entonces el mar golpeaba en la piedra, como es su costumbre, desde Ulises y antes. Ahora que la comparación sea verdadera es que no. Seguramente hay enemigos contiguos, pero también hay amigos de cerca y del corazón. Y el escritor olvidaba (salvo si todavía no era de su tiempo) olvidaba el adagio: lejos de los ojos, lejos del corazón. Nosotros no podíamos tener los corazones ahora más cerca. Nuestras mujeres vivían una en la casa de la otra, nosotros pasábamos las noches aquí o allá conversando, jugando o mirando el mar. Los dos pequeños pasaban días, ora en Flamenco, ora en La Gloria.

Como había observado que podía suceder con ellos lo que había ocurrido entre Capitú y yo, creyeron todos que sí, y Sancha agregó que hasta se iban pareciendo. Yo expliqué:

–No; es porque Ezequiel imita los gestos de los demás.

Escobar estuvo de acuerdo conmigo e insinuó que a veces los niños que se frecuentan mucho acaban pareciéndose unos a los otros. Asentí con la cabeza, como me sucedía en las materias que no sabía bien ni mal. Todo podía ser. Lo cierto es que ellos se querían mucho, y podían acabar casados, pero no acabaron casados.

Capítulo CXVIII

La mano de Sancha

Todo acaba, lector; es una verdad antigua, a la que se puede agregar que no todo lo que dura, dura mucho tiempo. Esta segunda parte no encuentra fáciles creyentes; al contrario, la idea de que un castillo de viento dura más que el mismo viento del que está hecho, difícilmente se apartará de la cabeza, y es bueno que así sea, para que no se pierda la costumbre de aquellas construcciones casi eternas.

Nuestro castillo era sólido, pero un domingo... La víspera habíamos pasado la noche en Flamenco, no sólo los dos matrimonios inseparables, sino incluso el agregado y la prima Justina. Fue entonces que Escobar, llamándome desde la ventana, me dijo que fuéramos a cenar al día siguiente; necesitábamos hablar de un proyecto de familia. Un proyecto para los cuatro.

–¿Para los cuatro? Una contradanza.

–No; no eres capaz de adivinar lo que es, ni te lo digo. Ven mañana.

Sancha no nos quitaba los ojos durante la conversación, junto a la ventana. Cuando su marido salió vino a hablar conmigo. Me preguntó de qué habíamos hablado; le dije que de un proyecto que no conocía; me pidió guardar el secreto, y me reveló lo que era: un viaje a Europa dentro de dos años. Lo dijo hacia lo íntimo, casi suspirando. El mar golpeaba con gran fuerza en la playa; había resaca.

–¿Vamos todos? pregunté por fin.

–Sí.

Sancha levantó la cabeza y me miró con tanto placer que yo, gracias a sus relaciones con Capitú, no se me ocurrió besarla en la frente. Sin embargo, los ojos de Sancha no invitaban a expansiones fraternas, parecían cálidos y severos, decían otra cosa, y no tardaron en apartarse de la ventana, donde permanecí mirando el mar, pensativo. La noche era clara.

Desde ahí busqué los ojos de Sancha, sentada al piano; los encontré en el camino. Se pararon los cuatro y se quedaron los unos frente a los otros, unos esperando que los otros pasaran, pero sin pasar ninguno. Tal como ocurre en la calle entre dos obstinados. La cautela nos desunió; volví a mirar hacia afuera. Y así empecé a escarbar en la memoria si alguna vez la había mirado con la misma expresión, y me quedé dudando. Sólo tuve una certeza, es que un día pensé en ella, como se piensa en la bella desconocida que pasa; pero quizá sucediera que ella adivinando... Tal vez el simple pensamiento se me transluciera acá fuera, y ella otrora me había huido irritada o tímida, y ahora por un movimiento invencible... Invencible; esta palabra fue como una bendición del cura en la misa, que recibimos y repetimos por sí misma.

–El mar de mañana nos estará desafiando, dijo la voz de Escobar, junto a mí.

–¿Te vas a meter mañana en el mar?

–He entrado con mares mayores, mucho mayores. No te imaginas lo que es un buen mar en hora bravía. Es necesario nadar bien, como yo, y tener estos pulmones –dijo él, golpeándose el pecho, y estos brazos; toca.

Toqué sus brazos, como si fueran los de Sancha. Esta confesión me cuesta, pero no puedo suprimirla; sería suprimir la verdad. No sólo los toqué con esta idea, sino que

también sentí algo más: los encontré más gruesos y fuertes que los míos, y les tuve envidia; agrega que sabían nadar.

Cuando salimos, volví a hablar con los ojos a la dueña de la casa. Su mano apretó mucho la mía, y se demoró más que de costumbre.

La modestia pedía entonces, como ahora, que viera en aquel gesto de Sancha una aprobación al proyecto del marido y un agradecimiento. Así debía ser, pero un fluido particular que me corrió por todo el cuerpo desvió de mí la conclusión que dejó escrita. Sentí todavía los dedos de Sancha entre los míos, apretándose unos a otros. Fue un instante de vértigo y de pecado. Pasó rápido en el reloj del tiempo; cuando acerqué el reloj al oído, trabajaban sólo los minutos de la virtud y de la razón.

–... Un señora deliciosísima, concluyó José Dias un discurso que estaba haciendo.

–¡Deliciosísima! repetí con algún ardor, que luego moderé, corrigiéndome: ¡Realmente, una noche hermosa!

–Como deben ser todas las de aquella casa, continuó el agregado. Acá afuera, no; acá afuera el mar está bravo; escucha.

Se oía el mar fuerte –como ya se oía en casa– la resaca era grande, y, a distancia, se veían crecer las olas. Capitú y la prima Justina, que iban adelante, se detuvieron en una de las sinuosidades de la playa, y fuimos conversando los cuatro; pero yo conversaba mal. No había manera de olvidar completamente la mano de Sancha ni las miradas que intercambiamos. Ahora les encontraba esto, ahora aquello. Los instantes del diablo se intercalaban en los minutos de Dios, y el reloj fue así marcando alternativamente mi perdición y mi salvación. José Dias se despidió de nosotros en la puerta. La prima Justina durmió en nuestra casa; se iría al día siguiente, después de la comida y de la misa. Yo me refugié en mi estudio, donde me tardé más que de costumbre.

El retrato de Escobar, que tenía ahí, junto al de mi madre, me habló como si fuera él mismo. Combatí sinceramente los impulsos que traía de Flamengo; rechacé la figura de la mujer de mi amigo, y me llamé desleal. Además, ¿quién me aseguraba que hubiera alguna intención de aquella especie en el gesto de la despedida y en los anteriores? Todo podía relacionarse con el interés de nuestro viaje. Sancha y Capitú eran tan amigas que sería un placer más para ellas ir juntas. Aunque hubiera alguna intención sexual, ¿quién me probaría que no era más que una sensación fulgurante, destinada a morir con la noche y el sueño?

Hay remordimientos que no nacen de otro pecado, ni tienen mayor duración. Me agarré a esta hipótesis que se conciliaba con la mano de Sancha, que yo sentía de memoria dentro de mi mano, caliente y demorada, apretada y apretando...

Sinceramente, me encontraba mal entre un amigo y la atracción. La timidez puede que fuese otra causa de aquella crisis; no es sólo el cielo que nos da nuestras virtudes, la timidez también, sin contar la casualidad, pero la casualidad es un mero accidente; su mejor origen es el cielo. Sin embargo, como la timidez viene del cielo, que nos da la inclinación, la virtud, hija de ella, es, genealógicamente, la misma sangre celestial. Así reflexionaría, si pudiera; pero al principio vagué irreflexivamente. No era pasión ni inclinación. ¿Sería capricho o qué? Después de 20 minutos era nada, absolutamente nada. El retrato de Escobar pareció hablarme; le vi la actitud franca y sencilla, sacudí la cabeza y fui a acostarme.

Capítulo CXIX

¡No hagas eso, querida!

La lectora, que es amiga mía y abrió este libro con el fin de descansar de la pequeña aria de ayer al vals de hoy, quiere cerrarlo aprisa, al ver que bordeamos un abismo. No haga eso, querida; cambio de rumbo.

Capítulo CXX

Los autos

A la mañana siguiente desperté libre de las abominaciones de la víspera; les llamé alucinaciones, tomé café, revisé los periódicos y me fui a estudiar unos autos. Capitú y la prima Justina salieron a misa de nueve a la Lapa. La figura de Sancha desapareció completamente en medio de las alegaciones de la parte adversa, que iba leyendo en los autos, alegatos falsos, inadmisibles, sin apoyo en la ley ni en la práctica. Vi que era fácil ganar la demanda; consulté a Dalloz, Pereira e Sousa...

Sólo una vez vi el retrato de Escobar. Era una bella fotografía sacada un año antes. Estaba de pie, levita abotonada, la mano izquierda en el respaldo de una silla, la derecha metida en el pecho, la mirada a lo lejos hacia la izquierda del espectador. Tenía garbo y

naturalidad. La moldura que le mandé poner no cubría la dedicatoria, escrita abajo, no al reverso de la postal: “A mi querido Benito de su querido Escobar 20-4-70.” Estas palabras fortalecieron mis pensamientos de aquella mañana, y apartaron del todo las recordaciones de la víspera. En esos tiempos mi vista era buena; podía leerlas desde el lugar en que estaba. Volví a los autos.

Capítulo CXXI

La catástrofe

En lo mejor de ellos, oí pasos precipitados en la escalera, sonó la campanilla, sonaron palmas, golpes en la reja, voces, acudieron todos, acudí yo mismo. Era un esclavo de la casa de Sancha que me llamaba:

–Para ir allá... señor nadando, señor muriendo.

No dijo nada más, o no le oí el resto. Me vestí, le dejé recado a Capitú y corrí a Flamengo.

En el camino, fui adivinando la verdad. Escobar se metió a nadar, como acostumbraba hacer, se arriesgó un poco más adentro que de costumbre, no obstante el mar picado, fue arrollado y murió. Las canoas que acudieron con trabajos pudieron traer el cadáver.

Capítulo CXXII

El entierro

La viuda... les ahorro las lágrimas de la viuda, las mías, las de la otras personas. Salí de allá cerca de las once. Capitú y la prima Justina me esperaban, una con el semblante abatido y estúpido, la otra sólo fastidiada.

–Vayan a hacerle compañía a la pobre Sanchita; yo me voy a hacer cargo del entierro.

Así lo hicimos. Quise que el entierro fuera pomposo, y la afluencia de los amigos fue numerosa. Playa, calles, plaza de La Gloria, todo eran carros, muchos de ellos particulares. En la casa, que no era grande, no podían caber todos; muchos estaban en la

playa, hablando del desastre, señalando el lugar donde Escobar había muerto, oyendo referir la llegada del muerto. José Dias oyó también hablar de los negocios del finado, divergiendo algunos en la evaluación de sus bienes, pero habiendo acuerdo en que el pasivo debía ser pequeño. Elogiaban las cualidades de Escobar. Uno que otro discutía el reciente gabinete Río Branco; estábamos en marzo de 1871. Nunca se me olvidó el mes ni el año.

Como había resuelto hablar en el cementerio, escribí algunas líneas y se las mostré en casa a José Dias, quien las encontró realmente dignas del muerto y de mí. Me pidió el papel, recitó lentamente el discurso, pesando las palabras, y confirmó la primera opinión; en Flamengo se esparció la noticia. Algunos conocidos vinieron a preguntarme:

–Entonces, ¿vamos a oírlo?

–Cuatro palabras.

Pocas más serían. Las había escrito con temor de que la emoción me impidiera improvisar. En el tálburi en el que fui una o dos horas, no había hecho más que recordar los tiempos del seminario, las relaciones de Escobar, nuestras simpatías, nuestra amistad, empezada, continuada y nunca interrumpida, hasta que un lance de la fortuna hizo separarse para siempre dos criaturas que prometían permanecer unidas por mucho tiempo. De cuando en cuando me enjugaba los ojos. El cochero me hizo dos o tres preguntas sobre mi situación moral; al no arrancarme nada, continuó su oficio. Llegando a casa, puse aquellas emociones en el papel; tal sería el discurso.

Capítulo CXXIII

Ojos de resaca

En fin, llegó la hora de la oración fúnebre y de la partida. Sancha quiso despedirse del marido y la desesperación de aquel lance nos consternó a todos. Muchos hombres lloraban también, todas las mujeres. Sólo Capitú, amparando a la viuda, parecía vencerse a sí misma. Consolaba a la otra, quería arrancarla de ahí. La confusión era general. En medio de ella, Capitú miró algunos instantes el cadáver tan fija, tan apasionadamente fija, que no sorprende que le saltaran algunas lágrimas pocas y calladas...

Las mías cesaron luego. Me quedé viendo las de ella; Capitú las enjugó pronto, mirando furtivamente a la gente que estaba en la sala. Redobló las caricias a su amiga, y

quiso llevársela; pero parece que el cadáver la retenía también. Momento hubo en que los ojos de Capitú se clavaron en el difunto, tal como los de la viuda, sin el llanto ni palabras de ésta, pero grandes y abiertos, como las olas del mar allá afuera, como si quisiera tragarse también al nadador de la mañana.

Capítulo CXIV

El discurso

–Vamos, ya es hora...

Era José Dias que me invitaba a cerrar el ataúd. Lo cerramos, y agarré una de las argollas; rompió el alarido final. Palabra que, cuando llegué a la puerta, vi el sol claro, todo gente y carros, las cabezas descubiertas, tuve uno de aquellos impulsos míos que nunca llegaban a la ejecución: tirar a la calle el ataúd, difunto y todo. En el carro le dije a José Dias que se callara. En el cementerio tuve que repetir la ceremonia de la casa, desatar las correas, y ayudar a llevar el féretro a la fosa. Imagina lo que esto me costó. Bajado el cadáver a la fosa, trajeron la cal y la pala; sabes cómo es esto, habrás ido a más de un entierro, pero lo que no sabes ni puede saber ninguno de tus amigos, lector, o cualquier otro extraño, es la crisis que padecí cuando miré todos los ojos sobre mí, los pies quietos, las orejas atentas, y, al cabo de algunos instantes de total silencio, un susurro vago, algunas voces interrogativas, señales, y alguien, José Dias, que me decía al oído:

–Entonces, habla.

Era el discurso. Querían el discurso. Tenían derecho al discurso anunciado. Maquinalmente, metí la mano en el bolsillo, saqué el papel y lo leí a trompicones, no todo, ni seguido, ni claro; mi voz parecía entrar en vez de salir, las manos me temblaban. No era sólo la nueva emoción que me ponía así, era el mismo texto, las memorias del amigo, las nostalgias confesadas, las alabanzas a la persona y a sus méritos; todo esto que estaba obligado a decir y lo decía mal. Al mismo tiempo, temiendo que me adivinaran la verdad, forcejeaba por esconderla bien. Creo que pocos me oyeron, pero el gesto general fue de comprensión y de aprobación. Las manos que me dieron a apretar eran de solidaridad; algunos decían: “¡Muy bonito!, ¡muy bien!, ¡magnífico!” A José Dias le pareció que la elocuencia había estado a la altura de la piedad. Un hombre, que me pareció periodista, me

pidió permiso para llevarse el manuscrito e imprimirlo. Sólo mi gran turbación rechazaría un favor tan sencillo.

Capítulo CXXV

Una comparación

Príamo se considera el más infeliz de los hombres, por besar la mano de aquel que mató a su hijo. Homero es quien relata esto, y es un buen autor, no obstante que lo cuenta en verso, pero hay narraciones exactas en verso, y hasta malos versos. Compara tú la situación de Príamo con la mía; acababa de alabar las virtudes del hombre que había recibido difunto aquellos ojos... Es imposible que algún Homero no sacase de mi situación mucho mejor efecto, o cuando menos, igual. Ni digas que nos faltan Homeros, por la causa apuntada en Camões, no, señor, nos faltan, es cierto, pero es porque los Príamos buscan la sombra y el silencio. Las lágrimas, si las tienen, son enjugadas detrás de la puerta, para que las caras aparezcan limpias y serenas; los discursos son más de alegría que de melancolía, y todo pasa como si Aquiles no hubiera matado a Héctor.

Capítulo CXXVI

Pensando

Poco después de salir del cementerio, rompí el discurso y tiré los pedazos por la portezuela, a pesar de los esfuerzos de José Dias para impedirlo.

–No sirve para nada, le dije, y como puedo tener la tentación de darlo a imprimir, queda ya destruido de una vez. No sirve, no vale nada.

José Dias demostró ampliamente lo contrario, después elogió el entierro, y por último hizo el panegírico del muerto, una gran alma, espíritu activo, corazón recto, amigo, buen amigo, digno de la esposa amantísima que Dios le había dado...

En este punto del discurso, lo dejé hablar solo y me puse a pensar para mis adentros. Lo que pensé fue tan oscuro y confuso que no me dejó tocar fondo. En el Catete mandé parar el carro, le dije a José Dias que fuera a buscar a las señoras a Flemengo y las llevara a casa; yo iría a pie.

–Pero...

–Voy a hacer una visita.

La razón de esto era acabar de pensar, y elegir una resolución que fuese adecuada al momento. El carro iría más deprisa que las piernas; éstas irían pausadas o no, podían aflojar el paso, parar, desandar el camino, y dejar que la cabeza pensara a gusto. Fui caminando y pensando. Ya había comparado el gesto de Sancha la víspera y la desesperación de aquel día; eran inconciliables. La viuda era realmente amantísima. Así se desvaneció del todo la ilusión de mi vanidad. ¿No sería el mismo caso de Capitú? Traté de recomponerle los ojos, la posición en que la vi, la aglomeración de personas que debía naturalmente imponerle el disimulo, si hubiera algo que disimular. Lo que aquí va en orden lógico y deductivo, había sido antes una barahúnda de ideas y sensaciones, gracias a las sacudidas del carro y a las interrupciones de José Dias. Ahora, sin embargo, razonaba y evocaba claro y bien. Concluí de mí para mí que era la antigua pasión que me ofuscaba todavía y me hacía desvariar como siempre.

Cuando llegué a esta conclusión final, llegaba también a la puerta de la casa, pero volví hacia atrás, y subí otra vez a la Rua do Catete. ¿Eran las dudas que me afligían o la necesidad de afligir a Capitú con mi gran demora? Pongamos que eran ambas causas; caminé largo espacio, hasta que me tranquilicé, y enfilé a la casa. Sonaban las ocho de la noche en una panadería.

Capítulo CXXVII

El barbero

Cerca de la casa, había un barbero, que me conocía de vista, amaba el violín y no tocaba del todo mal. Cuando iba pasando ejecutaba no sé qué obra. Me detuve en la acera para oírlo (todo son pretextos para un corazón en agonía), me vio, y continuó tocando. No atendió a un cliente, y luego a otro, que fueron llegando, no obstante la hora y ser domingo, a confiarle sus caras a la navaja. Los perdió sin perder una nota; estaba tocando para mí. Esta consideración me hizo llegar con franqueza hasta la puerta de la barbería, viendo hacia él. Al fondo, levantando la cortina de percal que cubría el interior de la casa, lo vi señalar a una joven morena, vestido claro, flor en el cabello. Era su mujer; creo que me descubrió

desde dentro y vino a agradecerme con su presencia el favor que le hacía al marido. Si no me equivocó, llegó a decirlo con los ojos. En cuanto al marido, tocaba ahora con más calor; sin ver a la mujer, sin ver a los clientes, pegaba la cara al instrumento, pasaba el alma al arco, y tocaba, tocaba...

¡Divino arte! Se iba formando un grupo, dejé la puerta de la barbería y vine caminando a casa; entré por el corredor y subí las escaleras sin estrépito. Nunca se me olvidó el caso de este barbero, por estar ligado a un momento grave de mi vida, o por esta máxima, que los compiladores pueden sacar de aquí e insertar en los compendios escolares. La máxima es que la gente olvida lentamente las buenas acciones que practica, y la verdad es que no las olvida nunca. ¡Pobre barbero! perdió dos barbas aquella noche, que eran el pan del día siguiente, todo para ser oído por un transeúnte. Supón ahora que éste, en vez de irse, como me fui, hubiera permanecido en la puerta a oírlo y a enamorarle a su mujer; entonces es cuando él, todo arco, todo violín, tocaría desesperadamente. ¡Divino arte!

Capítulo CXXVIII

Puñado de sucesos

Como iba diciendo, subí las escaleras sin estrépito, empujé la reja, que estaba apenas entrecerrada, y di con la prima Justina y José Dias jugando a las cartas en la salita cercana. Capitú se levantó del canapé y vino hacia mí. Su rostro era ahora sereno y puro. Los otros suspendieron el juego, y todos hablamos del desastre y de la viuda. Capitú censuró la imprudencia de Escobar, y no disimuló la tristeza que le ocasionaba el dolor de su amiga. Le pregunté por qué no se había quedado con Sancha aquella noche.

—Hay mucha gente ahí; aun así me ofrecí, pero no quiso. También le dije que era mejor que viniera para acá, a pasar unos días con nosotros.

—¿Tampoco quiso?

—Tampoco.

—Sin embargo, la vista del mar ha de serle penosa, todas las mañanas; ponderó José Dias, y no sé cómo podrá...

—Pero pasa; ¿qué es lo que no pasa? atajó la prima Justina.

Y como alrededor de esta idea empezáramos un intercambio de palabras, Capitú salió para ir a ver si el hijo dormía. Al pasar por el espejo, se arregló los cabellos tan detenidamente que parecería afectación, si no supiéramos que era muy amiga de sí misma. Cuando volvió traía los ojos enrojecidos; nos dijo que, al mirar al hijo durmiendo, había pensado en la hijita de Sancha, y en la aflicción de la viuda. Y, sin importarle las visitas, ni reparar en si estaba algún criado, me abrazó y me dijo que si quería pensar en ella, era necesario pensar primero en mi vida. A José Dias la frase le pareció “lindísima”, y preguntó a Capitú por qué no hacía versos. Intenté llevar el caso a broma, y así acabamos la noche.

Al día siguiente, me arrepentí de haber roto el discurso, no es que quisiera darlo a imprimir, sino porque era recuerdo del finado. Pensé en recomponerlo, pero sólo hallé frases sueltas, que una vez juntas no tenían sentido. También pensé en hacer otro, pero ya era difícil, y podía ser resumido en falso por los que me habían oído en el cementerio. En cuanto a recoger los pedacitos de papel tirados a la calle, ya era tarde; ya habrían sido barridos.

Inventarié los recuerdos de Escobar, libros, un tintero de bronce, un bastón de marfil, un pájaro, el álbum de Capitú, dos paisajes de Paraná, y otros. También él los poseía de mi mano. Vivimos intercambiando memorias y regalos, ora en el cumpleaños, ora sin razón particular. Todo eso me empañaba los ojos... Vinieron los periódicos del día: daban la noticia del desastre y de la muerte de Escobar, sus estudios y sus negocios, las cualidades personales, la simpatía por el comercio, y también hablaban de los bienes dejados, de la mujer y de la hija. Todo esto fue el lunes. El martes fue abierto el testamento, que me nombraba segundo testamentario; el primer lugar era para su mujer. No me dejaba nada, pero las palabras que me había escrito en carta separada eran sublimes de amistad y de estima. Esta vez Capitú lloró mucho; pero luego se compuso.

Testamento, inventario, todo fue casi tan deprisa como aquí está dicho. Al cabo de poco tiempo, Sancha se retiró a la casa de sus parientes en Paraná.

Capítulo CXXIX

A doña Sancha

Doña Sancha, le pido que no lea este libro; o si lo hubiera leído hasta aquí, abandone el resto. Basta cerrarlo; mejor será quemarlo, para no caer en la tentación y abrirlo otra vez. Si, a pesar del aviso, quisiera ir hasta el fin, la culpa es suya; no respondo por el mal que reciba. El que ya le hubiera hecho, contando los gestos de aquel sábado, ese acabó, una vez que los acontecimientos, y yo con ellos, desmentimos mi ilusión; pero el que ahora la incluye, ese es indeleble. No, amiga mía, no lea más. Vaya envejeciendo, sin marido ni hija, que yo hago lo mismo, y también es lo mejor que se puede hacer después de la juventud. Un día, nos iremos de aquí hasta la puerta del cielo, donde nos encontraremos renovados, como las plantas nuevas, *come piante novelle*,

Rinovellate di novelle fronde.

Lo demás, en Dante.

Capítulo CXXX

Un día

Sin embargo, un día Capitú quiso saber qué era lo que me hacia andar callado y fastidiado. Y me propuso Europa, Minas, Petrópolis, una serie de bailes, mil de esos remedios aconsejados a los melancólicos. No sabía qué responderle; rechacé las diversiones. Como insistiera, le repliqué que mis negocios andaban mal. Capitú sonrió para animarme. ¿Y qué importaba que anduvieran mal? Volverían a andar bien, y hasta las joyas, los objetos de algún valor serían vendidos, e iríamos a residir en algún callejón. Viviríamos tranquilos y olvidados; después volveríamos a la superficie del agua. La ternura con que me dijo esto era para conmover a las piedras. Pues ni así. Le respondí secamente que no era necesario vender nada. Me quedé callado y fastidiado. Me propuso jugar a las cartas o a las damas, un paseo a pie, una visita a Mata-cavalos; y, como no aceptara nada, se fue a la sala, abrió el piano, y empezó a tocar; aproveché la ausencia, tomé mi sombrero y salí.

... Perdón, pero este capítulo debía estar precedido de otro, en el que contase un incidente ocurrido pocas semanas antes, dos meses después de la partida de Sancha. Voy a escribirlo; podía anteponerlo a éste, antes de mandar el libro a la imprenta, pero me cuesta

mucho alterar el número de las páginas; así se va, después la narración seguirá íntegra hasta el fin. Además, es corto.

Capítulo CXXXI

Anterior al anterior

Sucedió que mi vida era otra vez dulce y plácida, el bufete de abogado me rendía bastante. Capitú estaba más bella, Ezequiel iba creciendo. Empezaba el año de 1872.

—¿Ya notaste en que Ezequiel tiene en los ojos una expresión extraña? me preguntó Capitú. Sólo vi dos personas así, un amigo de mi papá y el difunto Escobar. Mira, Ezequiel; mira fijo, así, voltea hacia donde está papá, no necesitas girar los ojos, así, así...

Era después de cenar; estábamos todavía en la mesa, Capitú jugaba con su hijo, o él con ella, o el uno con el otro, porque, en verdad, se querían mucho, pero también es cierto que él me quería todavía más a mí. Me acerqué a Ezequiel, hallé que Capitú tenía razón; eran los ojos de Escobar, pero no me parecieron extraños por eso. Después de todo no habría más que media docena de expresiones en el mundo, y muchas semejanzas se darían naturalmente. Ezequiel no entendió nada, nos miró asustado, y finalmente se me echó al cuello.

—¿Vamos a pasear, papá?

—Luego, hijo mío.

Capitú, ajena a ambos, miraba al otro lado de la mesa; pero, al decirle yo que, en la belleza, los ojos de Ezequiel salían a los de la madre, Capitú sonrió moviendo la cabeza con un aire que nunca encontré en mujer alguna, probablemente porque las otras no me gustaron tanto. Las personas valen lo que vale el afecto de los suyos, y es de ahí que Juan Pueblo sacó aquel adagio de que quien lo feo ama bonito le parece. Capitú tenía media docena de gestos únicos en la tierra. Aquel se me metió muy adentro del alma. Así se explica que corriera hacia mi esposa y amiga y le llenara la cara de besos; pero este otro incidente no es radicalmente necesario para la comprensión del capítulo pasado y de los futuros; quedémonos en los ojos de Ezequiel.

Capítulo CXXXII

El dibujo y el coloreado

No sólo los ojos, sino las demás formas, la cara, el cuerpo, la persona completa, se iban afinando con el tiempo. Eran como un dibujo primitivo que el artista va llenando y coloreando poco a poco, y la figura empieza a ver, sonreír, palpitar, casi a hablar, hasta que la familia cuelga el cuadro en la pared, en memoria del que fue y ya no puede ser. Aquí podía ser y era. La costumbre contó mucho contra el efecto del cambio; pero el cambio se hizo, no a la manera del teatro, se hizo como la mañana que apunta demorada, antes de que se pueda leer una carta, después se lee la carta en la calle, en la casa, en la oficina, sin abrir las ventanas; la luz colada por las persianas basta para distinguir las letras. Leí la carta, mal al principio y no toda, después fui leyendo mejor. Le huía, es cierto, metía el papel en el bolsillo, corría a casa, me encerraba, no abría los vidrios, llegaba a cerrar los ojos. Cuando nuevamente abría los ojos y la carta, la letra era clara y la noticia clarísima.

Escobar venía así surgiendo de la sepultura, del seminario y de Flamenco para sentarse conmigo en la mesa, recibirme en la escalera, besarme en el estudio por la mañana, o por la noche a pedirme la bendición acostumbrada. Todas esas acciones eran repulsivas; yo las toleraba y las practicaba, para no descubrirlo a mí mismo y al mundo. Pero lo que podía disimular ante el mundo, no podía hacerlo conmigo, que vivía más cerca de mí que ninguno. Cuando ni madre ni hijo estaban conmigo mi desesperación era grande, y yo juraba matarlos a ambos, ora de golpe, ora despacio, para dividir con el tiempo de la muerte todos los minutos de la vida embarazosa y angustiada. Cuando, sin embargo, volvía a casa y veía en lo alto de la escalera a la criaturita que me quería y esperaba, quedaba desarmado y difería el castigo de un día para otro.

Lo que sucedía entre Capitú y yo en aquellos días sombríos, no se anotará aquí, por ser tan pequeño y repetido, y ya tan tarde que no se podrá contar sin falla ni cansancio. Pero lo principal se dirá. Y lo principal es que nuestros temporales eran ahora continuos y terribles. Antes de descubrir aquella mala tierra de la verdad, tuvimos otros de poca duración; no tardaba el cielo en ponerse azul, el sol claro y el mar suelo, por donde abríamos nuevamente las velas que nos llevaban a las islas y costas más bellas del universo, hasta que la otra tormenta desbarataba todo, y nosotros, puestos a resguardo, esperábamos otra bonanza, que no era tardía ni incierta, sino total, cercana y segura.

Permíteme estas metáforas; huelen al mar y a la marea que dieron muerte a mi amigo y socio de cama,³⁰ Escobar. Huelen también a los ojos de resaca de Capitú. Así, aunque siempre fui hombre de tierra, cuento aquella parte de mi vida, como un marinero contaría su naufragio.

Ya entre nosotros sólo faltaba decir la última palabra; nosotros la leíamos, sin embargo, uno en los ojos del otro, vibrante y decisiva, y siempre que Ezequiel venía hacia nosotros no hacía más que separarnos. Capitú propuso meterlo en un colegio, de donde sólo viniese los sábados. Al niño le costó mucho aceptar esta situación.

—¡Quiero ir con papá! ¡Papá ha de ir conmigo! gritaba.

Fui yo mismo que lo llevó un día por la mañana, un lunes. Era en la antigua Plaza da Lapa, cerca de nuestra casa. Lo llevé a pie, de la mano, como había llevado el ataúd del otro. El pequeño iba llorando y haciendo preguntas a cada paso, si volvería a casa, y cuándo, y si yo iría a verlo.

—Sí.

—¡No vendrás!

—Sí voy.

—¡Júralo, papá!

—Pues sí.

—No dices que lo juras.

—Pues lo juro.

Y allá lo llevé y lo dejé. La ausencia temporal no atajó el mal, y todo el arte fino de Capitú para hacerlo atenuar, al menos, fue como si no fuera; yo me sentía cada vez peor. La misma situación nueva agravó mi pasión. Ezequiel vivía ahora más fuera de mi vista; pero su regreso, los fines de semana, o por la falta de costumbre en que me quedaba, o porque el tiempo fuera andando y completando la semejanza, era el regreso de Escobar más vivo y ruidoso. Hasta la voz, dentro de poco, ya me parecía la misma. Los sábados, buscaba no cenar en casa y sólo entrar cuando él estuviera dormido; pero no escapaba el domingo, en el estudio, cuando me encontraba entre periódicos y autos. Ezequiel entraba turbulento, expansivo, lleno de risa y de amor, porque el demonio del pequeño cada vez moría más por

³⁰ Comborço en el original. “Aquel que es amante de una mujer con relación al marido u otro amante, de esa mujer”. *Dicionário Aurelio da Lingua Portuguesa*.

mí. A decir verdad, sentía ahora una aversión que mal podía disimular, tanto ante ella como ante los demás. No pudiendo encubrir completamente esta disposición moral, trataba de no hacerme el encontradizo con él, o sólo lo menos posible; a veces tenía trabajo que me obligaba a cerrar el estudio, otras salía el domingo para ir a pasear por la ciudad y los arrabales mi mal secreto.

Capítulo CXXXIII

Una idea

Un día –era viernes– no pude más. Cierta idea, que regresaba a mí, abrió las alas y empezó a moverlas de un lado a otro, como hacen las ideas que quieren salir. El ser viernes creo que fue casualidad, pero también pudo haber sido a propósito; fui educado en el terror a aquel día; oí cantar baladas en casa, llegadas de la roza y de la antigua metrópoli, en las cuales el viernes era el día de los presagios. Sin embargo, al no haber almanaques en el cerebro, es probable que la idea no moviera las alas sino por la necesidad que sentía de venir al aire y a la vida. La vida es tan bella que la misma idea de la muerte necesita venir primero a ella, antes de verse cumplida. Ya me vas entendiendo; lee ahora otro capítulo.

Capítulo CXXXIV

El día sábado

La idea salió finalmente del cerebro. Era noche, y no pude dormir, por más que me la sacudiera. Tampoco ninguna noche me pasó tan corta. Amaneció, cuando creía que no eran más que la una o las dos de la madrugada. Salí, suponiendo dejar la idea en casa; vino conmigo. Acá afuera tenía el mismo color negro, las mismas alas trémulas, y aunque volaba con ellas era como si estuviera clavada; yo la llevaba en la retina, no que me encubriera las cosas externas, pero las veía a través de ella, con el color más pálido que de costumbre, y sin retrasarse nada.

No recuerdo bien el resto del día. Sé que escribí algunas cartas, compré una sustancia, que no digo, para no despertar el deseo de probarla. La farmacia quebró, es verdad; el dueño se hizo banquero, y el banco prospera. Cuando me encontré con la muerte

en el bolsillo sentí tanta alegría como si acabara de sacarme el premio mayor, o mejor todavía, porque el premio de la lotería se gasta, y la muerte no se gasta. Fui a casa de mi madre, con el fin de despedirme, a título de visita. O de verdad o por ilusión, todo ahí me pareció mejor ese día, mi madre menos triste, el tío Cosme olvidado del corazón, la prima Justina de la lengua. Pasé una hora en paz. Llegue a desistir del proyecto. ¿Qué era necesario para vivir? Nunca más dejar aquella casa, o pegar aquella hora en mí...

Capítulo CXXXV

Otelo

Cené fuera. Por la noche fui al teatro. Se representaba justamente *Otelo*, que yo no había visto ni leído nunca; sólo conocía el argumento, y aprecié la coincidencia. Vi las grandes rabias del moro, por causa de un pañuelo –¡un simple pañuelo!– y aquí doy materia para la meditación de los psicólogos de éste y de otros continentes, pues no pude evadir la observación de que un pañuelo bastó para encender los celos de Otelo y componer la más sublime tragedia de este mundo. Los pañuelos se perdieron, hoy son necesarias las propias sábanas; a veces ni sábanas hay, y sólo valen las camisas. Tales eran las ideas que me iban pasando por la cabeza, vagas y turbias, a medida que el moro rodaba convulso, y Yago destilaba su calumnia. En los intervalos no me levantaba del asiento; no quería exponerme a encontrar algún conocido. Las señoras permanecían casi todas en los palcos, mientras los hombres iban a fumar. Entonces me preguntaba a mí mismo si alguna de aquellas no habría amado a alguien que yaciera ahora en el cementerio, y venían otras incoherencias, hasta que el telón subía y continuaba la obra. El último acto me mostró que no yo, sino Capitú debía morir. Oí las súplicas de Desdémona, sus palabras amorosas y puras, y la furia del moro, y la muerte que éste le dio entre aplausos frenéticos del público.

–Y era inocente, venía yo diciendo calle abajo; ¿qué haría el público si de veras fuera culpable, tan culpable como Capitú? ¿Y qué muerte le daría el moro? Una almohada no bastaría; eran necesarios sangre y fuego, un fuego intenso y vasto, que la consumiera del todo, y la redujera a polvo, y el polvo fuera lanzado al viento, como eterna extinción...

Vagué por las calles el resto de la noche. Cené, es verdad, casi nada, pero lo suficiente para llegar hasta la mañana. Vi las últimas horas de la noche y las primeras del

día, vi a los últimos paseantes y a los primeros barrenderos, los primeros carruajes, los primeros ruidos, los primeros albores, un día que venía después del otro y me vería ir para nunca más volver. Las calles que andaba como que me huían de sí mismas. No volvería a contemplar el mar de La Gloria, ni la sierra de los Órganos, ni la fortaleza de Santa Cruz y las demás. La gente que pasaba no era tanta, como en los días comunes de la semana, pero era ya numerosa e iba a algún trabajo, que repetiría después; y yo que no repetiría nada más.

Llegué a casa, abrí la puerta despacito, subí de puntillas, y me metí en el estudio; iban a dar las seis de la mañana. Saqué el veneno del bolsillo, me quedé en mangas de camisa, y todavía escribí una carta, la última, dirigida a Capitú. Ninguna de las otras era para ella; sentí necesidad de decirle una palabra en donde le dejara el remordimiento de mi muerte. Escribí dos textos. El primero lo quemé por ser largo y difuso. El segundo contenía sólo lo necesario, claro y breve. No le recordaba nuestro pasado, ni las luchas habidas, ni alegría alguna; le hablaba sólo de Escobar y de la necesidad de morir.

Capítulo CXXXVI

La taza de café

Mi plan fue esperar el café, disolver en él la droga e ingerirla. Hasta ahí, no había olvidado del todo mi historia romana, me acordé que Catón, antes de matarse, leyó y releyó un libro de Platón. No tenía a Platón conmigo; pero un tomo trunco de Plutarco, donde era narrada la vida del célebre romano, me bastó para ocupar aquel poco tiempo, y, para imitarlo en todo, me estiré en el canapé. No era sólo imitarlo en eso; tenía necesidad de infundir en mí su valor, así como él había necesitado de los sentimientos del filósofo, para morir intrépidamente. Uno de los males de la ignorancia es no tener este remedio en la última hora. Hay mucha gente que se mata sin él, y expira noblemente; pero pienso que mucha más gente pondría término a sus días, si pudiera encontrar esa especie de cocaína moral de los buenos libros. Sin embargo, queriendo ahuyentar cualquier sospecha de imitación, me acuerdo bien que, para que no se encontrara junto a mí el libro de Plutarco, ni ser dada la noticia en las gacetas con la del color de los pantalones que yo entonces vestía, convine en ponerlo nuevamente en su lugar, antes de beber el veneno.

El criado trajo el café. Me levanté, guardé el libro, y fui hacia la mesa donde estaba la taza. Ya en la casa sólo se oían rumores; era el momento de acabar conmigo. La mano me tembló al abrir el papel en que traía envuelta la droga. Aún así tuve ánimo para vaciar la sustancia en la taza, y empecé a mover el café, los ojos vagos, la memoria en Desdémona inocente; el espectáculo de la víspera venía a entrometerse en la realidad de la mañana. Pero la fotografía de Escobar me dio el ánimo que me iba faltando; ahí estaba él, con la mano en el respaldo de la silla, mirando a lo lejos...

“Acabemos con esto”, pensé.

Cuando iba a beber, pensé si no sería mejor esperar que Capitú y el hijo salieran a la misa; lo bebería después; era mejor. Así dispuesto, empecé a caminar por el estudio. Oí la voz de Ezequiel en el corredor, lo vi entrar y correr hacia mí gritando:

–¡Papá! ¡Papá!

Lector, hubo aquí un gesto que no describo por haberlo olvidado completamente, pero créeme que fue hermoso y trágico. Efectivamente, la figura del pequeño me hizo retroceder hasta dar con la espalda en el estante. Ezequiel me abrazó las rodillas, se estiró sobre la punta de los pies, como queriendo subir y darme el beso de costumbre; y repetía, jalándome:

–¡Papá! ¡Papá!

Capítulo CXXXVII

Segundo impulso.

Si no hubiera mirado a Ezequiel, es probable que no estuviera aquí escribiendo este libro, porque mi primer impulso fue correr al café y beberlo. Llegué a agarrar la taza, pero el pequeño me besaba la mano, como de costumbre, y su vista, como su gesto, me dio otro impulso que me cuesta decir aquí; pero ahí va, dígame todo. Llámenme ahora asesino; no seré yo quien los desdiga o contradiga; mi segundo impulso fue criminal. Me incliné y le pregunté si ya había tomado café.

–Ya, papá; voy a misa con mamá.

–Toma otra taza, sólo media taza.

–¿Y papá?

–Yo mando traer más; anda, ¡bebe!

Ezequiel abrió la boca. Le acerqué la taza, tan trémulo que casi la derramé, pero dispuesto a hacerla caer garganta abajo, en caso de que el sabor le repugnase, o la temperatura, porque el café estaba frío... Pero no sé qué sentí que me hizo retroceder. Puse la taza encima de la mesa y me dio por besar locamente la cabeza del niño.

–¡Papá! ¡Papá! exclamaba Ezequiel.

–¡No, no, yo no soy tu padre!

Capítulo CXXXVIII

Capitú que entra

Cuando levanté la cabeza, di con la figura de Capitú frente a mí. He aquí otro lance, que parecerá de teatro, y es tan natural como el primero, una vez que la madre y el hijo iban a misa, y Capitú no salía sin hablarme. Era ya un hablar seco y breve; la mayor parte de las veces, yo ni la miraba. Ella miraba siempre, esperando.

Esta vez, al dar con ella, no sé si era por mis ojos, pero Capitú me pareció lívida. Siguió uno de aquellos silencios, a los que, sin mentir, se pueden llamar un siglo, tal es la extensión del tiempo en las grandes crisis. Capitú se recompuso, dijo al hijo que saliera ya, y me pidió que le explicase.

–No hay que explicar, le dije.

–Sí lo hay; no comprendo tus lágrimas ni las de Ezequiel. ¿Qué pasó entre ustedes?

–¿No oíste lo que le dije?

Capitú respondió que había oído llanto y rumor de palabras. Yo creo que había oído todo claramente, pero confesarlo sería perder la esperanza del silencio y de la reconciliación; por eso negó lo escuchado y confirmó únicamente lo visto. Sin contarle el episodio del café, le repetí las palabras del final del capítulo.

–¿Qué? preguntó ella como si hubiera oído mal.

–Que no es mi hijo.

Grande fue la estupefacción de Capitú, y no menor la indignación que le sucedió, tan naturales ambas que harían dudar de los primeros testimonios de vista de nuestro foro. Ya oí que los hay para varios casos, cuestión de precio; yo no lo creo, tanto más que la

persona que me lo contó acababa de perder una demanda. Pero, haya o no testimonios rentados, el mío era verdadero; la propia naturaleza juraba por sí misma, y yo no quería dudar de ella. Así que, sin atender al lenguaje de Capitú, a sus gestos, al dolor que la retorció, a nada, repetí las palabras dichas dos veces con tal resolución que la hicieron enflaquecer. Después de algunos instantes, me dijo:

–Sólo se puede explicar tal injuria por la sincera convicción; sin embargo, tú que eras tan celoso de los menores gestos, nunca revelaste la menor sombra de desconfianza. ¿Qué es lo que te dio tal idea? Dime –continuó, viendo que nada respondía– dilo todo; después de lo que oí, puedo oír lo demás, no puede ser mucha. ¿Qué es lo que te dio ahora tal convicción? Anda; Benito, ¡habla! ¡Habla! Despídeme de aquí, pero dilo todo primero.

–Hay cosas que no se dicen.

–Que no se dicen sólo a medias; pero ya que dijiste la mitad, dilo todo.

Se había sentado en una silla junto a la mesa. Podía estar un tanto confusa, el porte no era de acusada. Le pedí una vez más que no insistiera.

–No, Benito, o cuentas lo demás, para que me defienda, si crees que tengo defensa, o te pido, pero ya, nuestra separación: ¡no puedo más!

–La separación es algo decidido, repliqué agarrándole la propuesta. Era mejor que la hiciéramos con medias palabras o en silencio; cada uno se iría con su herida. Una vez, sin embargo, que usted insiste, aquí va lo que le puedo decir, y es todo.

No lo dije todo; mal pude aludir a los amores de Escobar sin proferir el nombre. Capitú no pudo dejar de reír, con una risa que siento no poder transcribir aquí; después, con un tono juntamente irónico y melancólico:

–¡Pues hasta los difuntos! ¡Ni los muertos escapan de tus celos!

Se arregló la capita y se levantó. Suspiró, creo que suspiró, mientras yo, que no pedía otra cosa más que su plena justificación, le dije no sé qué palabras adecuadas a este fin. Capitú me miró con desdén, y murmuró:

–Sé la razón de esto; es la casualidad de la semejanza... La voluntad de Dios explicará todo... ¿Te ríes? Es natural; no obstante el seminario, no crees en Dios; yo creo... Pero no hablemos de esto; no nos hace bien decir nada más.

Capítulo CXXXIX

La fotografía

Palabra que estuve a punto de creer que era víctima de una gran ilusión, una fantasmagoría de alucinado; pero la entrada repentina de Ezequiel, gritando: –“¡Mamá! ¡Mamá! Es hora de la misa”, me restituyó a la conciencia de la realidad. Capitú y yo, involuntariamente, miramos la fotografía de Escobar, y después uno al otro. Esta vez la confusión de ella se hizo confesión pura. Éste era aquel; había por fuerza alguna fotografía de Escobar pequeño que sería nuestro pequeño Ezequiel. De palabra, sin embargo, no confesó nada; repitió las últimas palabras, jaló al hijo y salieron a misa.

Capítulo CXL

Regreso de la iglesia

Al quedarme solo, era natural agarrar el café y beberlo. Pues no, señor; había perdido el gusto por la muerte. La muerte era una solución; acababa de encontrar otra, tanto mejor cuanto que no era definitiva, y dejaba la puerta abierta a la reparación, si debiera haberla. No dije *perdón* sino *reparación*, es decir, justicia. Cualquiera que fuese la razón del acto, rechacé la muerte, y esperé el regreso de Capitú. Éste fue más demorado que de costumbre; llegué a temer que hubiera ido a la casa de mi madre, pero no fue.

–Le confié a Dios todas mis amarguras, me dijo Capitú al volver de la iglesia; oí dentro de mí que nuestra separación es indispensable, y estoy a tus órdenes.

Los ojos con que me lo dijo estaban encubiertos, como espiando un gesto de rechazo o de espera. Contaba con mi debilidad o con la propia incertidumbre en que podía estar sobre la paternidad del otro, pero falló todo. ¿Acaso habría en mí un hombre nuevo, uno que aparecía ahora, dado que impresiones nuevas y fuertes lo descubrían? En este caso era un hombre sólo encubierto. Le respondí que iba a pensarlo, y haríamos lo que yo pensara. En verdad les digo que todo estaba pensado y hecho.

En el intervalo, evoqué las palabras del finado Gurgel, cuando me mostró en su casa el retrato de su mujer, parecido a Capitú. Has de acordarte de ellas; si no, relee el capítulo, cuyo número no pongo aquí, porque no lo recuerdo, pero no queda lejos. Se reducen a decir que hay tales semejanzas inexplicables... Desde ese día, y en los otros días, Ezequiel iba a

buscarme al estudio, y las facciones del pequeño daban idea clara de las del otro, o yo iba poniendo más atención en ellas. Al mismo tiempo, me recordaban episodios vagos y remotos, palabras, encuentros e incidentes, todo en lo que mi ceguera no puso malicia, y las que faltaron a mis viejos celos. La vez que los encontré solos y callados, un secreto que me hizo reír, una palabra de ella soñando, todas esas reminiscencias fueron llegando ahora, con tal atropello que me aturdieron... ¿Y por qué no los engañé un día, cuando desvié los ojos de la calle donde estaban dos golondrinas trepadas en el cable telegráfico? Dentro, mis otras golondrinas estaban trepadas en el aire, los ojos clavados en los ojos, pero tan cautelosos que se apartaron luego, diciéndome una palabra amiga y alegre. Les conté el amor de las golondrinas de fuera, y le encontraron gracia; Escobar declaró que, para él, sería mejor si las golondrinas, en vez de estar trepadas en el alambre, estuvieran en la mesa de la cena cocidas. “Nunca comí sus nidos, continuó, pero deben ser buenos si los chinos los inventaron”. Y permanecimos tratando de los chinos y de los clásicos que hablaron de ellos, mientras Capitú, confesando que la aburríamos, se fue a otras ocupaciones. Ahora recordaba todo lo que entonces me pareció nada.

Capítulo CXLI

La solución

He aquí lo que hicimos. Nos entendimos y fuimos a Europa, no a pasear, ni a ver nada nuevo ni viejo; paramos en Suiza. Una profesora de Río Grande, que fue con nosotros, se quedó a acompañar a Capitú, enseñándole su lengua materna a Ezequiel, que aprendería lo demás en las escuelas del país. Así resuelta la vida, volví a Brasil.

Al cabo de algunos meses, Capitú había empezado a escribirme cartas, que respondí con brevedad y sequedad. Las tuyas eran sumisas, sin odio, acaso afectuosas, y finalmente nostálgicas; me pedía que la fuera a ver. Me embarqué un año después, pero no la busqué, y repetí el viaje con el mismo resultado. De regreso, los que se acordaban de ella, querían noticias, y yo las daba, como si acabase de vivir con ella; naturalmente hacía los viajes con el afán de simular esto mismo y engañar a la opinión. Un día, finalmente...

Capítulo CXLII

Una santa

Entiéndase que, si en los viajes que hice a Europa, José Dias no fue conmigo, no es que le faltaran ganas; se quedaba acompañando al tío Cosme, casi inválido, y a mi madre, que envejeció deprisa. También él estaba viejo, aunque fuerte. Iba a bordo a despedirse de mí, y las palabras que me decía, los movimientos del pañuelo, los mismos ojos que enjugaba eran tales que me conmovían también. La última vez no fue a bordo.

–Ven...

–No puedo.

–¿Tienes miedo?

–No; no puedo. Ahora, adiós, Benito, no sé si todavía me verás; creo que me voy a la otra Europa, la eterna...

No fue enseguida; mi madre embarcó primero. Busca en el cementerio de Sao João Batista una sepultura sin nombre, con esta única indicación: *Una santa*. Ahí está. Mandé hacer esa inscripción con alguna dificultad. El escultor la encontró extraña; el administrador del cementerio consultó al vicario de la parroquia; éste me indicó que las santas están en el altar y en el cielo.

–Pero, perdón, lo detuve, no quiero decir que en aquella sepultura está una canonizada. Mi idea es dar con tal palabra una definición terrena de todas las virtudes que la finada poseyó en vida. Tanto es así que, siendo la modestia una de ellas, deseo conservarla póstuma, no escribiendo su nombre.

–Sin embargo, el nombre, la filiación, las fechas...

–¿A quién le importará las fechas, la filiación, ni los nombres, después de que yo acabe?

–Quiere decir que era una santa señora, ¿no?

–Justamente. El protonotario Cabral, si estuviera vivo, confirmaría lo que le digo.

–Ni yo contradigo la verdad, sólo dudo de la forma. ¿Así que conoció al protonotario?

–Lo conocí. Era un sacerdote modelo.

–Buen canonista, buen latinista, pío y caritativo, continuó el vicario.

–Y poseía algunas prendas de sociedad, dije yo; allá en casa siempre oí que era un insigne compañero de backgammon...

–¡Tenía muy buen dado! Suspiró lentamente el vicario. ¡Un dado de maestro!

–¿Entonces, le parece...?

–Una vez que no hay otro sentido, ni podría haberlo, sí, señor, se admite...

José Dias asistió a estas diligencias, con gran melancolía. Al final, cuando salimos, habló mal del cura, lo llamó meticoloso. Lo disculpaba sólo por no haber conocido a mi madre, ni él ni los otros hombres del cementerio.

–No la conocieron; si la hubieran conocido, mandarían a esculpir *santísima*.

Capítulo CXLIII

El último superlativo

No fue el último superlativo de José Dias. Tuvo otros que no vale la pena escribir aquí, hasta que llegó el último, el mejor de ellos, el más dulce, el que le hizo de la muerte un pedazo de vida. Ya entonces vivía conmigo; dado que mi madre le había dejado un pequeño recuerdo, vino a decirme que, con legado o sin él, no se separaría de mí. Tal vez su esperanza fuera enterrarme. Se carteaba con Capitú, a quien pedía que le mandase el retrato de Ezequiel; pero Capitú iba retrasando la remesa de correo a correo, hasta que él no pidió nada más, a no ser el corazón del joven estudiante, le pedía también que no dejase de hablarle a Ezequiel del viejo amigo del padre y del abuelo, “destinado por el cielo a amar la misma sangre”. Era así como preparaba los cuidados de la tercera generación; pero la muerte vino antes que Ezequiel. La enfermedad fue rápida. Mandé llamar a un médico homeópata.

–No, Benito, dijo; basta con un alópata; en todas las escuelas se muere. Además, fueron ideas de la juventud, que el tiempo se llevó. Me convierto a la fe de mis padres. La alopatía es el catolicismo de la medicina...

Murió sereno, después de una corta agonía. Poco antes oyó que el cielo estaba lindo, y nos pidió que abriéramos la ventana.

–No, el aire puede hacerte mal.

–¿Qué mal? El aire es vida.

Abrimos la ventana. Realmente, había un cielo azul y claro. José Dias se incorporó con dificultad y miró hacia fuera; después de algunos instantes, dejó caer la cabeza, murmurando: ¡Lindísimo! Fue la última palabra que profirió en este mundo. ¡Pobre José Dias! ¿Por qué he de negar que lloré por él?

Capítulo CXLIV

Una pregunta tardía

Ojalá que así lloren por mí todos los ojos de amigos y amigas que dejo en este mundo, pero no es probable. Me he hecho olvidar. Vivo lejos y salgo poco. No es que haya efectivamente unido las dos puntas de la vida. Esta casa del Engenho Novo, no obstante reproduzca la de Mata-cavalos, apenas me recuerda aquella, y más por efecto de comparación y de reflexión que de sentimiento. Ya dije esto mismo.

Han de preguntarme por qué razón, teniendo la propia casa vieja, en la misma calle antigua, no impedí que la demolieran y vine a reproducirla en ésta. La pregunta debía ser hecha al principio, pero aquí va la respuesta. La razón es que, en cuanto mi madre murió, al querer ir para allá, hice primero una larga visita de inspección por algunos días, y toda la casa me desconoció. En el patio, el mango y el pitanguero, el pozo, el balde viejo y el lavadero, nada sabían de mí. La casuarina era la misma que había dejado al fondo, pero el tronco, en vez de recto, como otrora, tenía ahora un aire de signo de interrogación; naturalmente se pasmaba por el intruso. Corrí los ojos por el aire, buscando algún pensamiento que hubiera dejado ahí, y no encontré ninguno. Al contrario, el ramaje empezó a susurrar algo que no entendí luego, y parece que era la cantiga de las mañanas nuevas. Junto a esa música sonora y jovial, oí también el gruñir de los cerdos, especie de broma concentrada y filosófica.

Todo me era extraño y adverso. Dejé que demolieran la casa y, más tarde, cuando vine al Engenho Novo, me dio por hacer esta reproducción con explicaciones que le di al arquitecto según conté en su momento.

Capítulo CXLV

El regreso

Ahora bien, fue ya en esta casa que un día, al estarme vistiendo para comer, recibí una tarjeta con este nombre:

EZEQUIEL A. DE SANTIAGO

–¿La persona está ahí? pregunté al criado.

–Sí, señor; se quedó esperando.

No fui luego, luego; lo hice esperar unos diez o quince minutos en la sala. Sólo después advertí que cumplía mostrar cierto entusiasmo y correr, abrazarlo, hablarle de la madre... La madre –Creo que todavía no dije que estaba muerta y enterrada. Sí; reposa allá en la vieja Suiza. Acabé de vestirme deprisa. Cuando salí del cuarto tomé aire de padre, un padre entre manso y áspero, mitad Don Casmurro. Al entrar en la sala, me encontré con un joven, de espaldas, mirando el busto de Masinisa pintado en la pared. Llegué cauteloso, y no hice ruido. No obstante, oyó mis pasos, y se volteó deprisa. Me conoció por los retratos y corrió hacia mí. No me moví; era ni más ni menos mi antiguo y joven compañero del seminario de San José, un poco más bajo, menos corpulento y, salvo los colores, que eran vivos, el mismo rostro de mi amigo. Vestía a la moderna, naturalmente, y sus modales eran diferentes, pero el aspecto general reproducía a la persona muerta. Era el mismo, el exacto, el verdadero Escobar. Era mi socio de cama; era el hijo de su padre. Vestía de luto por la madre; yo también estaba de negro. Nos sentamos.

–Está usted igual que en los últimos retratos, me dijo.

La voz era la misma de Escobar, el acento era afrancesado. Le expliqué que realmente poco difería de lo que era, y empecé un interrogatorio para tener que hablar menos y dominar así mi emoción. Pero esto mismo le daba animación a su cara, y mi colega del seminario iba resurgiendo cada vez más del cementerio. Helo aquí, frente a mí, con igual risa y mayor respeto; total, la misma benevolencia y la misma gracia. Ansiaba verme. La madre le hablaba mucho de mí, alabándome extraordinariamente, como el hombre más puro del mundo, el más digno de ser querido.

–Murió hermosa, concluyó.

–Vamos a comer

Si piensas que la comida fue amarga, te equivocas. Tuvo sus minutos de enojo, es verdad; al principio me dolió que Ezequiel no fuera realmente mi hijo, que no me completase y continuase. Si el muchacho ha salido a la madre, acababa por creerle todo, tanto más fácilmente cuanto que parecía haberme dejado en la víspera, evocaba la niñez, escenas y palabras, la ida al colegio.

–¿Todavía te acuerdas, papá, cuando me llevaste al colegio? me preguntó riendo.

–¿Cómo no voy a acordarme?

–Era en la Lapa; yo iba desesperado, y papá no se detenía, me daba cada jalón, y yo con las piernecitas... Sí, señor, acepto.

Extendió el vaso al vino que le ofrecía, bebió un trago y siguió comiendo. Escobar también comía así, con la cara metida en el plato. Me contó su vida en Europa, sus estudios, particularmente los de arqueología, que era su pasión. Hablaba de la antigüedad con amor, hablaba de Egipto y sus miles de siglos, sin perderse en los números; tenía la cabeza aritmética del padre. Dado que la idea de la paternidad del otro me fuese ya familiar, no me gustaba la resurrección. A veces cerraba los ojos para no ver gestos ni nada, pero el diablillo hablaba y reía, y el difunto hablaba y reía por él.

No habiendo otro remedio sino estar con él, me hice padre de veras. La idea de que pudiera haber visto alguna fotografía de Escobar, que Capitú, por descuido, hubiera llevado consigo, no se me ocurrió, y, si se me ocurriese, persistiría. Ezequiel creía en mí, como en la madre. Si José Días estuviera vivo, encontraría en él a mi propia persona. La prima Justina quiso verlo, pero como estaba enferma, me pidió que lo llevara. Conocía a aquella parienta. Creo que el deseo de ver a Ezequiel era con el fin de verificar en el joven el dibujo que por ventura hubiese encontrado en el niño. Sería un último regalo; lo detuve a tiempo.

–Está muy mal, le dije a Ezequiel que quería ir a verla, cualquier emoción puede traerle la muerte. Iremos a verla cuando esté mejor.

No fuimos; la muerte se la llevó a los pocos días. Descansa en el Señor o como quiera que sea. Ezequiel le vio la cara en el ataúd y no la reconoció, ni podía, tan diferente la habían hecho los años y la muerte. Rumbo al cementerio, iba recordando una cantidad de cosas, alguna calle, alguna torre, un trecho de playa, y era todo alegría. Así sucedía siempre que volvía a casa, al final del día; me contaba las recordaciones que iba recibiendo de las

calles y de las casas. Se admiraba de que muchas de éstas fueran las mismas que él había dejado, como si las casas murieran niñas.

Al cabo de seis meses, Ezequiel me habló de un viaje a Grecia, a Egipto y a Palestina, viaje científico, promesa hecha a algunos amigos.

–¿De qué sexo? le pregunté riendo.

Sonrió avergonzado, y me contestó que las mujeres eran criaturas tan de la moda y del día que nunca entenderían una ruina de treinta siglos. Eran dos colegas de la universidad. Le prometí recursos, y le di enseguida los primeros dineros necesarios. Me dije que una de las consecuencias de los amores furtivos del padre era pagar yo las arqueologías del hijo; antes le pagase la lepra... Cuando esta idea me cruzó por la cabeza, me sentí tan cruel y perverso que agarré al joven, y quise apretarlo al corazón, pero retrocedí; después lo miré de frente, como se hace con un hijo de verdad; la mirada que me lanzó fue tierna y agradecida.

Capítulo CXLVI

No hubo lepra

No hubo lepra, pero hay fiebres por todas esas tierras humanas, sean viejas o nuevas. Once meses después, Ezequiel murió de una fiebre tifoidea, y fue enterrado en las inmediaciones de Jerusalén, donde los dos amigos de la universidad le levantaron un túmulo con esta inscripción, sacada del profeta Ezequiel, en griego: “Eras perfecto en tus caminos”. Me mandaron ambos textos, griego y latín, el diseño de la sepultura, la cuenta de los gastos y el resto del dinero que él llevaba; hubiera pagado el triple para no volver a verlo.

Como quería verificar el texto, consulté mi Vulgata, y encontré que era exacto, pero tenía también un complemento: “Eras perfecto en tus caminos, *desde el día de tu creación*”. Me detuve y pregunté callado: “¿Cuándo habrá sido el día de la creación de Ezequiel?” Nadie me respondió. He ahí un misterio más para agregar a tantos de este mundo. A pesar de todo, cené bien y fui al teatro.

Capítulo CXLVII

La exposición retrospectiva

Ya sabes que mi alma, por más lacerada que haya sido, no se quedó por ahí, en un rincón como una flor lívida y solitaria. No le di ese color o descolor. Viví lo mejor que pude, sin faltarme amigas que me consolaran de la primera. Caprichos de poca duración, es verdad. Eran ellas quienes me dejaban como personas que asisten a una exposición retrospectiva, y, o se hartan de verla, o la luz de la sala muere. Una sola de esas visitas tenía carro a la puerta y cochero de librea. Las otras iban modestamente, *calcante pede*, y, si llovía, yo iba a buscar un carro a la plaza, y las metía dentro, con grandes despedidas y mayores recomendaciones:

–¿Llevas el catálogo?

–Sí; hasta mañana.

–Hasta mañana.

No volvían más. Yo permanecía en la puerta, esperando, iba hasta la esquina, vigilaba, consultaba el reloj, y no veía nada ni a nadie. Entonces, si aparecía otra visita, le daba el brazo, entrábamos, le mostraba los paisajes, los cuadros históricos o de género, una acuarela, un pastel, una *gouache*, y también ésta se cansaba, y se iba con el catálogo en la mano...

Capítulo CXLVIII

Y bien, ¿y el resto?

Ahora bien, ¿por qué ninguna de esas caprichosas me hizo olvidar a la primera amada de mi corazón? Tal vez porque ninguna tenía los ojos de resaca, ni de gitana oblicua y disimulada. Pero no es éste propiamente el resto del libro. El resto es saber si la Capitú de la playa de La Gloria ya estaba dentro de la de Mata-cavalos, o si ésta fue cambiada en aquella por efecto de algún caso incidental. Jesús, hijo de Sirach, si supiera de mis primeros celos, me diría, como en su capítulo IX, versículo 1: “No tengas celos de tu mujer para que ella no te engañe con la malicia que aprenda de ti”. Pero yo creo que no, y estarás de acuerdo conmigo; si te acuerdas bien de la Capitú niña, reconocerás que una estaba dentro de la otra, como la fruta dentro de la cáscara.

Y bien, cualquiera que sea la solución, algo permanece, y es la suma de las sumas, o el resto de los restos, a saber, que mi primera amiga y mi mayor amigo, tan extremosos ambos y tan queridos también, quiso el destino que acabaran juntándose y engañándome...
¡La tierra les sea leve! Vamos a la *História dos subúrbios*.

Traducción de Antelma Cisneros.